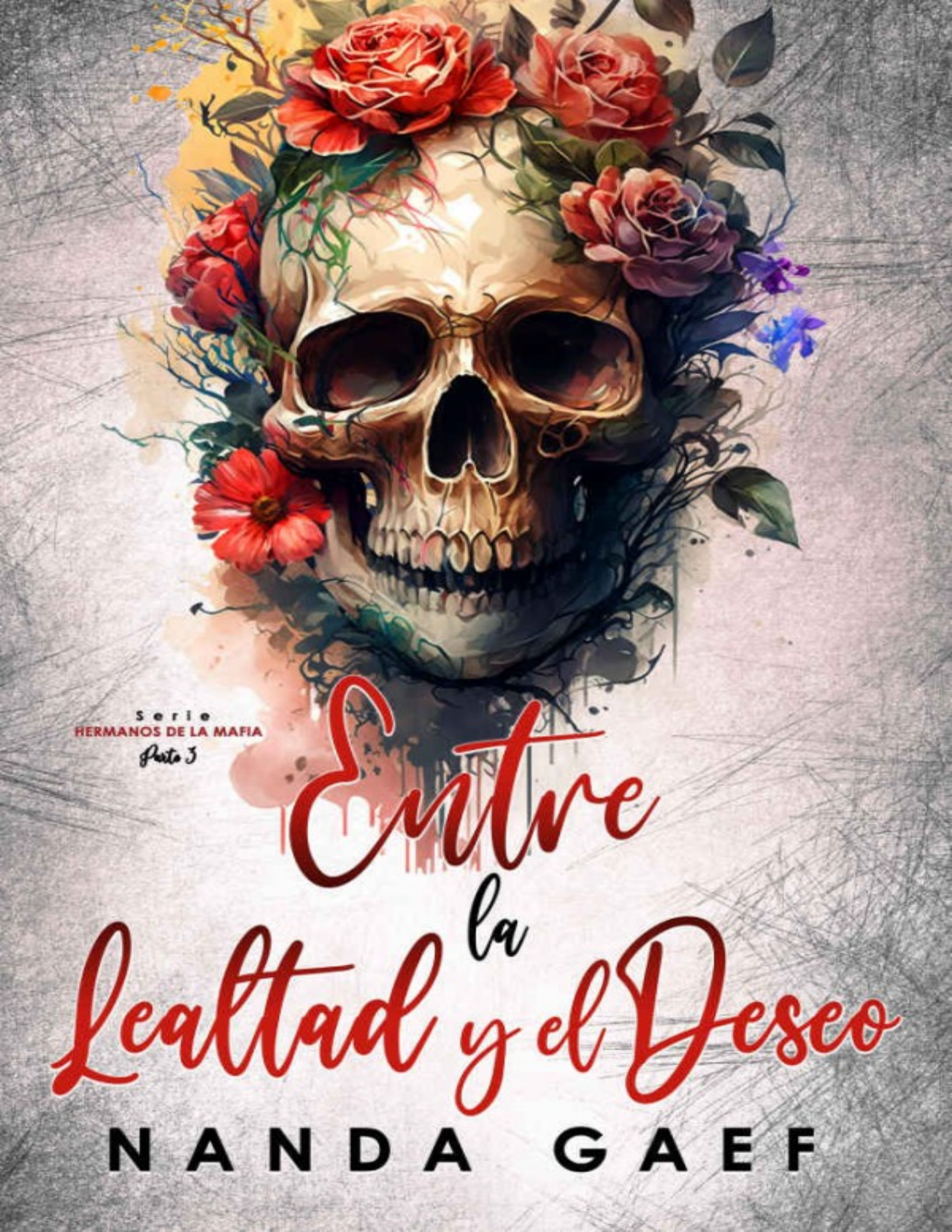


Serie
HERMANOS DE LA MAFIA
Parte 3

Entre la Lealtad y el Deseo

NANDA GAEF

Nanda Gaef

Entre la Lealtad y el Deseo

Título: ***Entre la lealtad y el deseo. Serie Hermanos de la Mafia 3***

©2025, **Nanda Gaef**

De la maquetación: Lotus Ediciones

Del diseño de la cubierta: 2025, Lotus Ediciones

Fotografías de cubierta: ©Fotolia

Corrección: 2025, Violeta Moreno

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Esta historia es pura ficción. Sus personajes y las situaciones vividas son producto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, son nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad de ellos.

Contenido

Nanda Gaef
Contenido
Agradecimientos
Sinopsis
Estructura de la Mafia
Capítulo 1
    Sasha
Capítulo 2
    Sasha
Capítulo 3
    Sasha
Capítulo 4
    Sasha
Capítulo 5
    Lev
Capítulo 6
    Sasha
Capítulo 6
    Lev
Capítulo 7
    Sasha
Capítulo 9

Sasha
Capítulo 10
Sasha
Capítulo 11
Lev
Capítulo 12
Sasha
Capítulo 13
Lev
Capítulo 14
Sasha
Capítulo 15
Lev
Capítulo 16
Sasha
Capítulo 17
Sasha
Capítulo 18
Sasha
Capítulo 19
Sasha
Capítulo 20
Sasha
Segunda parte
Capítulo 21
Sasha
Capítulo 22
Lev

Capítulo 23
Sasha
Capítulo 24
Sasha
Capítulo 25
León
Capítulo 26
Sasha
Capítulo 27
León
Capítulo 28
Sasha
Capítulo 29
Lev
Capítulo 30
Sasha
Capítulo 31
Sasha
Capítulo 32
Sasha
Capítulo 33
León
Capítulo 34
León
Capítulo 35
Sasha
Capítulo 36

León
Capítulo 37
Sasha
Capítulo 38
León
Capítulo 39
Leon
Capítulo 40
Sasha
Capítulo 41
Sasha
Capítulo 42
Sasha
Capítulo 43
Lev
Capítulo 44
Sasha
Capítulo 45
Sasha
Capítulo 46
Sasha
Capítulo 47
León
Capítulo 48
Sasha
Capítulo 49
Sasha

Epílogo
No me matéis.
Sobre la autora

Agradecimientos

Mi primer y más grande agradecimiento es para ti, lector. Gracias por acompañarme una vez más, o tal vez por la primera vez en esta aventura. Que elijas leerme entre tantas opciones es un regalo que valoro profundamente. Gracias por cada página que pasaste, por cada emoción que sentiste, por dejarme colarme, aunque sea un poquito, en tu vida con mis palabras.

También quiero dar las gracias, de corazón, a todas las bookstagrammers, booktokers y grupos de Facebook que me han echado una mano para que esta historia llegue a más lectores. Vuestra generosidad, apoyo y entusiasmo hacen mucho más de lo que imagináis. De verdad, sois luz.

A mi querida Enri Verdú: gracias infinitas por estar ahí. Por leer esta historia, por tu ayuda, tu cariño, tu sinceridad… por ser ese abrazo bonito en este camino a veces tan solitario. Tenerte cerca ha sido, sin duda, uno de los regalos más bonitos de esta etapa.

También he tenido la suerte de contar, una vez más, con profesionales maravillosas. Gracias, Violeta Moreno, por tu mirada atenta, tu cuidado en cada coma, y tu profesionalidad impecable. Y qué descubrimiento más bonito ha sido Lotus Ediciones y Jessyca: gracias por dar vida a esta portada tan especial y por una maquetación que me emocionó al verla. Ha quedado preciosa.

A todas vosotras, gracias. Por vuestro talento, por vuestro tiempo, y por el corazón que habéis puesto en este proyecto.

Sinopsis

Sasha Popov siempre supo lo que significaba ser la hermana del *pakhan* de la *bratva*: lealtad, sangre y muerte. Pero jamás imaginó que su mayor traición sería enamorarse del hombre equivocado. Cuando descubre que el amor de su vida ha vendido a su hermano, su mundo se derrumba.

Desesperada, busca ayuda en Lev Kozlov, un hombre de su pasado con el que juró no volver a cruzarse. Pero el destino es caprichoso y, en medio del caos, la atracción entre ellos se vuelve imposible de ignorar. Justo cuando empieza a creer que puede dejar atrás su antigua vida, una noticia lo cambia todo.

La libertad tiene un precio, y el pasado nunca desaparece del todo. Cuando finalmente creía estar a salvo, una sombra resurge de entre los pecados que dejó atrás. Y esta vez, no solo su vida está en juego…

Estructura de la Mafia

Shestyorka - Es el rango más bajo dentro de la organización, es el recadero y, por lo general, se mantienen fuera de las principales acciones, aunque puede haber excepciones, dependiendo de las circunstancias.

BoyeviK - Significa «guerrero». El boyevik trabaja para una brigada, pero también tiene una actividad criminal especial. Los boyevik son la principal fuerza de ataque.

Byky - Son los guardaespaldas de la brigada.

Krysha - Son los «ejecutores», extremadamente violentos, así como individuos astutos. Tal ejecutor se emplea a menudo para proteger un negocio de otras organizaciones criminales por cualquier medio necesario.

Torpedo - Son «asesinos a sueldo», están a cargo de la eliminación de los individuos que amenazan la organización.

Brigadier - También conocido como Avtoritvet (Autoridad que está a cargo de un grupo de hombres). Él da trabajos a los shest_yorka, boyevik y krysha. Dirige un equipo que se llama brigada.

Pakhan - Es el líder de la organización, nadie contradice su palabra, es el que manda. Pakhan rara vez se ve en público, y por lo general solo se dirige a sus hombres de confianza dentro de la organización.

Sovietnik - "Consejero" Es el asesor y la persona más cercana, más grande conocido en el Pakhan.

(Las descripciones aquí escritas son resultado de búsquedas en Internet adaptadas a mi historia para un mejor entendimiento del

relato. No doy veracidad a ninguna de estas informaciones).

Capítulo 1

Sasha

Soy un alma en pena, rodeada de personas que se desviven para que yo me sienta mejor. Odio esta versión recién descubierta de mí misma. No quiero estar así, quiero que este dolor desaparezca. Jamás sentí algo parecido. La sensación de vacío nunca se va, cada vez que cierro los ojos solo empeora. Es como tener una grabadora dentro de mi cabeza: escucho y veo, una y otra vez, sus últimos instantes de vida. No sé en qué momento me quedo dormida y por milésima vez me encuentro nuevamente en aquel bosque helado. Odio cerrar los ojos.

—Jefe, sáquela de aquí. Se acercan —dice Vladimir.

—¡Los tenemos encima! —avisa uno de los hombres empuñando su arma.

—Dejadme aquí, yo los detendré —insiste Vladimir.

Sin poder soportar más las ganas de verlo, hago a un lado a mi hermano, que me sujeta entre sus brazos, y lo miro. Al descubrir el estado del hombre a quien amo en secreto, me llevo las manos a la boca, horrorizada. Me libero y me acerco a él. No lo abrazo, no por tenerlo prohibido, sino por el miedo a hacerle más daño.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto, preocupada.

—Ahora no hay tiempo para eso —interviene Alexei, que aparece detrás, intentando evitar lo inevitable.

—Aquí está ocurriendo algo —digo—. No me moveré hasta que me digáis el qué.

Vladimir, que de pronto parece más grande de lo normal, da un paso al frente.

—Traicioné a tu hermano. Lo que está ocurriendo es mi culpa.

—Mentira, tú no harías eso —digo, retrocediendo.

—Despierta… ¿por qué crees que nunca pillabais a nadie? —escupe él, disimulando su angustia tras una forzada dureza—. Era porque estaba disfrutando con el juego.

Miro a Alexei, incrédula, pero él asiente.

—¡No es cierto! —sigo insistiendo.

—Qué ingenua eres.

—Dime la verdad, ¿qué está pasando? —pregunto llorando.

—¡Ya están aquí! —avisa uno de los hombres.

Vladimir mira al frente y divisa entre la maleza a los federales.

—Quería ser el jefe. Ahora, lárgate de una puta vez —finaliza. Sin importarle su integridad, se acerca al que fue su jefe, le quita el rifle de asalto y nos empuja para que nos vayamos. Alexei tira de mí sin mirar atrás. Vladimir se resguarda detrás de un árbol, esperando una muerte segura. Alexei, al girarse y verlo esperando la muerte, vuelve corriendo hasta él y le mete en la cintura dos pistolas más, cargadas.

—Nos encontraremos en el infierno —le dice mi hermano.

Desde la seguridad de las alturas, veo cómo el hombre que acaba de romperme el corazón recibe un disparo en el vientre. Él trata de taponar la herida, sus dedos se manchan de sangre. No puedo evitar el grito al ver cómo se oculta detrás de un árbol mientras los agentes del FSB y el FBI se acercan. Sus hombres intentan defenderlo; Vladimir, aun estando malherido, sigue disparando y derribando a todo el que se acerca hasta que…

—¡Ahhh! —grito, afligida, y me incorporo en la cama con el corazón martilleando en el pecho.

Sus heridas fueron mortales, pero yo no voy a morir junto a él. Soy una persona vengativa, sé que estoy así porque sé que no podré darle su merecido. El saber que amé a un traidor me está consumiendo y el estar retenida aquí no me ayuda a superarlo. No puedo y no quiero vivir así.

Luché con uñas y dientes por salir de aquellos túneles con vida y morí al llegar al exterior. Ver a mis hermanos me llenó de alegría. Aun sabiendo que ellos estarían allí, tenía mucho miedo. Fue reconfortante recibir sus abrazos y saber que estábamos juntos nuevamente. Sin embargo, lo que sentí al verlo por encima del hombro de Mijaíl fue la verdadera descripción de sentirse viva, completa, aunque me haya durado poco. En aquel momento no me di cuenta de sus heridas, solo podía mirar sus bonitos ojos, su melena que se le pegaba a la cara y la forma en que me miraba. Creí haber visto sentimientos hacia mí. ¡Qué ilusa! Supe que algo no iba bien cuando me di cuenta de que mis hermanos se interponían en mi línea de visión y me retenían entre sus brazos.

Sus palabras retumban en mi cabeza una y otra vez. Una parte de mí se quedó muerta allí con él. No sé qué será de mi vida de aquí en adelante, solo sé que jamás volveré a ser la misma.

Aun viendo cómo su cuerpo cubierto de sangre se desplomaba sobre la nieve, creí que lo iba a ver nuevamente, que iba a salir de allí con vida; al fin al cabo era Vladimir. Dentro de mí guardé una mínima esperanza de que se levantaría y se ocultaría en algún lugar del bosque blanco. Ahora sé que era imposible, había perros dándole caza y lo encontrarían enseguida. Él nunca tuvo ninguna oportunidad, su cuerpo estaba debilitado por la tortura a manos de mis hermanos. Nadie me lo dijo, pero conozco el método de trabajo de mi familia. Solo estaba en pie porque tenía drogas estimulantes para aguantar por mí; era el mejor rastreador que teníamos. Conté un total de seis disparos contra su cuerpo y vi, como si fuera a cámara lenta, el modo en que de su boca empezó a salir sangre.

Todo se volvió negro, y cuando volví en mí, ya estaba encerrada en mi cárcel de oro.

No es justo que se haya ido de esta manera, dejando a mi familia destrozada. Nadie nunca lo asumirá, pero así es como nos deja. Fue el único amigo de Mijaíl y Alexei, aunque no confesé por los celos que le tenían. También veía en él a un amigo y protector, y ver las pruebas de que realmente está muerto es lo que ha desencadenado esta horrible pesadilla.

—Sasha. —Me llaman, pero no identifico la voz. No quiero saber quién es. Lo único que quiero en este momento es tener a Vladimir delante de mí para matarlo con mis propias manos. Como eso es imposible, solo quiero olvidar aquel horrible día.

—Déjala, Mijaíl —pide Alexei. Ambos están al otro lado de la puerta, y rezo para que no abran. Desde lo ocurrido, la privacidad está prohibida para mí. Todos entran y salen de mi espacio cuando quieren.

—¿No la escuchaste? Toda la casa oyó su grito de horror. Él no se merece que esté así. Es un traidor.

—¿Y quién te dijo que estaba gritando por él? ¿Tú sabes que una buena mujer se sacrificó para que yo llegara a aquel pasadizo? ¿Sabes que dejé atrás a mi amiga con sus tres hijos? ¿Sabes…? —Le contesto gritando. No quiero su compasión, quiero mi libertad de vuelta.

Mijaíl abre la puerta y entra acompañado de cerca por Alexei. Detrás de él llega Shura, preocupada. Se siente impotente por no saber cómo ayudarme.

—Vengaremos cada vida inocente que se perdió en aquella casa —me interrumpe Mijaíl—. Ahora deja que Shura te cuide y te mime si no quieres que Irina se presente ella misma a hacerlo.

—¡Fuera todos! No quiero ver a nadie —respondo, ignorando su amenaza velada.

—Sasha… —reclama mi atención Shura.

—¿Podéis por una vez dejarme en paz? ¡Todo lo que ha pasado es solo culpa mía! —asumo derrotada—. Siempre quisisteis protegerme, pero fui yo quien insistió en estar en medio de la acción. Si ahora me vengo abajo, dejadme hacerlo. ¡Tengo derecho a sufrir las consecuencias de mis actos! —les grito intentando que las lágrimas no se derramen. No voy a llorar delante de nadie. Fue mi primera gran misión y he fracasado en todos los sentidos.

Ellos se miran, dudando un momento, pero Mijaíl parece decidido, su rostro severo y firme.

—Nos vamos. Dúchate y baja a desayunar con nosotros —dice Alexei, empujando suavemente a Mijaíl, que no se mueve.

Lo están intentando. Nadie nos enseñó a consolar, no fuimos educados para mostrar debilidad y desde que me trajeron a casa, a sus ojos soy como una niña caprichosa.

—¿Qué parte de «quiero estar sola» no entendéis?

Mijaíl mira su reloj.

—Te dejo una hora más. Luego, desayunaremos todos juntos como la familia que somos.

—No bajaré.

—Sí lo harás —sentencia, con ese tono que solo usa cuando ya no hay discusión posible.

—¿Y ahora quién me habla? ¿Mi hermano o el *pakhan*?

—Tu *pakhan*.

No discuto. Soy una mujer de la *bratva*, mi vida y mi voluntad están en manos de mi *pakhan* hasta que me case, esté de acuerdo o no con sus designios. Les doy la espalda y camino derrotada en dirección al baño. Él tiene el poder, todos le debemos respeto. Sé que está preocupado por mí, que desearía no verme triste nunca, Pero no entra en su cabeza que he crecido, que por más que me proteja, voy a sufrir como cualquier ser humano.

Me es imposible caminar por la casa sin verlo en cada rincón; él siempre estaba ahí, atento a cada uno de nuestros movimientos. La

única vez que estuvimos juntos, me confesó que me observaba a escondidas, que era consciente de que yo también lo espiaba.

«¿Por qué, Vladimir? ¿Por qué tuviste que traicionarnos?».

Me seco las lágrimas, respiro, cuadro los hombros y voy al encuentro de mi familia.

Agradezco no encontrarme a Shura, es la única persona capaz de arrancar lo que quiera de mí. Quiero a Irina, es mi madre, hizo lo mejor que pudo por nosotros. No tengo nada que reprocharle. No obstante, mi relación con Shura va más allá de la sangre. Fue con ella con quien me desahogué cuando me negaron la posibilidad de entrenar junto a mis hermanos, al descubrir que me ocultaban del mundo, que me dejaban fuera de la Hermandad por ser mujer y que mi corazón tenía dueño; ella siempre lo supo. Fue ella quien secó cada una de mis lágrimas y me encubrió cuando empecé a hacer las cosas por mi cuenta hasta que mis hermanos decidieron ayudarme. Cuando esto ocurrió, fui feliz; sin embargo, aún no era suficiente para mí y con su apoyo siempre iba a por más. Ella nunca cortó mis alas. Por el contrario, usaba la libertad y confianza que mi madre le tenía para ayudarme a tener acceso al campo de tiro. Cuando mi familia no estaba en casa, me llevaba a clase de defensa personal y combate sin armas, aunque todos pensaban que íbamos a ballet. Siempre fue mi aliada; por esos y muchos otros motivos no puedo ocultarle nada.

Así que le agradezco a Alexei que la haya sacado de mi habitación junto a nuestro *pakhan*. En cuanto a Betsy, ella nunca se entromete en nuestras discusiones. Si le pido opinión o ayuda para algo, ahí está; sin embargo, nunca se interpone en nuestras cosas.

¿Cómo pude pensar que hay algún rincón en esta casa donde pueda esconderme de Shura, y más aún cuando camino hacia el comedor? Su sola presencia derrumba el frágil muro que había intentado levantar. Siento cómo mis mejillas se calientan y los ojos se me llenan de lágrimas de nuevo.

—Ven —dice simplemente, y no hace falta nada más.

Me lanzo a sus brazos y dejo que todo salga. Mi lucha por no llorar fue en vano. El nudo en el pecho es tan grande que me cuesta respirar. Quiero decirle cuánto me duele… pero no puedo. Y ahí está la razón por la que la quiero tanto. No dice nada, no pregunta. Solo me abraza y me deja llorar.

Lloro, lloro y lloro hasta que ya no me quedan lágrimas. Solo entonces me toma de la mano, me lleva a la cocina, su santuario, me sienta en la isla, se acomoda a mi lado y espera. Espera y espera… hasta que reúno el valor y le digo:

—Creo que he muerto junto a él. Lo amé tanto que cuando tuve la certeza de que lo perdí, la rabia por la traición desapareció y quedó solo el anhelo.

—No escogemos de quién enamorarnos. Lo siento mucho —dice con voz maternal.

—¿Durante cuánto tiempo nos estuvo traicionando?

—Eso ya no importa, ya no está… —dice ella con serena tristeza.

—No podré acostumbrarme. No sé si me lo creo…

—Sabes que sí. Es la verdad. Tus hermanos me contaron lo que viste y además, sabes que Mijaíl tiene seguimiento de nuestras constantes todo el tiempo.

Me había olvidado. Llevo la mano al costado y allí está el pequeño bulto. Mijaíl no descansó hasta encontrar una tecnología indetectable que le enviara información actualizada sobre nuestras señales vitales.

—¿La de él está estática?

Un sutil gesto de cabeza confirma lo que yo ya sabía.

¡Cómo me odio por no haber sido valiente antes, por no lanzarme a sus brazos cuando aún podía! ¿Cuánto tiempo he perdido que ya no podré recuperar? Cuando por fin reuní el coraje para enfrentar a mis hermanos y me atreví a pensar que podría estar con el hombre al que amaba, lo perdí.

—Nunca más volveré a amar a nadie.

—Nunca es demasiado tiempo. Vive tu duelo. Algún día llegará alguien digno de ti que te hará feliz.

Las intenciones de Shura son buenas, pero yo no puedo llorarlo. Nos traicionó.

—Vi a ese hombre crecer, igual que a vosotros. Si hizo lo que hizo, fue para salvaros de algo mucho peor de lo que ya estaba ocurriendo —continúa Shura—. Conocía cada paso de tus hermanos, cada movimiento de la *bratva* y de esta familia. Y aun así, lo único malo que nos pasó fue la llegada de un don nadie con ínfulas de rey y la pérdida de algunos cargamentos.

Sus palabras me hacen apretar los dientes. Sé que tiene razón, era la única persona que conocía todos los planes pero ninguno de mis hermanos sufrió ningún atentado en este tiempo. Sin embargo, a pesar de todo, yo me siento traicionada. Me mintió, me ocultó lo que estaba haciendo. No sé si puedo perdonarlo… y, aun así, no quiero llorarlo; la familia es lo primero.

—Que se pudra en el infierno. Si estuviera vivo, yo misma lo mataría. Nadie hace daño a mi familia y vive para contarlo; la amante de mi padre fue la prueba de ello.

Capítulo 2

Sasha

—¡Dejadme vivir! No necesito una canguro, ¡necesito espacio! —grito a Alexei, que sigue mis pasos allá donde voy.

—¿Cómo puedes pretender que te veamos así y no hagamos nada? —replica. Y para volverme aún más loca, aparece Mijaíl detrás de él.

Siento el deseo de gritarle: «Dilo, sé que estás deseando hacerlo». No lo hago, desde aquella pesadilla que puso toda la casa en alerta, Mijaíl dejó de tratarme como su hermana, la protegida. Adoptó el rol de *pakhan* conmigo, y eso significa que le debo obediencia total.

—¿Cómo queréis que os lo haga entender? No tengo motivos para estar feliz. Mi amiga está secuestrada junto a su hijo, a quien acababa de reencontrar, y no sabemos nada de ellos.

—Ella nos traicionó —sentencia Mijaíl.

—¿Desde cuándo luchar por la familia es traición?

—¡Estaba trabajando con el FBI, Sasha!

—Ya lo sé. También trabajaba contigo. Y estaba en manos de un loco psicótico obsesionado con ella que la chantajeaba. Soportó todo lo que le hicieron pasar los tres bandos para salvar a su familia, y ahora está en manos del que más miedo tenía. ¿Sabes por qué? Te lo diré yo: porque nadie cumplió su palabra. Tanto el FBI como tú le prometisteis mantenerla a salvo. ¿Y dónde está ahora?

—El hecho es que debería estar muerta, pero no lo hice por ti.

Aprieto los puños para contenerme. Sara pasó un verdadero infierno. Solo aquellos a quienes ella se lo contó saben todo lo que soportó para que su familia no sufriera. Y mientras yo viva, no será la mía quien la destruya.

—¿Desde cuándo el *pakhan* de la *bratva* es tan compasivo? ¿Sabes por qué no la vas a matar? Te lo diré.

—Sasha… —me advierte.

—Nada de «Sasha». No la vas a matar porque sabes que ella no tenía salida. Sabes que, si no cooperaba con la policía, estaría encerrada en una celda de máxima seguridad. Y también sabes que no te traicionó. Tú nunca fuiste el objetivo del FBI. Estaban en tu territorio, sí, pero no iban detrás de ti.

Nunca fui la hermana perfecta, sumisa y obediente, que mi padre deseaba. Sin embargo, jamás los enfrenté como lo he hecho en estos últimos días. Me esfuerzo por respetar a mi *pakhan*, pero cuando se trata de Sara, no hay respeto que valga. De la misma forma en que él lucha por nosotros, ella luchó por los suyos. Nombrarla y juzgarla es la chispa que me hace estallar, y cada vez veo más claro lo que no quiero para mí. Mi comportamiento es cada vez más agresivo, y de ahí el cambio de Mijaíl a la hora de tratarme. Estuve una semana entera sin reaccionar, encerrada, sumida en la autocompasión. Y cuando por fin el sueño me vencía, las pesadillas se apoderaban de mí.

Después de desahogarme con Shura y tras la confirmación visual de su muerte, algo cambió en mí. Modifiqué mi actitud. Empecé a investigar todo lo ocurrido aquel fatídico día. No fue agradable descubrir que estaba completamente a oscuras, confirmar que mi amiga sigue secuestrada, asumir las bajas que tuvimos, el daño causado a la organización… y que ninguno de mis hermanos me lo contase es lo que más me duele. No me dijeron nada. Nada. No los perdono por haberme ocultado la verdad. Tenía derecho a saberlo, yo formaba parte de la operación.

Me encierro en mi habitación, es el único sitio donde conservo un mínimo de privacidad. Agarro el vodka y bebo un trago directamente

de la botella. Esto es lo que me ayuda a dormir por las noches. Hoy se cumple el decimoquinto día desde que regresé a casa. Echo de menos a Sara, su presencia, su mundo caótico. No le desearía esa vida a nadie, pero al menos allí me sentía útil. Aquí no me dejan sola ni un instante.

De pronto, llaman a la puerta. Imagino que será alguien del servicio o uno de mis hermanos. Corro a esconder la botella y doy permiso para entrar.

—Señorita, la aguardan en el salón de visitas —me informa una de las asistentas.

—¿Quién me espera?

—No lo sé. No la conozco, señorita.

Otra de las cosas que me está volviendo loca es el excesivo formalismo de todos. No sé si siempre fue así, solo sé que ahora lo detesto. Cierro la puerta en la cara de la mensajera, vuelvo a la botella, doy otro trago largo y salgo. Me da igual quién esté esperándome. Voy directa al despacho en busca del responsable de todo este circo.

—¿Quién es la mujer que me espera? —espeto nada más cruzar la puerta.

—¿Dónde está tu educación?

—Mijaíl, si no quieres que cometa una locura, contéstame.

—Una psicóloga. Las otras dos no te gustaron, así que mandé venir a una tercera.

—No necesito ayuda psicológica. Necesito ser útil, hacer algo de provecho, y vosotros no me lo permitís.

Como siempre, Mijaíl ni se inmuta.

—No voy a discutir contigo sobre eso. Tendrás ayuda psicológica, lo quieras o no.

—Crees que me estás cuidando, y lo único que haces es sofocarme. No soy tu responsabilidad. Soy mayor de edad y puedo tomar mis propias decisiones.

Mi hermano sale de detrás de su escritorio y camina hacia mí. Cualquier otra persona que no lo conociera estaría temblando de miedo. Su expresión es implacable, de esas que intimidan a cualquiera... excepto a Alexei y a mí. Se acerca con pasos lentos, sin apartar la mirada de la mía, y se detiene a escasos centímetros. Mete las manos en los bolsillos y, para enfurecerme aún más, comienza a hablar con una tranquilidad irritante.

—No me importa ser el blanco de tu rabia. Te conozco, sé que no estás bien, que necesitas ayuda. Y si tú no la buscas, lo haré yo por ti.

—Déjame manejar mi dolor y mis sentimientos a mi manera. Soy mucho más fuerte de lo que te imaginas —insisto con ardor.

—No fue eso lo que vi hace una semana, cuando asustaste a toda la casa con ese grito espantoso.

Sus palabras me desestabilizan. Desde niña he querido estar a su altura. Me tragaba el llanto, me hacía daño en silencio. Más de una vez me mordí la lengua para no soltar ni un quejido. Se pueden contar con los dedos las veces que me han visto llorar. Y por una sola vez que pierdo el control... ahora me tratan como si fuera una inútil.

Da igual lo que haga: dentro de esta organización, las mujeres nunca seremos más que agujeros donde ellos meten sus pollas y las incubadoras de sus herederos. Lo miro, decepcionada, y me doy cuenta de que él también es consciente de la línea que acaba de cruzar.

—No quería decir eso —dice, intentando tocarme. Doy un paso atrás.

—Sasha, hice una promesa y la voy a cumplir. Ve a tu consulta.

Podría quedarme aquí discutiendo con él todo el día y no serviría de nada. Su tono sereno y su postura relajada no van a cambiar. Lo observo de arriba a abajo: parece un hombre de negocios, y en este momento me siento como uno de sus activos. Si él no va a parar, entonces lo haré yo.

Vuelvo a la sala donde me espera la psicóloga. La encuentro como si estuviera en su casa: sentada, con una taza de té en la mano, admirando las preciosas vistas. Doy dos palmadas para llamar su atención. El susto que se lleva es tal que casi se tira el líquido encima.

—Disculpe, señorita Sasha. El servicio me ofreció un té y lo acepté.

—Bien. Termínalo y vete.

Ella sonríe pacientemente.

—Ya me habían advertido que nuestra primera consulta no sería amistosa. No estoy aquí para psicoanalizarla, señorita, ni para juzgarla. Podemos hablar de lo que usted quiera.

—Lo único que quiero es que salgas ya de mi casa.

—Eso no va a ocurrir —dice serena, sin perder la sonrisa.

—¿Sabes cómo salieron de aquí tus compañeras?

—Sí; hablé con ellas antes de venir.

—Pues bien, ¿cómo fue?

—Salieron casi llorando.

Saco mi Griazév-Shipúnov GSh-18 y me acerco, apuntándole. La mujer tiene agallas: no se mueve.

—Ellas fueron más listas que tú. Salieron por patas cuando se lo ordené. ¿Tú qué vas a hacer?

—Si no quiere hablar conmigo, no hable —me responde calmada —. Me han contratado para una hora de consulta y, hasta que ese tiempo no se cumpla, no me iré de aquí. Lo que suceda en él solo depende de usted.

Definitivamente, tiene agallas. Lástima que su oponente —yo— tenga más que ella. Apunto el arma a su cabeza y la amartillo.

—Fuera de aquí —exijo con voz fría.

—No me iré. Trabajo para la *bratva* desde hace años, no es usted la primera persona que me apunta con un arma.

—Comentario desafortunado.

Desplazo el arma unos centímetros y disparo justo por detrás de su cabeza. El estruendo la hace dar un respingo y la deja con un buen zumbido en los oídos.

En cuestión de segundos, la habitación se llena de gente. Mis hermanos son los primeros en llegar, y detrás de ellos un buen montón de hombres armados que no alcanzo a contar.

—¡Está loca! Ha estado a punto de matarme —grita la psicóloga, aún aturdida.

—Ya lo veo. En lo sucesivo, por el amor que le tienes a tu vida, no vuelvas a referirte a nadie de esta casa en esos términos —la amenaza Mijaíl con voz suave y letal.

Alexei viene hacia mí, pero levanto la mano para detenerlo.

—No te acerques. —Luego me dirijo a la psicóloga—: Tú, lárgate de esta casa. Y si alguna vez escuchas mi nombre, corre en dirección contraria.

La mujer da un paso hacia la puerta, tambaleante, pero la detengo.

—Una cosa más: avisa a tus amigas de profesión de que la primera que cruce mi puerta sin que yo misma la haya llamado no tendrá la misma suerte que tú. Y si me entero de que no diste el recado, iré a por ti. ¿Entendido?

—Sí, sí. ¿Puedo irme? —insiste, asustada. Toda su templanza ha desaparecido.

Le indico la salida con un gesto de la mano y la mujer sale corriendo. Intento ir detrás de ella pero mis hermanos me cortan el paso.

—¿Por qué estás actuando así? —Alexei es el primero en hablar.

—Vosotros me estáis obligando a hacerlo.

—¡Verte bien es mi obligación! —responde Mijaíl, elevando la voz.

Mantenemos una gran pelea y, por primera vez, les muestro a la verdadera Sasha.



Desde aquel día vivimos en guerra abierta. Discutimos por todo. Quise ir de compras y tuve que llevar a ocho hombres conmigo. No me cuentan nada, da igual la cantidad de veces que pregunte, la respuesta es siempre la misma: «No te preocupes por nada, cuida tu salud mental y nosotros nos ocuparemos de todo lo demás». ¿Cuándo van a entender que no quiero vivir protegida por ellos, que sé cuidar de mí misma? El mantenerme encerrada tal como lo están haciendo me está matando en vida. Ahora tampoco tengo acceso a los ordenadores, me he convertido en una completa prisionera dentro de mi propia casa.

— ¿Alguna noticia de Sara? —pregunto a mi hermano una tarde, después de comer.

— Todavía no —contesta Mijaíl.

—¿La estamos buscando? —quiero saber—. Si hay alguien capaz de encontrarla cuanto antes, es la *bratva*.

—Sí.

No dice nada más, así que insisto.

—Quiero saber cómo va todo.

Él se toma su tiempo para responder, y cuando lo hace, su tono es frío y calmado.

—Sasha, esto no es asunto tuyo. Te dimos mucha libertad, y ahora te crees con demasiado poder.

—Claro... como estoy traumatizada porque según vosotros soy incapaz de superar la pérdida de mi estúpido enamoramiento de la

infancia, ya no tengo capacidad para elaborar planes que luego algún macho firme como suyos.

No le doy tiempo a Mijaíl de recomponerse del bombazo que acabo de lanzarle. Siempre le demostré mi descontento con la falta de oportunidades y la posición tan desigual de la mujer dentro de la Hermandad; no obstante, nunca lo hice de esta manera, tan directa y sin pelos en la lengua.

Sin dejarle responder, salgo, dejándoles privacidad para digerirlo. Paso junto al joven responsable de mi seguridad, que se prepara para seguirme.

—Si tienes amor a tu vida, no te atrevas a seguirme dentro de mi propia casa —lo amenazo—. Esto es ridículo, ¿qué podría pasarme entre estos muros?

—Tengo que hacerlo —responde él—. De lo contrario, el *pakhan* me relevará.

—¿Y qué es más importante para ti, mantener tu puesto de niñera o conservar tus sesos en su lugar?

—Mantener mi puesto de niñera —responde, como si no acabara de amenazarlo.

Suspiro, hastiada. Sabía que diría algo así. Cualquiera de los hombres dentro de esta casa jamás ignoraría una orden de Mijaíl. Darían su vida por él sin pensarlo.

—Tú ganas. Solo mantén algo de distancia entre nosotros. Me siento sofocada —digo, agotada de pelear constantemente en una guerra que sé que no puedo ganar.

—Descuide. Seré invisible para usted.

Y no mentía. Al poco rato, salgo a correr y él va muy por detrás, dejándome espacio. Apenas soy consciente de su presencia por la casa. Al final del día ya intercambiamos algunas palabras.

Los días pasan y me atrevo a decir que incluso disfruto de su compañía. Es agradable tenerlo cerca: no hace ruido, no me mira

con lástima y tampoco contradice mis decisiones. Aprovechando su predisposición a complacerme, le propongo algo:

—¿Vamos a la sala de entrenamiento?

Él acepta. No le digo nada a mis hermanos, y sospecho que él tampoco lo hará. Así, pasamos casi dos horas practicando distintos estilos de lucha. Al terminar, decidida a aprovechar cada oportunidad, hago otra propuesta:

—¿Vamos al campo de tiro?

—No creo que el *pakhan* esté de acuerdo con eso...

—Soy su hermana, ¿te acuerdas? —insisto. Me la estoy jugando.

Generalmente, mi familia me permite ir a disparar, pero no siempre que quiero. Cuando voy, la sala está reservada solo para mí. No sé cómo lo hacen, pero ni siquiera todas las personas de nuestro círculo conocen mi verdadero parentesco con Mijaíl. A veces llego a pensar que hay quienes ni siquiera saben que existo.

Ese es el nivel de obsesión de mi familia por mantenerme a salvo.

Mi padre, por ejemplo, tenía planes de matrimonio concertado para mí. Irina logró retrasarlos… y su amante lo mató antes de que pudiera llevarlos a cabo. Solo entonces pasé del anonimato a convertirme en una mujer con algo de libertad. Aunque casi siempre encontraba la manera de salirme con la mía.

Llegamos al campo de tiro, y los hombres que estaban dentro, al verme, salen de inmediato, dejándonos a solas.

—¡Quiero un arma de gran calibre! —exijo. Mi guardián duda, pero, para su mala suerte ya lo tengo calado—. Vale, ya veo, no te preocupes, la cogeré yo misma, así el *pakhan* no dirá nada.

Voy hasta donde están las armas expuestas y cojo una M 60.

—Esta no es apta para interior —me advierte, y me ayuda en la selección de una más ligera, una RPL-16.

Poco a poco, perdemos la noción del tiempo. Me emociono y disparo con casi todas las armas que tengo a mi alcance. Son pocos los disparos que no dan en el blanco; aun así, los que fallo impactan

en zonas no letales. Desde que empecé a manipular armas de fuego, siempre tuve buena puntería. Me gusta la sensación de tenerlas entre las manos.

Por unas horas, olvido la horrible realidad que me rodea. En una ocasión, hago desaparecer la cabeza de mi objetivo de un disparo. Eufórica, me lanzo a los brazos de mi guardián. De pronto, me doy cuenta de mi error; me aparto enseguida y sigo como si nada.

En ese momento, siento que alguien me toca el hombro. Me giro y me encuentro con Shura. Le sonrío, pero su expresión seria me deja claro que algo no va bien. Me quito los cascos y pregunto:

—¿Pasa algo?

—Mijaíl pregunta por ti, y no está contento.

Mi momentánea alegría se desvanece. Abandono la sala de tiro delante de Shura, que me conduce al salón comedor como si yo fuera una niña. Mis hermanos están sentados, esperándome con cara de pocos amigos.

—Perdón, me he distraído en la sala de tiros —me justifico nada más llegar.

— ¿A quién avisaste de que ibas allí?

—No era necesario, estaba acompañada de la canguro que me pusiste.

—Estoy al corriente —dice Mijaíl sin levantar la vista de su plato.

—¿Qué pasa? ¿No puedo moverme dentro de mi propia casa con libertad?

—Sabes que en algunas zonas no.

Resoplo, exasperada.

—Muy bien, pues hazme un favor: encarga un listado de lo que puedo y no puedo hacer, dónde puedo y no puedo ir, para que esto no se repita.

Recoloco la silla que había acabado de retirar para sentarme y me marcho a mi habitación, airada.

Capítulo 3

Sasha

Como cada día, bajo a correr entre los muros de mi cárcel de oro y llego antes que mi canguro. Empiezo con los ejercicios de calentamiento mientras lo espero: estiro las piernas, doy algunos saltos, me hago una coleta… pero no hay ni rastro de mi compañía habitual de estos últimos días. Otro hombre espera en la puerta con aire militar.

Miro a los lados buscándolo. Los minutos pasan y no aparece. Giro para preguntar al hombre apostado en la puerta y entonces lo entiendo. La sangre comienza a hervirme en las venas. A la única persona que me trataba con un mínimo de normalidad… la han apartado de mí.

Ni siquiera sé su nombre, no se lo pregunté. Al principio no lo hice porque estaba enfadada, y después por miedo a que pasara exactamente esto: que me sintiera bien en su compañía y desapareciera. Y ahora no lo volveré a ver. Desafortunadamente, en nuestro mundo es así: las personas que trabajan para nosotros aparecen y desaparecen como por arte de magia.

—¡Hola! —Agito la mano delante del guardia de la puerta, pero hace como si no me viera. No insisto.

Me pongo los auriculares y empiezo a trotar suave para coger ritmo. A diferencia del anterior, que me daba espacio, mi nuevo canguro corre pegado a mí. Su presencia me incomoda. Aprieto el paso. Él hace lo mismo. Da igual cuánto tire de mis piernas para dejarlo atrás: su gran envergadura no le impide seguirme el ritmo. Doy vueltas y vueltas, y el hombre permanece estoico a mi lado. Como yo, está empapado en sudor, pero de sus labios no escapa ni

un jadeo. La que tiene que rendirse soy yo, mis piernas están ardiendo; si corro medio metro más, me desplomaré en el suelo y no quiero eso.

Lo habitual es que, al volver de correr, me siente a desayunar con mis hermanos. Pero esta vez no puedo. Estoy empapada en sudor, agotada, necesito una ducha para volver a sentir mis piernas.

Estoy casi desmayada en la bañera cuando Shura entra.

—*Devochka-zayka*[1], te esperan para desayunar. —Cierro los ojos y me meto debajo del agua. Sus regordetas manos tiran de mí y me acarician el rostro—. *Devochka-zayka,* no me gusta verte así.

Adoro cuando me llama por este apodo. Me transporta a una infancia inocente y feliz. Lástima que, al cumplir los diez años, mi padre le prohibió hacerlo. Según él, ese nombre no ayudaba en mi madurez. Desde entonces, solo lo utiliza cuando estamos a solas.

—¿Por qué todavía están aquí? Nunca pasan tanto tiempo en el mismo lugar —pregunto, antes de que empiece a leerme.

Ella tampoco debería estar aquí, nunca pasa más de quince días en la misma residencia, está una semana en la casa de cada uno de nosotros. Las excepciones son cuando estoy en mi residencia y no tengo planes de viaje, entonces se queda el tiempo que haga falta conmigo, pero esto ocurre en pocas ocasiones.

—Por ti. Están preocupados y saben que, si decides hablar, será conmigo.

—Estoy bien.

—Creí haberte enseñado mejor. Son hombres y, además, mafiosos. Siempre tienen que ser el alfa. Juega tus cartas con sabiduría.

Me encantaría estar dentro de su cabeza cuando empieza a hablarme así, enigmáticamente. Nunca me dice directamente lo que debo hacer. Me deja pistas, y soy yo quien debe descifrar el mensaje.

—¿Qué me quieres decir? —insisto.

—No quiero decir nada —responde. Intento sonsacarla, aunque sé que no funcionará—. Eres lista, sabes manejarlos. Siempre lo hiciste. Si quieres algo, ve a por ello, pero el camino que estás siguiendo no te llevará a ningún sitio.

—Estoy ahogándome aquí dentro, Shura…

—Pues cambia de actitud. Ellos te tienen buenas noticias. Escúchalos, da la vuelta a este juego y tendrás tu libertad nuevamente.

No necesita esforzarse para que empiece a sentirme mejor. Sus palabras dulces, amables, y su presencia protectora hacen que mis días aquí sean un poco menos grises.

Me visto con ropa normal, dejo a un lado los chándales de los últimos días y bajo a desayunar. Ambos, al verme, se ponen en alerta. Y no los culpo. En el último mes he sido un verdadero dolor de cabeza.

Retiro la silla y me siento.

—Perdón por el retraso, necesitaba ducharme.

—Lo sabemos. Novikov nos informó.

—Ah, sí. Me olvidé de que tengo nueva niñera, supongo que os contará todo lo que hago —digo con sarcasmo. Soy consciente de mi metedura de pata nada más ver la cara de Alexei, que ya no exhibe la agradable sonrisa que me ofrecía.

Antes él solía ser mi cómplice, los dos dejábamos a Mijaíl con los pelos de punta, él más que yo. Desde aquel fatídico día, él también cambió. Tengo la sensación de que todos me tratan como si me fuera a romper en cualquier momento. Entonces comprendo lo que me quiso decir Shura:

Mis hermanos siempre estuvieron orgullosos de mi fortaleza, de mi inteligencia, de lo resolutiva y decidida que era. Tengo que demostrarles que aún pueden confiar en mí, que no seguiré comportándome como una niñata. No voy a convertirme en una de esas chicas a las que tanto critiqué.

Voy a ser la mejor actriz que hayan conocido.

—Perdón. Toda esta situación me está superando... solo quiero mi vida de vuelta.

—Y nosotros también. ¿Qué te está pasando? Nunca te portaste así —comenta Mijaíl.

Tengo delante mi primera prueba de fuego. Las palabras que tengo en la punta de la lengua no serían del agrado de ninguno de los dos: Quiero decirles que son unos machistas, que no me están respetando como mujer ni como persona, que se creen con el derecho de decidir por mí. Pero si lo hago, volveré a la casilla de salida... justo ahora que apenas di medio paso fuera.

—Necesito ayuda. —Me cuesta un mundo pronunciar estas palabras.

—Dinos cómo podemos ayudarte. Mientras no sea mandarte a una misión, estamos dispuestos a lo que sea para tenerte de vuelta con nosotros.

—Quiero volver a ayudar con las estrategias. Volver al laboratorio. Quiero ser útil.

—Eso está muy bien —dice Mijaíl, siempre contenido y desconfiado.

Sé que quiere creerme, pero su lado mafioso no se lo permite. Tendré que esforzarme más.

—Antes que nada, necesito hablar con un profesional.

Ambos, que justo iban a llevar un trozo de pan a la boca, lo dejan de nuevo en el plato y me miran fijamente. Me precipité. Fui demasiado deprisa con el siguiente paso.

—¿Qué estás tramando, Sasha? —pregunta Alexei, que me conoce como nadie.

—Olvidadlo. Me voy a mi habitación.

Me levanto y me voy. Sé que Alexei vendrá detrás de mí, y tendré que ser muy convincente para ganármelo. Si consigo que se ponga de mi lado, las cosas serán más fáciles. Durante este encierro me he

dado cuenta de que entre mis hermanos hubo un gran acercamiento y que él ha asumido el papel del innombrable: junto a Mijaíl. Eso puede jugar a mi favor.

Pero, al contrario de lo que imaginaba, Alexei no me sigue. Es como si estuviera tratando con dos desconocidos… y supongo que para ellos también estoy siendo una extraña.

Como tengo prohibido acercarme a los ordenadores, voy a mi laboratorio y empiezo a revisar todo lo que había dejado abandonado. Una de las drogas que está causando muertes en Estados Unidos fue localizada también en las calles de Moscú, y eso no le gustó nada a Mijaíl. Yo estaba investigando sus componentes cuando apareció Luck y lo dejé todo de lado. Las muestras que tenía seguramente ya están obsoletas.

Salgo a la puerta y llamo a mi canguro por su nombre.

—Novikov.

Se gira hacia mí, sorprendido.

—Dígame, señorita.

—¿Puedes conseguir una muestra actualizada de fentanilo para que la estudie?

—Sí. La conseguiré lo antes posible.

—Gracias —respondo, y cierro la puerta. Luego me pierdo nuevamente en mi pasión: la investigación.

Estoy relajada, observando una muestra bajo el microscopio, cuando lo siento detrás de mí. Tardó, pero aquí está.

—¿Qué te tiene tan concentrada? —pregunta Alexei a mis espaldas.

Me incorporo y lo miro con una sonrisa.

—¿Por qué estuve tanto tiempo lejos de mi laboratorio? Amo todo esto —digo, alzando los brazos, señalando todo lo que me rodea.

Recorre los pocos pasos que nos separan y me abraza.

—Lo dejaste porque te fuiste a hacer algo que te gustó aún más que todos estos aparatos. —Le doy una suave palmada en el hombro y sonríe—. Me gusta verte así otra vez. Pero sé que esa cabecita está dándole vueltas a algo. ¿Me vas a decir qué es?

—Estoy enfadada con el mundo. Me odio por haber fallado a Sara, por no tener noticias de ella.

—Conseguimos una pista. Sabemos que están en Rumanía. Hasta ahora no teníamos absolutamente nada, y esto es un gran paso. Los hombres de Luck que logramos capturar no aguantaron nada; murieron enseguida. Los que estaban en la cárcel, al ver morir a los tres primeros, buscaron protección en otras organizaciones.

—¿Cómo es posible? Están en una cárcel rusa.

—Buena pregunta. Eres una chica lista, me alegra ver una parte de mí en ti, pequeña —dice, usando el apodo cariñoso de siempre.

—No me llames así.

—Siempre serás mi pequeña. Nadie te mandó nacer la última.

—Te odio.

Mi hermano finge recibir un disparo en el corazón. Echaba de menos estos momentos tontos con él. Luego sigue hablando.

—No somos la única organización en Rusia. Somos la mayor, la más importante. Nuestro hermano manda en todas las *bratvas* del mundo, pero mucha gente vive de esto. Hay pequeñas organizaciones ahí afuera.

—Si son pequeñas, ¿por qué no las exterminamos?

—Porque no suponen una amenaza real. Si vamos detrás de ellas, solo llamaremos la atención de la policía por algo insignificante. Así que los dejamos existir.

No disfruto jugando con las buenas intenciones de Alexei. Sé que está actuando con el corazón, feliz de verme dar este paso. Y yo, mientras tanto, estoy haciendo un papel. Cuando llegue el momento, le pediré perdón. Pero ahora, necesito cambiar mi situación.

—Entiendo —respondo, apretando el abrazo—. Ayúdame a volver a ser la Sasha de siempre. No soporto este nudo que tengo en el pecho.

Esto es lo más sincero que he dicho desde que bajé de aquel helicóptero.

—¿Qué necesitas?

—Hablar con una profesional.

—Hoy mismo tendrás una aquí. No será fácil convencerlas, ya que tu recado se esparció, tal como ordenaste.

Me río. Esto juega a mi favor. Me facilitará las cosas.

—Consigue una, por favor. Así verán que no las voy a matar. —Siento cómo su pecho tiembla por la risa, y mi corazón se calienta—. Dime dónde está la consulta y voy hasta ella. Si puede ser en un lugar donde haya cosas que ver, donde pueda dar un paseo, mejor. Necesito salir de entre estas paredes.

—Me pondré a ello ahora mismo —dice, dándome un beso en la frente antes de salir.



La única psicóloga que aceptó verme fue la misma a la que le puse un arma en la cabeza. Su consulta está en la zona céntrica de Moscú. No hay nadie más, aparte de su asistente y ella. Los hombres que me acompañan, nada menos que seis, se quedan fuera.

Ella tiene todo mi respeto: no me mira con miedo, aunque sé que lo siente. No sé qué le habrán dicho o cuánto dinero le ofrecieron, pero aquí estamos.

Me acomodo donde me indica y empiezo a soltar un montón de tonterías que la dejan encantada. No para de escribir. Tendrá un

informe extenso para entregar a mis hermanos… si es que no están escuchando en tiempo real. El nivel de sobreprotección al que me someten llega a ese punto.

Pasamos más de una hora hablando. Al final, no me resultó tan incómodo como imaginaba contar medias verdades y dejar claro mi descontento con la situación familiar. Salgo con una nueva consulta programada para la semana siguiente. Fue idea suya, y yo acepté.

Aviso a mis canguros que iré de tiendas. Entro en unas cuantas y compro sin sentido, llenándoles las manos de bolsas. Poco a poco, voy acercándome a mi objetivo.

Entro en una pequeña boutique y cruzo los dedos para que Agatha esté. Compro con ella desde hace años y llegamos a construir una especie de «amistad». Apenas me ve, viene a mi encuentro.

—Actúa con normalidad —le digo cuando nos saludamos.

No fue un movimiento inteligente por mi parte; si alguno de los que me siguen se fija en ella, verá lo tensa que se puso después de abrazarme. Sigo con mi plan, ignorando su evidente nerviosismo. Entro en el probador llevando una gran cantidad de ropa en brazos.

—Necesito salir de aquí sin que me vean. ¿Hay alguna salida que no sea la de delante?

—No puedo ayudarte con esto —dice alterada—. Me metería en problemas.

Es verdad! Y sin contar que no tiene ni idea de quién soy, ni mucho menos de quiénes son mis hermanos. Pero esto es cuestión de supervivencia.

—Te prometo que no. Te daré mucho dinero, todo el que quieras. —Eso le gusta más. Su actitud cambia; ahora es más receptiva—. Apunta una cantidad, la que quieras.

Saco el papel y el bolígrafo que había traído estratégicamente y se los entrego. Miro el número que escribe y me asombro. Para ella es mucho dinero; para mí, no significa absolutamente nada. Tacho lo

que escribió y duplico la cifra. Solo quiero irme, aunque tenga que vaciar mi cuenta bancaria. Necesito alejarme.

—Esto me ayudaría mucho… pagaría mis créditos y el tratamiento de mi hijo.

Estaba a punto de decirle que me daba igual lo que hiciera con el dinero, que se diera prisa en sacarme de allí. Pero la palabra *hijo* cambió todo.

—¿Qué le pasa?

—Tiene una enfermedad rara, y lo que gano no cubre los gastos.

Llevo años comprando con ella, hemos tomado café en varias ocasiones, y nunca le pregunté cómo estaba. No me siento culpable por tener dinero. Me siento culpable por tener demasiado mientras otros tienen tan poco.

—Ayúdame a salir de aquí y te prometo que, mientras yo viva, no os faltará nada.

—Sígueme —dice sin pedirme explicaciones. Sabe que el dinero no es mi problema.

Ella va delante, yo salgo detrás y la sigo. Pero apenas he dado cuatro pasos cuando oigo la grave voz de mi hermano.

—Sasha, vine a invitarte a comer.

¡Y así se frustran mis planes de irme lejos de todo lo que me está matando en Moscú!

Capítulo 4

Sasha

Cada día que pasa me cuesta más mantener el tipo delante de mis hermanos. Estoy llegando a mi límite. Mi mente no deja de dar vueltas, buscando una manera de irme lejos de todo esto.

Desde hace unos días, un nombre que hacía mucho había borrado de mi memoria resuena con fuerza en mi cabeza. Hacía años que no lo recordaba. Siendo honesta, lo desprecio. Y ahora, si quiero salir de aquí, tendré que tragarme el orgullo y llamarlo.

No dispongo de una vasta agenda de amigos a quienes recurrir, y mucho menos para ayudarme a escapar de la casa del *pakhan* de la *bratva*. Él es la única persona que conozco a quien le encanta ir en contra del sistema. De la noche a la mañana pasó de ser un niño normal, con muchos amigos en el colegio, a meterse en líos y desafiar todo lo que le decían que debía hacer. Y, según tengo entendido, sigue igual. Por lo tanto, es mi única posibilidad.

Lo que me frena a hacer esa llamada que podría ser la llave a mi libertad es que lo humillé de todas las formas posibles. Siempre supe de su enamoramiento por mí y no dudé en pisotear su corazón. Era insoportable. Sin embargo, estoy desesperada. No tengo a quién más acudir.

Hoy tengo mi cuarta consulta con la psicóloga y esta vía de escape ya no sirve. Mi plan inicial se estropeó. Todos saben que odio ir de tiendas, y en un solo día entré en casi todas las boutiques de Moscú. Si lo hiciera otra vez, mis hermanos sabrían inmediatamente que estoy tramando algo.

Y para empeorar las cosas, Alexei ha estipulado que, cada vez que tenga terapia, será él quien venga a recogerme para pasar tiempo

juntos fuera de casa.

Así que lo único que me queda es el hombre al que le dije que no quería ni siquiera su saludo.

Ya marqué su número en la pantalla del teléfono prepago que tengo en mi poder no sé cuántas veces. Por algún motivo que desconozco, lo tengo memorizado. Quiero pensar que es una señal.

Soy una persona práctica y directa, y ahora, por más vueltas que le doy, no encuentro otra manera de salir de aquí. Si él es la solución, entonces será a él a quien acuda.

Una vez esté fuera de Rusia, no me encontrarán salvo que yo así lo desee. Pero salir de aquí a espaldas de mis hermanos… eso ya son palabras mayores.

Cierro los ojos y pulso para llamar. Ojalá su ego inflado le haga contestar a un número desconocido.

Suena hasta que la llamada se corta. Vuelvo a marcar, una y otra vez, sin perder de vista la puerta. Shura casi nunca avisa antes de entrar. Cruzo los dedos para que funcione.

—Tienes cinco segundos para decirme quién eres antes de que cuelgue —responde, enfadado por mi insistencia.

—Soy Sasha.

De pronto, suenan tres tonos seguidos. Me ha colgado. ¡El muy idiota me ha colgado!

Lanzo el teléfono encima de la cama, exasperada. ¿Qué pensaba que iba a pasar? Estoy mal de la cabeza. Me colgó porque no quiere hablar conmigo. ¿O será que no cree que soy yo?

No tengo tiempo para seguir cuestionándome. El teléfono prepago suena y me lanzo corriendo por él. Sé que es Lev. Nadie más tiene este número, es desechable.

—No cuelgues. Soy yo de verdad —digo a la velocidad del rayo.

—¿Tus hermanos saben que me estás llamando?

—No, y no pueden saberlo.

—No quiero problemas con el *pakhan*.

—Debo estar hablando con la persona equivocada. El Lev que yo conocía *era* el problema.

—Crecí. Ya no soy aquel niñato que conociste.

Niego con la cabeza, aunque él no pueda verme. Es listo y guapo. Las niñas del colegio se morían por sus rizos castaños, sus ojos color miel, una boca que parecía dibujada a mano y un cuerpo que dejaba claro que iba a convertirse en un hombre grande, aunque sin una gota de responsabilidad. Claro que no estoy en posición de juzgar a nadie ahora.

—Algo de eso oí —miento descaradamente.

—No soy ningún tonto, así que al grano. ¿Qué quieres? La última vez que hablamos, dejaste bien claro que no querías volver a saber nada de mí.

—Sé lo que dije. Pero estoy desesperada. Y eres el único que puede ayudarme.

—No lo soy. Eres la hermana del *pakhan*. Si tienes problemas, pídele ayuda a él. Como te dije: cambié. No quiero líos.

¿Tanto me odia la suerte? No puede ser. Este hombre adoraba los desafíos, tanto que estuvo años detrás de mí. Más que quererme, yo me convertí en un reto, en lo inalcanzable. Y justo ahora que necesito su temeridad, ¿decide convertirse en una persona «correcta»? No. Me niego a creerlo.

Su forma de hablar ha cambiado. No encuentro en él ni rastro de su característica soberbia. ¿Qué se me está escapando?

—Lev, lo digo en serio. Necesito tu ayuda. Y lo más importante: por nada del mundo pueden enterarse mis hermanos.

—Realmente estás desesperada, si me estás llamando a mí para pedirme algo así después de lo que me hiciste. ¿En qué lío estás metida?

¿Qué hago? ¿Le cuento una mentira o me pongo en sus manos en cuerpo y alma?

—Estaba presente cuando la mansión de Luck fue asaltada —le digo—. Pasaron muchas cosas y ahora mis hermanos me tienen retenida contra mi voluntad. Necesito salir de aquí o cometeré una locura en cualquier momento.

—Solo quieren protegerte —razona él.

—No. Quieren controlarme.

Hay una breve pausa antes de que vuelva a hablar.

—Lo que me pides es muy arriesgado.

—Entiendo. Olvídalo, esto fue un error. Por favor, solo no le digas nada a nadie. —Cuelgo y me pongo a caminar de un lado a otro, pensando, en busca de un nuevo aliado. Está claro que Lev cambió y no me había enterado. Pero me niego a resignarme, no voy a quedarme aquí en contra de mi voluntad.

Conquistaré mi libertad, sea hoy o dentro de un año. No creo que esta necesidad de andar por mi propio camino desaparezca, es una urgencia. Las paredes están sofocándome, todo aquí dentro es opresivo, angustioso. Vladimir no tenía más vida que ser la sombra de Mijaíl, pero yo no puedo resignarme a eso. Estoy enfermando, necesito ser dueña de mi vida, de mis decisiones.

Finalmente me acuesto, no sin antes tomar la pastilla que la psicóloga me recetó para dormir. No me gusta hacer uso de fármacos, pero desde hace unos días no me encuentro del todo bien y las pastillas me ayudan a dormir y a olvidar por unas horas mi penosa vida, y además evitan que tenga pesadillas.

Llevo ya un rato durmiendo cuando siento algo vibrar encima de la cama. Doy patadas, alejando la molestia. Logro que pare, vuelvo a cerrar los ojos y la vibración regresa. Me destapo para buscar a tientas el objeto y me encuentro con el móvil desechable. Despierto enseguida; solo puede ser Lev.

—¿Sí?

—¿De veras quieres huir de tus hermanos?

—Sí —respondo con el corazón latiéndome a toda prisa.

—Te voy a ayudar, pero espero que seas consciente de que, si me descubren, yo y toda mi familia estaremos muertos.

—Lev, solo necesito salir de Rusia. Una vez fuera de aquí no tendrás que ponerte en contacto conmigo nunca más, si así lo deseas.

—Hablaremos de eso después. ¿Cuánto dinero tienes disponible en efectivo?

—Aquí, en la mansión Popov, no mucho; medio millón de rublos más o menos, pero en mi casa tengo mucho más. Puedes ir hasta allí y cogerlo.

—Olvídalo.

—¿Seguro? No hay nadie allí, si quieres te paso la dirección y la combinación de la caja fuerte.

—Te creía más lista —me dice con sarcasmo—. El *pakhan* vigila estrechamente tus pasos y los de tu hermano Alexei. Si entro en tu casa sin que tú estés, salgo muerto.

—Tienes razón, no estoy pensando con claridad. Pues aquí no tengo más —digo un poco agobiada.

—Está bien, nos apañaremos con esto. No me llames, yo contactaré contigo. Voy a prepararlo todo y cuando te dé la orden, no mires atrás. Al menor fallo, tú volverás a estar encerrada y yo muerto.

—Eso no va a ocurrir —digo con seguridad.

—Eso espero. Ya nos veremos. —Lev, cuelga y me quedo mirando el pequeño aparato en mi mano con una enorme sonrisa en la cara.

No sé cómo lo haré, pero a partir de ahora tendré que llevar todo el tiempo el móvil encima sin que nadie se dé cuenta. Es de madrugada, hoy saldré a correr más temprano de lo normal y después me encerraré en mi laboratorio. Ese es el único sitio donde tengo privacidad.

Capítulo 5

Lev

Cada día me resulta más difícil fingir que soy el hijo sin cerebro, ese que vive una vida loca sin preocuparse por nada, cuando en realidad soy el responsable de que mi padre aún conserve la cabeza sobre los hombros.

No concuerdo con su forma irresponsable de actuar. Él y mi hermano demuestran día tras día que ninguno de los dos tiene lo que hace falta para ser un *brigadier* como debe ser: alguien respetable, digno de sentarse al lado del *pakhan* en la mesa de reuniones.

No es pecado desear poder. No es pecado aspirar a ser un nombre fuerte, a la altura de la *bratva* de Moscú. La sed de poder está presente en todas las *bratvas* esparcidas por el mundo. ¿Cómo es posible estar cerca del hombre más poderoso de Rusia y no tener ningún poder? Eso es exactamente lo que ocurre con mi padre.

Veo día a día cómo otros reciben más responsabilidades mientras nosotros quedamos estancados, inaugurando locales y abriendo negocios para que Alexei lave el dinero que otros ganan. Recibimos nuestra parte, sí, pero yo no quiero dejar esto como legado a mis hijos. Somos el último eslabón cuando se trata de ser llamados para la acción.

Por eso hago las cosas por mi cuenta.

Durante una de sus borracheras, mi padre me dio una oportunidad. Fue apenas una brecha, pero la convertí en una puerta hacia mis objetivos futuros. Intenté hablar con él, hacerle ver el mar de posibilidades que tenía delante, pero fue inútil. A él lo único que

le importa es tener una puta distinta cada noche y que el poco dinero que le corresponde le llegue puntualmente a la cuenta.

Ivan y yo no le importamos lo más mínimo. Pero no me rindo: intentaré, por milésima vez, hacer que vea el progreso. Un futuro respetable, acorde con el apellido Kozlov. Un futuro en el que tengamos voz y voto de verdad. En cuanto a mi hermano, lo mejor que podría hacer por todos es irse y dedicarse exclusivamente a su pasión en algún lugar lejos de Rusia. No lo juzgo. Lo suyo son los fogones y los libros, todo lo contrario a mí. Yo soy de acción. Me gusta estar en primera línea, en la toma de decisiones, hacer que las cosas sucedan. Sin riesgo no hay victoria, y eso es lo que intento que entiendan cada vez que tengo oportunidad.

Brigadieres que llegaron después de mi padre están ahora más cerca del *pakhan* que él, que ha servido a dos generaciones de los Popov. La verdad, creo que ya está viejo para el cargo. Las pocas decisiones que toma son temerarias, y su obsesión por las mujeres jóvenes le hace tener la cabeza en cualquier parte menos en lo que realmente importa.

—Lev, ¿dónde estás? —me llama una voz.

Hablando del diablo.

—Aquí, en el despacho —digo alzando un poco la voz.

—¿Qué haces en mi silla? —dice con esa soberbia que siempre arrastra.

Todos los que lo escuchan piensan que estamos donde estamos gracias a él, pero si Ivan y yo nos apartáramos, no duraría una semana. Alguien lo mataría, o sería él mismo quien se pegaría un tiro por no saber qué hacer con su miserable vida. Si yo no arreglara sus meteduras de pata a sus espaldas y no me ocupara de los negocios, estaríamos arruinados. Pero esto no es el fin, los Kozlov aún serán grandes dentro de la *bratva*. Yo mismo me encargaré de eso.

—Estoy haciendo lo que tú deberías haber hecho y no hiciste.

Mi respuesta no le gusta. Lo veo en sus ojos. En otros tiempos ya me habría agredido. Le encantaba levantar la mano contra Ivan, contra mi madre y contra mí. Hasta que un día me harté y le hice parar.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así? —espeta.

—Soy el que mantiene esta familia en pie después de que mataras a mi madre.

—¡No te lo consiento!

Nuestra relación está basada en insultos y agresiones verbales, y no podría importarme menos. En la *bratva*, no tengo referencias de hijos que jugaran a los cochecitos con sus padres, o que estos los llevaran al zoológico o a un parque de atracciones a pasar un día en familia. Todos fuimos criados y educados para ser perfectos soldados de la mafia.

Sin embargo, dudo que exista alguien en el mundo que odie más a su progenitor que yo. El hombre al que tengo que llamar padre es despreciable. No le perdono lo que le hizo a mi madre, y él no acepta que su supuesto sucesor lo odie.

—Perdiste el derecho a consolarme o decirme algo el día que me quitaste lo único bueno que tenía en la vida.

—Fue un accidente —dice él, repitiendo su excusa como cada vez.

—Tú la empujaste —lo contradigo.

—No fue así.

—Siempre dices lo mismo y nunca nos cuentas tu versión de lo ocurrido.

Siempre que mis padres empezaban a discutir, las criadas de la casa se apresuraban a alejarnos de ellos. Nunca lo vi atacar a mi madre, pero escuchaba los golpes. La obligaba a no hacer ruido bajo la amenaza de hacerle aún más daño si nosotros nos enterábamos por su culpa.

En su retorcida cabeza, creía que no sabíamos lo que le hacía.

Las marcas físicas nunca fueron visibles, pero bastaba observar a mi madre: la mujer que era cuando estábamos a solas y en la que se transformaba en su presencia… era algo que hablaba por sí solo. Era imposible no verlo.

Aquel día, harta de años de maltrato, decidió plantarle cara. Yo me sentí orgulloso de oírla alzar la voz. Por primera vez en mi vida, desobedecí una orden suya y salí a ayudar a mi madre.

Abrí la puerta de mi habitación y grité: «¡Papá!». Iba a decirle que si volvía a tocarla, lo mataría. Pero no me dio tiempo. El acto de valentía de la mejor mujer que ha pisado esta tierra le costó la vida. Impotente, vi cómo la mataba.

—¡Fuera de mi despacho! —ordena él.

Con tranquilidad recojo mis cosas, rodeo la mesa y voy en dirección a la puerta, la abro para irme y me topo con Ivan, el iluso de mi hermano. En su fantasiosa cabeza aún podemos ser una familia unida. A él no lo odio, pero no acepto ni respeto su capacidad para olvidar. Él, al igual que yo, vio cómo nuestro padre tiró a nuestra madre por las escaleras, pero de alguna manera ha conseguido pasar página de eso y continuar como si nada. Dentro de mí, en cambio, solo hay odio.

De todos modos, él me importa. Aún no me he ido para siempre de esta casa porque, aunque mi hermano sea un plasta, es una buena persona y quiero demostrarle que no soy lo que él piensa de mí. Así que aquí estoy, luchando para que llegue el día en que todos me den el reconocimiento que me merezco.

Antes de que Ivan abra la boca y pregunte por qué increpé a nuestro padre, paso a su lado y me alejo de ambos.

Toqueteo mi bolso y respiro aliviado al confirmar que mi vía de escape está conmigo. Llevo un tiempo sin usarla, pero en este momento lo único que deseo es vaciar el polvo blanco sobre una superficie y esnifarlo hasta no dejar una sola mota.

La imagen de mi madre intentando agarrarse a la barandilla, su melena rubia arremolinándose al viento mientras caía, como a

cámara lenta, hasta que su pequeño cuerpo se estrelló al final de la escalinata, todo retorcido. Su grito agónico, sabiendo que iba a morir, no se borra de mi mente.

Corrí hacia ella, pero no llegué a tiempo. Uno de los *boyevik* me alcanzó antes y me alejó de la casa junto a Ivan, que estaba al pie de la escalera, a pocos centímetros del cuerpo sin vida de nuestra madre. Hasta hoy, no tengo idea de cómo vivió él aquella escena. Es un tema completamente tabú entre nosotros.

Así, sin más, se nos llevaron de la escena del crimen. Quise gritarle al conductor que diera la vuelta, preguntar cómo estaba mi madre, llorar… pero no lo hice. Me quedé en silencio, mirando cómo la casa se alejaba con el cadáver de mi madre dentro. Nos llevaron al colegio igualmente, como si nada hubiera pasado. Ivan tampoco lloró, hizo todo el camino en silencio.

Nunca supe qué pasó después de que nos sacaron de allí. Ni siquiera pudimos despedirnos. Cuando volvimos, sus cosas ya no estaban. Todo lo que recordaba a ella había desaparecido, y lo único que se nos dijo fue que había muerto. Le pregunté a mi padre qué había pasado, y como respuesta recibí un golpe en la cara.

Ivan tenía nueve años por entonces y su primer instinto fue esconderse detrás de mí. Desde aquel día me dediqué a protegerlo. Lo defendía de cualquiera que intentara hacerle daño. Él también cambió: se volvió más tímido, dejó de sonreír. Su único placer era leer, le daba igual qué. Solo quería sus libros, y yo, siempre que podía, se los conseguía. Si no tenía dinero, los robaba.

Nadie en el colegio, ninguno de los que un día dijeron ser nuestros amigos, se acercó a preguntarnos qué había pasado, por qué habíamos cambiado tanto. Nadie nos dio el pésame.

Poco a poco, empezaron a darme de lado porque yo ya no era el mismo, y ahí fue cuando pasé de ser el amigo de todos a ser su enemigo y hacerles la vida imposible. Si ellos no me tenían consideración, yo tampoco la tendría por ellos.

Mi vida se volvió un infierno. No sabía dónde lo pasaba peor: si en casa o en el colegio.

Ivan, poco a poco, fue siendo aceptado de nuevo por sus amigos. A él, que nadie preguntara ni dijera nada sobre nuestra madre, le vino bien porque él tampoco quería hablar de ella. Cada vez que yo la nombraba, se tapaba los oídos y empezaba a tararear en voz alta para no escucharme. Así fue como empezamos a distanciarnos. Me di cuenta de que la única persona que podría comprender mi rabia y mi dolor prefería actuar como si nada hubiera pasado.

Entonces empecé a hacer mi vida por mi cuenta y acabé conociendo a la cocaína: mi única y mejor amiga.



Justo hoy, cuando todavía estoy recuperándome de la casi sobredosis de ayer y lo único que quiero es otra raya, mi hermano viene a decirme que tengo que hacerme cargo de no sé qué mierda de la *bratva*.

Pienso en gritarle a la cara que lo haga él, pero me contengo. Mi hermano, el hijo perfecto, tiene que mantener en pie lo único de renombre que le queda a esta familia: nuestro restaurante. O el suyo, más bien. Él es quien lo dirige, y lo hace bien, eso tengo que reconocerlo.

Indirectamente, soy el responsable de su amor por la cocina. Nuestra madre siempre nos preparaba cosas deliciosas; su sueño era abrir un restaurante. Nosotros ya éramos dueños de varios, aunque sobre todo se utilizaban para blanquear dinero de la *bratva*, no generaban ganancias reales. Hoy en día, por el contrario, todos son rentables.

Ivan fue creciendo y, a escondidas de nuestro padre y con mi apoyo, estudió cocina. Nuestra cocinera se convirtió en nuestra

cómplice. Y ahora, esos restaurantes que antes eran solo una fachada, funcionan. El que más le gustaba a mi madre es hoy uno de los mejores de Moscú. Para conseguir una mesa, tienes que reservar con meses de antelación.

En el fondo, estoy orgulloso de él. Al menos alguien en esta familia es feliz. Hace lo que realmente le gusta sin esconderse, sin que nadie le diga que no vale para nada, que no sirve más que para drogarse y emborracharse.

En cuanto a mí, da igual lo que haga: si sale mal, la culpa es mía. Si sale bien, mi padre se cuelga la medalla. El mérito es suyo.

Yo organizo las transacciones, trato con los proveedores de armas y drogas. He atraído a más gente a nuestro bando y el crédito siempre se lo lleva él.

La verdad es que también odio a mi madre por habernos dejado aquí con él. Ella era la única que nos trataba bien.

El móvil suena en mi bolsillo, sacándome de mis pensamientos. Miro hacia abajo y descubro que he dormido con la ropa de anoche. La verdad, no tengo la menor idea de cómo llegué a casa. Saco el teléfono y cuelgo. El número que aparece es desconocido.

Vuelve a sonar. Lo saco del bolsillo y cuelgo otra vez, así hasta cuatro veces. Finalmente, hastiado, respondo:

—Tienes cinco segundos para decirme quién eres antes de que cuelgue.

—Soy yo, Sasha.

Alejo el aparato de mi oreja y lo miro con incredulidad. Es la última persona que pensé que me llamaría algún día. La última persona en este mundo que quiero cerca de mí.

Cuelgo.

Sasha… Reconocería su voz incluso debajo del agua. Fue mi primer y único amor. Me arrastré por el fango solo para tener su atención cuando éramos adolescentes. Por entonces no sabía que

era la hermana del *pakhan*, si lo hubiera sabido, habría luchado contra mis sentimientos. No me habría permitido ilusionarme.

Cuando pasó lo de mi madre, Sasha me pisoteó. Acabó con la poca autoestima y el poco amor propio que me quedaba. Cuando descubrí quién era ella, ya era demasiado tarde: mi corazón era suyo.

Durante un tiempo me hizo creer que era mi amiga, y justo cuando más la necesité, se burló de mí.

La odio.

Me estiro, saco la bolsa de cocaína de la mesita de noche y la estrujo entre los dedos. En una mano tengo la coca y en la otra, el móvil.

La elección es fácil.

A la mierda mis obligaciones.

Los recuerdos de sus burlas vuelven a mi mente, y la única manera de adormecerlos es desconectándome del mundo. Pero no funciona.

Hago la llamada que me llevará a la muerte.

Marco su número hasta que Sasha contesta.

«¿Qué estoy haciendo?»

Siempre supe que Sasha iba a ser la causa de mi muerte. Y acabo de empezar a cavar el agujero donde seré sepultado.

—No cuelgues. Soy yo de verdad —se apresura a decir.

Capítulo 6

Sasha

Son las cinco de la tarde y sigo encerrada en mi laboratorio. No he salido ni para comer. Nadie se sorprende: me he pasado jornadas enteras aquí dentro más de una vez. Cuando una investigación me atrapa, no paro hasta que el cuerpo me obliga. Pero hoy no logro concentrarme. Todo mi foco está en el teléfono que llevo en el bolsillo de la bata.

He venido a esperar la llamada que puede darme la libertad. Este es el único lugar donde de verdad puedo estar sola: sin cámaras, sin visitas no autorizadas. Un rincón de libertad dentro de esta prisión invisible. Aun así, lucho contra la compulsión de llevarme la mano al móvil. Siento que vibra cada pocos minutos, pero es solo mi mente jugando conmigo. Estoy perdiendo la cabeza.

A la hora de la cena, Shura viene a buscarme. Insiste en que vaya a reunirme con mis hermanos. Le digo que estoy ocupada, pero no me da opción. Me obliga a seguirla, y lo hago sin decir palabra. Estoy demasiado frustrada como para discutir. Temo decir algo de lo que me arrepienta. Si Lev llama justo ahora y no estoy disponible, podría perder mi única oportunidad.

Cuando llegamos al comedor, está vacío.

—¿Dónde están Alexei y Mijaíl? —pregunto.

—Trabajando —responde Shura, escueta.

—Muy esclarecedora tu respuesta.

—No seas maleducada conmigo. No me meto en vuestros asuntos. Me preocupan tus decisiones, eso es todo.

—Eso no es cierto. Te metes en mis asuntos constantemente.

—¿Qué bicho te ha picado hoy? Come, y calla, anda…

Shura está rara. Algo huele mal. Tiene los ojos encima de mí, como si supiera más de lo que dice. Tengo que ser extremadamente cuidadosa.

Pero también hay algo nuevo: por primera vez en veintitrés días me dejan sola en la mesa. Ni siquiera mi guardaespaldas está detrás de mí. Siempre había alguien vigilándome, y ahora, de repente, nada. Sospechoso. Me están poniendo a prueba.

—¿Ellos están bien? —pregunto.

—Claro que sí. No pongas esa cabecita a pensar cosas raras.

Está equivocada. Estoy preocupada, sí, pero no por lo que ella piensa. Me preocupa cómo voy a salir de aquí. Me quiero ir. Y la ausencia de mis hermanos podría facilitar la fuga… o convertirla en un desastre si llegan antes de que me haya alejado. Trago lo que pone delante.

Shura me conoce demasiado bien. Me observa, analiza cada gesto, cada palabra. Sabe que algo no va bien. Me alivia ver cómo finalmente se relaja y se aleja.

Vuelvo a mi habitación, cierro la puerta con llave. No consigo dormir. Me revuelvo en la cama sin parar. Es la una de la madrugada. No voy a tomar el calmante recetado por la psicóloga por miedo a que me llame Lev y no contesto por estar profundamente dormida, no me lo perdonaría. El tiempo pasa lentamente. Finalmente, el sueño me vence…

El zumbido del móvil me hace saltar en la cama. Lo busco desesperada. Por esto no quería dormirme.

—Aquí. Ya estoy —contesto acelerada.

—Va a llegar a tu casa un importante encargo de tu hermano. Al mismo tiempo, recibirán un regalo de alto valor y la compra del mes. Todo a la vez. Tus hermanos no están ni estarán durante todo lo ocurrido.

—¿Están bien?

No me gusta cómo se refiere a Alexei y Mijaíl. Sé que entre ellos y Lev hay tensiones. Su ego nunca soportó que no lo tuvieran en cuenta para las cosas importantes. Pero que sepa que no están en casa me inquieta. Su padre es *brigadier*, así que puede tener acceso a esa información… o algo más.

—Sí. Tienen entre manos algo grande. No volverán hasta bien entrada la tarde.

—¿Cómo sabes eso?

—Mi padre está con ellos. Me avisó.

No me convence del todo, pero no tengo opción. Es eso o quedarme aquí.

—¿Y cómo voy a salir?

—Los dos camiones serán revisados a fondo al entrar y salir. Mientras eso ocurre, tú saldrás en el coche de reparto de la comida.

—¡Pero es Shura quien los recibe!

—La astuta Shura estará como loca intentando atender todo al mismo tiempo. Cuando el móvil vibre, no lo contestes. Solo ve al coche de reparto de la compra. Cómo llegar hasta allí sin que te vean es asunto tuyo. Si lo logras, te sacaremos y nos encontraremos a mitad del camino.

—¿Y eso cuándo va a ser?

—En unas pocas horas.

—Estaré lista.

—Nos veremos pronto.

—Gracias, Lev.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti. Por eso me llamaste a mí y no a otro.

—Hasta dentro de unas horas. Cuídate.

Cuelgo. No puedo permitirme perder su ayuda ahora que estoy tan cerca de salir.

Tenía razón: lo llamé porque sabía que sus sentimientos por mí inclinarían la balanza a mi favor. Pero no pienso hablar de eso. Lo que hubo, quedó atrás. Crecimos. Maduramos. Podemos ser solo amigos.

Soy consciente de que, desde el momento en que lo contacté, puse su vida en peligro. Mijaíl nunca lo ha visto con buenos ojos, pero por respeto a su padre le perdonan las fechorías. Y fueron muchas. Si lo descubren, no sé si podré salvarlo. Por eso tengo que salir cuanto antes, para que no puedan asociarlo conmigo ni con lo que voy a hacer.



Para no levantar sospechas, salgo a correr como todos los días. La única diferencia es que lo hago más temprano de lo habitual. Ahora estoy que me subo por las paredes de la espera. Las horas pasan, y nada fuera de lo común ocurre.

Ya es casi mediodía. El nerviosismo me carcome. El móvil sigue sin sonar y, abajo, la casa es un hervidero de actividad. La gente corre de un lado a otro. No sé qué están descargando de uno de los camiones, solo sé que los hombres lo están registrando palmo a palmo.

¡Qué locura! Está entrando un remolque con un Aurus Komendant. Si no me equivoco, es el mismo modelo que utiliza el presidente. Ese coche es prácticamente un búnker sobre ruedas. ¿Quién demonios ha enviado algo así?

Shura no para de dar órdenes. Va de un lado a otro intentando contactar a alguien por teléfono. Hasta ahora, el plan de Lev se está cumpliendo como lo dijo. Solo falta que el móvil vibre… pero no lo hace.

Agarro el asa de la bolsa donde he guardado el dinero y unas mudas de ropa. Me asomo a la ventana, viendo cómo mi oportunidad se escapa poco a poco. Me cambio la bolsa de hombro; no es muy grande, no podía cargar con mucho sin perder movilidad.

El segundo camión llega y pita con desesperación al de adelante. Y yo… sigo esperando la maldita señal.

Finalmente, el teléfono vibra. El susto me paraliza. Lo saco del bolsillo para asegurarme de que no es otra ilusión. No. Es real.

Me pongo en marcha, pero de inmediato noto un fallo grave en la ejecución del plan: el coche de reparto no está donde debería. No lo veo por ninguna parte.

Shura pasa corriendo junto a mí, tan desbordada que ni se da cuenta de mi presencia, ni del bolso de viaje colgado de mi hombro.

No puedo perder esta oportunidad. Salgo al jardín por la parte trasera. Si me pillan, que sea luchando.

Los camiones están allí. El coche de abastecimiento tiene que estar también. Me pego a la pared y avanzo hasta la esquina de la casa. Por la mañana, durante mi carrera, memoricé la ubicación de las cámaras de vigilancia. No fue un análisis profesional, pero hice lo que pude con el poco tiempo que tenía. Un trabajo improvisado, a lo sumo.

Y ahí está el vehículo. Por alguna razón, hoy no está en su ruta habitual. En esta casa todo funciona como un reloj suizo: mismo lugar, misma hora. Por eso no lo encontraba. He perdido un tiempo precioso.

No será fácil llegar hasta él. No sé si hay cámaras cerca. Tengo la adrenalina a tope. Solo una vez sentí mi corazón latir así: el día que dejé a Sara y a sus hijos atrás y vi cómo Vladimir recibía siete disparos.

El conductor no está dentro. El coche ya ha sido descargado.

—Mierda… —murmuro.

Tendré que improvisar si quiero salir de aquí. Y no hay nada en este mundo que desee más.

Miro hacia atrás. No hay rastro de mi sombra habitual. Hasta mi guardaespaldas ha debido ir a ayudar con el caos.

De pronto, una mano me hace señas. No sé quién es, pero decido confiar. No pienso. Agarro la bolsa y corro en esa dirección. Estoy a unos metros de mi objetivo cuando tengo que retroceder y ocultarme nuevamente detrás de la casa.

Shura acaba de salir y llama al hombre que me estaba guiando.

—¡Mierda!

Oigo un motor arrancar. Me desespero. Si se van, pierdo mi única oportunidad.

No, eso no va a pasar. Me asomo apenas. Nadie a la vista.

Corro. Corro como si mi vida dependiera de ello. Y, de hecho, depende. Si sale mal, que no sea por haberme acobardado.

Llego al coche. Entro en la carrocería, tal como me dijo Lev. Hay un compartimento con fondo falso esperándome. Me meto dentro justo cuando el motor se pone en marcha.

Mi corazón se encoge al escuchar la voz de Shura despidiéndose del conductor con familiaridad. Lo conoce. Y sé cómo funcionan mis hermanos. Todos los que hoy pusieron un pie en esta casa y no son de nuestro círculo… no les espera nada bueno.

Si tuviera otra forma de escapar, no pondría a nadie en riesgo. Les dejé una nota, rogando que no hicieran daño a nadie, que me fui por mi cuenta. Pero sé que no servirá de nada.

Llegamos al control de salida. Oigo pasos. Están revisando el coche, conversan con el conductor como si fueran amigos.

La puerta trasera se abre. La luz entra por la rendija del compartimento. Dejo de respirar.

Estos hombres están entrenados para encontrar cualquier cosa. Me descubrirán.

Dos golpes suenan contra el fondo falso. El ruido es tan fuerte que salto.

Una sombra se proyecta sobre mí. Me tapo la boca, temiendo soltar un solo sonido.

—Puede seguir —dice el guardia, cierra la puerta y vuelvo a respirar.

Durante unos veinte minutos o más vamos a velocidad normal, después el coche acelera tanto que mi cuerpo da tumbos de un lado a otro al tomar las curvas. Intento abrir el compartimento en el que estoy al percibir que el vehículo hace una parada, es tan rápida que vuelvo a mi posición de origen y me sujeto fuerte, ya estamos en movimiento nuevamente. Vamos a toda velocidad.

Aguardo ahí, dentro del fondo falso durante mucho tiempo, no sé cuánto, hasta que un fuerte frenazo detiene el vehículo y la puerta se abre.

—Cambio de planes, no podemos abandonar Rusia. Tus hermanos ya se han dado cuenta de tu desaparición y tienen todos los aeropuertos, legales e ilegales, vigilados —me notifica Lev al abrir el fondo falso.

¿En qué momento entró él en escena?

Capítulo 6

Lev

A cada momento me veo obligado a cambiar mis planes. Para que esto pudiera salir bien, tuve que hacer uso de mi salvoconducto, de esa carta valiosa que guardé bajo la manga durante mucho tiempo. Jamás en mi vida pensé que la usaría para algo de este calibre. Valió la pena tenerla guardada todos estos años. Es de las pocas cosas que mi padre hizo bien. Gracias a él lo conocí y fui testigo de cómo aquel chico problemático, descerebrado y débil físicamente —al que defendí y salvé de la muerte— se hizo poderoso.

Solo él podía ayudarme.

Cuando lo llamé para pedirle ayuda y le conté a quién iba dirigido el operativo, me advirtió que sería peligroso, que si nos descubrían, estaríamos todos muertos. Ante sus palabras, pensé que se negaría. Estaba listo para que cobrara el favor directamente, pero me sorprendió diciendo que lo haría, con una condición: bajo ningún concepto podía verse implicado si algo salía mal.

Me está ayudando sin que sus recursos se resientan en lo más mínimo. Lo malo es que lo que hizo es tan grande, que ahora soy yo quien está en deuda con él. No tengo la infraestructura para montar todo esto por mi cuenta. La idea inicial fue mía; él la perfeccionó y la financió.

Las cosas nunca salen al cien por ciento como uno las planea; sin embargo, esto se está torciendo demasiado. Los dos camiones llevan retraso. El coche que va a sacar a Sasha lleva diez minutos dentro y eso pone en riesgo todo el plan.

—¿Dónde narices estáis? Si no veo por el GPS que estáis ahí en dos minutos, no os va a gustar lo que vais a encontrar cuando

salga… si es que salís.

—Pillé atasco —contesta uno de los conductores.

—Me da igual. Pisa.

—Camión uno, en revisión.

Mis nervios son tantos que no puedo quedarme quieto. De todas las locuras de mi vida, esta es la mayor de todas: estoy secuestrando a la hermana del *pakhan* de la *bratva*. Si esto sale mal y descubren que estoy detrás, no sé qué haré. No hay lugar en el mundo donde pueda ocultarme de la furia de Mijaíl.

—Camión dos, en la cola.

Esto empieza a mejorar. El camión uno no estaba en el acta de servicio de hoy, y las improvisaciones nunca son bien vistas en nuestro mundo. En cambio, el segundo camión sí es aguardado con ilusión. El primero lleva un costoso regalo para el *pakhan*. No es inusual que le hagan regalos; por eso pasará… no sin antes ser revisado y verificado con el remitente. Buscarán en cada rincón cualquier cosa fuera de lo normal.

—Dos, acércate y di que la mercancía que traes tiene que descargarse ya —ordeno por el pinganillo.

Es música para mis oídos ver cómo estamos burlando la tan "eficiente" seguridad de la casa del *pakhan*.

—Traigo las encomiendas del señor Mijaíl Popov. Debo descargarlas ya por la climatología.

El *pakhan* y toda su familia son unos enamorados del arte. No obstante, no les llaman demasiado la atención las obras vendidas en subastas "públicas". Les gustan las piezas que muchos saben que existen, pero pocos han visto. Algunas de las mayores obras están en sus colecciones privadas. Recibí información de que hoy llegarían tres piezas muy exclusivas, robadas hace mucho. Una en especial tiene un valor incalculable para la *bratva*: nada menos que *La Natividad*, de Caravaggio.

Esta obra fue robada en Palermo por la mafia siciliana en 1969 y se le perdió la pista… hasta acabar en manos del *pakhan*. La guerra entre los italianos y la *bratva* es conocida por todos, y corre el rumor de que Mijaíl posee esta pieza, lo cual le otorgará un prestigio incalculable.

—Hazte a un lado para que pase el otro camión.

—No puedo. ¿Dónde me meto? ¿Ya viste el tamaño del camión y de la carga que traigo?

Si Vladimir estuviera vivo, este conductor ya habría recibido un disparo de advertencia por esa contestación.

Buen trabajo. Todo está saliendo tal como lo planeé. No les quedará otra que dejar entrar a ambos camiones a la vez y hacer las revisiones dentro. Un fallo de seguridad monumental.

Los conductores saben que son hombres muertos. Pero dejarán a sus familias ricas a cambio de su vida. No soy un filántropo: hago negocios donde siempre salgo ganando. Les di la opción: aceptar y hacer ricas a sus familias, o negarse y morir, dejándolas sin nada. Una vez hecha la proposición, en caso de negativa, no puedo arriesgarme a que me delaten. La única forma de asegurarme de su silencio es matarlos. Así funcionan las cosas en este mundo.

Por suerte para todos, las dos primeras opciones aceptaron. Así que, de momento, nadie ha muerto.

De este tramo hacia dentro pierdo por completo la comunicación con ellos. Se quitan los pinganillos y se los tragan. Sería una estupidez seguir con ellos y arriesgarse a ser descubiertos. El sistema de inhibición del *pakhan* es impenetrable. Ahora solo puedo esperar.

Los minutos pasan con una lentitud insoportable y no tengo retorno. Si uno de los tres hombres dentro dio el más mínimo motivo para desconfiar, ninguno saldrá de allí.

En caso de ser descubiertos, no podrán apuntarme. No conocen mi cara. Dejar que me vieran sería un error de novato. Sin embargo, si cuentan que fueron extorsionados, Mijaíl no parará hasta dar

conmigo. Es un hombre tenaz y, una vez que se pone a perseguir algo, no se detiene hasta alcanzarlo.

—Estamos fuera —me avisa el conductor del coche encargado de sacar a Sasha.

Arranco el coche y me dirijo al punto de encuentro. Si no comete errores, el hombre encargado de sacarla seguirá con vida. Organicé todo de manera que no tuviera que morir. Tal vez me esté volviendo un sentimental. Lleva años trabajando para Shura, y no quise disgustar a la mujer que crio a Sasha.

Tal como habíamos acordado, el coche se detiene. El conductor abre la guantera, se pone la capucha que le entregaron, baja del vehículo y echa a correr, alejándose. Me acerco, me acomodo al volante y arranco a toda velocidad. A pocos metros de allí lo recogerán y lo llevarán al coche que usa habitualmente para trabajar, el único con rastros de su ADN. El GPS mostrará su ruta de siempre. No hay margen de error en mi plan.

—No te acerques a ningún aeropuerto. Ya se dieron cuenta de que ella no está —recibo la advertencia por el pinganillo.

—¿¡Así de rápido!? ¡No, no, NO! —grito golpeando el volante con fuerza.

—La culpa es tuya. Contrataste a *amateurs*. Uno de los conductores se puso nervioso y lo arruinó. Una cosa llevó a la otra…

—¿Cómo tienes esta información?

—Preguntas demasiado. Soy de la *bratva*, ¿no?

Con esa última frase, da la conversación por terminada.



Pensé que al verla de nuevo iba a sentir odio. El mismo que sentí cuando me humilló delante de docenas de adolescentes que me

detestaban, pero no se atrevían a decírmelo a la cara. Temían las consecuencias. A diferencia de ellos, yo no le temía a nada. Ni siquiera a sus familias. Les partía la cara o hacía algo tan humillante que más de uno acabó cambiándose de colegio.

La única persona que fue inmune a mis fechorías era la joya de los Popov.

Hasta que me rebelé, pensaba que era una más entre los centenares de alumnos de ese maldito colegio. Mi ridículo enamoramiento me hacía seguirla como un perrito. La forma en que descubrí que era intocable nunca se me olvidará. Lo aprendí por las malas. Y la lección quedó grabada a fuego: no podía tocarla. Desde aquel día, hice todo lo posible por irritarla. Pero no servía de nada. Está hecha de otra pasta. No se dejaba abatir. Daba igual lo que dijera o hiciera: Sasha siempre ganaba.

Bajo del coche y voy a sacarla de su escondite. Respiro hondo antes de abrir el compartimiento oculto. Creo que jamás olvidaré la imagen de ella saliendo de ese oscuro agujero. No digo una palabra. Mi rostro permanece inexpresivo, aunque por dentro es otra historia. Hacía mucho que no la veía. Mi reacción es completamente distinta a lo que había imaginado. Pensaba aprovecharme de la situación, humillarla como ella lo hacía conmigo. Pero al verla, al cruzarme con esos ojos azules que creía haber olvidado, veo fragilidad. Veo algo parecido al miedo.

Sasha Popov, con miedo.

Y el único sentimiento que tengo en este momento es el de querer protegerla.

Todos mis planes de venganza se desvanecen en un instante, y me odio por ello.

Camino hacia el asiento del conductor. Al ver que abro la puerta, Sasha corre hacia el lado del acompañante y se acomoda sin decir nada. Aunque la tengo justo al lado, aún no termino de creer que sea verdad.

Capítulo 7

Sasha

Sabía que mis hermanos no se quedarían de brazos cruzados ante mi desaparición, pero lo que están haciendo no tiene nombre. Estamos ocultos en una casa de acogida. Hay tal despliegue detrás de mí que, si llego a asomar la cara por la ventana, me encuentran en cuestión de segundos.

Jamás imaginé que llegarían tan lejos, al punto de ofrecer una recompensa por información sobre mi paradero en la *dark web*. Lev no me permite acceso a la red. Dice que es mejor así, que se están diciendo demasiadas cosas y que incluso hay grupos organizados buscándome.

Después de tres días y dos noches escondidos en esa casa, por fin, con la caída de la noche, nos pusimos en marcha. Lev está pendiente del teléfono en todo momento. Lo noto tenso, distante. Algo grave está ocurriendo. Desde la mañana se comporta de forma extraña, lleva horas evitándome. En el centro de acogida pensé que era porque yo prefería estar con los niños. Allí, me rodeaban constantemente, buscaban mi atención y no me fijé demasiado en su actitud. Pero ahora, encerrados en este coche, el silencio me enloquece.

—Lo siento mucho. No imaginé que Mijaíl fuera a montar semejante operación.

—No lo sientas. Yo sabía que esto podía pasar. A fin de cuentas, eres la joya de los Popov.

No sé cómo sentirme al escuchar eso. Siempre odié ese título. Fue idea de Irina, que insistía en que estaba destinada a hacer cosas

grandes. Y mírame ahora: huyendo como una rata de mi propia casa, incapaz de soportar la presión.

Son las tres de la mañana. El agotamiento empieza a hacer mella en Lev. Ya lo he visto dar dos cabezadas, y seguimos por carreteras peligrosas.

—Tienes que dormir un poco.

—Ya casi llegamos.

Así son nuestras conversaciones. Breves. Cortantes. No entiendo por qué aceptó ayudarme si ahora ni siquiera puede mirarme a la cara. Yo me tragué mi orgullo para llamarlo. Cuando lo hice, lo hice sabiendo que iba a dejarlo todo atrás. Quiero confrontarlo, exigirle una explicación, pero no puedo arriesgarme a distraerlo. El problema es: ¿cuánto tiempo más voy a poder tolerar esta situación? No soy precisamente conocida por mi paciencia.

No mintió. Diez minutos después, detiene el coche entre unas casas medio derruidas. Saca la bolsa, me toma de la mano como si fuera una niña y, sin decir palabra, empieza a caminar rápido. No me cuesta seguirle el ritmo, pero me irrita que a cada paso gire la cabeza para asegurarse de que sigo allí, como si pudiera perderme en la nada. No habla. Solo camina.

Tras unos treinta minutos, llegamos a un almacén abandonado. Empuja una puerta oxidada, me hace pasar y la cierra tras de sí. Por fuera, parece en ruinas. Por dentro, al menos hay dos camas.

—Duerme un poco. Yo haré guardia.

—De eso nada. Tú necesitas dormir.

—No te preocupes por mí. No es la primera vez que paso por algo así. Descansa.

Uno tiene que saber qué batallas pelear, y esta es una que tengo perdida. Si decide dejarme aquí, estoy acabada. Me creí muy lista, pero a las pocas horas de estar fuera me di cuenta de que no estoy a la altura.

Tengo la sensación de que apenas he cerrado los ojos cuando Lev me despierta. Ya tiene su bolsa y la mía al hombro. Me toma de la mano de nuevo, sin ninguna delicadeza, y salimos de allí a toda prisa. Mira constantemente hacia todos lados, con una expresión de auténtico pánico. En segundos, lo que eran pasos se convierten en zancadas. Corremos por calles aún vacías. Le sigo sin decir nada. No es momento de preguntas.

De pronto, Lev me empuja contra una pared, su cuerpo se pega al mío. Desde fuera, parece que estamos besándonos.

—¿Qué está pasando? —susurro.

—Me avisaron de que tu hermano está cerca —responde, justo cuando pasa un coche negro frente a nosotros. No parece uno de los de la *bratva*, pero con la recompensa que hay por mí, debemos desconfiar de todos.

—¿Quién te avisó?

—Por tu seguridad, es mejor que no lo sepas.

Lev se separa, se asegura de que el coche ya se ha alejado y vuelve a tirar de mí. Esta vez no cuestiono nada. Solo lo sigo, sin importar a dónde.

Corremos hasta volver al lugar donde dejamos el coche. Entramos y Lev conduce sin rumbo fijo. Antes de que amanezca, abandonamos el vehículo, lo rocía con gasolina y lo quema para eliminar cualquier rastro de ADN. Luego, tomamos otro coche.

—Este es el tercer coche que cambiamos en poco más de veinticuatro horas —digo, exhausta—. Y al igual que el anterior, tiene las llaves puestas. ¿Quién los deja?

Lev aparta la vista de la carretera por una fracción de segundo y me mira. Es solo un instante, pero en sus ojos hay algo que no me gusta.

—No te preocupes por eso. Como ya te dije, no es mi primer rodeo. Estoy cobrando favores y tirando de contactos.

—¿A dónde iremos? —pregunto, aprovechando que parece más dispuesto a hablar.

—Salir de Rusia en avión es complicado. Cada milímetro de los aeropuertos está vigilado.

—¿Y entonces?

—Iremos a una casa segura de un contacto.

Seguimos en la carretera, pero lo de la casa segura no sale bien. Lev recibe una llamada que lo hace dar la vuelta en mitad de la vía. Le pregunto qué ha pasado, pero no responde. Todo el avance que había logrado con él se desvanece. Vuelve el silencio.

Nuestras únicas paradas son para comprar algo de comer en alguna gasolinera, repostar y continuar por carreteras secundarias hacia un destino que desconozco.

Es como si cada vez que traza una ruta, algo nos obliga a cambiarla: un derrumbe, obras en la vía o mis hermanos demasiado cerca.

Lev, visiblemente agotado, detiene el coche en una zona boscosa que nos oculta de miradas curiosas.

—Intenta dormir. Yo haré guardia.

—No, duerme tú. Llevas conduciendo horas sin descanso.

—No te preocupes por mí. Estoy acostumbrado —dice, agitando una bolsita de cocaína en el aire.

Sé que consume. Lo vi hacerlo, vi cómo compraba en una de nuestras paradas. Me guardo mis reproches. Ya se lo dejé claro: si lo veo demasiado colocado, tiene dos opciones, pasarme la dirección o despedirse de mí. Aceptó sin discusión pasarme la ubicación.

—Te prometo que, cuando logremos quitárnoslos de encima, lo dejaré.

¿Cómo le explico que no vendrá conmigo? No quiero a nadie a mi lado. Quiero espacio para vivir mis emociones sin distracciones. La terapeuta, en su momento, me dio buenos consejos aunque yo no los haya pedido. Me convenció de que tenía que llorarle, soltarlo de

una vez para abrir espacio a nuevas experiencias. Le dije que no lo haría, pero ella, como si supiera más de mí que yo misma, dijo que sí lo haría.

Me aconsejó volver al lugar donde lo vi por última vez y decirle todo: declararme, reprocharle, vaciarme como si lo tuviera delante. Sin contener lágrimas. Sin guardarme nada.

No soy mujer de huir de los problemas. Solo huyo de mi familia, porque son los únicos que tienen el poder de cortarme las alas.

—No tienes que prometerme nada. Eres un hombre adulto, sabes lo que es mejor para ti.

—Me vas a dejar atrás, ¿verdad?

Odio la fragilidad en su voz. No quiero hacerle daño. Está arriesgando su vida por ayudarme. Ojalá pudiera ser diferente, pero la verdad es que mentirle sería peor. Le dolerá ahora, pero al menos no será una sorpresa más adelante.

—Sí. Quiero emprender mi camino sola.

—Déjame ir contigo. Prometo no molestar, no intentar nada. Estoy harto de vivir bajo el mando de mi padre, de no poder tomar mis propias decisiones… igual que tú.

El reducido espacio del coche hace que estemos muy cerca. Le acaricio el rostro y le digo:

—Necesito hacer esto sola.

Me callo. Sé que, para él, cualquier explicación va a sonar a excusa.

—No hace falta que me mientas. Sé que Vladimir está muerto. Es por eso que te quieres ir, ¿verdad?

No era el momento para escuchar ese nombre. En los últimos días ni siquiera pensé en él, y ahora mis ojos se llenan de lágrimas que me niego a soltar. El nudo en mi garganta es enorme. La última persona con quien hablé de él de esta manera fue Shura.

Con la psicóloga, cada vez que lo mencioné, fue con rabia.

El hombre que tengo delante ahora parece hacerse pequeño. No sé cuánto sabe de mis sentimientos hacia el segundo al mando de mi hermano, pero lo suficiente como para saber que lo amé.

—Sí. Odio cada rincón de la casa en la que vivo. En todas nuestras propiedades hay recuerdos de él. Era como un hermano para Mijaíl.

—Era hermano de todos. Siempre estaba ahí para nosotros. ¿Puedo preguntar cómo murió? Nadie sabe nada. Solo que desapareció.

—Dio su vida para que mis hermanos y yo pudiéramos escapar.

No necesita más detalles. Nadie sabrá nunca que nos traicionó. Mijaíl nos reunió solo una vez para hablar de lo que pasó. Después de eso, es como si Vladimir nunca hubiera existido. Nadie volvió a mencionarlo delante de mí.

—Yo también lo habría hecho por ti —me dice con cierta emoción en la voz.

—No quiero que nadie más muera por mí.

Voy a acariciarlo y él pone su mano sobre la mía. Cierro los ojos.

¿Qué está pasando? Llevamos cinco días juntos en la carretera, y cuatro y medio sin hablar. Hubo un leve acercamiento ayer. ¿Y ahora esto? ¿De dónde sale tanta intimidad?

Puedo ver que no va a besarme sin mi consentimiento, como ya hizo una vez cuando éramos niños. Entonces le rompí la nariz, sé que aprendió la lección. No, no hará nada que yo no quiera, pero el bulto en su pantalón no deja dudas de cuánto me desea. Mis ojos, traicioneros, no pueden evitar mirarlo.

—Fue un tonto por no quedarse contigo —dice.

El hechizo se rompe.

—Él nunca tuvo ese interés. Y jamás tendría la oportunidad —sentencio. No me gusta por dónde va la conversación.

—Todos los que te conocían a ti y lo conocían a él, cuando os veían juntos, sabían lo que había. No erais tan buenos actores como creíais —dice con una sonrisa triste.

Decido bajar la guardia. Le lanzo la bolsa con mi dinero, y ambos reímos.

A partir de ahí, la conversación fluye. Me cuenta algunas de sus travesuras, de cómo estuvo fascinado con una americana que trabajó un tiempo en el burdel de Luck, pero que desapareció tan rápido como llegó. Sé perfectamente de quién habla. Si supiera que esa mujer puede meterlo en prisión y lanzar la llave al mar, no se habría acercado a ella ni un centímetro.

Lev sale a buscar comida. Por un momento pienso en irme y dejarlo atrás. Llego a tomar la bolsa con mi dinero… pero desisto. No se merece eso. Está arriesgando su vida y la de su familia por ayudarme. Y yo no soy así de mezquina.

El coche acaba de salir del pequeño bosque cuando un sonido familiar me alerta: un helicóptero.

Me agacho, inmóvil. No tengo dudas: es la *bratva*. No voy a asomar la cabeza para comprobarlo. La tecnología de sus dispositivos no tiene límites.

Saco el nuevo teléfono desechable que Lev me entregó y lo llamo.

—Ya los he visto —responde de inmediato—. No puedo parar, pasé de largo la gasolinera. No te muevas de ahí hasta que yo vuelva. Voy a preguntarle a mi contacto cómo se están acercando tanto.

—Yo me pregunto lo mismo.

—¿Estás segura de que no tienes ningún rastreador encima?

—¿No crees que si supieran exactamente dónde estoy ya me habrían atrapado?

—Tienes razón. Voy a colgar… los tengo justo encima.

—Ten cuidado.

Capítulo 9

Sasha

No tenemos un segundo de paz. No avanzamos. Pasamos la mayor parte del tiempo ocultos, moviéndonos solo unas pocas horas durante la madrugada. Todo lo decide Lev. Estoy en sus manos. Está arriesgando su vida por ayudarme, pero la situación me supera. Quiero hacer algo. No soporto esta sensación de impotencia, así que voy a ponerme en marcha. Actuar por mi cuenta. Puede que salga mal, pero si sale bien, será más fácil que salgamos del radar de la *bratva*.

Desde que abandonamos el penúltimo coche, una idea ronda mi cabeza, y ha llegado el momento de ponerla en práctica. No le diré nada a Lev. Podría no estar de acuerdo, y no pienso pedirle permiso. Frente a una pequeña tienda de víveres, donde él se detuvo a comprar algo de comida, hay una moto aparcada con dos cascos. Una señal divina. Somos dos. Solo faltaría que la llave estuviera en el contacto para que fuera un milagro completo… pero eso no va a ocurrir.

—Lev.

—No te preocupes. Nos iremos enseguida. Solo voy a entrar a por algo y volvemos a la carretera.

Quiero gritarle que entre de una vez. Cuando salga, ya será tarde para opinar sobre mi decisión de cambiar de vehículo.

—¿Confías en mí? —le pregunto justo antes de que se aleje.

—No —responde sin dudar. Me duele escucharlo. Yo confié mi vida a él sin reparos, pero su respuesta fue tajante.

—Haces bien. Estate pendiente del móvil. Cuando suene, sal, aunque estés por pagar. Solo sal. —Finjo una indiferencia que no siento.

—¿Por qué? ¿Qué estás tramando?

—Solo haz caso. Vamos, Lev. No podemos estar tanto tiempo a la vista.

Sigue mirándome, quieto. No le doy opción de interrogarme. Lo empujo suavemente para que entre en la tienda y me quedo en el coche, esperando que se aleje lo suficiente. Lo veo entrar, y entonces salgo a ejecutar mi plan.

Amo mi profesión. Química. Puedo hacer maravillas con poco. En este momento me siento como MacGyver. Dejo todo preparado en el coche para que explote en cinco minutos, justo el tiempo que necesito para hacer un puente en nuestra nueva «adquisición» sin dejar huellas.

Me arrastro hasta la moto, cuidando de no ser vista y sin perder de vista a su dueño. Arranco los cables y hago el puente. No tardo más de veinte segundos en poner la máquina a rugir. El estruendo llama la atención de su dueño y su acompañante, que corren hacia mí. Lev se da cuenta de lo que está ocurriendo, los intercepta, y con habilidad deja inconsciente a uno. El otro corre a socorrer a su amigo. La dependienta de la tienda grita que llamará a la policía. No contaba con esto. Quería un trabajo limpio, sin ruido, pero ya es tarde para lamentos.

Arranco la moto, me acerco a Lev, le lanzo la bolsa con el dinero y acelero.

—¿¡Qué demonios has hecho!? ¡Acabas de decirle a tus hermanos dónde estamos! —grita por encima del rugido del motor.

—¿Vieron tu cara? —le replico, sin apartar la vista de la carretera.

—No.

—La mía tampoco.

No tengo ni idea de a dónde voy. Tomamos una carretera secundaria, y la serpenteo como si la conociera de toda la vida, aunque estoy completamente perdida. Solo me importa alejarnos de ahí cuanto antes.

—¿Desde cuándo la joya de los Popov sabe conducir una moto así?

—Desde hace unos minutos.

—¡¿Qué?!

—Deja de gritarme en el oído y déjame concentrarme en la carretera.

—¡Detén el vehículo, déjame conducir a mí!

—De eso nada. Si bajas, te quedas donde te bajes.

Acelero tanto que los árboles pasan como manchas verdes a los costados. La adrenalina me domina. No oigo sirenas ni helicópteros. Por primera vez desde que salí de casa, siento libertad. El agarre de Lev en mi cintura es tan fuerte que duele, pero no digo nada.

Llevamos horas en la carretera, y la gasolina está por acabarse. No podemos parar en un hotel con esta moto. Seguro ya reportaron el robo. Tengo que idear un nuevo plan, ya. Yo nos metí en esto, y yo debo sacarnos. No sería la primera noche que pasamos en la calle, pero con el coche al menos teníamos un resguardo.

Hoy debe ser mi día de suerte. Aparece un cartel que anuncia un desguace. Miro hacia atrás y Lev me devuelve la mirada: está pensando lo mismo.

—Tenemos vehículo nuevo —afirmo.

Sigo la dirección del cartel.

Aparcamos la moto y nos acercamos a ver el sistema de seguridad. Por supuesto, tiene cámaras. Estamos casi en medio de la nada. Dudo que haya más de dos hombres dentro. El muro alto me impide saberlo. La única opción es entrar y averiguarlo. Me recojo el pelo, subo la capucha y me acerco a la parte del muro que parece

más fácil de escalar. Antes de alcanzarlo, una mano me agarra del brazo.

—¿Qué haces?

—Solucionarlo. Tú espera aquí.

—Sasha. ¡Sasha! —me llama en susurros.

Me libero de su agarre de un tirón, corro y salto el muro. Cruzo los dedos para que no haya perros. Camino hacia una caseta al fondo, más allá de la montaña de coches y motos desechados. Entro. Un hombre joven está dormido sobre un escritorio, frente a las pantallas de vigilancia.

Veo a Lev escalando el muro.

Abordo al hombre por detrás y apoyo mi Griazev-Shipunov GSh-18 en su cabeza.

—Puede llevarse lo que quiera. No diré nada. Tengo un bebé que criar. Soy padre soltero —balbucea. Su voz está cargada de miedo.

—Mátalo —ordena Lev, que acaba de entrar.

Ignoro la sugerencia. No voy a matar a un inocente. Le saco la cartera del bolsillo y se la paso a Lev.

—Se llama Iván —informa Lev, sacando una foto del carnet—. No miente. Tiene una bebé y su esposa murió. Aquí está la esquela.

—Muy bien, Iván. No quiero hacerte daño. Si me ayudas, podrás buscar otro trabajo que te permita dormir en casa con tu hija. ¿Cómo se llama?

No contesta. Presiono el arma contra su cabeza y repito la pregunta.

—Anna.

—Perfecto. Piensa en Anna. Solo quiero hacer desaparecer una moto y salir de aquí con un coche y otra moto que no hayan sido dados de baja.

—No… no puedo —balbucea, aterrado—. Todos los vehículos están aquí para ser desguazados o destruidos…

—Creía que ya éramos amigos —espeto con firmeza—. Que estabas pensando en la pequeña Anna. Lev, ¿cuál es su dirección?

—¡No! ¡No, por favor! ¡Yo coopero, yo coopero! —grita el hombre. No me siento cómoda con esto, pero se trata de sobrevivir—. Hay vehículos que llegaron recientemente, al final del expediente, pero ya están en el sistema —dice al fin.

—Por eso no te preocupes. Yo los borraré. Solo cédeme tu asiento frente al ordenador.

—Tienen clave…

—¡Iván, no te preocupes! Solo levántate antes de que mi amigo decida levantarte él.

Con celeridad, me cede su lugar; Lev es quien ahora sostiene el arma. Me coloco frente al ordenador. No soy tan buena como Misha, pero me defiendo bien. Tecleo durante unos minutos y consigo acceder. Lo primero que hago es borrar la grabación de las cámaras de vigilancia donde aparecemos merodeando en el desguace y dentro del recinto. Accedo a la nube y elimino también esa copia, aunque este último paso requiere más trabajo. Mientras tanto, Lev se encarga de traer la moto para que sea destruida. Será la primera del día. Extraigo del sistema el vehículo que vamos a utilizar, esta vez un utilitario.

La moto nos dio algo de ventaja, pudimos alejarnos más; sin embargo, debo reconocer que el coche es más cómodo. También nos servirá de refugio.

—Iván, ¿hay algún baño que pueda usar?

—Sí.

El hombre me conduce a un habitáculo con condiciones higiénicas precarias, pero en mis circunstancias no estoy para ponerme exigente. Me aseo con un poco más de calma y salgo para que Lev pueda hacer lo mismo.

—¿Hay algún sitio donde ella pueda descansar un poco? —pregunta Lev a Iván.

—Sí, en mi catre. Al lado del baño hay una habitación de dos por dos.

—Muy bien. Sal y no hagas nada estúpido. Piensa en la pequeña Anna.

Lev le muestra la foto de la casa y la cuna de la niña. Iván empieza a llorar desconsolado y a temblar. Quiero preguntarle a Lev cómo logró eso en tan poco tiempo, pero no es el momento. Lo haré cuando salgamos de aquí.

—Te prometo que si no haces ninguna tontería, no le pasará nada —digo, poniendo una mano sobre su hombro—. Vete a tu puesto de trabajo y no te muevas de allí.

La cara de Lev deja claro que no le gustó que le llevara la contraria. Iván sale, poco convencido de que vayamos a cumplir nuestra palabra, y mi acompañante explota.

—¡¿Qué narices crees que estás haciendo?! ¡En cualquier momento puede llamar a la policía!

—Es una persona de bien, solo quiere criar a su hija.

—El infierno está lleno de personas de bien. ¡Despierta! Que sea la primera y última vez que me llevas la contraria —añade apuntándome con el dedo.

—Siento decepcionarte, lo volveré a hacer. No sigas comportándote como un idiota.

No sé qué mosca le ha picado, pero tengo delante al Lev del colegio, a quien no soportaba. Decido dar por cerrado nuestro intercambio, ya que ninguno va a ceder.

Descanso un par de horas hasta que Lev me llama diciendo que es hora de irnos. Antes de abandonar el desguace, le doy a Iván una buena suma de dinero; ojalá hubiera podido darle más. Su cara al ver todos esos billetes no tiene precio. Al final, solo deseo que nos vaya bien a todos, también a él. Lo he dejado todo dispuesto para que solo se descubra lo que ha pasado en el desguace si Ivan abre

la boca. Lev se encarga de asegurarle que, si lo hace, matará a todos los que le importan. Lo odio por eso.

Pronto, estamos de nuevo en la carretera. Seguimos con la misma táctica: nos ocultamos durante el día y viajamos por la noche. Deambulamos de un lado a otro. No le digo nada a Lev para no ponerlo más nervioso de lo que está. Él cree que no soy consciente de su preocupación; por momentos me siento mal por haberlo metido en esto. Está como un alma en pena. No sé la cantidad de cocaína que ya se ha metido en el cuerpo, no se cuida en ningún momento, está todo el tiempo pendiente de mí, de mis necesidades.

—Va a amanecer dentro de poco. Voy a acelerar. El hotel más cercano está a cuarenta kilómetros.

—No podemos volver a hospedarnos con el mismo nombre.

No quiero decirle cómo hacer las cosas; hasta que me vaya, pienso dejarle tener el control, siempre que no ponga en riesgo mi huida. Hubo un cambio en él desde que actué por cuenta propia. Ya no estamos con el coche que sacamos del desguace; ese está en el fondo del río, sin ningún cabo suelto.

—Pensé en eso también. Llegaremos antes del cambio de turno y voy a ofrecerle una propina al de recepción. El hotel es de mala muerte y seguro que al que trabaja allí le vendrá bien un dinero extra.

Cuando llegamos cerca del hotel, me bajo y va a buscar un sitio resguardado para ocultar el vehículo. Lo tapa con una funda que no sé de dónde salió y me dejo conducir por él hasta la entrada. Todo sale según lo planeado y podemos descansar un poco. No me quejo de tener que compartir habitación con él, ni siquiera se acerca.



Llevo once días corriendo de un lado a otro. Lo que estoy viviendo es tan surrealista que hace dos días, mientras Lev dormía, usé droga por primera vez: cogí un poco de la suya. Últimamente no hago más que dejarme llevar. Hay momentos en los que me pierdo en el tiempo; deseo la soledad, hacer las cosas a mi manera. Empiezo a creer que mis hermanos me han puesto un rastreador y están jugando conmigo. Cuando menos lo esperamos, aparece su helicóptero de la nada, llevándose la poca paz que consigo alcanzar. Mi dinero disminuye por segundos.

Hasta que robé un desguace, chantajeé y soborné a una persona, no me había dado cuenta de cuánto vivía en la ignorancia. Ayer, cuando llegamos para hacer el cambio habitual de vehículo y me encontré con el reluciente coche en el que estamos ahora, descubrí que todos los cambios de coches y propinas están saliendo de mi bolsillo. No me quejo; estamos en esta situación por mi decisión. Solo me hubiera gustado saberlo desde un principio. No sé en qué momentos él sacaba el dinero para hacer las transacciones. No me he parado a contar, pero me arriesgo a decir que en menos de quince días ya gastamos más de la mitad de lo que tenía.

Aun así, mis planes no han cambiado. Para salir del radar de la *bratva* voy a ir por mi propio camino, y para eso necesito solidez. Estoy cansada de la persecución de mis hermanos. En un par de ocasiones creí que me llevarían de vuelta a casa; nos sobrevolaron tan cerca que me eché a temblar por el miedo. No logro entender qué está pasando.

—¿Te pasa algo?

—Estoy bien —contesto, seca.

Nuestro medio de transporte de hoy es una moto. Como de costumbre, no fui consultada. Cuanto más dejo todo en manos de Lev, menos cuenta conmigo, pero ahora mismo no estoy segura de que me importe; la paranoia de la persecución y el ansia de libertad ocupan toda mi mente.

—Hay un restaurante a tres kilómetros. ¿Quieres parar? —pregunta con voz preocupada.

—Sí, estoy muerta de hambre —digo, intentando sonar más amigable.

Llegamos al restaurante. Mi cuerpo agradece bajarse de la moto. Me quito el casco sin miedo; ahora les será un poco más difícil dar conmigo. Buscan a una rubia de ojos azules, y la que va en la moto es una morena de ojos castaños. Lev se tiñó el pelo de negro. Yo quería hacer lo mismo, pero hizo de todo para que cambiara de idea y me animó a comprar una peluca. Los cascos también nos ayudan a ocultarnos.

Nos sentamos. Pido un agua mientras miro la carta y Lev se va al baño.

Estoy eligiendo qué pedir cuando veo llegar un coche como los que usa la *bratva* para sus misiones. El corazón me da un brinco. Estudio mis opciones de huida, pero no tengo ninguna. Bajan seis hombres. No entran, se quedan hablando entre ellos, mirando hacia todos los lados. No reconozco a ninguno, pero sé que son de la *bratva* por sus tatuajes. Esta es otra de las muchas desventajas de ser la «joya» de la familia: no conozco a nadie fuera del reducido círculo al que me permitieron acceder.

Tengo un arma conmigo, pero estoy en un local público. No voy a disparar contra los hermanos de la mafia.

Estoy pensando qué hacer cuando Lev sale del baño y los ve antes de que puedan verlo a él. Retrocede. El teléfono desechable que me dio vibra.

—Creo que son hombres de tu hermano. No pude verlos bien, pero estoy casi seguro.

—Yo también lo creo. Pero buscan a una rubia. Tenemos una tapadera.

—Pide comida para dos. Llegaré y actuaré como tu pareja.

Su plan no me gusta, pero para mi desgracia, no tengo otra alternativa.

—¿Qué te pido?

—Algo que no sea abundante. Necesitamos salir de aquí cuanto antes, sin llamar la atención.

—Te dejo, están entrando.

Pido una bandeja de sushi y unos *dumplings*. Toda el hambre que tenía desaparece. De beber, pido una cerveza sin alcohol para él y un agua para mí. Siento los ojos de todos sobre mí. No es posible que me reconozcan… o eso quiero creer.

Lev vuelve a la mesa. Antes de sentarse a mi lado, besa mis labios. Le correspondo, y al hacerlo, siento un hormigueo que no puedo describir. La comida no tarda en llegar. Estamos por comer nuestro tercer *sushi* cuando su móvil suena, llamando la atención de todo el restaurante. Al ver cómo está hablando, entiendo por qué dejó que todos se fijaran en nosotros.

Saca un par de billetes, más que suficiente para pagar la comida, avisa al camarero que nos íbamos y abandonamos el restaurante media hora después de haber llegado. Nos montamos en la moto, ya sé que en la próxima parada la cambiaremos por otro vehículo. Ese es el *modus operandi* que seguimos desde que comenzamos nuestra huida. Aceleramos y en cuestión de segundos estamos fuera del alcance visual de los rusos que habían entrado al restaurante.

Lev toma las curvas a tal velocidad que temo que nos vayamos al suelo. No puedo ver a qué velocidad vamos, pero no me queda duda de que está muy por encima del límite. Zigzagueamos por carreteras hasta llegar a una casita abandonada en medio de la nada.

—¿Qué lugar es este?

—Sasha, esto me está superando. Tus hermanos están cada vez más cerca de pillarnos… —dice, nervioso.

—Soy consciente. Ahora contesta: ¿Qué lugar es este?

—Conozco a alguien que nos puede ayudar.

—¿Qué - lugar - es - este? —repito, molesta.

—Es un local de descarga de un conocido.

Suspiro, mirándolo con preocupación. Cada vez hay más gente ayudándonos… y eso no puede ser bueno.

Capítulo 10

Sasha

Todavía no lo creo, parece un sueño. Por fin logramos salir de Rusia. No fue nada fácil, pero Lev no se rindió y me sacó de allí.

La casa en la que vamos a quedarnos es pequeña, de una sola habitación. El mobiliario es anticuado y está algo deteriorado.

—Buscaré algo mejor —se apresura él a decir.

—No me quejo. Aquí puedo salir a caminar por la calle sin miedo a que, de un momento a otro, me encuentren.

La sola idea de poder caminar entre estas cuatro paredes siendo yo misma, sin miedo de que echen la puerta abajo y aparezcan mis hermanos, es suficiente para mí. Este lugar es perfecto. El barrio y la casa no estarían entre las primeras opciones de mi búsqueda en condiciones normales, pero no estoy eligiendo, estoy huyendo. Reconozco que tenía un gran apego a la comodidad… y aquí no la hay. Sin embargo, ya estoy enamorada de este sitio.

—No te relajes. El poder de tu hermano es muy grande. Si sus enemigos descubren que estás aquí, podrían querer secuestrarte para chantajearlo.

Resoplo, molesta. No voy a permitir que me haga sentir como si siguiera en casa. Estoy harta de tanta sobreprotección por su parte.

Mientras buscábamos una manera de huir, nos vimos en tal aprieto que no dudé ni un segundo en aceptar que pidiera ayuda a gente a la que yo jamás debería acercarme. No sé quiénes son. Las palabras de Lev fueron: «Tengo un contacto que nos puede sacar de aquí. Sin embargo, es alguien a quien jamás deberías acercarte. Ya

agoté mis recursos y no tengo a quién más cobrar o pedir favores. ¿Qué hago?».

Confío en Lev. Sé que jamás revelará a quien sea que le esté ayudando que yo soy la hermana del *pakhan* de la *bratva* de Moscú, pero… empiezo a tener sentimientos encontrados: odio su sobreprotección y, al mismo tiempo, me encanta. El que haya sido honesto conmigo y me consultara antes de tomar una decisión me hizo verlo como nunca lo había visto. Durante nuestro viaje lo ahogué en preguntas y me respondió todo lo que pudo, pero no me reveló la identidad de su aliado. La persona que le ayuda le habla en inglés. Por más que intento adivinar quién es, no tengo la menor idea.

Abandonar el suelo ruso no fue tarea fácil, dadas todas las dificultades que mi hermano nos puso. A duras penas logramos llegar a Arcángel, a 1224,6 kilómetros de Moscú. No avanzábamos, y esto no me dejó otra alternativa que aceptar la ayuda de un desconocido. Desde la cuna sé que no debemos aceptar favores de extraños, y mucho menos quedar en deuda con uno.

Pero ya no actúo con racionalidad desde hace veinte días, estoy dispuesta a hacer lo que sea por mi supervivencia.

Nuestra salida del país fue surrealista. De un momento a otro, me vi frente a una estructura digna de la *bratva* Popov. Nos recogió un coche blindado negro que nos llevó al puerto y allí tomamos un barco carguero. Quien lo viera desde fuera, pensaría que era solo eso; sin embargo, dentro me esperaban todo tipo de lujos: ropa apropiada para el frío extremo, toda de mi talla, cremas y champús de la mejor calidad… Durante todo el trayecto, pese a la dureza del clima, viví como la Sasha Popov que fui alguna vez. Todo lo que me servían era de primera.

Después de poder bañarme en condiciones, algo que no ocurría desde hacía semanas por culpa de los hoteles de mala muerte donde nos hospedábamos, sentí que renacía. Salí de la ducha renovada. Me volví a ocultar bajo el disfraz que había adoptado y fui al encuentro de mi acompañante.

El barco nos llevó hasta la Bahía de Diviná, en el mar Blanco. Atracamos en una zona despoblada. Allí, casi en medio de la nada, había una pequeña pista de vuelo con una aeronave lista para sacarnos del país. Volamos hasta Helsinki, en Finlandia. Aún no me sentía tranquila. Todavía estaba demasiado cerca del radar de la *bratva*.

Estuvimos allí dos días. Nos despertaron a mitad de la madrugada. Sin decirnos nada, nos llevaron al aeropuerto y nos metieron en otra aeronave más grande. Durante el trayecto hicimos dos paradas, cambiamos de avión y volvimos a despegar. Por más que pregunté a dónde íbamos, la respuesta siempre fue la misma:

—Sé tanto como tú. Mi contacto se ocupó de todo.

Después de no sé cuántas horas de vuelos, llegamos a Ciudad de México y sentí que todo valió la pena. Aquí me siento segura. No es que los tentáculos de la *bratva* no puedan llegar hasta aquí, pero es más difícil. Fuera de estas cuatro paredes, no saldré de mi personaje de mujer morena y de ojos oscuros. Cuando estoy con este disfraz, me siento libre.

—Vamos a dar una vuelta, comprar algunas cosas y conocer los alrededores —propone Lev.

—No puedo seguir gastando dinero —digo. En el avión revisé cuánto nos queda y me asusté al ver cuánto hemos gastado en menos de un mes.

—Ya estoy solucionando eso. Dentro de poco no tendremos problemas de liquidez.

Acabamos de llegar y no voy a decirle, al menos no ahora, que ya logré mi objetivo. Que le estoy agradecida, pero que ya no lo necesito. Me quedaré con él una semana más y luego cada uno tomará su camino. Este es el final de nuestro viaje juntos. Es lo mejor para los dos.

Camino por las calles de Ciudad de México como si nunca hubiera salido de Rusia. Estoy maravillada. Todo aquí tiene tanto color, tanta vida… es tan distinto de mi país. Estudié fuera, sí, pero nunca estuve

sola. Siempre había unos cuantos hombres velando por mi seguridad. Aquí solo estamos Lev y yo.

Ojalá pudiera actuar como una turista cualquiera, hacer fotos para mis redes sociales, a las que tengo completamente abandonadas. Tiramos nuestros móviles. Él consiguió aparatos nuevos con números de este país. Siento ganas de hacerme fotos… pero no lo hago. Esta no soy yo.

Sin ser consciente, le cojo la mano; ocurre de manera tan natural que me provoca satisfacción. Caminamos así durante todo el paseo. El ambiente es tan ligero y distendido que simplemente nos dejamos llevar. Lev me hace probar varios trajes típicos, me compra un sombrero mexicano, nos reímos como dos adolescentes. Ignora mi negativa y me hace fotos. Lo estoy pasando tan bien que termino posando para él. A nadie le importa ver a dos blancos casi transparentes haciendo el ridículo por sus calles. Es tan distinto de mi país, donde cualquier cosa mínimamente fuera de la rutina es motivo de escrutinio… Estoy maravillada.

Nos acercamos al mercado artesanal y me vuelvo loca. Lo de que tenemos que cuidar el dinero se me olvida por completo. Compro, sin sentido, todo tipo de boberías que veo y cojo. Me doy cuenta de que los sentimientos de Lev son verdaderos. No intenta absolutamente nada conmigo, solo me admira. Su mirada hacia mí es de adoración; cada vez que sonrío, lo hace conmigo. Cada cosa que toco y dejo en su sitio, él la compra sin que me dé cuenta.

Una inofensiva hoja cae sobre mi cabeza; se apresura a quitármela. Quizá sea verdad eso de que ha cambiado. Lo tengo delante, parado en un puesto, comprándome alguna tontería, y tengo que admitir que es un regalo para la vista. Está guapísimo. Los ojos verdes, resultado de las lentillas, le quedan increíbles. Se gira y me pilla observándolo. No me queda otra que actuar con normalidad. Estoy segura de que la manera en que lo miraba no es precisamente educada. Le sonrío; es lo único que puedo hacer para aliviar mi bochorno.

—Estuve investigando restaurantes en este mercado —dice, mirándome a los ojos. Siento un hormigueo en el estómago.

—Me apetece comer, tengo hambre —respondo mientras humedezco los labios.

Sonríe por mi actitud. No lo hice con segundas intenciones, pero me gusta el juego que está surgiendo entre nosotros.

—Encontré uno que tiene muy buenas críticas —me cuenta sonriendo. Le ofrezco mi mano y me dejo guiar por él, como vengo haciendo desde que le pedí ayuda.

No me atrevo a abrir la boca para no arruinar el momento más de lo que ya lo he hecho para mí misma. Desde que aterrizamos, me encuentro teniendo pensamientos muy contradictorios. Caminamos por los pasillos del mercado sin perder de vista la multitud de colores que nos rodea. Estoy completamente fascinada por este lugar. Acabo de decidir que quiero pasar una larga temporada aquí.

El local donde vamos a comer es pequeño. Nos ofrecen una mesa sin privacidad, pero no nos importa. Miramos la carta y se me hace agua la boca con casi todo lo que leo. Pedimos como si no hubiera un mañana: nachos con carne como entrante, fajitas variadas, chimichangas (ninguno de los dos sabe lo que son, las pedimos solo porque el nombre nos llamó la atención), enchiladas y una michelada mexicana.

No dejo de masticar ni un segundo. Todo está riquísimo. Lo acompaño con una margarita que mantiene la sonrisa en mi rostro. Últimamente he bebido más de lo habitual y en un par de ocasiones le robé coca a Lev. Ahora que logré alejarme de los tentáculos de mis hermanos, nunca más volveré a acercarme a los estupefacientes, pero un vodka o una margarita de vez en cuando no me va a matar.

—¿Por qué me miras así? —pregunto a Lev, que ha dejado los cubiertos y está embobado contemplándome.

—Jamás imaginé que comieras esta cantidad.

Me río con su comentario. Antes, a cualquiera que se hubiera atrevido a cuestionar cuánto comía, le habría respondido mal. Sin embargo, ahora me hace gracia. Me meto otra cucharada en la boca y lo señalo con el dedo.

—Que sepas que no perdono el postre.

Lev sonríe. La verdad es que nunca en mi vida he comido tanto como ahora.

—¿Y qué será?

—La capirotada.

—¿Y eso qué es?

—No tengo la menor idea, pero tiene buena pinta.

—Yo tampoco.

No dejo nada en el plato.

—¿Todavía serás capaz de cenar?

Como si fuera una niña, asiento repetidamente con la cabeza.

—Se te ve adorable así. Estoy conociendo a otra Sasha… y no sé cuál me gusta más.

La sonrisa desaparece de mis labios.

—Lev…

—Perdón. Se me escapó. Cumpliré mi palabra. No voy a intentar nada contigo, salvo que tú me lo pidas.

—Eso no va a ocurrir. —Prefiero ser sincera con él. El buen clima se esfuma.

—También decías que jamás seríamos amigos. No digo que hayamos llegado a tal categoría, pero… buenos colegas, después de todo lo que pasamos para llegar aquí, creo que sí somos —dice, con esa sonrisa que no se le borra desde que llegamos a este país.

—Colegas —le ofrezco la mano y la acepta—. No creas que me caes bien. No lo haces.

—Anda, comilona. Vámonos de aquí antes de que no quede nada para los demás.

—¿Cómo? ¡Todavía tengo hambre!

Tira de mí y volvemos a pasear por el mercado.



Los días aquí están siendo de ensueño. La presencia de Lev no me molesta; respeta mi espacio, no insiste en acompañarme a todas partes. Camino sola y libre por las calles. No descuido mi seguridad: siempre observo todo a mi alrededor, aunque nunca he visto nada que me ponga en estado de alerta.

La compañía de Lev está siendo placentera. Su respeto por mi privacidad es tal que puede pasar todo un día sin que nos crucemos. Al final, soy yo quien va detrás de él para saber por dónde anda, qué está haciendo… Lo de decirle que me voy y que él se quede ha quedado aparcado, por ahora.

Es uno de esos momentos en los que estoy buscándolo cuando un ruido seco, algo que se rompe, me pone en alerta. Me llevo la mano a la cintura, pero no tengo mi arma: está en la mesita de noche y yo estoy en la cocina.

«Mierda».

Cojo un cuchillo y me dirijo hacia el sonido. Entro sigilosamente y descubro a Lev, enfadado, lanzando cosas por los aires.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —contesta, dándome la espalda y dejándome sola en el salón.

Voy detrás de él. No lo voy a dejar así. Si fuera yo en su lugar, él haría lo mismo por mí. Le cojo la mano, deteniendo su huida.

—¿Qué ha pasado para que estés así?

—Nada, de verdad. Ya lo solucionaré —replica, rehuyendo mi mirada.

—Estamos juntos en esto, ¿no? Vamos, cuéntamelo.

Él suspira y, al fin, me mira.

—Mi padre lleva días insistiendo en que vuelva a Rusia. Como no lo hice, bloqueó mis cuentas. Estoy sin dinero.

Sí, tiene motivos de peso para estar furioso. Estos días hemos gastado sin miramientos, confiando en lo suyo. Tendremos que reorganizarnos financieramente.

—¿Cómo podemos conseguir liquidez?

—Ya se me ocurrirá algo.

—Tranquilo, contemos lo que aún queda de lo mío.

Con los ánimos por los suelos, vamos hasta donde tengo el dinero guardado. Sacamos la bolsa con la que salí de Moscú, que estaba casi llena de billetes y ahora apenas abulta. Ambos nos sentamos sobre mi cama y contamos lo que queda. Al final del recuento, ninguno dice nada.

Tenemos que encontrar una fuente de ingresos urgentemente.

Capítulo 11

Lev

Llegar a México fue complicado. La persecución que sufrimos fue digna de una película de acción; en más de una ocasión estuvimos a punto de que nos pillaran. Siempre supe que Sasha era una mujer fuerte, pero no imaginaba cuánto. Aguantó la presión sin una sola queja. Cuando había que correr, corría; cuando tocaba ocultarse a la intemperie, no protestaba. Cuando las provisiones escaseaban, no pedía comida. Es una fuerza de la naturaleza.

Nunca la perdí de vista. Aunque fingí que dormía a ratos, estaba siempre pendiente de sus pasos. Al principio estaba seguro de que iba a marcharse y dejarme atrás, le veía en los ojos el deseo de seguir su camino.

Jamás se lo diré, pero en todas estas semanas que llevamos juntos la he visto llorar muchas veces. Y nunca fue por miedo, cansancio o hambre; siempre era por Vladimir, llegando incluso a beber y drogarse para olvidarlo por un momento. No dije nada. No estoy en condiciones de juzgar a nadie, pero la vigilo para que no se le vaya de las manos. En un mismo día buscó desahogo dos veces, y ese es un juego peligroso. Tanto como un pacto con el diablo.

Estoy tan pendiente de ella que ya no puedo engañarme a mí mismo: irremediablemente, he caído otra vez en sus garras.

Respiré aliviado cuando aterrizamos en México. Sus hermanos están moviendo cielo, mar y tierra para encontrarla. La búsqueda es tan intensa que todas las personas a las que intenté pedir ayuda desaparecían de mi radar. El único que accedió (no por caridad, porque en mi mundo esa palabra no existe, sino porque me debía una gran suma de dinero), al poco me envió un mensaje diciendo

que su deuda estaba saldada, junto con el comprobante de la transferencia. Después, silencio. Lo llamé y no respondió. Solo me llegó otro mensaje pidiéndome que no lo buscara. Lo último fue una advertencia: «Te has metido en un gran problema». El mensaje era temporal y se borró enseguida; apenas tuve tiempo de leerlo.

La ciudad, la casa donde estamos… nada fue elegido por mí, todo lo hizo mi aliado. Mi idea era irnos a un pueblito apartado, lejos de las grandes urbes. Pero cuando se lo mencioné, ni me escuchó. Me dijo que se encargaría de todo y me colgó. Como sé que no sirve de nada discutir con él, seguí sus instrucciones hasta llegar aquí. Él siempre intentó reclutarme para la primera línea y siempre me negué. Como se sentía en deuda por haberlo salvado, me daba un trato preferente. Pero eso ya es historia.

Y pensar que le di largas durante años para acabar cayendo en sus garras por salvar a la hermana del hombre al que estoy traicionando… Da igual lo que haga: al final de todo esto, estaré muerto. Aquí no se puede servir a Dios y al diablo. El *pakhan* y el *naslednik,* mi aliado, son iguales; la única diferencia son sus intereses. Uno quiere más poder, el otro quiere venganza.

Naslednik. Hasta que nos rescató y nos metió en ese barco, no lo veía de ese modo, pero ahora sí. Es de la realeza. Su apodo le queda perfecto: su imperio lo respalda. Incluso viendo la vida que lleva, sin mover un dedo, no imaginaba que tuviera tanto poder. Pero ahora ya no me debe nada. Solo espero que después de esto me permita hacerme un nombre, como él hizo.

Abro la aplicación bancaria para hacer una transferencia y tener un mínimo de autonomía. PIN incorrecto. Lo intento de nuevo. Incorrecto. Repito la acción tantas veces que la cuenta termina bloqueada. Pero la contraseña es correcta; ayer mismo accedí sin problema. Al principio desespero, pero después, mi rabia se convierte en una ira fría. Sé quién tiene las respuestas.

Cojo el teléfono y marco un número a través de una red segura.

—Ivan, ¿pasa algo con las cuentas? —voy directo al grano.

—¿Qué has hecho esta vez? Padre ordenó congelar todos tus activos —responde mi hermano, como si yo fuera la mayor carga de su vida.

Por seguridad, todos los hermanos de la *bratva* tenemos las cuentas en bancos bajo control de la organización. Eso le da a mi padre el poder de hacer lo que le venga en gana con nuestro dinero.

—¿Con qué derecho? ¡Es mi dinero, lo gané trabajando!

—Está como un animal encerrado, exigiendo que te traiga de vuelta. Dos veces tuve que salir del restaurante para calmarlo.

—¡¿Cuándo va a entender que no soy una marioneta que puede manejar a su antojo?!

Ivan no dice nada, así que guardo silencio. No soy el orgullo de mi familia. Somos tres, y yo soy la bala perdida. Pero nadie pregunta por qué.

—Puedo dejarte algo de pasta —responde al fin mi hermano—. Pero que sepas que algo gordo te espera cuando regreses. Está desesperado.

Siempre es lo mismo. Sé exactamente lo que me espera.

—Seguro que se metió en alguna transacción estúpida y espera que lo saque del lío. Pero ¿sabes qué? Esta vez no lo haré.

Ivan guarda silencio, sé que está preocupado. Todos los errores de mi padre le salpican directamente. Sus negocios son siempre lo primero que nuestro querido progenitor ofrece como pago por sus cagadas.

—De acuerdo, lo arreglaré, pero lo haré por ti, no por él. En una semana vuelvo a Rusia y lo soluciono —digo, resignado. No puedo dejar que Ivan se hunda por culpa de ese imbécil.

—Gracias —responde con alivio—. Mientras tanto, me hago cargo. ¿A dónde te mando el dinero?

—No hace falta. Ya me las arreglaré.

—Como quieras. Cuídate.

Cuelgo, apretando el móvil con tanta fuerza que cruje. Como no puedo romperlo, agarro un adorno horrendo que tengo delante y lo lanzo contra la pared. Después otro, y otro.

Lo mejor que mi padre podría hacer por sus hijos sería morirse. El día que eso pase será el más feliz de mi vida. Solo entonces podré hacerme cargo de lo que es mío por derecho. Seré el *brigadier* de los Kozlov que él nunca fue.

El olor de su perfume llega antes que ella. No quería que me viera así. Está feliz, por fin ha conseguido lo que quería: dejar Rusia. Ojalá pudiera hacer yo lo mismo. Después del recuento del dinero, el ánimo se vino abajo. Le prometí encontrar una solución, pero con el nuevo panorama no tengo margen de maniobra. En esta ciudad no soy más que un inútil. Tengo contactos en México, pero no aquí, no en la capital. Y además, no sé cómo se lo tomaría el *naslednik*. Me dijo explícitamente que no hiciera nada sin su conocimiento.

Me alejo de Sasha, saliendo al exterior de la casa. No quiero descargar mi frustración con ella. El móvil vibra en mi mano. Es un pésimo momento para hablar.

—Diga —respondo, sabiendo perfectamente quién es.

—Tengo un trabajo para ti.

Me pongo en alerta. Nunca antes me habló directamente así. Nada con el *naslednik* es casual. Todo tiene un precio.

—¿De qué se trata? —pregunto con cautela.

—Cincuenta de los grandes.

Alzo las cejas, impresionado. Eso resolvería nuestro problema económico al instante. Muy oportuno. Empiezo a desconfiar de mi mala suerte. Cada vez que algo sale mal, el *naslednik* aparece con una solución. ¿Será que me he convertido en su subordinado sin darme cuenta? Es demasiada casualidad que, apenas unos minutos después de quedarme sin acceso a mis fondos, aparezca esta oferta.

—¿Tienes mi teléfono pinchado?

No debería hablarle así, pero estoy furioso.

—Puede —responde, como si no fuera nada.

—Ese no era el trato —refuto, con los dientes apretados.

—No soy tu padre para que cada vez que te encapriches con algo vengas a mí, lo consigas y luego te hagas el digno. Ahora te tengo en mis manos.

—No. Yo voy por libre. Siempre lo has sabido.

—Sí, pero nunca he estado de acuerdo. Hazte a la idea: ahora eres mío. Esperé mucho a que llegara este momento. La paciencia es una virtud. Mi deuda está más que saldada, así que ahora, si digo «túmbate», te tumbas. Si digo «ladra», ladras. Desde el momento en que decidiste traicionar a tu *pakhan*, estás en mis manos. Porque de lo contrario, puedo decirle dónde estás reteniendo a su hermana sin que sepa que fui yo.

—¿Por qué haces esto? —espeto rabioso.

—Vi potencial en ti. ¿Quieres el trabajo, o no?

Mi padre hizo de todo para acercarme al *naslednik*. Siempre insistió en que trabara amistad con él, propiciaba encuentros entre nosotros. Durante mucho tiempo, fui su único amigo. Me recompensaba cada vez que se enteraba de que lo defendía. Decía que él sería grande en Rusia.

En el colegio, nadie lo miraba salvo para pegarle o humillarlo. Nunca supe por qué le hacían aquello. Cuando yo no estaba cerca, llegaban al punto de escupir en su comida y obligarlo a comer o a beber agua del inodoro. Y eso no era lo peor, pero yo siempre lo defendía.

El día que dijo que estaba en deuda conmigo y que llegado el momento me pagaría con creces, ambos podíamos haber muerto. Si no fuera por mi fama, los chicos no habrían parado de agredirnos. Sin pensarlo, tiré mi cuerpo sobre el suyo para que dejaran de golpearlo con palos y patadas. Me llevé varios golpes hasta que se dieron cuenta de que era yo quien estaba encima.

Ahora, la mayoría de los que lo agredían están muertos. Y sé quién los exterminó. Tenía mis dudas, pero ya tengo la certeza.

Sin nada que hacer, entro en la casa y encuentro a Sasha sin color. Me acerco, preocupado.

—¿Qué te pasa? —pregunto, temiendo que haya escuchado mi conversación.

—Nada.

—No me mientas. —Termino la frase justo cuando corro a sostenerla antes de que se caiga al suelo. Algo me dice que está desfallecida de hambre. Desde que supimos que estamos sin dinero, no volví a verla comer—. ¡Sasha! —la llamo.

—No es nada. Seguro no me sentó bien algo de lo que comí en la cena.

—Tienes hambre, no lo niegues. —Me alegra que no discuta—. A partir de mañana, volveremos a comer bien.

—¿Cómo? ¿Qué vas a hacer? Tu intento de carterista salió mal, ¿recuerdas?

No quiero ni recordarlo. Soy un mafioso, no un ladrón de poca monta. Ese episodio está catalogado como el peor de mi currículum. Ojalá nadie lo sepa jamás.

—Por lo menos lo intenté —me defiendo, en un intento fallido de bromear.

—¿Qué tienes en mente, entonces?

Tiro de ella y la hago acostarse. Me siento a su lado. Conociéndola, no se va a tomar bien la noticia.

—Hoy por la noche ejecutaré un trabajo muy bien pagado.

Tal como esperaba, frunce el ceño.

—¿De qué se trata?

—Algo sencillo —respondo sin mucha convicción. La verdad, no tengo la menor idea de dónde me estoy metiendo.

Sasha hace amago de levantarse. Antes de que se incorpore, me pongo de pie con intención de salir de la casa. No quiero discutir ahora. Sus brazos me rodean por detrás. Sé que es una estrategia para evitar mi huida, pero eso a mi corazón le da igual.

—¿Somos un equipo? —susurra en mi cuello, y mi piel se eriza.

—Sí.

—Entonces cuéntame. ¿Qué trabajo es ese?

Maldita sea, es una arpía. Conoce mis sentimientos por ella y los usa para sacarme información.

—De acuerdo, te lo contaré.

Me gira para enfrentarme a ella y nuestras miradas se conectan. En momentos como este me engaño pensando que está desarrollando sentimientos por mí.

—Dime. Estoy contigo en esto.

—¿Has oído hablar de Fiodor, en Rusia? —Empiezo a cantar como un pajarito. No es que tenga mucha información, pero comparto lo poco que sé.

—Sí.

—Pues bien. Alguien muy poderoso le encargó que eliminara a un mexicano, y en el último momento rechazó el trabajo. Así que me lo han ofrecido a mí.

—¿Y por qué lo rechazó?

—A mí también me gustaría saberlo. Lo único que sé es que lo aceptó, y al cuarto día de estar aquí, se echó para atrás y se fue.

—¿Y eso no te hace pensar que algo no va bien con este encargo?

—Claro que sí. Pero estamos sin dinero, y con lo que me pagarán podríamos despreocuparnos por una buena temporada.

—¿Cómo ha llegado a ti esa gente? —sigue preguntando, directa y seca. Desde luego, cuando se comporta así nadie podría decir que no es la hermana del *pakhan*.

—Tengo contactos.

—Esa no es una respuesta. ¿Cómo?

Tiene que ser tan terca, siempre queriendo saberlo todo… A veces parece que es ella quien me cuida y no al revés.

—La persona que nos está ayudando tiene mucho poder. Y cuando le conté nuestra situación, dijo que vería cómo solucionarlo.

Acabo de mentirle en toda la cara.

—¡Esto no me gusta nada! ¿Quién es esa persona? Quiero saberlo. No, mejor: quiero conocerlo —exige.

Mi mayor miedo se materializa en forma de palabras. Tengo que mantenerla lejos del *naslednik*, cueste lo que cueste.

—Esto no funciona así, y lo sabes.

—Cada día estás más en manos de alguien de quien ni siquiera conoces el nombre. Quiero una reunión con él. Me parece ridículo que te refieras así a alguien —refuta, exaltada.

—Muy bien, pues entonces no lo haré. Adiós al encargo. Ya buscaré otra forma de ganar dinero, pero por nada del mundo te pondré frente a frente con mi aliado, ¿entiendes? Eso no ocurrirá mientras yo respire.

—De eso nada. Harás el trabajo. Pero te prohíbo seguir hablando de mí con esa persona. ¿Él sabe quién soy?

—¿Qué? ¿Me tomas por loco? —respondo, alzando la voz—. Para el mundo eres la prima de tus hermanos. Y el selecto grupo que conoce tu verdadera identidad daría la vida por protegerte. Saben que eres intocable. Que, si algo te pasa, todos estarán en problemas. Eso hace que tu cabeza valga mucho para los enemigos de la *bratva*.

—Me alegra saber que lo tienes claro y que no vas a hacer nada estúpido.

Suelto un gruñido de descontento. Desde que la saqué de su casa no había visto este lado de ella, cuando se lo propone puede ser una auténtica perra. Esta es la Sasha de la que me enamoré en el colegio... y que me pisoteó sin compasión.

—He hecho todo lo que me has pedido, te he alejado de tu familia, tienes tres identidades diferentes que yo te he proporcionado, y ahora me tratas así. ¿Sabes qué? Mejor sigo mi camino. No puedo quedarme al lado de alguien que no confía en mí.

Intento liberarme de su agarre, aunque no estoy poniendo todo mi empeño en ello.

—Vamos, no te pongas así. ¿Me abrazas, por favor? —me pide, poniendo voz de niña, y mis débiles intentos de librarme de ella desaparecen.

«heredero»

Capítulo 12

Sasha

No me encuentro bien. Prometí no volver a hurgar entre las cosas de Lev, pero bastó con sentirme otra vez acorralada, ese apretón en el pecho, para recaer. En cuanto me dio la espalda corrí a remover sus pertenencias buscando algo que me tranquilizara. No me gusta nada lo que planea hacer. Me siento fatal: tengo náuseas, cierta sensibilidad en las manos y, para colmo, me bajó la regla. Me las arreglaré con lo que tenga a mano hasta poder salir a comprar lo necesario.

No podía haber un día peor para que Lev aceptara ese encargo. Por más que intento encontrar sentido a su plan, solo veo errores. Fiodor solo acepta trabajos que suponen un reto; le resulta tan fácil acabar con la vida de alguien que, si el objetivo no representa al menos un desafío, simplemente lo rechaza. Él aceptó la misión en primer lugar, vino aquí y, a los pocos días, se retiró. ¿Por qué haría eso? Está claro que hay algo turbio detrás, y no voy a dejar que Lev se meta solo en esto. No puedo concebir que le pase algo mientras intenta, torpemente, ofrecerme una vida mejor. Si quiere morir, tendrá que hacerlo cuando yo no esté con él.

—Deja de dar vueltas —dice al notar cómo lo observo mientras se prepara para salir.

—¿Hay algo que pueda hacer para que cambies de idea?

—No. Todo irá bien, confía en mí.

—Dime quién es el objetivo.

—No.

Lev ha tomado la fea costumbre de huir cada vez que lo presiono; lo que aún no ha entendido es que yo no me doy por vencida con facilidad. Esta mañana me dejó con la noticia y desapareció. Esta vez no le funcionará. Tiro de su mano y lo obligo a girarse hacia mí. No calculo bien la fuerza y nuestros cuerpos chocan. Para evitar que yo caiga, él me sujeta por la cintura y quedamos pegados como nunca antes.

Instintivamente, rodeo su cintura con mis brazos, estrechándolo aún más. Su mirada baja hasta mis labios. Me los humedezco sin pensarlo, y siento cómo su erección late contra mi cuerpo. Mi centro reacciona. Sin saber qué estoy haciendo, fricciono levemente mi cuerpo contra el suyo. ¿Qué me pasa? Hace unos días, con solo tocarme la mano, me daban ganas de matarlo. La idea de que me tocara me repugnaba. Y ahora soy yo la que lo provoca, disfrutando de sentir cómo su deseo crece.

La lujuria me domina. Doy un paso atrás para poder mirar entre nuestros cuerpos y confirmar su erección, y, contra todo pronóstico, es Lev quien se avergüenza. Se aparta, intentando ocultarse. No digo nada. Sé que fui demasiado lejos. Solo estoy coqueteando; no quiero realmente nada con él y no sería justo jugar con sus sentimientos.

Me giro y voy a la cocina a buscar algo de comer. No tengo hambre, es solo una excusa para darle espacio y permitirle recomponerse sin la presión de tenerme cerca.

Poco después, sin planificación real, Lev sale a cumplir el encargo. Cada aspecto de su plan me desagrada. No tiene información precisa del objetivo, no sabe por qué quieren eliminarlo. Cuando le pregunté, respondió que no había indagado, que no era asunto suyo. No ha estudiado el terreno ni conoce el diseño de la casa. Solo tiene una foto, que ni siquiera me dejó ver de cerca.

No vivimos de caridad. Soy consciente de que todo lo que tenemos (los lujos, el confort) proviene de negocios ilícitos. Pero me gustaba pensar que, al menos, no matábamos a inocentes a sabiendas. Bastaron unos días fuera de mi burbuja para entender

que todo tiene un precio. Si estás dispuesto a pagar, siempre habrá alguien que te dé lo que quieres. Yo jamás habría hecho daño a aquel padre soltero del desguace, pero me aterrorizó la facilidad con la que lo amenacé para conseguir lo que necesitaba. Todos somos muy íntegros hasta que estamos en desventaja. Y Lev lo está.

Las horas pasan y no regresa. Su plan era simple: infiltrarse en la casa mientras el hombre dormía, hacer el trabajo y salir sin ser visto. Según él, sería rápido y limpio. Lo de «rápido» ya ha fallado. Lleva más de seis horas fuera. Pronto amanecerá y no tengo idea de dónde está. No puedo llamarlo, solo me queda esperar. Ya di tantas vueltas en esta minúscula casa que creo que voy a enloquecer.

Por fin, escucho la puerta. Corro a su encuentro y no le dejo entrar, lo agarro del hombro y lo examino de arriba abajo buscando heridas. Al ver que está ileso, lo abrazo con fuerza. No puedo describir el alivio de tenerlo aquí, vivo.

—Me tenías muerta de preocupación —suelto sin pensar.

—Ya veo… me gusta este recibimiento.

Tomo conciencia de lo que estoy haciendo y me aparto. Mis manos acaban de recorrer todo su cuerpo.

—¿Por qué tardaste tanto?

—El hombre vive en una fortaleza. Logré acercarme, pero casi me descubren. Estuve escondido en un árbol. Los perros comenzaron a ladrar y salieron más de veinte hombres a revisar todo el lugar, pensé que no saldría vivo.

—¿Y los perros no encontraron tu rastro?

—Hoy no era mi día de morir. Pasaron varias veces por debajo y no me delataron.

—No vas a volver allí —sentencio, como si dependiera de mí.

—Sí volveré. Algo pasó en esa casa. Escuché muchos gritos.

Sus palabras me hacen fruncir el ceño.

—¿Qué tipo de gritos? Podrían estar de fiesta…

—Sé distinguir los gritos de alegría de los de terror. Y aquellos eran de los segundos.

—Olvídalo, Lev. Estamos en su territorio. Lo que pase aquí no es asunto nuestro.

—Ve a dormir. Por la mañana, con la cabeza fría, veremos qué hacer —dice mientras tira suavemente de mí hacia el interior de la casa. Me besa la mejilla y se deja caer en el sofá, donde duerme desde que llegamos.



Una semana después, y tras tres intentos fallidos de asesinar al supuesto objetivo, Lev está irritable. Sé que gran parte de su mal humor se debe a la falta de dinero. Vivimos con lo justo. Ya agotamos las pocas reservas que teníamos. No le pregunto por su trabajo, solo lo siento regresar frustrado cada noche. Estoy en contra de todo esto, algo en mi interior me dice que este hombre es demasiado poderoso y por eso Fiodor abandonó el encargo.

—Sasha, necesito tu ayuda —dice desde el marco de la puerta de mi habitación.

—Dime.

—Me llegó el dato de que mi objetivo cenará esta noche en un restaurante muy exclusivo. Quiero que me acompañes.

—Solo si me cuentas el plan.

—Lo voy a matar allí. Tengo el plano del restaurante y sé cuántos hombres lo escoltarán.

Me deja boquiabierta. Pensaba que Lev iba a ciegas, pero veo que, finalmente, ha empezado a actuar con algo de método. El único problema es que no tenemos ni para pagar un agua, mucho menos

para vestirnos como corresponde. Así no nos dejarán ni acercarnos al aparcamiento.

—Hay un agujero en tu plan.

—No lo hay. Le conté a mi contacto lo que averigüé y él cubrirá todos los gastos: la cuenta, la reserva, nuestras ropas… incluso se asegurará de que estemos en una mesa cercana al objetivo.

—¿Comida buena y gratis? —Sonrío, animada al ver que, aparentemente, todo está bajo control—. En ese caso, estoy dentro.



Llegamos con retraso al restaurante y nuestro objetivo ya está en el interior. Me negué a acompañar a Lev sin saber nada sobre el hombre cuyo asesinato voy a encubrir y, para mi sorpresa, confirmé con frustración que él tampoco sabe mucho.

Ya en el coche, de camino a nuestro destino, exigí ver la foto del objetivo. La estudié con atención para poder reconocerlo cuando lo tuviera delante. Su complexión robusta y ese bigote de mariachi lo hacían inconfundible: lo localicé enseguida. Al pasar junto a su mesa, me repugnó la manera en que me miró. No fue discreto, ni mucho menos respetuoso.

Me adelanté a Lev, que me lanzó una mirada fulminante, y tomé asiento frente al objetivo. Algo en mí gritaba que no debíamos actuar allí. Acababa de complicar su plan. La primera lección que me dio mi padre fue: nunca ignores tu instinto.

El muy cerdo, ignorando por completo la presencia de Lev, me guiñó un ojo. No puedo creer su descaro. Es cierto que el vestido que llevo no es precisamente recatado, pero eso no le da derecho a mirarme como si fuera un pedazo de carne. Sin embargo, su interés en mí se desvanece al llegar su cita.

Parpadeo varias veces, creyendo estar viendo mal. No puede ser cierto. Estirando mucho, la cría que se acaba de sentar a su lado tendrá dieciséis años. Le doy esa edad solo porque va cargada de maquillaje y vestida como una cualquiera, aparentando ser mayor.

No sé cómo hacen las cosas aquí, pero en la *bratva*, Mijaíl prohibió expresamente el tráfico y la prostitución de menores. Los niños son sagrados para nosotros. Siempre admiré a Mijaíl por enfrentarse a los viejos miembros de la Hermandad, hombres mayores que él, curtidos en mil batallas, que se vieron obligados a aceptar esa norma. Pero este animal frente a mí claramente disfruta de las jovencitas.

Aprieto con fuerza el borde de la mesa para no lanzarme sobre él y matarlo ahí mismo. Sin pudor alguno, le veo agarrar la mano a la chica por encima de la mesa. Ella intenta zafarse, y veo cómo la aprieta con fuerza, haciéndole daño.

Lev nota el cambio en mi actitud. Se muere por girarse y ver qué ocurre, pero no puede; si lo hace, llamaría demasiado la atención.

—¿Qué pasa? —pregunta, sin poder contener la curiosidad.

Tomo la servilleta, simulo que me limpio los labios y murmuro:

—A tu objetivo le gustan las niñas.

Intenta girarse, pero no le da tiempo. Un hombre entra, disparando directamente hacia nuestra mesa. El objetivo, con reflejos rápidos y una frialdad nauseabunda, usa a la chica como escudo. Su cuerpo pequeño recibe el disparo que iba dirigido a él.

Sus hombres irrumpen armados hasta los dientes. El caos se desata. Lev ve su oportunidad y saca su arma pero uno de los hombres del objetivo lo descubre. Antes de que pueda dar la alarma, le disparo en medio de la frente en mitad del caos, salvando así la vida de Lev, que me dirige una mirada de asombro.

No es la primera persona que mato. Y, como antes, no siento nada. Esa no era una persona inocente, pero algo en mí se rompe de pronto, recuerdo a Vladimir y pierdo la capacidad de moverme.

Veo los labios de Lev moverse, pero no escucho sus palabras. Finalmente, me arrastra fuera del restaurante.

Al pasar junto al cuerpo sin vida de la chica, oculto mi rostro contra su pecho. No puedo dejar de mirar. Era solo una cría, ahora irreconocible. Su cuerpo está acribillado, ese cerdo la usó para salvarse.

Afuera, el tumulto es descomunal. La gente corre en todas direcciones, intentando huir antes de que lleguen la policía y los periodistas. Nosotros deberíamos estar haciendo lo mismo, pero me he quedado clavada.

En una esquina, una pareja humilde observa todo, gente que no tendría lugar en ese restaurante en condiciones normales. No hacía falta que nadie me lo diga: son los padres de la joven. Lloran desconsolados, ignorados por todos.

Me suelto de Lev y corro hacia ellos, tensa.

—La niña de ahí adentro es vuestra hija, ¿verdad? —No pregunto, afirmo.

—Era... —balbucea la mujer.

—Cállate, mujer —la interrumpe el hombre.

—Quiero ayudaros, pero necesito saber qué ha pasado —insisto.

—No pienso perder otra hija por culpa de ese hombre. Si esta señora puede ayudarnos, quiero escucharla —dice la mujer, enfrentando a su marido.

—¿Y tú crees que una niña rica extranjera podrá hacer algo contra él? Mira dentro. La policía acaba de llegar, ha ido directo a protegerlo a él. Ni se han molestado en cubrir el cuerpo de nuestra hija. Saben que somos los padres, y ni siquiera nos han dirigido la palabra.

Aprovecho su discusión para intervenir.

—¿Tenéis dinero para sepultarla? —pregunto con suavidad.

—No, señorita —responde la mujer.

Lev frena el coche frente a nosotros y me llama. Lo ignoro.

—¡Kira! —grita. Ese es el nombre que escogió para mí cuando salimos.

Debo irme, no puedo permitir que me involucren en esto. Pero me conozco, y sé que no me marcharé sin ellos. El tiempo apremia; cada minuto llegan más coches de policía.

—Venid conmigo. Yo cubriré los gastos.

—Gracias, muchas gracias —repite la mujer entre lágrimas. El marido sigue sin confiar, y no lo culpo.

—No hay nada que agradecer. Solo quiero ayudar. Vamos.

—Necesito ver a mi hija —dice la madre, sollozando.

El padre no añade nada. Está destrozado.

—No puedo quedarme. Si me descubre la prensa, será malo para mis negocios —digo, sin mentir del todo—. Si queréis mi ayuda, subid ahora mismo al coche.

Mis palabras suenan más duras de lo que quería, pero no tengo tiempo.

—Gracias, señorita, pero nos quedaremos.

El hombre elige justo ese momento para volver a abrir la boca. Hubiera sido mejor que la mantuviera cerrada.

—¡Tenemos que irnos ya! —grita Lev desde el coche.

Entonces el universo juega a nuestro favor. El padre mira hacia el interior del restaurante y ve al asesino de su hija, sonriendo mientras lo atienden. No ha sido él quien apretó el gatillo, pero sí quien la usó como escudo. Uno de los policías patea el cuerpo de la chica al pasar, sin ningún cuidado.

Los tres vemos la escena atónitos. Una falta absoluta de respeto y humanidad.

Me encamino al coche, me siento y cierro la puerta con fuerza. El padre se gira y corre hacia mí.

—¿Qué estás haciendo, Sasha? —susurra Lev entre dientes. Es la primera vez que lo veo tan enfadado desde que salí del fondo falso

de ese maldito camión.

—Intentando averiguar quién es ese hombre —le respondo. No hay tiempo para explicaciones, solo puedo pedirle que me siguiera el juego.

El padre golpea la ventanilla. La bajo.

—¿De verdad nos va a ayudar?

—Si subís al coche ahora, sí.

—Iremos con usted.

No espera mi contestación, abre la puerta trasera del vehículo, empuja a su mujer dentro y se acomoda a su lado.

Por el camino, nos cruzamos con más coches de policía y reporteros. Salimos justo a tiempo. Menos mal que estoy disfrazada: hoy soy pelirroja, el pelo me llega a la cintura, tengo los ojos verdes y los labios muy gruesos, todo gracias a trucos de maquillaje.

—Decidnos dónde vivís y os llevaremos a casa.

—No, no. No podéis ir hasta allí. No podemos garantizar vuestra seguridad —se apresura a decir la mujer.

—Por nosotros no os preocupéis, solo queremos ayudar. —Se miran entre ellos y, al final, lo dicen.

—Vivimos en Tepito. No es seguro que entren allí con un coche como este, y menos por la noche.

Lev, al escuchar el nombre del sitio al que quiero meternos, se confunde y pisa el freno en lugar del acelerador, dándonos un buen golpe. Me mira, pero hago como que no lo veo.

—Por motivos obvios no podemos llevaros al hotel donde estamos hospedados. Así que nos arriesgaremos. De verdad quiero ayudaros.

—Podemos parar en casa de mi hermana, que es un poco más segura —dice el marido.

—Estupendo, dime la dirección y la pongo en el GPS —se adelanta Lev, para no darme tiempo a decidir.

Al cabo de un rato, llegamos al lugar. La casa, si es que se puede llamar así, es pequeña y humilde. Una mujer, con marcas visibles en el rostro que manifiestan lo dura que ha sido la vida con ella, nos permite pasar.

Hay niños durmiendo en el suelo del salón. Son unos cuantos; no hay dónde acomodarnos. El esposo de la mujer aparece cojeando y nos sugiere ir a la cocina. Mira por todos lados para asegurarse de que no haya nadie vigilándonos y nos pregunta, desconfiado:

—¿Quiénes sois? ¿Tenéis idea de con quién os estáis metiendo?

—Somos una pareja de empresarios. Estamos aquí de vacaciones. Nos encontrábamos allí, y al ver a la chica entrar, algo me dijo que no estaba allí por voluntad propia.

La madre empieza a llorar. Su cuñada se acerca a consolarla, el padre tiene la mirada completamente perdida. Es una familia destrozada.

—No teníamos otra opción —rezonga el padre.

—Sí que la teníamos. Podíamos haber huido, irnos a otra parte, y te negaste.

—Le debo mucho dinero. ¿De verdad crees que no nos iba a buscar? Estoy muerto por dentro. Mi niña se fue. Pero tenemos tres hijos más. Si nos escapamos, moriremos todos.

Tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no vomitar. Siento cómo mi cuerpo está a punto de devolver todo lo que tengo dentro. La conversación es entre ellos, pero sé por dónde va, y me asquea enormemente. Me siento mareada. Todo da vueltas. ¿Cómo es posible que ocurran cosas así? ¿Cómo un padre entrega a su hija como pago?

Aprieto la mano de Lev para que me ayude; tengo la sensación de que voy a caer en cualquier momento. Él ya se ha familiarizado con mis síntomas y empieza a acariciarme la espalda. Su toque va relajándome poco a poco. Tengo miedo de no ser capaz de aguantar toda la historia.

Ellos siguen discutiendo, echándose cosas en cara como si no estuviéramos presentes. Es horrible lo que se están diciendo: los hijos son el pago por los errores de los padres. Y no es solo esta familia: hay más gente.

La gota que colma el vaso es cuando conozco la edad de la chica. Era solo una niña. No llegó a tocarla; le estaba siendo entregada en ese momento. Según el trato al que habían llegado, sería suya por cuatro años.

No puedo más. Creo que me voy a desmayar. Necesito alejarme por unos minutos.

—¿Dónde está el baño? —pregunto, intentando hablar con voz lo más normal posible.

Paso por encima de los niños dormidos en el suelo. No sé cuántos son, solo sé que son muchos. La dueña de la casa me conduce al cuarto de baño.

El aseo es pequeño; la taza del váter está casi debajo de la ducha. Todo es muy precario. Mi pregunta es: si esta casa está en mejores condiciones y ubicación, ¿cómo será la de la otra familia?

Cierro la puerta y, sin poder retener el vómito, me inclino sobre la taza. Todo sale de mi cuerpo como un chorro a presión. Por más que intento no hacer ruido, es imposible. Me tiemblan las piernas, pero no puedo arrodillarme; de hacerlo, me destrozaría las rodillas en el suelo de hormigón.

Una mano sujeta mi cabeza y aparta el pelo de mi rostro. Sé que es Lev, y me tranquiliza saber que él está aquí.

Dejo salir todo. Con su ayuda me incorporo, acepto el vaso de agua que me ofrece la señora, me lavo la boca y recibo con gusto el abrazo que él me da.

—Esto es horrible —digo por fin.

—Vives alejada de las trincheras. Esto es más común de lo que te imaginas. En nuestro medio de trabajo vemos atrocidades así casi a diario.

Habla con tanta frialdad que lucho por no empujarlo lejos de mí. No concibo que pueda ver esto como algo normal.

—Tengo que hacer algo para ayudar a las personas en esta situación —afirmo, conteniendo las lágrimas.

Lev mira a su alrededor, se asegura de que no hay nadie cerca y me reprocha en voz baja. No puedo recriminarlo. Una buena parte de mi riqueza viene de la mafia. Casi a diario me entero de las disputas y guerras entre ellos, pero no de estos casos. Y quiero seguir en la ignorancia. No creo que pueda vivir sabiendo que los míos hacen estas cosas. Es horrible.

—Estás ofreciendo algo que nosotros necesitamos: ayuda. No tenemos dinero. ¿De dónde lo vas a sacar? —pregunta, bajando la voz.

—¡Voy a ganarlo! —digo con determinación, y salgo del baño, dejándolo atrás—. Ustedes, se acabaron la discusión y los reproches —los interrumpo, renovada.

Ahora que tengo la atención de los cuatro, pido las respuestas que vine a buscar.

—Para empezar: ¿quién es ese hombre, qué hace y cómo podemos dar con él? —Voy directa al asunto. Deseo salir de aquí cuanto antes.

—No digáis nada. No sabemos quiénes son estas personas —dice el dueño de la casa.

—Si vamos a volver a eso, entonces me voy. Ya tuve esta discusión con ellos —Llamo a Lev, que parece aliviado con la posibilidad de irnos sin involucrarnos.

Me despido de la familia y salgo de la cocina, dejándolos en medio de una nueva discusión. Si no vienen detrás de mí, no sé cómo haré para regresar. Pero de una cosa estoy segura: no me alejaré de esta casa sin tener todas las respuestas.

Una mano sujeta la mía y me encuentro con una mujer de unos treinta años.

—Soy Margarita, la hija mayor de los dueños de la casa. ¿De veras puedes ayudarnos? —pregunta, sujetándome el brazo con las dos manos. Es como si no quisiera que me fuera. Será ella quien me cuente lo que quiero saber.

—Quiero hacerlo. Pero para eso necesito saber a qué y a quién me enfrento.

Ella me mira con una mezcla de miedo y cautela.

—Cuando se trata de ese hombre, no basta con querer. Hay que poder.

—Quiero y puedo ayudaros. Tengo poder para ello.

Mi contestación la agrada. Suelta un pesado suspiro; es como si se liberara de algo, y me suelta la mano.

—El hombre que mató a mi prima responde al nombre de Don Antonio. Se hace llamar «empresario» del ramo del ocio y entretenimiento. Está emparentado con altos cargos, y cuando digo altos, son *muy* altos cargos de la política y la policía. Aprovechándose de esa influencia política, se hace con los terrenos donde viven familias sin recursos como nosotros. Nos ofrece mucho dinero para reformas, mejores estudios para nuestros hijos, amueblar la casa... Todo muy goloso para quienes nunca tuvimos nada. Todos aceptan el dinero, y una vez que eso ocurre, sus vidas se vienen abajo.

»Pocas familias invierten ese dinero en mejoras —nos indica con la mano el estado de su casa. Quiero hacer preguntas, pero tengo miedo de interrumpirla y que deje de hablar, así que la dejo continuar—. La mayoría sufre algún «accidente», gasta el dinero en eso y vuelve a buscarlo, enredándose cada vez más en su red.

Lev está detrás de mí, sé que desea irse, alejarme de esto, pero sabe que no me iré de aquí hasta escuchar todo. Lo miro y sujeto su mano porque sé que lo que viene a continuación va a chocarme.

—¿Qué pasó con tu familia?

—Mis padres, como todos en la colonia, aceptaron su dinero. Nunca habían visto tantos billetes juntos. Al día siguiente, nos fuimos para la casa de mis tíos y mandaron derribar nuestra casa para dar inicio a la obra. Cuando ya no había una tabla de pie, mi hermano fue secuestrado. El rescate era más de lo que tenían. Don Antonio apareció y les ofreció más dinero. La casa de mis tíos es pequeña, no cabíamos todos y mis padres aceptaron su nuevo ofrecimiento. Esta misma semana se llevó a mi hermana. —No se lo diré, pero sus padres son los culpables de sus desgracias. Ella me mira, como si supiera lo que pienso—. No culpe a mis padres, donde vivíamos eran cuatro tablas y suelo de tierra.

—No les juzgo —me apresuro a decir.

—Si lo haces, puedo verlo en sus ojos.

—Lo siento. —Margarita ignora mis disculpas y vuelve a narrar.

—Mis padres pagaron el rescate de mi hermano, él ahora vive en Estados Unidos y nos ayuda como puede. Logramos levantar esta casa; pocas familias lo consiguen. Pero todo fue a peor cuando recibimos la noticia de que mi hermana estaba embarazada. Sabíamos lo que pasaba con los niños que nacían allí. Siempre que teníamos oportunidad nos encontrábamos con ella. Dio a luz a gemelos, son los que están en el suelo del salón.

—¿Son hijos de él? —Ella confirma mi pregunta con la cabeza.

—Sí, y tuvimos suerte porque fueron niños. Por eso los tenemos en casa. De lo contrario, no sabemos qué hubiera pasado.

—¿Cuántos embarazos tuvo tu hermana?

—En su segundo embarazo vino una niña, no sabemos qué fue de ella, después hubo otro. Un niño nació muerto, tuvo un tercer embarazo y sufrió un aborto espontáneo. En el cuarto vinieron las gemelas, las dos niñas que están en el sofá. —Respiro aliviada al saber que están aquí, aunque cabe la posibilidad de que las vendan también—. Llevaba allí poco más de seis años y quedó embarazada cinco veces. En el último se quitó la vida, no lo soporto más, y yo

ocupé su lugar. La deuda había de ser pagada si no queríamos que toda la familia fuera asesinada.

—¿Os librasteis de él?

Quiero cuestionarla, pero soy consciente de que todas las preguntas que quiero hacer son de índole morbosa y no la haré revivir tal cosa.

—Él se «enamoró» de mí, no permitió que me embarazara. No quería que perdiera mi figura, para no correr el riesgo me quitó los ovarios. Usé su obsesión por mí a mi favor y logré que me dejara sacar a mis sobrinos de allí. Es traficante de drogas, pero lo que más dinero le proporciona es el tráfico humano. Tuvimos la suerte de que cuatro de mis sobrinos están con nosotros. Es un monstruo.

—¿Hay cómo entrar en su casa?

—Soy la única persona que puede decirte cómo entrar con posibilidades de salir con vida.

Esto es música para mis oídos. Estaba en lo cierto cuando presioné a esta familia para que viniera conmigo.

—Margarita, lo voy a matar. Solo dime cómo llegar hasta él.

Capítulo 13

Lev

No sé si me duele más el orgullo o la sensación de impotencia. Da igual cuánto me esfuerce por llevar el liderazgo de la situación: pocas veces puedo hacer algo sin tener que dar explicaciones. Sasha siempre está detrás, queriendo conocer los detalles, ser partícipe. Cuando contactó conmigo por primera vez, el miedo me hizo actuar por impulso. Hice todo de forma apresurada, sabiendo que no tendría otra oportunidad de acercarme a ella. Jamás imaginé que algún día volveríamos a cruzar palabras sin que fuera para atacarnos. No podía darle tiempo a que buscara a alguien con más influencia, por eso di algunos pasos sin calcular los riesgos. A ella le habría bastado con abrir la página correcta de su agenda y ahora mismo estaría viviendo en un castillo, en la puta luna. Sin embargo, aquí está, conmigo.

Así, por esa decisión, en menos de cuarenta y ocho horas me encontré inmerso en la misión más peligrosa de mi vida. Sacarla de Rusia no ha sido fácil; sin embargo, empiezo a creer que lo realmente difícil será mantenerla con vida. Cuanto más intento alejarla del peligro, más lo busca. No lo ve, aunque se lo ponga delante de las narices, ¡y se supone que está entrenada para eso!

Ya es tarde para arrepentirme, solo me queda seguir luchando. Odio la idea de llevarla conmigo a este trabajo. Cuando me informaron de que mi objetivo estará cenando hoy en un restaurante, me alegré. Veo la oportunidad perfecta para ganar el dinero que tanto necesitamos y evitar contactar con el *naslednik* por un tiempo.

¿Quién es el *naslednik*? Alguien en quien no debes confiar, y de quien es mejor mantenerse lejos si eres débil de corazón. Muchos saben quién es; pocos, si es que alguno, lo conocen de verdad.

Sus movimientos nunca son al azar. Cuando me dijo que debía llevar a mi protegida, guardé silencio, con la falsa esperanza de que olvidara lo que ha dicho, pero fue en vano. Aun a riesgo de tener problemas, me negué. La llamada se cortó y al minuto Ivan contactó conmigo diciendo que sabe dónde estoy y que otras personas de la organización también. Sé quién fue el responsable: él. Así es como se comunica, esta fue su nada sutil manera de decir que, si no hago lo que quiere, me entrega a una muerte segura. Con él solo tienes una opción: servir y callar.

A Sasha le va a encantar acompañarme.



Sasha está preciosa. La sonrisa en sus labios deja claro cuánto le gusta formar parte de mi misión. Fueron minutos interminables de interrogatorio; me costó un mundo convencerla de que no sé nada sobre la vida de mi objetivo. Podría haberlo investigado en internet, pero Naslednik me lo prohíbe, y no estoy para asumir más riesgos. Hace mucho que no sigo las reglas, excepto cuando se trata de él.

—¿Por qué me miras así? —pregunta.

—Es imposible no mirarte. Estás espectacular.

—Esta no soy yo —dice, arrugando la nariz.

En parte tiene razón. La peluca, las lentillas y el maquillaje ocultan todos sus rasgos. Nadie que la vea sabrá quién está debajo, excepto yo. Y es que no estoy mirando su cara ni el cuerpo exuberante que muestra. Estoy atrapado en el brillo de sus ojos, en la alegría que refleja al vivir esto.

—Da igual lo que te pongas encima. Nada es capaz de opacar tu resplandor.

Ella ríe.

—No sé si me gusta más tu versión cursi o la macarra.

—Con que te guste, ya estoy contento. ¿Nos vamos? —Le ofrezco mi brazo. Mejor salir de aquí antes de que la situación se ponga incómoda.

Afuera nos espera el coche alquilado que envía el que ahora es mi jefe. Nuestros vecinos están en las ventanas, mirando, preguntándose por qué vivimos aquí si tenemos dinero para un coche como ese. Un Tesla Model 3, otra demostración del poder de él. Le abro la puerta, la ayudo a sentarse, me acomodo al volante y conduzco los ochenta minutos que nos separan del restaurante. Está lejos de la zona humilde donde vivimos.

El trayecto lo hacemos en silencio. Sasha va mirando por la ventana. El cambio de paisaje es impresionante. Dejamos atrás casas modestas, calles llenas de baches, y nos adentramos en una zona donde todo grita lujo: edificios imponentes, carreteras lisas como alfombras…

Un par de kilómetros antes de llegar al restaurante, me doy cuenta de que hay hombres ocultos vigilando el perímetro. Ojalá le hubiera hecho caso a Sasha y lo hubiera dejado cuando aún podía.

—Cuento dos francotiradores —anuncia Sasha.

—También los he visto.

—¿Y eso no te dice nada?

Claro que me dice: que soy un inconsciente que toma decisiones sin pensar, y por eso estoy metido en un buen lío del que tengo un noventa por ciento de probabilidades de no salir con vida. El porcentaje a mi favor acaba de autodestruirse, y ni siquiera tengo una vía de escape prevista. La planificación consistió en armarnos hasta los dientes, subir al coche y venir al encuentro del objetivo. Fin.

Sin más opciones, bajo del coche, voy a abrir la puerta a Sasha y entrego la llave al aparcacoches. Otro factor en mi contra: no contaba con este servicio. Una dificultad añadida. Todo en este plan está mal. No entiendo por qué me envía aquí. Las posibilidades de salir con vida son nulas.

Todo ocurre demasiado rápido entonces: el sonido de una detonación, un alboroto... Lo único que pienso es que no será hoy cuando muera. El hombre que se me ha adelantado e intentaba matar a mi objetivo yace muerto en el suelo, junto al cuerpo de una pobre niña.

Sasha nunca facilita las cosas. Alguien tiene que ayudarla a aclararse y decidir de una vez si quiere ser mafiosa o justiciera. Ambas cosas a la vez son imposibles. Cuanto más lucho por alejarla de los problemas, más los busca… pero sus ojos no dejan de brillar, y espero que no se apaguen jamás.

Capítulo 14

Sasha

Abandono la casa destrozada. Caminamos por el mundo creyendo que merecemos más, que somos los más listos, cuando la realidad es que vivimos en una utopía. Siempre centrados en nosotros mismos, nunca nos paramos a pensar en lo que realmente hay ahí fuera. Mi mundo es horrible, pero lo que le pasó a la hermana de Margarita, a las mujeres que, según ella, siguen allí... no encuentro una palabra que lo describa. No me hacen falta más detalles para odiar aún más a ese ser que se aprovecha de la necesidad de personas sin recursos para satisfacer sus perversiones y lucrarse con su sufrimiento.

Antes de alcanzar el coche, me veo obligada a parar. Mi cuerpo se desahoga: vomito otra vez, aunque ya no tengo nada en el estómago. No puedo volver a esa casa, no seré capaz de ver los rostros de sufrimiento de esos niños. La familia de Margarita es una de las pocas afortunadas en tener su deuda saldada. El noventa por ciento de las personas atrapadas en su red no lo logran. Don Antonio les cobra hasta el agua que beben las chicas, lo que incrementa la deuda y obliga a las familias a entregar a otros hijos, manteniendo el interés de quienes los buscan para sus perversiones. Una joven de veintidós años se quitó la vida, dejando a sus criaturas solas. No la juzgo, no estuve en su piel para saber qué habría hecho yo.

Yo… salí de mi casa con una bolsa llena de dinero, creyendo que nunca se acabaría, sabiendo que en cualquier momento podía acercarme a un cajero automático y sacar más sin fin. Me prometí no hacerlo; sin embargo, ya perdí la cuenta de las veces que se me

pasó por la cabeza. Lo que muchas veces gasté en un bolso equivale a lo que, en otras partes del mundo, familias enteras no verán en años, aun trabajando duro. No hay mucho que pueda hacer, pero estoy decidida: voy a cambiar la vida de esta familia y de todas las que estén en manos del maldito Don Antonio.

Ansío acostarme en una cama, cerrar los ojos y olvidar toda la podredumbre del mundo. Dormir. Echo de menos a mi hermano Alexei, sus fuertes brazos envolviendo mi cuerpo, ocultándome de todo esto, poder recostar la cabeza en su pecho por unas horas y ser su protegida.

Sin decirnos una sola palabra en todo el trayecto, Lev y yo llegamos al lugar donde estamos viviendo. Paso delante de Lev y observo lo que tengo. Al llegar aquí, juzgué la sencillez del lugar. Pero, al lado del sitio que acabamos de visitar, esto es un castillo. Mi vestidor en Rusia es más grande que esta pequeña casa; aun así, esta humilde construcción es un lujo, espaciosa comparada con lo que dejé atrás, donde viven siete personas. Voy a la habitación y me dejo caer sobre la cama con la esperanza de poder dormir.

Los minutos pasan y me giro de un lado a otro sin lograr conciliar el sueño. Mi mente no para de idear formas de matar a ese bastardo.

—Sasha, tenemos que hablar —dice entonces Lev.

No quiero oírlo. Sé lo que va a decir. Cada una de sus palabras será acertada, pero las ignoraré. Mi decisión ya está tomada.

—No, no hay nada que decir.

No quiero descargar sobre él la rabia y frustración que cargo.

—¿Tienes idea del lío en el que nos has metido?

El poco control que tenía acaba de abandonarme. No puedo creer que haya dicho eso. ¿Cómo se atreve?

—¡Mucho cuidado con lo que dices! En este lío nos metiste tú. Si no te hubieras obsesionado con asesinar a ese tipo para ganar algo de dinero, jamás habría conocido su existencia —le grito.

Hace días descubrí un tic de Lev: cada vez que le llevo la contraria, su ojo derecho tiembla. Estoy segura de que no es consciente de ello.

—¡Cuando acepté esto lo hice pensando en ayudarte!

—¡Te pedí ayuda para salir de Rusia, no para mantenerme!

—Estás siendo egoísta. Solo pienso en mantenerte a salvo —insiste de mal humor, y capto cierto tono de condescendencia.

—¡Sé defenderme sola! —le grito, completamente fuera de mí.

—¡Despierta de una vez, Sasha! Detrás de esto debe haber mucho más. La paga para exterminarlo es demasiado grande para que Fiodor lo dejara pasar.

—Creo que te diste cuenta de eso un pelín tarde. Todo lo que ha ocurrido hoy es culpa tuya. Ahora sé un hombre y afróntalo —sigo atacándolo, y ya no puedo parar.

Él gruñe.

—Vete a dormir, estás demasiado exaltada.

—No me trates de loca. Yo haré el trabajo. Ponme en contacto con él, con tu contacto, el contratante. Me da igual cómo lo llames, solo hazme el puente.

—¿Estás loca? Claro que no.

—Si no lo haces, buscaré por mi cuenta en la *dark web*.

—¡Maldita la hora en que descolgué aquel teléfono!

Un poco tarde para lamentarse, amigo. Ahora es cuestión de honor. Voy a asesinarlo y no será rápido. Quiero que sufra, igual que sufren las niñas que pasan por sus manos.



Agarro una toalla y salgo a asearme. El olor del café no me sienta del todo bien. Ahí está Lev, pero paso de largo, no me apetece lidiar con él ahora. Me meto bajo el agua, miro a mi alrededor y vuelvo a sentirme una privilegiada. Esto es lujo. Tengo un baño completo, con su plato de ducha, lavabo y váter, cada uno en su espacio correspondiente. Las habitaciones están separadas por paredes y puertas, no por sábanas sujetas con clavos. Gozo de una cama confortable, hasta el sofá donde duerme Lev es cómodo.

Me iré de México, pero no sin antes exterminar a Don Antonio. Juro por mi vida que lo haré.

Mientras termino de asearme, oigo cómo el móvil de Lev suena. Entre el ruido del agua, escucho que está hablando de mí. Salgo de la ducha, me enrollo en la toalla, lo busco y me planto delante de él. La persona al otro lado sabe lo ocurrido ayer, que salvé la vida de mi acompañante, y parece querer hablar conmigo. Discuten. Lev amenaza con cortar la llamada, pero esa persona misteriosa dice algo que lo hace callar de inmediato. A cámara lenta, Lev baja el móvil y se queda mirando a la nada. Sea quien sea, tiene poder sobre él y acaba de usarlo.

—¿Qué está pasando? ¿Quién era? —digo cautelosa.

—Tenemos que salir de aquí. Ya. Saben dónde estamos.

—¿Quiénes lo saben?

—Mucha gente. Mi padre y mi hermano, entre ellos.

—¿Con quién hablabas?

—Con Ivan.

Mi mundo se viene abajo. Ivan ni siquiera debería estar en la mafia. No le gusta este mundo. Está aquí porque su padre no le dio opción. No creo que sepa mentir si le preguntan. Lo que me intriga es cómo sabe lo ocurrido y por qué insistía en hablar conmigo. Y lo más desconcertante: por qué Lev no se lo permitió.

—Ponme en contacto con él.

—No. Si lo hago, confirmaré que realmente estás conmigo. Debemos desaparecer cuanto antes. Hazme caso por una vez, Sasha.

—Ponme en contacto con el contratante del asesinato de Don Antonio —sentencio. No se lo estoy pidiendo, se lo estoy exigiendo.

—No puedo.

—Solo saldré de aquí después de matarlo, estás advertido.

Sabe que no estoy faroleando. Resignado, va a por su ordenador. Mete su clave y accede directamente a la *dark web*, lanza el llamamiento en clave y cierra el portátil.

—Ahora tenemos que esperar. A esta gente no se la llama cuando uno quiere. Ellos hablan contigo cuando lo deciden. Ya nos hemos saltado unas cuantas normas, no lo empeoremos.

Son los veinte minutos más largos de mi vida. Las palabras de Lev me hicieron temer que su contacto no quisiera hablar con nosotros y que, al final, tuviera que irme sin cumplir mi promesa. Cuando aparece la señal de respuesta en pantalla, casi no puedo contener mi alegría. Lev se identifica con su nombre en clave, cuidando que no pueda verlo. Nunca navegué por la *dark web*, pero vi a Misha hacerlo muchas veces. Me fascinaba.

Lev está contando lo que ocurrió anoche, pero siento que se desvía del tema. Me harta escucharlo hablar de mí como si no estuviera presente. Lo aparto y empiezo a escribir.

—Si me doblas el precio, elimino el objetivo mañana —tecleo. Voy directa al grano.

Los grandes negocios no se cierran haciendo la pelota al que tiene el poder, y estoy completamente segura de que el contratante conoce mi identidad, así que no importa demasiado.

Al otro lado se hace el silencio. Miro la pantalla con el corazón a mil, pero nada. Pantalla negra. Miro a Lev, que se encoge de hombros. No es nada agradable depender de otros. Si dice que no me pagará, lo mataré igual. Pero prefiero hacerlo bajo sus términos.

Quiero ayudar a la familia de Margarita y tener dinero para irme del país.

—Acepto. Pero si lo haces hoy. —La respuesta es corta y directa.

Lo que me pide es un suicidio. No se trata de un muerto de hambre.

—Imposible. No tengo toda la información que necesito.

—¿Imposible para ti? No lo creo. Tengo entendido que eres muy buena con las armas.

Lev está a punto de romperse el cuello de tanto negar con la cabeza. Pero yo empiezo a notar cómo burbujea la emoción en mi estómago. Este es justo el combustible que necesitaba.

—Acepto. Deposítame ahora la mitad del pago en la cuenta que te voy a facilitar. Quiero un cuchillo de caza, un rifle de asalto, dos pistolas y mucha munición. Todo debe llegar aquí antes de las dos de la tarde.

Le envío los datos bancarios de la cuenta online que abrimos con el pasaporte falso. Apenas termino de escribir, recibo la notificación del banco.

—Recibido —confirmo—. Por la mañana quiero la otra mitad. Voy a prepararlo todo.

Ignorando las protestas de Lev, que sigue criticando mi decisión, llamo a Margarita. Necesito encontrarla ya mismo, verla y que me describa cada rincón de que recuerde de la casa de Don Antonio. Cada detalle será fundamental para el éxito de la operación. Sin su información, no podré ejecutar el encargo. Respiro aliviada al escuchar su voz al otro lado.

—Pásame la dirección de la casa. —No hace falta decir nombres. Ella sabe a quién me refiero.

—Por teléfono no.

Entiendo su preocupación.

Hago a un lado a Lev, voy a mi habitación, me pongo el mismo disfraz de pelirroja de ayer y salgo, dejando atrás a mi compañero.

Sé que, aun estando en contra de mi decisión, me acompañaría hasta el fin del mundo, pero su presencia podría intimidar a Margarita.

Llego al local indicado. Margarita, que vigila por la ventana, al verme antes de que toque la puerta, la abre y tira de mí hacia dentro, mirando a los lados.

—Mis padres no quieren que hable contigo.

—¿Tienes cuenta bancaria? —Es la forma más rápida de llegar a ellos; son una familia extremadamente pobre.

—Sí.

—Pásame sus datos. —Me los facilita. Delante de sus ojos, transfiero más de la mitad del dinero que recibí por adelantado a su cuenta—. La mitad es para ti, la otra mitad para tu tía. Necesito acercarme a Don Antonio sin que sus hombres me vean.

No reacciona. Ignora mis palabras. Es incapaz de apartar los ojos de la aplicación del banco. No puede creer la cantidad de dinero que refleja el extracto.

—Es mucho dinero…

—Si me ayudas a llegar hasta él, se duplicará.

No hace falta más. Comienza a describirme con todo lujo de detalles todo lo que sabe.

—Aquí, en la parte trasera de la mansión, hay una portilla. Está en el lado oeste del muro. Es la zona menos vigilada. En este punto —señala el lugar en un mapa—, tendrás que encargarte de un hombre.

Abre ante nosotras un detallado plano de la casa. Por el desgaste del papel, me atrevo a decir que lleva tiempo trabajando en él. Si no me miente y no hubo cambios, sabré dónde está cada mueble, cada guardia y cada cámara de vigilancia. Me da información sobre los horarios de cambio y los vicios de cada uno. Es como si hubiera estado esperando este momento.

Me despido de ella. Al salir, me pongo unas gafas de sol casi del tamaño de mi cara y voy al centro de la ciudad. Compro más pelucas, lentillas de distintos colores, ropa negra ajustada, botas militares y maquillaje. Entro en una vieja tienda de segunda mano y compro un casco de moto negro. Todo está pensado para facilitar mi ocultación y huida en caso de que algo salga mal. Lo más importante: quedar irreconocible.

Lev, al verme lista para salir a cumplir con mi trabajo, está a punto de sufrir un infarto. Me acerco a él y lo abrazo.

—Mañana nos iremos de aquí.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta angustiado. Casi no me creo que no me haya seguido cuando me fui, pero aunque eso me decepciona un poco, también me hace confiar más en él.

—Matarlo.

—Es imposible llegar a él.

—No lo es. Créeme.

—Sé que no voy a hacerte cambiar de idea, así que déjame ir contigo, como apoyo.

—No. Iré sola. Lo tengo todo bajo control. Tú tenlo todo listo para que nos vayamos cuanto antes —replico.

—Sasha, por favor. Déjame ir contigo. Es muy peligroso —insiste él.

Me enternece. Su preocupación es genuina, y no es solo por sus sentimientos hacia mí. Creo que Lev es una buena persona. Lo recompensaré.

—Prometo volver de una pieza. Tenlo todo listo. —Lo beso por sorpresa—. Espérame.

Me pongo la pesada bolsa sobre el hombro y salgo, dejándolo atrás.

—Lo haré —dice cuando ya apenas lo oigo.

Antes de que caiga la noche, me acerco todo lo posible a la residencia. Margarita me dijo que a tres kilómetros de la casa hay una vivienda abandonada. Confieso que tuve miedo de que fuera una trampa. Mijaíl jamás dejaría un escondite tan cerca de un sitio estratégico. Fui hasta allí rezando que no apareciera nadie.

Oculto la moto alquilada. Nunca volverá a la tienda; la destruiré. El seguro se encargará del resto.

Las horas pasan lentamente. Repaso el plano una y otra vez. Debo tenerlo todo claro. La casa es enorme, con muchas habitaciones. No puedo perderme. El tiempo es oro.

Por fin anochece. Abro la lata que traje y como despacio, para no fijarme en el reloj. La paciencia no es una virtud que posea. Desde que llegué a esta ruina, no he dejado ni un centímetro de piel expuesta. Llevo guantes. Ni una hebra de cabello asoma por la peluca. Todos los desechos van de vuelta a la mochila. Volverán conmigo.

El reloj marca las once y media. Me cuelgo el rifle de asalto a la espalda, acomodo las dos pistolas y el cuchillo en la cintura, reviso todo y salgo corriendo por el bosque hacia la casa de Don Antonio.

El rifle retrasa mi carrera. Tardo treinta y siete minutos en llegar al punto donde Margarita dijo que encontraría la llave de la portilla y compruebo que no mintió. Está envuelta en una tela que algún día fue blanca. Lleva mucho tiempo enterrada. Saco los prismáticos y enfoco hacia la mansión. Allí dentro, como era de esperar, hay fiesta.

Me muevo con más cuidado. Encuentro al primer guardia antes de lo previsto pero no tengo problemas para eliminarlo. Lo sorprendo por la espalda y le deslizo el cuchillo en la garganta de lado a lado. La satisfacción que siento es inexplicable. Nadie aquí es inocente. Si pudiera, los mataría a todos.

Abro la portilla. Tal como me dijo Margarita, está alejada de la casa y no hay vigilancia. Sigo el recorrido trazado y, justo donde me indicó, encuentro a otro hombre. Está tan concentrado en lo que

está haciendo que no se da cuenta de mi presencia: el muy cerdo intenta abusar de una chica. Me hierve la sangre.

Ella me ve, y me pongo el dedo sobre los labios Me acerco, inmovilizo al hombre y le corto la garganta. La sangre salpica por todos lados, incluso en la cara de la joven, que queda en *shock*.

Me agacho, le seco las lágrimas y le hablo suavemente:

—Quédate escondida. Cuando vuelva, te sacaré de aquí.

Asiente, temblando, y la dejo atrás, avanzando a toda velocidad, agachada. Entro en la casa por la entrada que me indicó Margarita y que da a la cocina. Las mujeres trabajan sin parar, manejando ollas enormes. Paso junto a ellas y fingen no verme. Margarita hizo bien su trabajo. Lo sé. Aunque no lo dijo, esto lleva su firma.

En un momento dado, una de las mujeres usa su cuerpo para ocultarme del guardia que pasa frente a la puerta.

—Gracias —le digo. Ella asiente sin dejar de trabajar.

Finalmente, llego a la parte difícil del plan: cruzar el salón y subir las escaleras. Hay tres hombres apostados. Esto es malo. Podría eliminar a dos sin hacer ruido, pero tres… es imposible. Me quedo oculta, esperando una oportunidad. Hoy, uno de nosotros morirá: o Don Antonio o yo.

De pronto, una mujer muy guapa llama a los guardias, insinuante. Dos de ellos bajan; el tercero los observa con desconfianza. Ella besa a los de abajo y luego al que se queda. Les toma de las manos y se los lleva. Al parecer, es otra de las aliadas de Margarita. En cuanto desaparecen de la vista, sigo mi camino, aliviada y llena de gratitud por esa mujer.

Primera puerta. Segunda. Tercera. Estoy a punto de abrir la puerta de la habitación de Don Antonio cuando aparece un chico, saliendo desde otro cuarto. Por un instante nos miramos, sorprendidos. El chico no debe tener más de veinte años. Pienso en atarlo, pero al ver por encima del hombro lo que hay dentro de la habitación, saco mi arma con silenciador y le disparo en la frente.

—Mierda… esto me va a retrasar.

Arrastro el cuerpo al interior de la alcoba. Las chicas que hay allí dentro tienen los ojos vendados. Mejor. Menos explicaciones. Libero sus piernas. Al darme la vuelta, se abre la puerta del baño. Sin miramientos, apunto y disparo. Otro cerdo.

El golpe del cuerpo al caer sobre el suelo hace que las chicas salten del susto.

—Un monstruo menos en la tierra —digo para tranquilizarlas.

Una de ellas se quita la venda, mirándome con grandes ojos sorprendidos.

—No hagas ruido. No dejes que nadie entre —Le digo. Ella asiente. Salgo y cierro tras de mí.

Por fin, llego hasta mi objetivo y abro la puerta del dormitorio de Don Antonio. La escena es dantesca. Él es el primero en verme y se le salen los ojos de la sorpresa. Ni en sus peores pesadillas imaginó esto.

—Si abres la boca, te vuelo los sesos —le advierto, apuntándolo con el arma—. Vosotras, tranquilas. Os sacaré de este infierno.

—¿Cuánto te han pagado? —me dice con miedo—. Sea cuanto sea, te daré el doble.

Su voz me da arcadas. Contengo el impulso, no quiero que vea cuánto lo detesto. Es peor de lo que Margarita me contó.

—Tú, átalo y métele sus calzoncillos en la boca —ordeno a la chica entre sus piernas.

Margarita me dijo que cuando está en sus perversiones, nadie lo molesta. La chica obedece. Me acerco y presiono más el calzoncillo en su boca. Los nudos están perfectos. No ataré sus piernas. Quiero que se debata. Se desangrará más rápido.

Saco el cuchillo, le agarro el pene y comienzo a serrar con saña mientras él grita, sus chillidos son sofocados por la prenda encajada entre sus dientes. Ningún cirujano podrá devolvérselo, aunque eso no importa. No saldrá vivo de aquí. Empuño el cuchillo y lo clavo en

su abultado vientre. Él comienza a sangrar como un cerdo. Una chica vomita, pero no estoy atenta a ellas, ahora no.

Don Antonio llora. Suplica con los ojos. Yo disfruto su sufrimiento. Termino de cortar, le cerceno las cuerdas vocales, le saco el calzoncillo de la boca y le meto su propio miembro entre los labios. Lo empujo hasta el fondo de la garganta. Él se debate, y eso acelera la hemorragia.

Luego le arranco el escroto de un tajo limpio y lo introduzco en su abdomen abierto. Ojalá tuviera más tiempo para jugar con él, pero no lo tengo.

—No puedo sacaros a todas, pero se acabó —digo a las chicas, cubierta de sangre y algo cansada por el trabajo—. Seréis libres.

—Su hijo seguirá su legado —susurra una.

Una idea me cruza la mente.

—¿Cuál es su habitación?

—La de enfrente.

—También está muerto.

Capítulo 15

Lev

Que Sasha me aparte es difícil de asimilar; que me ordene hacerme a un lado y que el trabajo ahora sea exclusivamente suyo es el colmo de la humillación.

Aquí estoy, sentado en un bar a las afueras de un pueblo por el que Sasha tendrá que pasar cuando salga de la casa de su objetivo. Si es que sale. No soy creyente, pero no he dejado de rogar porque vuelva sana y salva. Ese lugar es una fortaleza. Yo ni siquiera pude acercarme, al igual que ocurrió en el restaurante. A kilómetros de distancia ya hay vigilancia, y los de aquí son muchos más. La impotencia me carcome. No puedo acercarme más. Estoy tan lejos que ni siquiera puede considerarse que me esté entrometiendo en su trabajo: me encuentro en un local público, lejos de la acción.

Las horas pasan y no la veo. Los parroquianos empezarán a desconfiar de mí; llevo aquí demasiado tiempo. Daré una vuelta por el pueblo para despistar y buscar otro bar donde esperar. Es lo único que puedo hacer.

El ruido de varios coches pasando a toda velocidad llama la atención de los vecinos, que salen a ver qué está ocurriendo; pero, al descubrir de qué se trata, vuelven corriendo; son cinco vehículos con hombres fuertemente armados. Los lugareños acostumbrados a este tipo de situaciones , al verlos, se encierran rápidamente en el bar. He de agradecer que de esta vez, tengo la suerte de mi lado: uno de ellos me agarra del brazo y me arrastra adentro junto a los demás justo antes de que su compañero baje la puerta, dejándome atrapado dentro.

No puedo salir ahora. Si lo hago, esta gente desconfiará de mí y no tardará en venderme por unos pocos pesos. Salir a la carretera con esos hombres de caza sería poner un blanco sobre mi cabeza. Resignado, pido otro tequila y me siento a esperar a que pueda irme a casa. Ojalá ella esté allí.

No tuve que esperar mucho. Un grupo grande de personas que también estaban encerradas, acostumbrados a este tipo de situaciones decide que ya no quiere seguir en el bar; quieren ir al centro y comentan entre ellos lo de llamar a un taxi. Ahí veo mi oportunidad: me ofrezco a llevarlos. El coche que uso no tiene nada que ver con el del día anterior, el que llevé al restaurante. Por más que pise el acelerador, no creo que pase de los cien por hora.

La suerte sigue de mi lado: no me cruzo con nadie en el camino. Los dejo en el centro y me dirijo a casa. Respiro aliviado al ver a Sasha dormida. Me tomo mi tiempo para admirarla; consiguió su objetivo, una derrota más para mí.

Capítulo 16

Sasha

Vuelvo a por la chica que salvé de ser violada para llevarla conmigo. Lo que encuentro me hace dudar de mi decisión: está tan asustada que apenas se distingue que el bulto encogido en la esquina es una persona. Tiene la mirada perdida y se abraza con tanta fuerza que sus piernas están enrojecidas. Si no reacciona, la dejaré aquí. No soy ilusa; sé que no voy a acabar con la explotación de mujeres en este país. Hay docenas de hombres como Antonio. Solo logré sacar a uno de circulación y liberar a unas cuantas mujeres. Ella, decida o no venir conmigo, será libre. Lo ocurrido hoy pronto estará en las redes; me he ocupado de eso. Así me aseguro de que no lo oculten.

—¿Crees que podrás correr? —No contesta. Cada segundo es crucial—. Si no eres capaz de seguirme, tendré que dejarte aquí. Pero te prometo que estarás a salvo.

—Puedo —responde, incorporándose.

Sus ganas de libertad superan el miedo y el trauma. No le doy tiempo a pensarlo. Corro, y ella viene detrás. Salgo por el mismo lugar por donde entré. Cierro la portilla para ganar tiempo: dejarla abierta señalaría el camino que tomamos. Corro como si no hubiera un mañana, y cada tanto miro por encima del hombro para asegurarme de que me sigue. Ahí está. Está descalza, y no se queja.

—¿Quieres descansar un poco? —pregunto, apenada. El terreno es accidentado; sus pies deben estar destrozados.

—No, sigamos —responde con rapidez.

Estamos a poco más de un kilómetro de la casa abandonada. No puedo dejarla atrás ahora. Si la encuentran fuera de la finca, está

muerta.

—Tus pies...

—Estoy bien. Sigamos —dice, y pasa corriendo a mi lado. Ni siquiera sabe en qué dirección ir.

La alcanzo y retomo la delantera. Su determinación y fortaleza son admirables. Con el paso de los minutos empieza a cojear; su paso se vuelve más lento. No le digo que pare. No puede. Si lo hace, no volverá a arrancar, no tendrá fuerzas.

Para empeorar la situación, oigo los ladridos de los perros, como dijo Lev. La agarro de la mano y tiro de ella, aunque le cuesta cada vez más seguirme.

—Vamos, ya casi llegamos —la animo.

Inteligente, no contesta. Guarda sus energías y sigue, arrastrando las piernas, ignorando el dolor. El peso que siento encima se aligera al ver, a pocos metros, la ruina. Miro hacia atrás y siento un poco de alivio al ver que las linternas se dirigen en otra dirección, parecen estar regresando a la finca. No sé si eso es bueno o malo para nuestra huida.

Llegamos al sitio donde tengo oculta la moto y una muda de ropa. Decido que es hora de separarnos. Está exhausta, sus pies en carne viva. Si nos atrapan, ambas moriremos.

—No puedo llevarte conmigo —el pánico se refleja en su rostro.

No la dejo atrás por gusto; es supervivencia. Todo juega en nuestra contra. Con la ayuda de Margarita logré entrar y salir sin ser detectada, pero no puedo seguir tentando a la suerte.

—Por favor, no me abandones aquí. Déjame en una estación de autobuses. Solo quiero alejarme de Ciudad de México, empezar una nueva vida lejos de todo esto, donde nadie vuelva a negociar con mi vida.

Sus palabras están cargadas de dolor y resentimiento. Cuando me doy cuenta, ya estoy abriendo la mochila y entregándole la ropa que traje para cambiarme. No me queda otra que improvisar. La ropa

negra que llevo intento hacerla menos sospechosa: enrollo la camiseta, le arranco las mangas, le hago un nudo en la espalda dejando el abdomen al aire; me quito el cinturón, y con el cuchillo le hago algunos rotos. Quito la capucha y alboroto los rizos de la peluca morena que llevo. Pinto mis labios de rojo. A ella le doy unas gafas con cristales verdes, la ayudo a hacerse una coleta y le limpio la cara, dejándola sin maquillaje.

Reviso que no hayamos dejado nada y salimos de la casa. Ella sigue descalza, no tengo otro calzado. Conduzco la moto con las luces apagadas; por momentos estuvimos a punto de caernos. Tengo que llegar cuanto antes al segundo punto estratégico. Ayudarla me ha hecho perder mucho tiempo.

A lo lejos veo luces que se mueven; seguramente son coches que vienen tras de mí. Acelero. Llegamos al pueblo donde dejé preparado un coche para la segunda parte del plan. Dejo la moto estacionada lejos, con el temporizador activado para que explote. Miro a mi acompañante. Si los hombres de Antonio nos alcanzan, podrían reconocerla. Es joven, tal vez tenga dieciocho años. No quiero entablar conversación, no quiero conocer su historia. La estoy salvando, arriesgándome a pagar un precio muy alto. Necesito toda mi concentración para sacarnos de aquí.

—Deja de llorar y límpiate la cara.

Le lanzo una de las pelucas que llevo conmigo. Solo me queda rezar para que no sospechen de dos mujeres en un coche viejo. Arranco, pongo música americana y salgo a la carretera. Conduzco a velocidad normal. Si nos están siguiendo, de nada sirve intentar huir: son más y tienen mejores coches.

—Nos van a alcanzar. No digas nada.

—Me reconocerán.

—No lo harán. Déjamelo a mí. Pase lo que pase, no hables.

Sigo conduciendo como si nada pasara, pero por dentro soy un mar de nervios. Si nos atrapan, nos violarán hasta dejarnos hechas polvo. Cuatro de los cinco coches nos sobrepasan a toda velocidad.

Mantengo la calma. No puede ser tan fácil. El quinto coche también nos adelanta. Mi acompañante está rígida en su asiento. Quiero ordenarle que se relaje, pero no puedo exigir lo que yo tampoco soy capaz de ofrecer. La única diferencia es que sé ocultar mis emociones.

Una camioneta derrapa delante de nuestro coche destartalado, y tengo que pisar a fondo el freno, que apenas funciona. Casi colisionamos.

—Actúa con naturalidad —le advierto entre dientes.

Las puertas de la camioneta se abren. Cuatro hombres bajan con armas en la mano. Instintivamente levanto las manos; mi acompañante, al ver mi gesto, me imita.

—¿De dónde venís?

—Venimos de Metepec.

—¿Qué hacías allí?

—La llevé a probar la garañona [2]—dice mi acompañante.

El hombre apoya la mano en el techo del coche, se agacha y mira hacia adentro, quedando a escasos centímetros de su rostro. Casi puedo oír los latidos acelerados de su corazón. Él nos observa un momento más, alternando la mirada entre las dos, da un par de golpes en el techo y nos deja ir.

Arranco despacio y retomamos el viaje. Durante varios kilómetros lo veo en el retrovisor. Tengo la sensación de que nos sigue. Los otros coches han desaparecido, pero ese sigue ahí. Conduzco sin perderlo de vista. Mi acompañante casi se funde con el asiento. Está pálida. Nos sigue hasta la entrada de la ciudad y luego da la vuelta. Solo entonces respiramos aliviadas.

—Pensé que me llevarían de vuelta. No puedo creer que no me haya reconocido.

No le contesto. Sigo conduciendo. La dejo donde me pidió. Le doy algo de dinero, que jura que me devolverá. Con toda certeza, no volveremos a vernos. Le deseo una vida mejor de aquí en adelante y

voy a deshacerme del coche. Ya me he retrasado demasiado por salirme de la ruta trazada.

Entro en la casa y soy recibida por el silencio.

—¿Lev?

Salgo a buscarlo, pero no está por ningún lado. Sé que se siente frustrado porque no lo dejé acompañarme. Su orgullo está herido. Quiere ser mi salvador.

Voy a la habitación, me quito la ropa, me deshago de ella y me acuesto a dormir.

Despierto lista para irme de aquí. México ha perdido todo su encanto para mí.

Voy al salón en busca de Lev. La televisión está encendida y la noticia de la muerte de Antonio ocupa toda la pantalla. Mientras venía en el Uber, envié el video de lo que les hice a todos los contactos posibles. En cuanto se viralizó, me deshice del número y del teléfono usados.

La magnitud de sus crímenes supera todo lo que imaginaba. Cuanto más descubro, más orgullosa me siento de lo que hice. Los cadáveres que dejé atrás eran todos hombres que jamás debieron haber pisado este mundo. Había cientos de chicas y niñas retenidas en sus casas y burdeles. Sus testimonios son desgarradores. Todas, sin excepción, pasaban primero por las manos de Antonio y su hijo, antes de ser enviadas a su destino final.

Recuerdo a qué vine al salón. Miro a mi alrededor buscando a Lev, pero no está. La preocupación me invade. Cuando llegué de madrugada, tampoco estaba. Me pongo una de sus camisetas y salgo corriendo a buscarlo. Respiro aliviada al encontrarlo sentado en la hamaca. Me sonríe al verme, pero su sonrisa no alcanza los ojos.

—¿Te sirvo la cena? —pregunta sin emoción.

—¿Qué hora es? —pregunto, extrañada por su ofrecimiento.

—Las ocho.

—¿Tanto he dormido?

Pasa a mi lado y va directo a la pequeña cocina. Me prepara un plato. De los dos, él es quien mejor se maneja frente a los fogones.

—Llevas casi quince horas dormida —dice.

Me sorprende. Nunca he sido de dormir tanto. Tal vez sea la sensación de haber cumplido con mi objetivo. Aún llevo la peluca puesta. Me hago un moño alto, me siento en la dura silla que tenemos y me quedo observándolo mientras se mueve de un lado a otro con soltura. Es muy sexy.

Un plato aparece frente a mí. No lo miro. Mis ojos siguen fijos en el hombre que me lo ha servido.

—¿Te pasa algo? —pregunto, al notar su distancia.

—Eh… no.

—¿Ya entró el dinero en la cuenta?

No debería haber preguntado eso. Sé que le frustra que haya sido yo quien consiguió el dinero esta vez.

—No lo sé. No he mirado. La cuenta es tuya.

Es verdad. Apenas salimos del banco, Lev insistió en que cambiara la contraseña. Solo yo tengo acceso. No quería hacerlo, pero él fue tajante: quería que yo tuviera el control total por si algo le pasaba. A veces creo que alguien lo está buscando. Últimamente está más alerta que nunca. Duerme con un ojo abierto y el otro cerrado. Y eso empezó hace poco.

Abro la aplicación del banco y confirmo: el dinero ya está ahí. Transfiero un poco más a Margarita y le muestro a Lev todo lo que tenemos.

—Por un buen tiempo, no tendremos que preocuparnos por el dinero.

—Bien, pero tengo que ganarme lo mío. No puedo vivir siempre de ti.

Me callo y me concentro en comer. No voy a discutir con él por su orgullo herido. Si estoy aquí, si llegué a este país, fue porque él me trajo. De alguna forma, él fue el puente hacia esa persona misteriosa que ahora nos está ayudando.

Después de dormir tanto no tengo sueño. Lev propone que salgamos, pero declino la oferta; quiero relajarme. Le propongo ver una película. Selecciono una adaptación de una novela romántica erótica y su primera reacción es rechazar mi propuesta, pero no le hago caso y le doy al *play*. Sin opción, se sienta a mi lado. Aprovecho y recuesto mi cabeza en sus piernas. No sé en qué estaba pensando cuando le propuse esta película, mi cuerpo entra en combustión y siento cómo su pene se pone dura. Ninguno decimos nada, pero nuestras respiraciones se van agitando. Me muevo y solo empeoro la situación; ahora siento cómo su virilidad pulsa contra mi cara. Lev, sin poder aguantar más, quita mi cabeza de sus piernas, se levanta y empieza a alejarse.

—Lev. —Él se para a mitad de camino, pero no se atreve a mirarme.

—¿Qué quieres? —replica.

—Ayúdame a calmarme.

Suspira y se frota el rostro con las manos.

—No me hagas esto, Sasha —dice casi en un lamento.

—No seré capaz de dormir así, me está consumiendo.

—No me tortures de esta manera, sabes que siempre he estado loco por ti. Prometí no propasarme, pero tengo mis límites.

Me muerdo el labio antes de seguir hablando.

—No voy a mentirte, me guardé toda mi vida para un hombre que está muerto. Apenas tengo experiencia, pero ahora me muero por sentir placer, y no del que me puedo dar yo sola. Haz que me sienta como una mujer de verdad.

Lev se gira y en dos largas zancadas lo tengo delante. Sus grandes y fuertes manos me aprisionan. Somos casi de la misma

altura, y antes de que pueda darme cuenta, se abalanza sobre mí y queda preso en mis labios. Doy un brinco y cruzo mis piernas en su cintura. Su boca choca con la mía en otro beso hambriento, como si estuviera comiendo por primera vez en días. Su deseo por mí queda completamente reflejado por la manera en que reclama mis labios.

—¿Sabes cuánto tiempo soñé con esto? —dice con un jadeo.

Me odio por lo que mi cuerpo está haciendo. Él no se merece esto, todo iba bien hasta que ha hablado. Mi excitación me abandona. Deseo alejarlo, pero no lo haré. Dejo que siga, yo lo traje hasta aquí y no puedo ser tan perra para ordenarle que pare ahora. Su mano pasea por mis nalgas hasta llegar a mi sexo, me quito la camisa para mostrarle la visión de mi cuerpo semidesnudo. Despacio, me deja en el suelo y da un paso hacia atrás.

—Necesito verte. Eres aún más bonita que en mis sueños.

Me mira con ansia, luego atrapa mi pezón entre sus labios y mi indiferencia se transforma en un jadeo. Con cautela, acerca sus manos a mi sexo; su dedo se desliza entre mis labios hasta alcanzar mi clítoris y mis piernas flaquean. No sé qué estoy haciendo, mañana ya habrá tiempo para arrepentirme, pero ahora me entregaré. Es hora de seguir adelante.

Agarra mi mano con determinación y la lleva a su miembro. No soy ninguna florecilla del campo inocente: lo aprieto, y cada vez que muevo la mano se le escapa un gemido. Me empuja sobre el sofá. Al principio me asusta por la brusquedad de su acto. Voy a protestar, pero lo veo dejarse caer de rodillas en el suelo delante de mí, y luego sus manos agarran mis bragas y las baja. Todavía no se cree que me tiene a su merced. Se toma su tiempo admirando mi feminidad; sus dedos trazan el contorno de mi sexo con tal delicadeza que creo que me voy a correr.

—Lev, por favor… —susurro excitada.

—¿Qué quieres?

—Tú lo sabes.

—No lo sé. Dime con todas las letras qué es lo que quieres.

Nunca fui una mujer tímida, pero ahora mismo no soy capaz de verbalizar lo que deseo.

—No me hagas esto.

—Te dije que no te tocaría salvo que tú me lo pidieras.

¿Por qué tuvo que cambiar tanto? El Lev que yo pisoteé y repudié de mi vida era un cabrón desalmado que solo pensaba en él y en sus intereses.

—Dame placer.

No hacen falta más palabras, su lengua pasea de arriba abajo sobre mi feminidad y me derrito. Es la segunda vez que me hacen esto, la primera fue el hombre a quien entregué mi corazón. Tengo que expulsarlo de mi mente, no puedo evocarlo, no voy a ensuciar el momento con su recuerdo.

Las lengüetadas de Lev hacen que me retuerza, mi cuerpo se cimbrea y, más rápido de lo que puedo imaginar, me corro en su boca.

Pasada la euforia del orgasmo, no soy capaz de mirarlo. Todavía estoy semidesnuda con él de rodillas entre mis piernas, mirándome como si fuera la octava maravilla del mundo. «¿Qué he hecho?», me digo en un reproche mental. No se merece que juegue así con él. ¿Qué le digo ahora?

Soy una mujer resuelta, no pienso tapar mi cuerpo, aunque es mi deseo. Su polla sigue guardada dentro de su pantalón, pero no por eso dejo de ser consciente de su estado de excitación.

—Estoy cansado, voy a cepillarme los dientes para dormir —dice él de pronto, tratando de sonar neutro y tranquilo. Entonces se incorpora, me da un beso en la frente y desaparece en el aseo.

Lo miro, algo confusa, pero no desperdicio la salida que me acaba de dar. Entro en mi habitación y me encierro dentro. Acabo de cometer el segundo mayor error de mi vida.

Esa noche duermo plácidamente, hasta que un malestar me despierta de golpe. Corro al baño y vomito, abriendo la ducha para

disimular el sonido y no despertar a Lev. Hago todo lo posible por contener las arcadas y no alarmarlo. Siempre que me he sentido mal, él ha estado a mi lado, sujetándome la cabeza, dándome ánimos, asegurándome que todo iría bien. Pero esta vez siento que no es así.

Desde hace unos días, me siento fatal aquí. Ahora que no tengo problemas de dinero, decido ir al médico. Me meto bajo la ducha y me aseo. Al terminar, corro hasta la habitación envuelta en una toalla minúscula. Lo último que quiero es que Lev me vea así.

Me visto con un vestido sencillo, me cambio la peluca por la morena habitual que uso desde que estoy en Ciudad de México , me coloco las lentes de contacto y salgo de la habitación. Encuentro a Lev aún dormido. Le dejo una nota diciendo que salí a dar una vuelta, llamo un taxi y le pido al conductor que me lleve a una clínica privada.

En la recepción, explico lo que me ocurre. Me entregan un formulario que relleno con los datos de una de mis identidades falsas. Me siento a esperar. El tiempo pasa lentamente; al llegar no parecía haber tanta gente.

—Karina Sokolev —llama una voz. Respiro aliviada al oír el nombre que puse en el formulario.

Justo cuando estoy entrando al consultorio, me suena el teléfono: es Lev. Dudo en responder, pero recuerdo la situación y contesto.

—Estoy entrando al probador, cuando salga de la tienda te llamo. Un beso.

La asistente me observa, sin entender una sola palabra. La ignoro y entro. Me recibe una médica joven.

—Buenos días, Karina. ¿Qué es lo que le ocurre?

—Buenos días, doctora —saludo con amabilidad.

Le explico que llevo varios días con mareos, vómitos al despertar, dolores de cabeza y malestar general.

Ella me escucha con una sonrisa que me desconcierta.

—¿Cuándo fue su último ciclo menstrual?

Intento responder, pero todo empieza a darme vueltas. No puede ser...

—Manché hace unos días —respondo con inseguridad.

—Necesito saber cuándo fue el ciclo completo.

—Hace dos o tres meses… no estoy segura.

—Vamos a hacer un análisis de sangre.

Me conduce a una camilla y llama a una enfermera para que tome la muestra. Mientras tanto, sigue haciéndome preguntas. Una de ellas hace que el mundo se me caiga encima:

—¿Cuándo fue su última relación sexual?

Puedo decirle que fue la primera y la última.

—Hace exactamente tres meses.

No puede ser. No puedo estar embarazada. Él se corrió fuera... ¿Qué voy a hacer? La angustia me supera y siento que me desmayo.

—Enhorabuena, Karina, está usted embarazada de tres meses —es lo último que oigo antes de perder el sentido.

Al cabo de un rato, tras recuperarme y recibir las palabras de apoyo y la atención de los médicos, salgo de la consulta sin saber cómo. Estoy completamente desorientada. ¿Cómo ha podido pasar? Fue solo una vez. No entiendo nada. Me apoyo contra la pared, mareada, y por reflejo me llevo una mano al vientre.

Llamo un taxi para volver a casa. Necesito pensar con claridad qué hacer a partir de ahora. Entro en el coche, doy la dirección y cierro los ojos, preocupada.

La radio está demasiado alta. Hablan de la muerte de Antonio. Sus trapos sucios están saliendo a la luz, nada está quedando en el tintero. La transmisión es interrumpida por una noticia de última hora. El conductor sube aún más el volumen. Abro los ojos para protestar, pero las palabras del locutor captan toda mi atención.

—Noticia de última hora: un ciberataque masivo a la banca online está vaciando las cuentas de miles de clientes. Las líneas de atención están colapsadas.

Mi corazón late con violencia. Con las manos trémulas, saco el móvil e intento entrar en la app del banco, pero no lo consigo. Me llama Margarita. No contesto. No puedo ayudarla. También lo he perdido todo. La llamada se corta y entra otra: es Lev.

—Dime que tu banco no ha sido uno de los atacados.

—Hemos perdido todo —respondo entre lágrimas, rota. ¿Qué voy a hacer ahora? Estoy embarazada, en un país extranjero, con apenas unos pesos en el bolso.

—¿Dónde estás? ¿Tienes dinero para pagar el taxi?

—Sí.

—Vuelve a casa. Lo resolveremos juntos.

No hay solución. El dinero en efectivo que llevo no alcanza para nada. Pero ahora ya no se trata solo de mí. Tengo que pensar en mi hijo.

Quiero que este bebé tenga una vida distinta a la mía. Será un Popov de pies a cabeza. No le ocultaré quién es ni de dónde viene, pero quiero que viva lo que yo viví estos días aquí en México: caminar por la calle, conocer gente… ser un niño. Cuando llegue el momento, sabrá su legado. Ahora, tengo más razones que nunca para no volver a Rusia.

Abro el bolso. Llevo conmigo dos de las tres identidades falsas que me dio Lev.

—Cambio de planes —le digo al taxista—. Lléveme al aeropuerto.

«Lo siento, Lev», pienso, sabiendo exactamente lo que debo hacer.

Cuando llegamos a México, vi una noticia que me llenó de alegría: Sara había sido rescatada y ya estaba de vuelta en su país, con su familia. Ella es la única persona que puede ayudarme ahora. No voy a quedarme en Estados Unidos, sería peligroso para ambas. Solo

necesito un abrazo verdadero, el apoyo de alguien que me conozca de verdad.

Lev, perdóname. No puedo seguir poniéndote en peligro. Ya has hecho demasiado por mí. Te prometo que no voy a desaparecer de tu vida. Serás la única persona que tendrá noticias mías. Me demostraste que puedo confiar en ti. Confía tú en mí también. Sé que no recuperaré ese dinero. No puedo reclamarlo por razones obvias. Estaré en contacto. No pierdas este número. Yo tampoco perderé el tuyo. Hasta pronto.

No envío el mensaje todavía. Lo haré solo cuando esté segura de que nadie puede dar conmigo. Su contacto es poderoso.

Marco el número de Sara.

—¿Aló?

La suerte está de mi lado: al ser mexicana, reconoce el prefijo del país.

—Soy Sasha, por favor, no cuelgues.

Silencio. Sé que la línea sigue abierta porque oigo su respiración.

—¿Sasha? ¿Dónde estás? Tus hermanos están como locos buscándote.

Escuchar la voz de mi amiga hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Lo sé.

—¿Estás bien?

—No.

Podría mentirle, pero llevo tanto tiempo haciéndolo que por primera vez siento la necesidad de ser sincera.

—¿Qué está pasando?

—Es una larga historia…

Capítulo 17

Sasha

No habían pasado diez minutos, ni siquiera había llegado al aeropuerto y ya tenía los datos de mi vuelo. Tengo sentimientos encontrados, me siento feliz por ver a mi amiga y mal por dejar a Lev como lo estoy haciendo. No era esta la despedida que había imaginado para nosotros. Pretendía hacerlo de otra manera, ya le hice demasiados feos y no quería sumar uno más a la lista, pero aquí estoy.

Estoy tan fuera de mí que no me fijé en nada. Al llegar para hacer el *check-in*, algo que no me llevó nada de tiempo ya que no llevo equipaje, me encuentro con que mi vuelo es privado. Sara ha alquilado un vuelo particular para llevarme hasta ella. La llamo de inmediato, su marido no va a quedarse pobre por esto, pero no me parece justo que se gaste tanto dinero conmigo. Además, necesitaré esta pasta para mantenerme hasta reorganizar mi vida.

Ella descuelga de inmediato.

—Sasha, ¿qué ocurre?

—¿Por qué has hecho eso?

—No sé de qué me hablas.

—Te refrescaré la memoria. ¿Un vuelo privado?

—Ah… eso. No es nada. Así te tengo a mi lado más rápido. Necesito a mi amiga.

—No, Sara, aunque vaya para allá no podemos vernos. Mis hermanos de seguro te están vigilando. Lo último que quiero es ponerte en peligro nuevamente.

—De eso ya me ocuparé yo. Ven de una vez.

No insisto en mi idea de no vernos, lo cierto es que sigo necesitando su abrazo.

Finalmente, embarco. Estamos en el aire durante horas, aunque no sé a dónde me lleva el avión. Intenté dormir y no pude. No dejo de pensar en cómo estará Lev, me pregunto si tiene forma de abandonar el país. Me siento culpable. Vi en él una vía de escape, lo agarré y no pensé en qué sería de él. Lo comprenderé si decide no volver a mirarme a la cara, pero espero que no sea así. Durante estos meses juntos, mis sentimientos hacia él han cambiado. Descubrí a un hombre atento, cariñoso, vulnerable y protector, y ahora sé que lo quiero en mi vida.

El avión empieza a hacer maniobras en el aire y el descenso me saca de mi ensimismamiento. Miro hacia abajo y lo que veo hace que mi corazón se dispare. Al parecer, el piloto tiene la clara intención de aterrizar en una isla; desde arriba parece demasiado pequeña para esto. Puedo ver la pequeña pista de aterrizaje, la casa, la piscina… todo es visible desde aquí. Aprieto el cinturón de seguridad antes de que el piloto lo ordene, me agarro fuerte al reposabrazos y cierro los ojos. Las ruedas de la aeronave golpean el suelo y, tras una carrera en la pequeña pista, dejo escapar el aire que guardaba en los pulmones. No puedo contener la alegría de estar viva. Vuelvo a respirar aliviada cuando los motores se apagan. Aun así, no me suelto el cinturón hasta que me dan el aviso, nunca he sido tan obediente como hoy con las medidas de seguridad. Me lleva un par de minutos poder levantarme, hasta las piernas me fallan debido al susto. Mi primer instinto es acariciar mi barriga.

La puerta se abre. Miro hacia atrás buscando a la tripulación y no los encuentro. Bajo y no hay nadie. Un coche viene a toda velocidad en mi dirección y mi corazón se dispara de nuevo. Mis hermanos me han encontrado, seguro. Usaron a Sara para dar con mi paradero. El vehículo está cerca, así que me giro para huir. Entonces escucho a alguien decir mi nombre.

—Sasha. —Me quedo helada. No sé qué hacer, la traición me duele. Es la voz de mi amiga. ¿Es ella quien ha traído a mis hermanos?—. ¿A dónde crees que vas?

Perdí un tiempo valioso regodeándome en mi dolor; ya no hay tiempo para nada. Sé que no me van a disparar. No pienso, solo corro en dirección contraria al coche. El vehículo me corta el paso y de él sale Sara a mi encuentro.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué huyes de mí?

Está sola y más bonita que nunca. Su melena, que antes era corta ahora llega a mitad de su espalda, su piel tiene un brillo que nunca vi en ella antes, sus ojos están radiantes de felicidad. Corro en su dirección y me lanzo a sus brazos. No puedo y no quiero contener las lágrimas de alivio y alegría. Nunca fui una persona emotiva; sin embargo, ahora vivo con ganas de llorar. Sara intenta apartarse de mí y la aprieto más contra mi cuerpo. No quiero romper el contacto, todavía no. Mi amiga siente mi necesidad y aprieta su agarre. Nos quedamos así hasta que yo controlo mis emociones y la suelto.

—Estás guapísima —digo susurrando.

—Sasha, ¿estás bien? ¿Qué te pasa?

No, no me hagas esto. No me leas, no quiero romperme. Hice tantas cosas mal que no sé cómo arreglarlo. Ahora solo necesito su consuelo.

—¿Una no puede echar de menos a su mejor amiga? —digo, tratando de recomponerme.

Ella me mira con escepticismo.

—Muy bien, por ahora tú ganas. No te haré preguntas.

Acaricio sus hombros en agradecimiento, las palabras sobran en este momento.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Qué lugar es este? —digo.

—Quería estar contigo en un sitio donde nadie nos importunara.

Estoy muy feliz, lo único que empaña el momento es no poder dejar de preguntarme cómo está Lev. Apagué el móvil minutos antes

de despegar y no volveré a encenderlo por una larga temporada. «¿Por qué nunca podemos tenerlo todo?», me pregunto con tristeza.

No le diré a Sara que estoy embarazada, tengo que hacer esto sola, aunque no sé cómo. Nunca me imaginé en una situación como esta. Me aterra, pero lo haré bien. Soy una Popov. Acaricio mi barriga y la presión que tengo en el pecho se disipa; llevo dentro de mí un pedazo de mi amor. Este niño tendrá la vida que se merece, y seré yo quien se la de.

—¿Cómo te encuentras?

—Mal. Echo de menos Rusia, a mis hermanos… pero no quiero volver. Necesito estar lejos.

—Sé por qué no quieres volver. ¿De verdad que no existe la posibilidad de que esté vivo?

Con Sara no me hace falta hacerme la fuerte, ella es la fuerte aquí.

—No.

Vi cómo los del FSB se cebaban con su cuerpo sin vida. Fue una escena dantesca. Misha ya no sabía qué más hacer para convencerme de que estaba muerto, sabía que hasta que no viera su cuerpo no iba a poder pasar página. Tuvo la esperanza de que el helicóptero que pasó a por nosotros lo rescatara, pero no sucedió. La aeronave llegó a aterrizar con la esperanza de sacar a Luck de allí, pero los del FSB, junto al FBI, la explotaron antes de que pudieran hacer nada. El cuerpo sin vida de Vladimir les sirvió de trofeo y le hicieron verdaderas barbaridades.

—No hay un solo día en que no lo odie por haberme dejado sin darme la oportunidad de hacerle pagar por lo que nos hizo.

—Sé lo que sientes. No te preocupes, lo superarás. Podemos estar aquí el tiempo que quieras, nadie nos va a importunar —dice ella sin querer soltarme.

Seco mis lágrimas y la miro, hace poco que fue rescatada y aquí está para mí. Ya no sé ni por qué lloro, solo sé que no puedo parar.

Tengo la sensación de estar en casa y es confortante. No imaginaba cuánta falta me hacía ver a mi única amiga. Sara pasó un calvario en manos de Luck y, aun así, siempre estaba para aquellas mujeres que se apoyaban en ella. Fue la salvadora de Oana.

La tripulación se va y nosotras nos quedamos solas en medio de la pista de aterrizaje. No sé de dónde sale tanta lágrima, no sabía que se podía llorar tanto.

—¿Sabes que es la primera vez que te veo llorar? Y que sepas que lloras feo —bromea, y me río por primera vez desde que recibí la noticia de que seré madre.

—¿Dónde estamos? —pregunto al fin.

—En la isla del amigo de Bruno. Todo ha sido organizado por Rosita.

—¿Ella sabe que estoy aquí?

—Sí. Ella, su marido y Fernando.

Me remuevo incómoda, no conozco a esta gente, pero no quiero que mi familia les haga daño.

—No es justo que se pongan en riesgo por mi culpa.

—Tranquila, jamás te delatarían. Todos te están muy agradecidos por lo que hiciste por mí.

—No deben estarlo. Yo… me fui. Te dejé atrás.

—Si hoy estoy aquí es en parte gracias a ti, no te quites méritos. En la vida hay momentos en los que tenemos que hacer elecciones duras y, por desgracia, tu momento fue allí. ¿Te has parado a pensar qué hubieran hecho tus hermanos si hubieras muerto? Te lo diré: habrían explotado aquella casa con todos dentro.

Es verdad, ellos serían capaces de eso y más si me hubiera pasado algo.

—Ahora está siendo duro… —No termino la frase, iba a decir que está siendo duro llevar el peso de la culpa de haber dejado a Lev tirado. No puedo olvidar que lo dejé solo en otro país con unos pocos pesos mexicanos.

—Sé que hay mucho en tu cabeza, así que, como te he dicho, podemos estar aquí el tiempo que desees. Nadie se acercará a la casa donde te hospedarás.

Asiento, poco convencida. De todos modos, no estaré aquí mucho tiempo. No sé cuándo empezará a aparecer mi barriga, no tengo la menor idea de cómo va esto. Nunca acompañé a una embarazada de cerca. Pero para cuando eso pase, espero estar muy lejos.



Llevo aquí cuatro días. Sara pasa muchas horas junto a mí. Me preguntó si quería conocer a Damon y Dasha, y lo cierto es que me muero por hacerlo, pero dije que no; son niños y pueden irse de la lengua. Ygor fue otro cantar. La historia de su vida hasta cruzarse con Sara, que ahora es su madre, no fue fácil. Vivió un verdadero horror en las calles y tuvo la mala suerte de caer en las redes de Luck. Sara, Oana y yo intentamos protegerlo todo lo que pudimos y me cogió cariño. Al escuchar que estoy aquí, se presentó en la casa donde estoy hospedada para hacerme una visita. Soy igual que una fuente, por todo rompo en llanto. Cuando lo vi, lo abracé con fuerza y lloré de alegría. No tengo miedo de que me delate, es un niño con más valentía en su pequeño cuerpo que muchos adultos.

Fue un encuentro bonito, y aquí estoy bien, puedo relajarme, pero no puedo quedarme para siempre. Desde que llegué aquí no he vuelto a sentirme mal, pero es hora de pensar en irme. Nunca fui de huir de mis problemas y quedándome aquí es exactamente lo que estoy haciendo.

Barajo mis opciones y llego a la conclusión de que solo hay un lugar donde Mijaíl no me va a buscar. Él sabe cuánto desprecio a la gente de ese país. Será un buen lugar para organizarme, trazar un plan, hacer algo de dinero y dar a luz a mi hijo donde me plazca. Me iré a Italia. La guerra de mafias entre italianos y rusos dura décadas,

puede que hasta siglos. Lo bueno es que ellos no me conocen. Aun así, pienso seguir usando mi disfraz. Estos días aquí, en esta paradisíaca isla, me hicieron darme cuenta de que mi piel bronceada queda genial. Así que buscaré una zona de costa, trabajaré y tomaré el sol hasta decidir dónde voy a fijar mi residencia.

Capítulo 18

Sasha

Me siento renovada. Recibir los abrazos de mi amiga sin tener que dar explicaciones y caminar por aquel paraíso sin miedo a tener que salir huyendo de un momento a otro recargó mis energías. La despedida fue dura. Ya no hago esfuerzos por retener mis lágrimas, me he convertido en una llorona. Fue difícil deshacerme del abrazo de Sara. Ella me hizo prometer que no volvería a desaparecer y me dio un móvil por si necesito ponerme en contacto para lo que sea. Lo tengo a muy buen recaudo. Es todo tan loco… No tengo libertad; sin embargo, estoy viviendo la mejor época de mi vida, siendo mimada por personas a las que apenas conozco sin tener que dar nada a cambio, sin intereses ocultos detrás. En mi vida pensé que cosas así pudieran sucederme a mí. Lo que estoy viviendo refuerza mi decisión de no volver a Rusia por mucho tiempo. Quiero que mi bebé viva todo esto.

Respecto al embarazo, ya no puedo ocultar del todo mi barriga. No es nada exagerado, sin embargo, yo era una de esas mujeres de vientre completamente plano y ahora la parte baja, a cada día que pasa, está un poco más abultada.

Sin quebraderos de cabeza, me instalé en un lugar maravilloso. Las vistas me hacen recordar el sitio donde más recuerdos felices tengo junto a mis hermanos. Por otro lado, esto no ayuda a la hora de controlar las hormonas y lloro continuamente. Los echo mucho de menos. A veces me sorprendo pensando en cómo se tomarían la noticia de mi embarazo, cómo serían como tíos. Nunca los vi siquiera cerca de un niño. Me hubiera encantado poder aprender a ser madre

junto a ellos mientras ellos aprendían a ser tíos. Siempre que tengo oportunidad, intento saber cómo les va.

Con cinco meses de embarazo, no me puedo arriesgar a que me encuentren. Este sería el último lugar en que me buscarían. La enemistad entre la *bratva* y la mafia italiana es antigua. Si no fuera por mi desesperación por no ser encontrada, jamás hubiera pisado este país y a cada segundo que paso aquí, en el Valle de Aosta, me alegro más de mi decisión. Los quince días que estuve en la isla con Sara me llevaron a pensar que quería pasar una temporada en una zona costera. Estudié todo el mapa de Italia y escogí un pueblo pintoresco. Como todo lo que vengo haciendo desde que abandoné Rusia, no le dije a nadie dónde iba a instalarme, ni siquiera a Sara. No por miedo a que me traicione, sino por su seguridad.

El mismo piloto que me llevó a la isla fue quien me sacó de allí, y aterrizó en Francia. Para mi amiga estoy allí; cuanto menos sepa de mi paradero, menos riesgos correrán ella y su familia. De Francia llegué a Italia por mis propios medios, y con el dinero que me dejó puedo estar tranquila por una larga temporada. Pienso devolvérselo en cuanto sea posible. Fui hasta el pueblo de Cervo y me hospedé en un hostal de dos estrellas. No derroché ni un euro, el tiempo que pasé junto a Lev me enseñó el significado de la palabra ahorrar, algo que me vendrá bien ahora que voy a tener un bebé y se multiplicarán los gastos. Disfruté cada segundo de mi estancia en Cervo: salí a hacer turismo, conocí su castillo, fui a la playa, caminé por sus calles estrechas… hice centenares de fotos. Me compré una cámara y cuando no la estoy usando, llevo siempre conmigo la tarjeta de memoria. Es una de estas cosas que tengo que proteger con mi vida, por las fotos podrían localizarme. La compra de la cámara fue el único capricho que me concedí. Lo estaba pasando bien, sin embargo, algo dentro de mí me decía que no era aquel mi sitio. Desde niños, mi padre siempre nos enseñó a no ir en contra de nuestro instinto.

Así pues, me compré un nuevo mapa de Italia y me puse a investigar. A cada foto que veía del lugar que llamó mi atención, más claro tenía que ese era mi destino. Finalmente, me lancé. Alquilé un

coche hasta Turín, donde estuve dos días de turismo. Fui de visita al Parque Valentino donde alquilé una bicicleta; no montaba desde que era una niña. Pedaleé por aquel paraje disfrutando de mi libertad. He pasado toda mi vida vigilada y hasta cuando me fui de Rusia de alguna manera seguía estándolo. Lev, él siempre estuvo pendiente de mis pasos, pero desde que pisé Italia somos yo, mi bebé en mi vientre y nadie más. El paseo por el parque me dio la certeza de que había tomado la decisión correcta. El segundo día, visité el Museo Egipcio, hice más fotos y al tercer día contraté un Uber para que me llevara a mi destino final.

Al ver a lo lejos las montañas, lo primero que me vino a la mente fueron los Montes Urales. En aquel lugar solo tengo recuerdos bonitos, allí fue donde conocí a Sara. Al tercer día de llegar ya tenía alquilada una casita encima de la pequeña confitería donde días después empecé a trabajar. La dueña del local es mi arrendataria. La noticia de mi embarazo no fue impedimento para que me alquilara la casa y me diera trabajo. Fue tan noble y bondadosa conmigo que no quise ocultarle mi estado de buena esperanza, pese a mis esfuerzos para atesorar esta información solo para mí todo el tiempo que pudiera, pero tarde o temprano se me empezará a notar, y no quería engañar a la amable mujer.

Sus cuidados me hicieron recordar a Shura. Me hace caldos y me buscó y agendó una consulta médica para acompañar mi embarazo. Sus hijos se fueron a la capital y apenas vienen a verla, es viuda, así que nos hacemos mutua compañía.



Sigo al pie de la letra las recomendaciones de la obstetra. Todos los días, antes o después del trabajo, salgo a caminar; no me cuesta ningún esfuerzo.

Hoy es mi día libre y decidí hacer una ruta. Desde que llegué aquí, hace dos meses, tengo ganas de conocer el Lago Vargno. Es una caminata de ida y vuelta de 7,1 km desde el pueblo donde vivo, Fontainemore. Todos en el pueblo me han hablado de su belleza y me han animado a conocerlo.

—Cuando seas mayor te voy a traer a este lugar… Aunque los Montes Urales son más bonitos —le digo a mi bebé, como si pudiera entender cada una de mis palabras.

—¿Eres rusa? —preguntan a mis espaldas.

Mi corazón se dispara. No es ruso, no tiene acento, pero su voz impone respeto. Me giro y, al ver el rostro atractivo que me observa con una sonrisa digna de un anuncio de dentífrico, mis instintos me gritan que le mienta.

—No.

—Creí haberte oído hablar de los Montes Urales en ruso.

—Me encanta el senderismo. Mi madre es rusa y mi padre, inglés. Yo nací en América.

—A mí también me gusta el senderismo. ¿Puedo? —pregunta, señalando el espacio a mi lado en la enorme piedra donde estoy sentada.

Mi primer instinto es decirle que no. Sin embargo, algo dentro de mí me empuja a actuar con normalidad, así que le indico con la mano que puede sentarse. Saco mi mochila, tomo la botella de agua, doy un trago y busco mi bocadillo. Voy a comerlo y luego bajaré; la idea de pasar más tiempo aquí arriba está descartada. No bajo de inmediato porque él subió detrás de mí todo el camino y sabe que acabo de llegar.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunta.

Veo en su cara que ya conoce la respuesta, así que no le miento.

—Dos meses.

—Qué coincidencia, el mismo tiempo que yo.

No respondo. Solo le dedico una sonrisa y sigo comiendo mi bocadillo. Agradezco la llegada de un grupo de personas; el ruido que hacen lo obliga a callarse. Me apresuro a terminar de comer para poder irme cuanto antes.

Una chica se acerca y me toca el hombro. Me pregunta si puedo sacarles una foto. Si no quedara feo, le daría un beso en ese momento por darme la excusa perfecta para alejarme de ese hombre. Guardo lo que queda del bocadillo, me pongo la mochila a la espalda y me concentro en hacerles docenas de fotos, sin perder de vista mi objetivo.

Una gran sonrisa se dibuja en mis labios al comprender por qué me pidió que les hiciera fotos. No podría estar más agradecida: una de las senderistas está claramente interesada en el italiano que me hablaba y ahora ocupa el lugar que yo tenía, casi encima de él.

A mí me habló en inglés, pero con ella se comunica en su idioma natal. Aprovecho que ha dejado de prestarme atención y comienzo el descenso a toda prisa. Camino tan rápido como puedo; seguramente la gente no entiende por qué bajo la senda casi corriendo. De vez en cuando miro hacia atrás para comprobar si me sigue. No hay nadie. Aún es temprano y muchos recién están subiendo.

Llego a casa y me encierro.

Sé que no es la primera vez que veo a ese hombre. No debería ser tan desconfiada con la gente; aquí vienen muchas personas a hacer senderismo. Pero él dijo que lleva el mismo tiempo que yo en el pueblo… y esto no es tan grande.

«Sasha, no te obsesiones. Tranquila».

Soy de esas embarazadas que apenas tienen barriga, y lo agradezco. Acuno mi vientre entre los brazos y me acerco a la ventana para asegurarme de que no haya nadie afuera vigilándome.

Al día siguiente, al entrar a trabajar, lo primero que veo es al mismo hombre dentro del establecimiento, acompañado del grupo de amigos de la chica que se interesó por él. Por lo que veo,

consiguió su objetivo. Ella está sentada sobre sus piernas. Esto me da algo de tranquilidad, aunque la sensación de incomodidad no desaparece.

Me pongo el delantal y me acerco a atenderlos. Aquí no puedo salir corriendo. Este es mi lugar de trabajo, y me gusta.

—Hola, qué coincidencia verte de nuevo. Ayer desapareciste —dice, mirándome de arriba a abajo.

—Lo siento por haberme ido sin despedirme, pero vi que… —señalo a la chica, que me sonríe de forma amistosa, y él la besa.

Estuvieron en el local casi dos horas. Pude ver que son gente normal, amable, a la que le gusta disfrutar de la naturaleza. Me doy cuenta de que no puedo ir por la vida desconfiando de todo el mundo. Pasé una noche horrible para nada.

Sigo con mi trabajo, más relajada. La propina que me dejan es muy generosa. La guardo en el bolsillo y termino mi jornada.

Tomo mi inseparable bicicleta, empiezo a pedalear y termino deteniéndome en el puente romano. Este lugar es mi refugio, me llena de paz. Aparco la bicicleta y camino hasta la cima del puente. Me apoyo en el muro y dejo que mi mirada se pierda en las divinas vistas.

Mi mano toca el móvil que llevo en el bolsillo. Desde hace unos días siempre lo tengo encima. Lo enciendo y leo las decenas de mensajes de Lev. He sido una mala amiga. No lo pienso demasiado y lo llamo.

—¿Eres tú? —responde sorprendido.

—Lev, yo…

De pronto escucho una voz de mujer.

—¡Fuera de aquí, fuera, fuera! —oigo gritar a Lev al otro lado de la línea.

—¿Qué pasó? ¿Hice algo que te incomodó? —pregunta ella.

—¡Fuera! —grita Lev, nuevamente.

Una sensación desagradable se instala en mi estómago. No tengo derecho a sentir celos, pero ahí están.

—No hace falta que la eches, te llamo en otro momento —digo con un nudo en la garganta.

—*No cuelgues, espera.* —Luego se aparta del teléfono, aunque aún puedo oír sus palabras—. *Toma, y fuera de aquí ahora mismo.* —Escucho pasos, el ruido de una puerta que se cierra y luego, silencio.

Debería estar furiosa por oírlo hablar así a otra mujer, pero soy humana… y encima estoy embarazada. Una parte de mí se alegra de que haya preferido hablar conmigo.

—¿Estás bien? ¿Por qué te fuiste sin mí? —me dice. Su voz no suena a reproche, sino a resentimiento—. *¿Fue por lo que pasó entre nosotros?*

—Estoy bien, y no, no me fui por eso. Ambos quisimos y no me arrepiento. Me fui porque ya te había causado suficientes problemas.

—¿Puedes imaginar lo preocupado que estuve?

—Perdóname. Lo necesitaba.

—¿Dónde estás?

—En Europa.

—Dime en qué parte e iré a tu encuentro hoy mismo.

—No, Lev. Ambos sabíamos que nuestros caminos iban a separarse.

—¡*No digas eso! Lo que ocurrió no cambia nada entre nosotros. No volveré a tocarte, te lo juro, pero déjame ser parte de tu vida* —dice con desesperación—*. Te echo mucho de menos.*

—Yo también te echo de menos. Te volveré a llamar. Adiós.

Cuelgo el teléfono con un nudo en la garganta, sin darle tiempo a convencerme de lo contrario.

Él se merece a alguien que lo quiera y se preocupe por él en la misma medida, y yo no soy esa persona.

Capítulo 19

Sasha

Últimamente, allá donde voy, me encuentro con Alessandro. Siempre andan en grupo y, con cada día que pasa, son más. Creo que han hecho de este lugar su punto de encuentro. Su grupo no deja de crecer. A veces me cuesta creer que no se conocieran antes: hay mucha complicidad entre todos.

Cuando pienso que estoy sola, aparecen de la nada y me arrastran con ellos. Hacen de todo para que me sienta parte del grupo. Desde que los vi en el local donde trabajo, bajé la guardia. Me demostraron ser simplemente gente que quiere pasarlo bien, y les di un voto de confianza. Aunque no estamos en el mismo momento de nuestras vidas y no siempre me siento del todo cómoda, me dejo llevar por sus bromas, me río de sus tonterías… Poco a poco, puede que estén ganándose mi confianza, al punto de venir todos juntos hasta mi casa a buscarme para salir con ellos.

Siempre rechazo sus invitaciones. Disfruto de mis momentos a solas con mi bebé, cuya existencia no quiero que conozcan por ahora. Mi mayor placer es estar en mi pequeña casa leyendo libros sobre crianza y educación infantil. Cuanto más aprendo, más quiero aprender. Me gusta imaginarme con mis hermanos, contando historias de mi infancia a mi hijo, y hablarle del amor que sentí por su padre.

Estoy en mi local favorito, disfrutando de un momento de paz, cuando los veo llegar. Adiós, tranquilidad.

—Hola, Kira —me saludan.

—No hay manera de huir de vosotros —digo, riéndome.

Alessandro me toca el rostro y me estremezco. Él se da cuenta y da un paso largo hacia atrás.

—¿De cuántos meses estás? —pregunta Sandra, su ligue, e intenta tocarme la barriga. Protejo mi vientre con los brazos y la enfrento; la manera en que lo mira no me gusta.

Se hace el silencio, y todas las miradas se dirigen a mi barriga. Alessandro, que está a apenas dos pasos de mí, repite la misma pregunta, solo que de una forma mucho más invasiva, e intenta levantarme la camisa.

—¿Estás embarazada? ¿Por qué no nos lo dijiste?

Doy un paso atrás. Mi impulso es golpearlo hasta dejarlo sangrando en el suelo. ¿Quién se cree que es para hablarme en ese tono? No le debo explicaciones a él ni a nadie.

—Alessandro, ¿dónde quedó tu educación? No se toca a una mujer sin su consentimiento —lo reprende una del grupo. Estoy tan aturdida que ni siquiera distingo quién me está defendiendo.

—Disculpa.

Solo asiento con la cabeza y me alejo lo más rápido que puedo. Sus disculpas carecen de sinceridad.

Desde aquel día, todo se volvió un poco extraño. Podría decir que ahora tengo a Alessandro como mi guardián. Allá donde voy, ahí está él. Esta mañana, al abrir la ventana de mi casa, tuve la desagradable sorpresa de verlo en la casa justo enfrente. Se ha alojado ahí. No quiero sonar paranoica, pero sé con certeza que me está vigilando. Si los italianos desconfían de mí, lo mejor que puedo hacer es irme de aquí cuanto antes.

Me da pena dejar este paraíso. En estos dos meses he sido muy feliz. Aquí conecté con mi embarazo, superé el susto de saber que estoy gestando una vida y que voy a encarar esto sola. Aprendí lo que es trabajar de verdad para mantenerme… y me gustó. No quiero irme, pero hoy será mi última noche en este lugar.

Son las fiestas locales. Aprovecharé que todo el pueblo está en la calle, viendo la procesión y luego en la verbena, para irme sin que nadie se dé cuenta. Así, Alessandro no sospechará que estoy huyendo. Cierro la cortina de mi ventana, no sin antes encontrarme de frente con su mirada fija en mí. Descarado, me sonríe. Tiro de la tela y me oculto tras ella, despidiéndome mentalmente de toda esta gente que tan bien me ha recibido.

Meto mis pertenencias y las cosas que compré para mi bebé dentro de las dos maletas que ya tenía preparadas para este momento. No quería que fuera tan pronto, pero es lo mejor. Mis cosas apenas ocupan la mitad de una maleta. El resto es para mi hijo… o hija.

—¡Kira, ven! —me gritan desde abajo.

—No, no me apetece —le contesto, apenada, a mi anciano vecino.

Es un encanto de persona. Desde que llegué intenta emparejarme con su hijo, sin darse cuenta de que todo el pueblo sabe —menos él — que es gay.

—¡De eso nada! Estamos todos en la plaza y me prometiste un baile.

Llevo escuchando hablar de esta fiesta desde el primer día que llegué. Si cumplo con todos los bailes que prometí, acabaré en cama el resto del embarazo: mis pies no lo soportarán.

—No me encuentro muy bien —miento, intentando disuadirlo.

El hombre pone cara de preocupación.

—Voy a llamar al médico ahora mismo.

—¡No! —grito más fuerte de lo que quería—. No hace falta… ya estoy bajando.

Me regala una sonrisa victoriosa y se recuesta en el muro de enfrente, esperándome. Esta gente es tan amistosa que, si se corre la voz de que estoy enferma, en minutos tendría a un ejército en mi casa preocupados por mi salud.

Saldré, me dejaré ver, haré unas últimas fotos para llevármelas conmigo, me despediré mentalmente… Seguro que nunca más volveré a este sitio.

Mis hermanos nunca me oirán decir esto, pero ver a estos niños jugando libremente, corriendo de un lado a otro, me hace pensar que no me disgustaría criar a mi pequeño o pequeña aquí.

Llego a donde todos están reunidos. La música ya ha empezado y el ambiente es de pura felicidad. Enfoco mi cámara en todas direcciones y disparo. Es más bonito de lo que imaginaba.

—*Signorina*, ¿baila conmigo?

Niego con desesperación. No me gusta bailar. Les prometí un baile llevada por la euforia, pero la verdad es que nunca he bailado con un desconocido.

Piero, el encargado de cuidarme, aparece. Se interpone entre su amigo y yo y sin decir palabra me arrastra al centro de la pista improvisada en la plaza.

—El primer baile es mío. Si ese viejo cascarrabias quiere bailar contigo, que se ponga a la cola.

Es un señor adorable. Lo único que puedo hacer es reírme. La rencilla entre ellos viene de lejos y nos hace gracia a todos. La edad no le impide moverse con soltura. Él lleva el ritmo y yo simplemente me dejo llevar. Bailamos dos canciones más y, sin preguntarme si quiero, me entrega a su hijo, que me aprieta contra su cuerpo y me guía de un lado a otro.

—Así se hace, *bambino* —anima el anciano.

—Vamos a alegrarle aún más la noche —me dice su hijo, sonriendo. Adora a su padre. Quizás por eso aún no se atreve a mostrarse tal cual es.

Me hace girar, me mueve, y cuando vuelvo a la posición inicial, ya no está. Estoy en los brazos de otro.

Me río y bailo sin siquiera ser consciente de que lo estoy haciendo. Está siendo una despedida perfecta. Piero anima a todos a

formar un círculo y me dejan en el centro. Es raro en mí, pero me invade la timidez. Todos, en coro, empiezan a gritar:

—¡Baila, baila, baila!

Con las mejillas más coloradas que nunca, levanto un poco el borde de mi falda y empiezo a girar con los ojos cerrados, sintiendo la música. Tengo la sensación de que floto. No puedo dejar de reír.

Todo es perfecto. Demasiado perfecto. Entonces, un grito de «¡fuego!» me hace abrir los ojos y mirar en la dirección en la que todos observan. Salgo corriendo hacia el incendio.

—¡Rita! —grito, desesperada.

Mi anciana jefa y arrendadora estaba dentro. Entraba justo cuando yo salía. Dijo que se iba a acostar. El pintoresco bar y la casita de ensueño donde estaba viviendo están siendo devorados por las llamas. Todos corremos como locos con cubos de agua, intentamos apagar el fuego. Aparecen mangueras, descargan agua sobre la casa, pero todos sabemos que, si Rita estaba dentro, no hay posibilidad de que haya sobrevivido.

Las lágrimas me caen sin control. Era una persona dulce, amable… no merecía morir así.

—¿Qué ha pasado? —preguntan a mi lado.

Se me eriza la piel. Sé quién es. Y sé que es el responsable del incendio.

—Mejor dímelo tú. ¿Qué es lo que has hecho, maldito?

No me andaré con rodeos. Si estoy equivocada, lo asumiré. Pero fue él. Estoy segura. Mi instinto nunca falla.

—¿Por qué me hablas así? Solo quiero ser tu amigo…

Cada vez le cuesta más mantener su máscara de chico encantador. Nunca debí haberle permitido acercarse a mí.

—Basta de juegos. Tú sabes quién soy yo, así que igualemos los términos. Dime quién eres tú.

Su máscara se cae por completo. Sus facciones cambian y la belleza que había en él desaparece. Si no estuviera acostumbrada a tratar con este tipo de personas, estaría muerta de miedo. No es que me sea indiferente: me dobla en tamaño y está aquí por mí. Soy una mujer… y además embarazada.

—Bien, dejemos los juegos. Sí, estoy aquí por ti.

—¿Era necesario matarla?

—No era mi intención. Entré para revisar tus cosas y ella llegó. No podía arriesgarme. Quería seguir jugando un poco más. Estaba siendo divertido —se burla, sin una gota de remordimiento.

Seco mis lágrimas. No quiero darle la satisfacción de verme derrotada. La muerte de Rita es culpa mía. ¿Dónde tenía la cabeza cuando creí que podía ser feliz aquí, rodeada de gente buena?

—¿Qué quieres de mí? No tenías que matarla…

—Ven conmigo y no morirá nadie más.

—Eso no va a pasar.

Discretamente, deslizo el bolso que llevo cruzado hacia mi espalda sin apartar la vista de él.

—Como quieras. Empezaré por Piero.

Alessandro es tan rápido que no puedo hacer nada para evitar que dispare.

—¡Noooo! —grito, pero es demasiado tarde. Nadie me escucha.

Veo en cámara lenta cómo Piero se aleja del tumulto, presionando la herida en su abdomen. Intento correr hacia él, pero me lo impide.

—Si das un paso más, disparo a otra persona.

—¡Te voy a matar por esto! —lo amenazo, deteniéndome de inmediato. No puedo poner en riesgo a más inocentes.

Voy a seguirlo, pero juro por mi honor que será lo último que haga: me lo llevaré conmigo, aunque muera en el intento.

—Lo dudo, Joya de los Popov. Muy lista. ¿Quién diría que vendrías a ocultarte entre tus enemigos? Por cierto, bonito disfraz.

—Muy bien, sí. Soy Sasha Popov… y te voy a matar.

Él se ríe.

—No tienes lo que hay que tener para asesinar a nadie.

Desde la primera vez que lo vi, supe que estaba aquí por mí. Debería haberme fiado de mi instinto.

Miro en todas direcciones, preocupada de que alguien vea su arma, pero todos están demasiado concentrados en apagar el incendio como para notar lo que ocurre a nuestro alrededor.

Ya no puedo hacer nada por Piero… ni por Rita. Pensar en ellos hace que mi rabia se multiplique.

—¿Cómo me descubriste?

—Los italianos son más listos… y más poderosos que los rusos.

—¡Si tú lo dices!

—Es una pena que te quieran viva. Hablas demasiado.

—¿Quién te manda?

—Preguntas demasiado. ¡Camina! —ordena, señalando la casa justo detrás de nosotros.

Sería demasiada suerte que alguien me viera entrar ahí con él… después de no haber visto a un hombre caer herido a tiros en plena multitud.

Camino delante de él, que me empuja en la espalda con el silenciador de su arma. Mis pasos son cortos y lentos. La policía y los bomberos ya han llegado, pero ni así se amedrenta. Abro la portilla, subimos a la casa y lo primero que veo son dos cuerpos tendidos en el suelo: los dueños de la vivienda.

—Lo malo de estos pueblos es que los habitantes son muy curiosos. Como dice el dicho… la curiosidad mató a los viejos. No, espera… era al gato.

Me dan arcadas por la frialdad con la que se refiere a esa buena pareja. ¿Cuántas personas más ha matado este hombre por mi culpa?

—No había necesidad de esto. Eran personas pacíficas e inocentes. ¿Cuántos muertos más hay?

—Nadie les mandó meter las narices donde no les llaman. Y, respondiendo a tu pregunta: por el momento, solo seis.

—¿Seis? ¿Quiénes?

—No es de tu incumbencia.

Me empuja y me obliga a saltar por encima de los cuerpos para adentrarme en la casa. Murieron abrazados. Por lo que veo, él intentó protegerla colocándose delante.

«Os vengaré. Lo prometo».

Alessandro, sin dejar de apuntarme, cierra todas las ventanas para que nadie nos vea. Miro alrededor, buscando algo con lo que pueda defenderme, pero no hay nada. El lugar está limpio, lo ha preparado todo con cuidado.

Lo único positivo es que, por lo que ha dicho, conoce mi identidad, pero no mis habilidades. Eso me da ventaja.

—¿Desde cuándo están muertos?

—¡Qué más da!

—Tienes que llevarme viva, ¿no es así?

—Correcto, su alteza —contesta, haciendo una reverencia burlesca sin dejar de apuntarme.

—Pues si quieres sacarme viva de aquí, contéstame.

Con tranquilidad saco mi bolso y lo dejo a buen recaudo. Lo poco que me queda está dentro. Una vez más, no tengo nada. Todo lo demás se quemó con la casa.

Camino hacia él y le pongo el pecho contra el cañón del arma. Si voy a morir, será luchando. Ahora tengo un motivo doble para no rendirme: sé que puedo con él, solo necesito desarmarlo.

—¿Estás loca? Apártate. —Está desconcertado. No se esperaba esta actitud.

—¿Quiénes fueron las personas que mataste? —le pregunto, empujándolo por los hombros.

Preocupado por disparar accidentalmente, aparta el arma. Error. Sin que lo vea venir, le hago una llave, lo desarmo y lo golpeo en el riñón. Se dobla, no sé si por el dolor o por la sorpresa. Aprovecho su descuido, le hago una barrida y cae al suelo. Me lanzo sobre él, pero no llego lejos: mi falda se engancha. Giro para ver qué pasa y pierdo la ventaja. Alessandro me agarra del pelo y me arrastra al suelo.

No me pongo a debatirme como una loca. Eso es lo que él espera. Soy una Popov. Me giro para quedar de frente a mi agresor, enrosco mi brazo en el suyo, hago una llave y le parto el hueso. El grito de dolor hace que me suelte el pelo. Lo hace, pero me golpea justo donde más me duele: me da un rodillazo en el vientre.

Grito. El dolor es tan intenso que me doblo, protegiendo a mi pequeño. Él intenta aprovechar para alcanzar el arma. Al percibir su intención, le agarro una pierna y lo hago caer.

Mi ropa no ayuda para esta lucha cuerpo a cuerpo. Como puedo, bajo mi falda hasta quitármela por completo, quedándome solo con las bragas altas que marcan mi barriga de seis meses. Solo así tendré oportunidad. Sé que aún no ha sacado todo su potencial. No sé si eso es bueno o malo. Le tiene miedo a quien lo haya mandado a por mí, y que me necesiten viva es lo que me da una pequeña ventaja. Me aprovecho de su miedo y logro ponerme detrás de él.

Lo último que me importa ahora es tener el cuerpo expuesto. Sus patadas me golpean en las piernas y con la otra mano trata de pegarme. No lo soltaré. La única forma de que eso pase es que me golpee el vientre, y lo tengo protegido contra su cuerpo. Por nada del mundo dejaré que llegue al arma. En la postura en que estamos, ninguno puede hacer mucho daño al otro.

—No me van las mujeres embarazadas, pero si tanto te pongo, puedo hacer una excepción —jadea como puede bajo mi presa.

—Sí, justo eso estaba pensando —digo con desprecio.

Arriesgándome, sujeto sus muñecas con una mano y con la otra le agarro los huevos y aprieto con todas mis fuerzas.

El dolor le hace aflojar su agarre. Entonces me atrapa con las piernas, como una serpiente, y trata de inmovilizarme. Rodamos por el suelo, ninguno cede. Quien suelte primero, pierde, y no seré yo. Le muerdo con todas mis fuerzas.

—¡Perra…!

Miro alrededor, buscando algo que me sirva de ayuda, y entonces doy con la solución. No puedo creer lo que veo: el atizador de la chimenea sigue colgado en su sitio. Con eso voy a matarlo.

Él logra soltar una mano y me lanza un puñetazo en la cara. Vuelvo a morderlo. Intenta levantarse. Aprovecho que se apoya en un mueble para ponerse en pie, estiro la mano y agarro el atizador.

Se sorprende al ver que lo he soltado por completo. Me mira… y le doy el primer golpe en la cara. Busca algo con qué defenderse, pero no encuentra nada.

—¡Te dije que te iba a matar! —La adrenalina me hace saltar y ponerme en pie. Me lanzo hacia él—. ¡Si eres tan valiente, pelea conmigo!

—No lo haré.

Le golpeo con el atizador en el abdomen. Se dobla. Sin darle tiempo a reaccionar, le golpeo en el costado. Le doy varios golpes más, con la intención de herirlo, no matarlo de inmediato. Me quedaré aquí, sentada, viendo cómo la vida se le escapa del cuerpo.

—No soy el único que va detrás de ti… —balbucea ensangrentado, incapaz de defenderse de mi furia.

—¡Mataré a todo el que lo intente! —Le doy dos golpes más en el vientre. Sigo su mirada hacia el arma tirada en el suelo—. Ni se te ocurra.

Ignora mi advertencia y da dos pasos tambaleantes hacia el arma. Le golpeo la rodilla por detrás con el atizador y cae. Este es el último golpe, queda allí tendido, sin fuerzas.

Jadeante, me siento y lo observo sin pestañear mientras la vida se le escapa del cuerpo.

Capítulo 20

Sasha

—Lev, necesito tu ayuda.

El silencio al otro lado de la línea se alarga y se vuelve tenso. Lev está harto de que lo desprecie y lo busque solo cuando me conviene. Estoy sola. Siempre supe que algo podía salir mal y dejé todo meticulosamente preparado por si tenía que huir en algún momento. Lo que nunca se me pasó por la cabeza fue que incendiarían mi casa con mi vía de escape dentro. Mi nuevo comienzo desapareció entre las llamas.

Soy consciente de que no es justo, que uso su aprecio en mi beneficio. Ojalá tuviera a otra persona a quien llamar y dejarlo seguir con su vida. Lo último que quiero es hacerle daño.

Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos mientras espero su respuesta al otro lado del teléfono. No la hay. Supongo que se cansó. No lo culpo; tiene todo el derecho a abandonarme.

—¿Dónde estás? Dímelo y voy ahora mismo a por ti.

Oír su voz, alta y clara, al otro lado de la línea, es como despertar de una pesadilla.

Sé que, con él a mi lado, estaré bien. Sus palabras son un bálsamo para mis oídos. Si alguien me hubiera dicho hace seis meses, que estaría tan feliz de recibir su ayuda y de disfrutar su compañía, me habría reído en su cara.

—No puedo esperar a que llegues. Tengo que salir de aquí ahora mismo. Si espero, puede que solo encuentres mi cuerpo sin vida.

No quiero asustarlo, pero creo cada palabra que dijo Alessandro, y no tengo idea de cuántos más están detrás de mí, solo sé que no es

el único. Bajé tanto la guardia que ya no sé distinguir si toda esa gente que andaba con él eran de los suyos o si fue solo una coincidencia, pero no me voy a quedar para comprobarlo. Si tengo que apostar, diría que estaban con él.

—Sasha, ¿dónde estás? Yo estoy en Suiza.

Alguien ahí arriba me quiere. De todos los lugares en los que Lev podría estar, tenía que estar justo aquí al lado. Sin poder evitarlo, por culpa de las hormonas, se me escapa un sollozo. Miro a mi alrededor y veo el caos que voy a dejar atrás. La buena gente de este lugar va a creer que fui yo quien mató a sus vecinos. Alessandro destruyó cualquier posibilidad de que pueda volver aquí algún día. No hay nada que pueda hacer para cambiar eso. Si me quedo, la policía me detendrá: mis huellas están por toda la casa.

—Estoy en el Valle de Aosta, en Italia.

—¿Cómo que en Italia? ¿Sabes el riesgo que estás corriendo? —exclama.

—No hay tiempo para sermones. Estoy metida en un gran lío.

Le resumo lo ocurrido.

—Tiraré de contactos e intentaré limpiar la zona, aunque no será fácil.

En otras circunstancias me habría defendido. Le habría dicho que soy adulta, que sé tomar mis propias decisiones y cuidar de mí misma. Pero ahora lo único que puedo hacer es callar, porque está claro que no puedo cuidarme sola.

—Lev, escúchame... ¡Ya me han descubierto! Maté a un italiano, no era ruso.

—¿Cómo que un italiano? ¡Mierda! —grita desesperado al otro lado—. ¿Tienes algún medio de transporte?

—Una bicicleta. La llave del coche que tenía preparado para emergencias quedó destruida.

—Eso no nos sirve. Estoy a poco más de cuatro horas de ti, pero tienes que salir de ahí ya. Tienes que salir de ese lugar, Sasha. Tú

puedes hacerlo.

Ojalá tuviera la misma confianza que él tiene en mí.

Empiezo a sentirme derrotada. Todo está saliendo mal. Ninguno de mis planes funcionó hasta ahora, ¿por qué este debería ser diferente?

—El pueblo estaba de fiesta hasta que se instauró el caos. No voy a poder.

—Claro que puedes.

—No debí llamarte. Quizás lo mejor para todos sería que los italianos me maten.

—¿Qué estás diciendo? ¿De verdad crees que te van a matar? ¡Te van a usar para atraer a tus hermanos! ¿Dónde está la Sasha guerrera que conozco? Juntos idearemos un plan.

Siento un fuerte mareo. Busco dónde apoyarme y me encuentro de frente con los cuerpos sin vida de la pareja anciana. Eran adorables. Estaban contando los días para la llegada de sus nietos, que venían a pasar las vacaciones con ellos. Esos niños nunca volverán a verlos. Una arcada me sacude. Solo atino a girar la cara para no vomitar sobre ellos.

—Sasha, Sasha, ¿qué está pasando? —pregunta Lev, al otro lado.

Tardo unos preciosos segundos en recomponerme y responder. ¿Por qué no puedo quererlo? Me trataría como una reina. Desde que lo busqué, todo lo que le importa es mi bienestar.

—No es nada.

Mi bebé escoge justo este momento para moverse dentro de mi barriga, recordándome que no estoy sola, que su vida depende de mí.

—Tienes que salir de ahí ahora. Vamos, sé que puedes.

—Sí. Tienes razón —digo, dándome ánimos—. Lo haré.

—Eso es. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Ya se me ocurrirá algo. Envíame la dirección donde debemos encontrarnos.

—Sé que no estás bien. Dime qué está pasando.

—No hay tiempo para seguir discutiendo. Nos vemos pronto.

Cuelgo. Miro a mi alrededor todo el destrozo que dejo a mi paso. Siento un pequeño alivio al ver mi bolso en el suelo. Ahí está lo poco que queda de la historia bonita de mi embarazo. Cruzo la correa sobre mi pecho y corro a la habitación. Rebusco entre las cosas de Alessandro en busca de una prenda cómoda. Mi falda no sirve para robar un coche y salir huyendo.

Sus cosas siguen dentro de su bolso de viaje. Tiro todo al suelo hasta encontrar lo que quiero: un pantalón de chándal. Me lo pongo sin abrocharlo sobre la barriga, para no apretar al bebé.

Sigo buscando algo para ocultarme la cara. Encuentro una sudadera con capucha. Perfecta.

Corro al baño a limpiarme la sangre de las manos y la cara. Luego voy donde está el cuerpo de Alessandro y reviso sus bolsillos. Por fin, encuentro lo que buscaba: la llave del coche. De paso miro su cartera. Hay algunos euros. Me los guardo. Compruebo su nombre y saco una foto del documento, aunque estoy segura de que es falso. Aun así, la tomo y salgo por la puerta. Giro en la primera esquina, dejando atrás el tumulto de gente.

—¿Kira? ¿Eres tú?

No sé quién pregunta, tampoco me detengo a comprobarlo. Salgo corriendo sin mirar atrás. Aprieto la llave del coche en mi mano hasta que veo las luces de un BMW plateado. Corro hacia él, me meto y arranco.

Todos saben que no tuve nada que ver con el incendio, estaba bailando en medio de la plaza. Pero sobre las muertes... Nada de lo que diga me hará parecer inocente, y menos ahora, después de huir de quienquiera que haya llamado a Kira.

Ya no volveré a usar esa identidad.

Kira acaba de morir.

Conduzco como una loca hasta alejarme lo suficiente para poder cambiar de vehículo. No sé si este tiene rastreador, si es propio o alquilado. No puedo correr más riesgos.

Abandono el coche y camino unos veinte minutos hasta llegar cerca de un pueblecito. Bajo la capucha de la sudadera, estiro la barriga y hago autostop.

Pasan tres coches sin parar.

El cuarto se detiene. Dentro hay una familia. No puedo hacerlo. No puedo dejar tiradas a personas que solo intentan ayudar. Quien me deje subir a su coche, acabará abandonado en la carretera más adelante.

—¿A dónde vais?

—A Suiza.

Me tienta montarme con ellos. Ir de pasajera sería perfecto, pero estaría poniendo sus vidas en riesgo. El instinto me grita que no. Ya hay demasiadas muertes inocentes sobre mi espalda para sumar la de toda una familia.

—Muchas gracias. Voy a Francia.

Se despiden y se marchan.

Sigo haciendo autostop hasta que se detiene un chico que, a todas luces, tiene malas intenciones conmigo.

De él dependerá si baja del coche con los huevos en su sitio o no.

Una cosa es cierta: dentro de unos kilómetros se quedará varado, sin posibilidad de pedir ayuda por un buen rato.

Con esas pintas, dudo que alguien se detenga a recogerlo.

—¿A dónde te llevo, *principessa*?

—A donde quieras —respondo, coqueta.

Con chulería, me abre la puerta del coche. Me siento, y lo primero que hace es poner su mano en mi pierna.

Soy una mujer de la mafia; no fui entrenada para demostrar debilidad. No va a ser una mano en mi pierna lo que me hará perder el foco.

Le dejo coger confianza. Necesito que nos alejemos.

Empieza a hacerme preguntas personales; la primera es si tengo novio. Mi embarazo no le parece un problema. Digo que no. La sonrisa en su cara confirma mis sospechas.

Nos internamos por una carretera desierta.

«Aquí acaba tu viaje», me digo mentalmente.

Saco, con sutileza, el arma blanca que tomé de mi agresor y, en un rápido movimiento, sin que él tenga la menor posibilidad de reacción, le pongo el cuchillo en la garganta.

—Si no quieres que te raje el cuello, para el coche ahora mismo.

El muy insensato hace justo lo contrario: acelera. Presiono el cuchillo contra su piel, que se rasga con facilidad.

—No creas que lo haré rápido. Tú decides: paras, te dejo con esta pequeña herida... o te abro la garganta y mueres lenta y dolorosamente, tirado en la cuneta.

El coche empieza a perder velocidad hasta detenerse por completo en el arcén.

Para asegurarme de que no intente detenerme, le hago un corte en la ingle, cerca de su asqueroso pene.

—Si intentas seguirme, te mataré.

Le ordeno que abra la puerta y le indico que baje. Salgo del coche y, cuando vuelve a tenerme a la vista, ya lo estoy apuntando con la pistola manchada de sangre. La tenía oculta. No tengo intención de usarla... salvo que sea absolutamente necesario.

—Corre. En dirección contraria a la que voy. Ya.

Sujetándose la herida y cojeando, obedece. Sin dejar de apuntarlo, doy la vuelta, me siento al volante y arranco a toda prisa.

Conduzco durante casi hora y media hasta acercarme a una ciudad grande. Allí abandono el vehículo y robo otro.

Respiro aliviada al cruzar la frontera y salir de territorio italiano para entrar en Suiza.

Conduzco otra hora y media más, hasta llegar a una ciudad cercana al punto de encuentro.

Allí tomo un taxi y pido que me deje cerca de donde Lev me estará esperando.

La adrenalina ya pasó. Empiezo a sentir los efectos de todo lo vivido, como si mi cuerpo se estuviera apagando.

A lo lejos, reconozco su figura.

Nunca pensé que me sentiría tan feliz de verlo.

Corro en su dirección. Cuando está cerca, me lanzo en sus brazos. Él no duda un segundo en sostenerme.

Su abrazo es tan fuerte que por un momento me falta el aire, pero no me quejo.

Necesitaba ese abrazo.

—¿Estás bien? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—No te preocupes. Ya estoy aquí.

—Vuelvo a no tener nada. Perdí todo otra vez. Incluso las identidades que me diste.

—Las volveremos a crear. No te preocupes por eso.

Se aparta un poco, como para asegurarse de que realmente soy yo, y vuelve a abrazarme.

Es entonces cuando percibe el bulto en mi abdomen. Despacio, me toma por los hombros y da dos pasos hacia atrás. Cierro los ojos. No quiero ver su reacción. No había pensado cómo se lo tomaría al saber que estoy embarazada.

No tengo fuerzas para explicaciones ahora.

Siento su mano tocar mi vientre.

Abro los ojos.

Lev tiene la mirada fija en mi barriga.

Reposo mi mano sobre la suya.

Él alza la vista y clava los ojos en los míos, puedo ver todas las preguntas que no se atreve a hacer.

—¿Quieres hablar sobre ello? —pregunta.

—En otro momento. Ahora solo quiero alejarme más de Italia. Los italianos saben quién soy... saben que estoy embarazada.

—Solo una pregunta.

Sé cuál va a ser. Podría decirle que no es asunto suyo, que solo a mí me compete, pero estaría siendo más perra de lo que ya fui con él.

Voy a evitarle el mal trago.

—Es de Vladimir. Tuvimos un único encuentro amoroso, y de ese encuentro surgió lo más importante del mundo para mí. Si no quieres ayudarme por eso, no te juzgaré.

Lev es un libro abierto para mí. No sabe ocultar sus emociones. Ojalá no lo estuviera arrastrando a esto.

—¿El bebé está bien? —pregunta con voz preocupada.

—Creo que sí. El hombre que me seguía me golpeó en la barriga.

—Apenas lleguemos a donde me estoy hospedando, llamaré a un médico. Tenemos que asegurarnos.

A todo esto, su mano sigue en mi vientre. No deja de mirarme a los ojos. Mi bebé escoge este momento para moverse. Lev se sobresalta y aparta la mano, con el susto dibujado en el rostro.

Sonrío, mi primera sonrisa desde que escuché la palabra *fuego* en el Valle de Aosta. Es adorable cómo mira donde tenía la mano.

—¿Hice algo malo? —dice.

Le agarro la mano y la vuelvo a poner sobre mi barriga.

—Todo lo contrario. Creo que le caíste muy bien. No suele moverse tanto con extraños.

—Hola, soy el tío Lev, y voy a mantenerte a salvo, a ti y a tu mamá. Lo prometo. No te va a faltar nada.

Sus palabras me enternecen. Mi bebé va a tener tres tíos.

Está decidido, cuando decida volver a Rusia, Lev seguirá siendo parte de nuestras vidas, quieran mis hermanos o no. Es lo mínimo que puedo hacer por todo lo que ha hecho por mí. Su sonrisa, al sentir una nueva patada de mi hijo, me lo deja claro: No volveré a ponernos en riesgo de esta manera nunca más.

—Quiero poner tierra de por medio con la mafia rusa, la italiana… y todo lo que pueda poner en riesgo la vida de mi bebé —digo, captando su atención nuevamente.

—De acuerdo —asiente—. ¿Tienes algún país en mente?

—Sí.

—¿Cuál?

—Quiero ir a la tierra de la Yakuza. A Japón.

Segunda parte

Tres años y siete meses después

Capítulo 21

Sasha

—Estoy dentro. Objetivo a las tres en punto —digo a mi soporte.

Llevamos tres años trabajando juntos. No lo conozco en persona, sin embargo, confío en él plenamente. Es un hombre de pocas palabras; su seriedad y misterio son un imán para mí. Nos conocemos a la perfección, por eso sé cuándo puedo provocarlo y tener éxito, consiguiendo que él conteste a mis provocaciones telefónicas.

Con gracia, camino en dirección a mi mesa. La única parte de mi trabajo que odio es tener que seducir a estos degenerados. Al pasar por su lado, siento su mirada lujuriosa sobre mi cuerpo. Siempre es lo mismo: no pueden ver a una mujer joven y bonita sin fantasear con ella.

Jamás imaginé encontrar un trabajo que me diera tanta satisfacción fuera del amparo de la *bratva*. A cada degenerado que elimino, más me gusta lo que hago.

El objetivo hace un comentario a su guardia de seguridad y este se ríe. No me afecta, esto es combustible para mí. Hoy terminaré con sus depravaciones. Antes de que acabe el día, el mundo tendrá un cerdo menos respirando.

No se me permite jugar con mis objetivos, y lo más importante: hay una personita esperándome en casa. Por él no acepto la mayoría de los trabajos que me solicitan. No es nada fácil llegar a mí. Lo que hago y cómo lo hago está en boca de todos los mafiosos del mundo; tengo el respeto de todos aquellos que están en contra de la trata y explotación de menores.

Odio tanto a esos pervertidos que me encantaría poder tenerlos encerrados, solo ellos y yo. No pido mucho: con veinticuatro horas jugando con sus asquerosas vidas, con que vieran que la decisión de vivir o morir estaba en manos de una mujer y comprobar lo «machos» que son, me valdría. Sería adorable poner en práctica algunas de las técnicas de las que mi padre hablaba con sus hombres; algunas de ellas las llevaban a cabo mis hermanos y las pude presenciar a escondidas. Cuando empecé a trabajar exterminando a depravados, las recordé, y tengo la esperanza de ejecutarlas algún día.

—Señorita, la invitan a una copa.

Con mi sonrisa perfectamente fabricada para estas ocasiones, me giro despacio, pero no le pongo atención. La bilis me sube a la garganta. Es indignante cómo los presentes ignoran lo que está ocurriendo. Jamás voy a acostumbrarme. Tengo que pestañear varias veces para asegurarme de que no estoy equivocada.

En la entrada me encontré con la que ahora sé que es la cita de mi objetivo, que tiene sesenta y siete años. Ella es una belleza sin igual. No es de las más jóvenes, aparenta tener la mayoría de edad.

El hombre que tengo delante no está en mi lista. Es alto y guapo. Me mira de manera penetrante, pero no logra mi atención. No estoy aquí para eso.

—Gracias. —Acepto la copa, pero no la toco.

Nunca bebo nada que no me haya servido yo misma o alguien de mi entera confianza.

La primera vez que asesiné por dinero me sentí feliz con lo que había hecho. Salvé a docenas de mujeres y disfruté de poder ver minuto a minuto cómo la vida abandonaba el cuerpo de mi víctima. Mi mayor satisfacción fue verlo sobre su cama, con su cuerpo violado, igual que lo que él hacía con ellas. La alegría de las mujeres ultrajadas fue tanta que crearon una página en internet en mi honor y me dejan mensajes de agradecimiento. Ya pasaron años de aquello y aún sigo recibiendo mensajes de agradecimiento de

mujeres que van tomando coraje y deciden gritar al mundo que fueron una víctima más. Me dije que iba a ser la primera y la última vez que hiciera tal cosa, pero aquí estoy. Pienso dedicarme a esto hasta los últimos días de mi vida.

Ya me resigné a no saber quién es la persona que nos apadrinó, él es el responsable de toda logística y soporte para que mi trabajo sea seguro. La *dark web* se volvió loca intentando descubrir quién soy.

Lev sigue ocupándose personalmente de eliminar cualquier posibilidad de que lleguen a mí, aunque no lo hace solo, sino con la ayuda de su contacto. Así es como se refiere a nuestro benefactor, aunque en una ocasión lo pillé llamándolo Naslednik, pero eso no me valió de nada para descubrir su identidad, es solo un apodo. La investigación que hice no me llevó a nadie.

Mi curiosidad hizo que traicionase la confianza del hombre que en todos estos años dedicó su vida a mantenernos a salvo a mi hijo y a mí: accedí con su contraseña a la *dark web* y descubrí que soy una celebridad. Mis servicios son solicitados en varias partes del mundo. Poco a poco, entrar se transformó en mi droga, en un vicio. Lo que no sabía es que él estaba al corriente de cada una de mis transgresiones.

Muchas de las ofertas son ignoradas. Hasta llegar a mí hay que pasar por una exhaustiva criba. La primera vez que Lev me propuso ejecutar a otra persona después de lo de México, me negué rotundamente. Conocedor de mi aversión a los crímenes en contra de niños, hizo llegar a mis manos un informe de una red deplorable en la que había mucha gente poderosa involucrada. Los damnificados eran todos personas de bajos recursos, al igual que en México. Por entonces había acabado de dar a luz, no tenía dinero y estaba viviendo con lo justo. Todos los gastos los estaba cubriendo Lev, él era quien nos mantenía. Todo estaba a favor del contratante, que me ofreció una cantidad exorbitante. La cantidad ofrecida para matar a Don Antonio era calderilla comparado con eso, y había que añadir todo el esquema de alta tecnología y seguridad para que

efectuara las ejecuciones. Necesitaba dinero y no podía dejar a aquella gentuza suelta por el mundo. No me llevó mucho tiempo decidir: mi hijo tenía ocho meses cuando empecé a acabar con ellos. Eran un total de dieciocho. Tras aceptar el trabajo, los fui exterminando de uno en uno. Cada vez que segaba la vida de un degenerado, mi cuenta bancaria crecía y yo podía ofrecer mejores condiciones a mi pequeño y dejar de abusar de la bondad de Lev, que trabajaba cada vez más para cubrir nuestros gastos.

Le debo la vida, sin él hoy mi hijo y yo no estaríamos aquí. Cuando, solo dos meses después, maté al último, me dio mucha satisfacción darme cuenta de que estaba haciendo del mundo un lugar más seguro para mujeres y niños y desde ese día prometí exterminar a esta gente hasta el último día de mi vida. Mientras viva, me llevaré por delante a todos lo que pueda, y además ganando mucho dinero por el camino.

Pido un vino, uno de los más caros de la carta. Los minutos pasan y pongo en práctica la segunda fase del plan. Siguiendo mi guion, miro a los lados, visiblemente molesta, como si estuviera esperando a alguien que no llega. Han pasado más de veinte minutos sin que nadie se presente. Eso no va a ocurrir, no quedé con nadie; compruebo la hora y rebusco en mi mini billetera como si estuviera asegurándome de tener dinero para pagar la cuenta. Me hago la nerviosa. Hemos escogido la mesa estratégicamente para estar frente a mi objetivo. Ese es otro de los beneficios proporcionados por el *naslednik*. A ese hombre no se le escapa nada. Son muchos años, aprendí a ignorar mi curiosidad por saber quién es. Es casi tan poderoso como Mijaíl. Allá donde voy a trabajar siempre tengo una posición estratégica, con buena visión de mi blanco, vestimentas que ocultan mis armas, siempre acordes a los locales a los que voy a ir y un dosier con toda la información de mis objetivos. Cruzo las piernas, dejando a la vista una gran parte de mi cuerpo y mi ropa interior. Luego finjo que se me vuelca el vino por encima, simulo estar molesta y hago contacto visual con él. Después, me levanto y voy al baño.

—¿Ha picado? —pregunto a mi apoyo y sigo caminando.

—Objetivo detrás de ti.

Ralentizo mis pasos. Necesito que se aproxime, quero que me mire a los ojos cuando la bala atraviese su cabeza. Será limpio y rápido, estamos en público.

—Ejecuta el trabajo y sal por la puerta que hay siguiendo el pasillo del baño. La tercera a tu izquierda dará a un callejón.

—¿Cuánto tiempo hasta abandonar suelo ruso? —pregunto.

—Treinta minutos.

El olor de su colonia llega hasta mí. No me giro, cuando lo haga será su final.

—El objetivo se ha parado —me avisa León, mi soporte. No conozco su nombre al igual que él no conoce el mío, siempre me ve disfrazada. Nos pusimos apodos y lo único que se dé él es que tiene una gran habilidad para trazar rutas de fuga e improvisar ante una situación de peligro. Por eso le llamo León, por su gran habilidad.

—¿Qué ocurrió?—preguntó.

—Una ventana. Vio tu reflejo y algo le puso sobre aviso.

No siempre puede ser fácil.

—A la mierda la discreción, ten todo listo porque se va a armar —digo a León al mismo tiempo que me pongo en acción.

Con movimientos suaves abro mi bolso, hago como que estoy buscando algo y agarro mi Griazev-Shipunov GSH 18. Esta arma tiene un gran significado, mis hermanos me regalaron una casi igual cuando cumplí dieciocho años. La que tengo en mi casa de Rusia se confeccionó especialmente a medida para mí. Le quito el seguro y voy a girarme para disparar a mi objetivo cuando sale del baño de mujeres un grupo de seis amigas. Mi tiempo se está agotando, tengo que actuar ahora o tendré mi primer fracaso en el currículum. Me mezclo entre las chicas que van en su dirección. Es tan asqueroso que se olvida de sus desconfianzas para mirar a las jóvenes bellezas, un grave error por su parte. Pude ver la lujuria en sus ojos y cómo babea sobre la más joven, que camina

inocentemente en su dirección. Las mira como si fueran la comida más rica del mundo. De un segundo a otro todo se ha torcido: estamos a la vista. Barro el local con la mirada y localizo a sus agentes de seguridad y a los del restaurante. No hago daño a inocentes, la seguridad del restaurante solo está cumpliendo con su deber, que es proteger el local, así que tendré cuidado.

De pronto, un multimillonario ruso sale del baño. ¿Por qué no fui informada de que estaría aquí? Es otro de esos cerdos a los que les gusta divertirse con jovencitas. Ya le han denunciado en tres ocasiones y no hubo consecuencias debido a su incalculable riqueza e influencia. Se acerca a mi blanco. No me han encargado su ejecución, pero no puedo dejar pasar esta oportunidad, dos pájaros de una sola tacada.

—No lo hagas —me advierte León como si hubiera leído mi mente.

—Tú limítate a estar preparado para sacarme de aquí.

De nada nos iba a servir empezar una discusión, lo voy a hacer diga lo que diga. Me toca a mí librar al mundo de esta alimaña. «Nunca perdí el avión y hoy no será la primera vez».

Me adelanto a las chicas para no ponerlas en riesgo y entro en acción.

—Soporov —lo llamo.

Con lentitud, casi con pereza, me mira. No le doy tiempo a asimilar lo que le va a ocurrir; le disparo entre los ojos para eliminar la posibilidad de que pueda volver a mirar a nadie como lo hizo con las chicas. Mi objetivo se lleva las manos a la cintura sin tener tiempo de tocar su arma. Otro disparo certero por mi parte le atraviesa el cráneo.

Su cuerpo sin vida cae encima del de su compañero de perversión. Las chicas son las primeras en empezar a gritar y correr, instaurando el caos que necesito para huir. Guardo mi arma en el bolso y voy en la dirección indicada. Por el camino, me encuentro con hombres y mujeres corriendo, intentando ocultarse sin saber de

qué. Uno de los de seguridad me llama, soy la única que corre en dirección contraria a los demás. No es una situación nueva para mí. Me paro y le permito acercarse. Me giro sin miedo a que vea mi cara, nadie que yo no quiera sería capaz de identificarme.

—¡Señora, la salida es hacia el otro lado!

Tal como esperaba, el agente no desconfía de mí y se acerca demasiado.

—Lo siento. —Le doy un cabezazo y salgo corriendo, no me paro a ver si sigue de pie o no. La mayoría de las veces logro derribarlos.

—Tienes tres minutos para abandonar el área. La policía llega en cuatro —me notifica León.

—¿Cuándo te conoceré por fin y te llevaré a la cama? —le digo mientras corro por el pasillo.

—No me gustan las mujeres blandas.

Suelto una carcajada sin dejar de correr. Estos son los únicos momentos en los que logro que me hable de otra cosa que no sea la misión que tenemos entre manos.

—Déjame montarte y te demostraré lo blanda que soy.

—Un minuto y medio —me advierte, el punto de extracción parece estar más lejos de lo que imaginé.

—Dame tu número personal y quedamos para una noche de sexo.

—Ya te dije que no eres mi tipo.

—Usa otra excusa, no sabes cómo soy. Di la verdad, tienes miedo de pasar una noche conmigo y enamorarte.

—Por eso no puedo sentirme atraído por ti. Cada vez que te veo tienes una cara diferente, y yo soy hombre de una sola mujer.

—Anticuado. Tú te lo pierdes.

La voz de este hombre me hace papilla. Allá donde voy, los hombres me miran y me desean, y en mis viajes me di el placer de explorar mi sexualidad. No soy una mujer fácil, tengo bloqueos; sin embargo, este hombre de quien no conozco ni siquiera el nombre

me hace estar mojada solo con su voz. Aunque tengo casi la certeza de que no es su voz verdadera, al igual que la mía no es la que escucha. Mi benefactor se toma todas las molestias posibles para que, según sus palabras, su mejor activo no sea descubierto. Y eso incluye los moduladores de voz en los comunicadores.

—Mueve el culo, *kotenok*[3].

Este es uno de estos momentos en los cuales mi deseo por él genera reacciones en mi cuerpo; oírlo llamarme así es un verdadero deleite.

—Deje de llamarme así o el día en que te vea te mato después de haberte dejado seco de tantos orgasmos. Te demostraré que soy una *l'vitsa*[4].

—Promesas —se burla él—. Vehículo de extracción en tres…, dos…, uno.

El coche para delante de mí y el conductor sale justo cuando la policía apunta en la calle del restaurante. Pueden buscar por las cámaras el vehículo en que me encuentro que no lo hallarán. Soy la mejor en lo que hago, pero no sería posible si no tuviera a León al otro lado de la línea dándome soporte. Siempre nos comunicamos en japones, órdenes del jefe.

—Llegó en momento de despedirnos. Hasta la próxima.

—Espero que no tengas muchos problemas por haber actuado por tu cuenta —me dice él con seriedad.

—Yo, al contrario que tú, no tengo jefe. Si quiero eliminar a alguien, lo hago y punto.

—No suelo dar consejos, pero haré una excepción contigo: cuidado con quién haces negocios. Estas personas tienen demasiado poder.

—¿Y quién te garantiza que yo no tenga más que ellos?

—Ojalá sea verdad. Hasta la próxima. —Se corta la comunicación y me quedo pensativa. En todos estos años es la primera vez que me dice algo como eso.

No tengo tiempo para pensar sobre el asunto. Llego al aeropuerto y ya soy otra persona. Ya no hay rastro de la asesina sin rostro. Me miro en el espejo del coche y doy el visto bueno: todo lo que usé para disfrazarme ya está siendo destruido. Ahora soy solo Alya, una empresaria rusa afincada en Japón.

Me acomodo en mi asiento y espero a que el piloto dé el aviso de despegue. Deseo llegar a casa, abrazar a mi hijo y no apartarme de su lado. Quiero poder disfrutar de él, llevo fuera cinco días y no veo la hora de estar solo nosotros dos.

Cambio de planes al saber que mi hijo no estará en casa cuando llegue. No suelo hacerlo con frecuencia. Cuando tomé la decisión de abandonar a mis hermanos, estaba sumida en un dolor que pensaba que jamás se iba a curar. Mi cabeza era mi peor enemigo y me perdí durante un tiempo. No me canso de decir que sin Lev probablemente no estaría aquí hoy. Si tengo todo lo que tengo es gracias a él. No soy ciega, sé que a cada día que pasa me quiere más, que guarda la esperanza de que un día decida darle una oportunidad de verdad. Cuando lo llamé, desesperada, pidiendo ayuda para abandonar el país, no pensé que fuera a responder. Tiempo atrás, cuando era una niña caprichosa, la «prima» de los Popov, lo usé a mi antojo, lo mantuve a mi lado hasta que me cansé e hice de nuestra amistad una gran enemistad para luego apartarlo de mí sin mirar atrás. El día que lo llamé y vio lo desesperada que estaba, se olvidó del pasado y vino a socorrerme, no una ni dos veces sino muchas más. Se cobró todos los favores que le debían para sacarme del país sin ponerme en riesgo. Pero si mis hermanos descubren que fue él quien me ayudó, lo matarán y no se merece que lo trate de esta manera.

Capítulo 22

Lev

Perdí la noción del tiempo sentado en el coche, observando a la gente caminar por la calle, ataviados con sus abrigos, siguiendo adelante con sus vidas, totalmente adaptados al helado frío de Moscú. Yo, mientras tanto, no progreso. Pasan los días, las semanas, los meses, los años, y nada cambia. No me atrevo a abrir la puerta del coche y salir, y no es por la inclemencia del tiempo.

Una vez más, estoy a punto de subir a un avión sin saber qué me espera en Japón. No sé si podré tomar alguna decisión o simplemente mirar, oír y no tocar.

Siempre acepto las condiciones que me impone Sasha. Soy su marioneta. Finjo tener el control para que mi orgullo no desaparezca por completo, ya está herido desde niño. Soy consciente de que la estoy perdiendo.

Durante todos estos años, he dividido mi vida entre Rusia y Japón. Es pura suerte que nadie sospeche de mí. Quizás haber sido el hijo desastre me hizo invisible para todos. Si es así, mejor. Así no tengo a la Hermandad apuntando a mi cabeza. Si Mijaíl descubre mi implicación en la desaparición de su hermana, mi muerte no será rápida, y tampoco piadosa.

Sasha siempre estuvo sobreprotegida y mimada. Era la reina sin querer serlo. Pero cuando descubrí quién era realmente, entendí que jamás sería mía.

Por una casualidad del destino, ella me buscó. No creo que fuera su primera opción; fue por descarte, por no tener más salidas. La ayudé hasta que me desechó. Se vio en apuros, volvió a buscarme…, y yo, como un tonto, volví a su lado.

Estuve con ella todo el final de su embarazo, la acompañé en el parto, dejé todo en manos de mi padre y mi hermano. Me acusaron de dar la espalda a mis responsabilidades, todo por apoyarla. No me aparté hasta que, a los cuatro meses, ella dejó de necesitarme.

Perdí el foco y alimenté la fantasía de librarme del dominio del *naslednik*, de la *bratva*, y de ser solo nosotros tres. Pero él siempre nos tiene a todos controlados. No le gustó que yo me centrara en esa fantasía de familia. Como castigo por mi insubordinación, demostrando su poder, la fichó para sus filas y todo se desmoronó.

Sasha cambió. Todo eso de formar una familia solo era una ilusión que yo me había hecho.

Teníamos nuestros momentos íntimos, aun así. Una vez saciados, ella se iba, o me echaba. En su casa hay una habitación acondicionada para mí. Nunca compartimos cama toda la noche. No salíamos como pareja, aunque en la intimidad sí teníamos cierta complicidad. Yo era parte activa en la crianza de Leonid, compartíamos opiniones sobre su cuidado, aprendíamos juntos…

Todo se perdió cuando llegó su primer trabajo. Era un encargo grande, nada menos que dieciocho hombres.

Sasha mató a brigadieres y *vor* de la *bratva*, hombres cuyas cabezas su propio hermano ya estaba buscando. Los hermanos de la *bratva* llegaron por orden del *pakhan* para ejecutarlos, pero cuando entraron, ya estaban muertos. Lo que Mijaíl no sabe es que los asesinó su hermana. Su protegida. La niña que su familia y él tanto quisieron ocultar del mundo y mantener lejos de la organización.

Sasha ganó mucho dinero con ese trabajo. Después de ese, vinieron otros. Y con cada uno, la fisura entre nosotros se fue abriendo más. Me alejé.

Los recuerdos de aquella conversación nunca se van.

—Sasha, no vayas. Quédate con nosotros —le dije yo.

—Es mi trabajo. Tengo que ir.

—No tienes por qué. Nunca he permitido que os falte de nada. Si necesitas algo, solo tienes que decírmelo. Quédate aquí cuidando de nuestro hijo y yo cuidaré de vosotros.

No fui consciente de la gravedad de mis palabras hasta varios segundos después. Sasha se quedó mirándome como si no saliera de su asombro. Estaba tan metido en mi burbuja de familia feliz que no me di cuenta del gran error que acababa de cometer.

—Creo que es mejor que dejemos de vernos —dijo así, sin más, como quien dice que mañana no saldrá el sol.

—¿Qué? —Todavía no había captado la magnitud del asunto.

—Estoy diciendo que se acabó lo de que vengas a mi casa cuando y como quieras. Se acabaron nuestros momentos íntimos.

Entonces comprendí. Me estaba echando por tercera vez. Pero yo no podía aceptarlo, el plan no era ese.

—¡¿Ahora que ya no me necesitas me desechas como a una colilla?! —Perdí los papeles y le grité.

Sasha dio un paso atrás. Era la primera vez que le alzaba la voz.

—No te estoy echando. Seguirás viendo a mi hijo. —Cuando recalcó esto, entendí exactamente en qué momento lo había arruinado todo—. Pero ahora habrá normas.

—¿Normas? ¿Qué normas? ¿Qué me llamarás cuando estés jodida otra vez y me necesites? Pues bien, ya conoces mi número —volví a gritar. Estaba completamente fuera de mí. Me levanté para irme.

—Te pido por favor que no te vayas de esta manera.

—¿Qué más quieres de mí? —Sentía tanto miedo de que todos mis esfuerzos hubieran sido en vano que gritaba a centímetros de su cara, agarrándola por los hombros y zarandeándola, esperando que entrara en razón—. Dime, ¿qué quieres? Vivo con una soga al cuello por ti y nunca recibo nada a cambio. El sexo, si es que podemos llamarlo así, es bajo tus términos. Tu hijo, el hijo que ayudé a traer al mundo, al que he cuidado sin perderlo de vista ni un minuto, por

el que arriesgo y seguiría arriesgando mi vida una y otra vez, ¿ahora me vas a poner normas para verlo? No pinto nada aquí.

Lo único inteligente que hice aquel día fue irme.

Cuando me alejé de ellos, Leonid tenía siete meses. Parece una broma de mal gusto del destino: cuando descubrí su existencia, su madre estaba de siete meses.

Fueron ocho meses sin tener ninguna noticia de ella. El *naslednik* me prohibió importunarla, acercarme a Japón o usar cualquier medio de comunicación para contactarla.

El destino, haciendo de las suyas otra vez, quiso que cuando Leonid tenía diecisiete meses, Sasha se pusiera en contacto conmigo y me pidiera que fuera a verla. Cogí el primer vuelo y fui a su encuentro.

Por más que supiera que estaba ganando mucho dinero, no esperaba encontrar tanto cambio. Sasha me esperaba afuera, en un Toyota Century blindado. Fue un reencuentro incómodo.

—Hola —fue lo único que me salió. Quería preguntar por Leonid, pero no lo había llevado con ella.

Desde su aparición, mi vida está del revés. Quemé todas mis cartas por ella, por su culpa. Mi credibilidad con el *naslednik* se hundió. Ella es su reina ahora, y yo un simple e insignificante peón.

Sin mirarme a los ojos, me preguntó cómo me sentía. Su juguete no contestó. Tiró de mí y me abrazó con fuerza. Aspiré su olor para guardarlo a buen recaudo. No sabía cuándo me echaría por cuarta vez.

—Ven, vamos a comer. De paso hablamos y, si te parece bien lo que te voy a proponer, iremos a mi casa para que veas a Leonid. Ha crecido mucho.

Así fue la recepción tras ocho meses sin vernos. Fuimos a uno de mis restaurantes favoritos. Cada segundo a su lado era una nueva sorpresa. Nos condujeron a uno de los reservados y allí fue cuando firmé mi segunda sentencia.

—Bien, aquí estoy, tal como querías —le dije.

Ella soltó un suspiro y fue directa al grano.

—Estos meses sin ti en nuestras vidas no fueron fáciles. Ambos sentimos tu falta. Echo de menos lo que teníamos.

Deduje que ella tenía ganas de usarme otra vez. Chasqueaba los dedos y allí estaba yo, le daba placer y hasta la próxima.

—Somos adultos, Sasha. No estamos para rodeos. ¿Para qué me hiciste venir?

Me estaba hartando de sus evasivas. Ella seguía en su papel de mujer dura e independiente, pero no podía ocultar del todo su incomodidad con lo que estaba a punto de decirme.

—Quiero ir a la pedida de mano y a la boda de Alexei. Por motivos obvios, no puedo llevar a Leonid. Eres la única persona en quien confío para dejarle a mi hijo.

Tardé lo mío en asimilar lo que acababa de decirme. La palabra que mejor la definía en ese momento era *loca*. ¿Cómo se le ocurría meterse en la pedida y en la boda de su propio hermano? Incluso para el *naslednik* eso sería impensable. Estaba hablando de infiltrarse en el corazón de la *bratva* más poderosa del mundo.

Por primera vez, y en contra de todo lo que se me había ordenado, estaba decidido a decirle que no.

—Sasha…

—¡No te llamé para que me consigas acceso a la boda! Lo único que quiero de ti es que te quedes con Leonid y con su cuidadora. Hasta hoy, nunca he estado más de cinco días lejos de él, y esta será la primera vez que estaré fuera más tiempo.

Por un lado, me sentí halagado; por otro, preocupado. Quería decirle que no. Que se buscara a otra persona. Que no contara conmigo. Pero todo eso se desvaneció con una sola mirada suya. Ese día, el tic-tac volvió a sonar, y solo me quedaba por saber cuándo volvería a estallar todo.

—¿Y quién te va a ayudar a estar frente a tus hermanos sin que te descubran?

Era una pregunta estúpida. Ya conocía la respuesta: el *naslednik*. Cada vez que ella pronunciaba su nombre, su voz cambiaba. Se cargaba de emociones que oscilaban entre el orgullo y el amor. La admiración que él siente por ella nunca formó parte del plan. Como resultado, Sasha ahora es intocable.

Los celos no son buenos consejeros. Todo en mi mente estaba desdibujado. Perdí el foco. Sasha siempre había ansiado poder, y saber que es él quien se lo está concediendo me consumía por dentro.

—Sara, mi amiga, me llevará con ella. Nadie va a descubrirme. Soy la maestra del disfraz.

Me tranquilizó saber que no era el *naslednik* quien la pondría delante de sus hermanos. Aun así, no le contesté.

Sasha tiró de mi camisa y me besó. Fue un beso distinto a todos los que me había dado antes.

—¿Me sigues? —dijo al levantarse.

Y yo fui detrás sin cuestionar nada.

No la reconocía. Siempre fue segura de sí, sin embargo, la mujer que caminaba delante de mí en ese momento parecía que se fuera a comer el mundo. Era la ama y señora de la situación. Estaba completamente hipnotizado por su aura de poder, mis recelos en cuanto a su proposición ya se habían borrado de mi mente. Entré detrás de ella y lo que vi hizo que mi polla, ya dura con solo verla caminar, empezara a pulsar dentro de mi pantalón.

—¿Qué es esto? —pregunté con voz vergonzosamente débil.

—Una cama y un aseo, no necesitamos nada más.

Conocía de sobra aquel tono de voz; la diferencia es que ya no le costaba expresar lo que quería de mí. La mujer reservada que al principio no tenía claro qué quería en la cama había desaparecido.

Mientras yo preguntaba, Sasha se quitaba el vestido por la cabeza, dejándome atónito ante la visión de su cuerpo desnudo.

—Si es una prueba, te aviso de antemano que voy a suspender.

Negó con la cabeza. Todo lo que tenía pensado decirle, las preguntas que le quería hacer, todo desapareció de mi mente, lo único en lo que pensaba era en que iba a volver a sentir su cuerpo. No tenía ni idea de cómo sería, si antes ya era todo según sus normas, con la mujer que tenía delante no tenía nada que hacer.

—Quítate la ropa —ordenó, como si estuviera guiando a un niño. Sin perderla de vista por miedo a que desapareciera, desabroché mi cinturón—. Sácalo del pantalón y tráelo aquí. —No tuve tiempo de ejecutar su orden, de un paso la tuve delante y de un tirón me arrancó el accesorio—. Sigue.

Había perdido la cabeza, lo que ella ordenaba yo lo hacía, y en cuestión de segundos quedé como vine al mundo. Sasha caminó a mi alrededor como una depredadora. Agarró mi mano, la llevó a mi espalda, vino a por la otra, hizo lo mismo y las posicionó en forma de cruz. Dio dos vueltas con el cinturón y las ató tan fuerte que, por más que forzara, no sería capaz de liberarme sin romperme los dedos. Luego me empujó encima de la cama, todo aquello me estaba poniendo más cachondo todavía. Hasta entonces solo habíamos hecho sexo oral, yo la chupaba y ella a mí. Cuando empezamos a tener relaciones, ella estaba embarazada. Ocurrió despacio y ambos teníamos miedo por el bebé. Después del nacimiento de Leonid no hablamos, tampoco exigimos más y la cosa quedó ahí. Nunca había logrado más que eso. Sin embargo, aquel día sabía que todo iba a cambiar. Conmigo tumbado sobre la cama, caminó sobre mi cuerpo, ofreciéndome la visión completa de su vagina. Se agachó a la altura de mi cara y yo me relamí, hambriento de ella. Elevé mi cuerpo en busca de su rosado monte de Venus, pero me lo negó. Se irguió, posó un pie sobre mi pecho y sentenció:

—Quien manda soy yo. Si digo «cómeme», comerás. Si digo «mira cómo me dan placer», mirarás. Jamás me tocarás sin que te dé permiso, solo nos veremos cuando yo quiera verte.

De todo lo que dijo, lo único que yo había registrado era la parte en la que ordenó que si ella quería que la viera con otro, la vería. Intenté levantarme y la presión de su pie sobre mi pecho se hizo más fuerte, devolviéndome al colchón.

—Es mi última oferta, si te levantas y sales de esta habitación, nunca más volverás a tocarme. ¿Te quedas o te vas?

Allí firmé mi sentencia de muerte con la esperanza de que llegaría el día en que la tuviera de verdad, y por eso no quiero subirme al avión. Algo dentro de mí me grita que no vaya, que ella me va a poner a prueba por enésima vez. Bajo del coche, pero no soy capaz de caminar los pocos pasos que me separan de la aeronave. El *naslednik* me mandó su jet privado. Sasha quiere más, lo dijo entre líneas muchas veces. Algo dentro de mí me dice que sus palabras van a cobrar vida y no estoy preparado para ello.

—Acepto.



Después de aquel día, pasábamos más tiempo juntos. Sin embargo, ella seguía siendo distante. Dejaba claro que en su corazón solo vivía Leonid. Cada encuentro era un recordatorio de la distancia emocional que nos separaba.

Cuando estábamos los tres, teníamos momentos inolvidables, pero Sasha había erigido un muro entre nosotros que, por más que lo intentara, no era capaz de atravesar. Daban igual mis esfuerzos, los regalos, las promesas susurradas en los escasos momentos en que dejaba de ser una zorra. Mi dedicación total y absoluta hacia ella no era suficiente. Nada funcionaba. La barrera seguía allí: inquebrantable.

Volvió de la pedida de mano de su hermano tan feliz que me callé al ver las marcas de otro hombre sobre su inmaculada piel.

Disfrutamos, salimos los tres de viaje. Logré acercarme un poco más, pese a que su asistenta me odiara. Tuve algo más de acceso a su casa y a Leonid... hasta que llegó la hora de volver a Rusia.

Cada vez que regreso a casa, me aterra pensar en lo que voy a encontrar a mi vuelta. Los meses pasan, y cada nueva etapa es siempre para peor.

Continuar con esta doble vida se ha vuelto insostenible, y cada despedida se hace más difícil. Me prometí que la próxima vez que volviera a Japón sería diferente. Y lo fue. Tenía que haber un cambio, una resolución, algo que le diera paz o cierre. Pero en el fondo, temía que ese cierre significara perder mi única oportunidad.

Mientras la nieve se acumula sobre mis hombros, no dejo de pensar en cómo traerla de vuelta a mí. Si la pierdo de nuevo, sé que no tendré otra oportunidad. No como esta. Y estoy viendo cómo se me escurre entre los dedos. Levanto la vista hacia el cielo gris. Creo que ha llegado el momento de dejar de luchar contra la tormenta y aprender a caminar bajo ella. Tal vez, solo tal vez, en esa aceptación encuentre la brecha por dónde meterme definitivamente en su vida.

Si eso es lo que ella quiere, eso es lo que le daré.

Que al final moriré es un hecho. Solo me queda escoger a quién le daré el honor de dispararme.

Capítulo 23

Sasha

Entro en casa y el mejor sonido del mundo llega a mis oídos.

—¡Mami! —Escucharlo hace que todo valga la pena.

Leonid llegó a mi vida para darle sentido. Todas mis quejas dejaron de importar. Ahora solo importa él y su bienestar, darle una infancia feliz, cómoda y segura.

Él es el mayor motivo por el que tomé el camino que tomé. Hoy en día no hago nada por impulso. Y si antes me repugnaban las personas que extermino, desde su llegada eso se multiplicó.

—¿Cómo está mi Leoncito?

Este es uno de los muchos motivos por los que no quiero que León me llame *Kotenok*. Somos una manada de leones. Mi hijo va a hacer grandes cosas, va a ser el líder de esta manada, y todo aquel que diga lo contrario tendrá que vérselas conmigo.

—Tardaste mucho —se queja.

No es verdad. Lo comprobaremos en la tabla. Tengo una pizarra en la pared donde marco los días que voy a estar fuera. Siempre marco el doble de días, para no mentirle. Nuestra relación no se construirá sobre mentiras.

—Eso no es verdad. Esta vez volví dos días antes.

Le ofrezco la mano y vamos hacia la pizarra. Contamos juntos.

—No me acordaba…

Solo hubo una ocasión en que estuve lejos de Leonid más de lo habitual: en la boda de Alexei. Estuve diez días fuera. Fui la encargada de organizarla junto a Sara. Estuve también en su pedida

de mano: él montó un escándalo y casi mata de un susto a su futura esposa. Fue entonces cuando me reafirmé en que ella era la mujer ideal para él. Otra, en su lugar, lo habría dejado.

—¿No me vas a dar un abrazo?

—Me lo voy a pensar —dice, poniendo su manita en el mentón, igual que hace su tío Mijaíl cuando está pensativo en su despacho.

Pocas personas han tenido el honor de ver al *pakhan* de la *bratva* pensativo. Yo soy una de las pocas afortunadas. Cada vez que veo a mi hijo repetir ese gesto tan característico de su tío, lo echo tanto de menos que me pesa el corazón.

—Entonces creo que mejor vuelvo en otro momento.

Hago como si fuera a irme, y una sonrisa nace en mis labios al oírlo correr hacia mí. Me giro a esperarlo. Sé lo que va a hacer. Solo tengo tiempo de abrir los brazos antes de que se lance, y lo atrapo en el aire.

Estos momentos son los que me impiden volver a Rusia. Allí sé que seguiría siendo un niño, pero la rigidez de nuestro entorno, el constante mirar por nuestra seguridad, el peligro que golpea nuestras puertas a cada instante… todo eso acabaría por afectar su infancia.

Solo fui consciente de que jamás volvería a estar sola en el mundo al descubrir su existencia, cuando ya tenía tres meses de embarazo. No hay un solo día en que no me recrimine por todas las veces que me emborraché, que me drogué, que hice tonterías poniendo en peligro su vida. Desde ese instante hubo un antes y un después.

Leonid es un luchador. No hay un solo día en que no le pida perdón por hacerlo pasar por todo aquello. Después de salir del Valle de Aosta, viví los dos meses más angustiantes de mi vida. Leonid llegó en el momento más oscuro de toda mi existencia, nunca lo verbalicé, pero siempre estuvo ahí. Muchas veces pensé en quitarme la vida; había perdido la fe en las personas. Tal vez, si no hubiese descubierto que estaba embarazada, hoy estaría muerta. Gracias a

mi pequeño, dejé de pensar en mi dolor y fui consciente de que ya no se trataba solo de mí.

Lev estuvo a mi lado todo el tiempo, aun sabiendo que mi hijo no era suyo, se comportó como un padre.

Cuando pienso en él, siempre me siento culpable. Soy una egoísta: lo uso y lo rechazo a mi antojo; lo alejo y, cuando lo necesito, lo llamo. Le permití estar a mi lado, hacerse ilusiones… Las primeras horas de vida de mi hijo fueron las más largas de mi existencia. No dejaba que las lágrimas cayeran, pero por dentro me moría de miedo a perderlo. Y en todo momento tuve a Lev a mi lado, sujetándome la mano.

Cuando por fin tuve a mi hijo en brazos, y vi esos ojos tan iguales a los del hombre al que nunca volveré a ver, quien dio su vida para salvar la mía, e inconscientemente, también la de su hijo, supe que era un luchador, como su padre.

Bastó un segundo, una mirada a su carita, para ponerle nombre: Leonid, mi leoncito. Él va a hacer grandes cosas. Y las va a hacer de manera distinta.

En ese mismo instante supe que tenía que alejarme un poco de Lev. No fue fácil. Su amor por mi hijo quizás es incluso mayor que el que siente por mí. Lev es mi bastón. Me mantiene de pie todas las veces que siento que voy a derrumbarme. Lo malo es que, cada vez que me asusto o me siento feliz del todo, vuelvo a cometer los mismos errores con él.

—Mami, ¿juegas conmigo?

Vuelvo a mirar al niño con una sonrisa. No hay cansancio en el mundo que me haga decirle que no.

—Si me das uno de esos besos sabrosos que solo tú sabes dar, juego.

—Tío Lev dijo que no debo aceptar porque eso es *tachaje*.

Me río al ver cómo se enfada consigo mismo por no poder pronunciar bien la palabra.

—Es *chantaje*, y el tío Lev tiene razón.

—Por eso quiero que él sea mi papá. Es el mejor del mundo.

Todo mi cuerpo se tensa. Ya van muchas veces que Leonid sale con eso de que quiere que Lev sea su papá.

Sus pequeñas manos acarician mi rostro, y veo la preocupación en su carita. El problema lo tengo yo. Él solo tiene tres añitos y admira a la única figura masculina que conoce, la única que se desvive por verlo feliz. Le devuelvo el cariño, agarro su carita y la lleno de besos, arrancándole sonrisas.

—Mami, ¿tío Lev puede ser mi papá?

Este es uno de los motivos por los que lo mantengo lejos de mi casa. Cada día que pasa, mi hijo se obsesiona más con esa idea. Miro a Akiko, y ella me devuelve una mirada que confirma mis sospechas.

—¿Conmigo no te basta? —le pregunto, haciéndole cosquillas en la barriga.

—Sí, mami. ¡Para, para! —contesta, riendo como si no hubiera un mañana.

Una vez más, logro esquivar la bala.

Da igual cuántas veces le diga a Lev que no le meta ideas en la cabeza a mi hijo, es imposible evitar esta situación. Sobre todo porque lo llama todos los días sin mi permiso. Sé que se preocupa, pero no tiene derecho a contactar con él sin mi autorización. Leonid es mi responsabilidad.

Por cosas como esta es que no logro bajar la guardia, a eso yo lo llamo manipulación infantil, no tiene otro nombre. Lev nunca me hace caso, su deseo por mí lo ciega, le hace perder la noción de lo correcto y lo incorrecto. Cuando Leonid nació, quiso que llevara su apellido. Tuvimos muchas discusiones por eso, pero no se lo permití. Mi pequeño es Leonid Popov, aunque para el mundo exterior sea Petrov.

—Akiko, voy a darme una ducha y vuelvo para que te vayas a casa.

Mi tiempo con mi hijo es solo mío. Cuando no estoy de servicio, mi asistenta solo viene tres veces a la semana, no quiero compartirlo con nadie.

Me meto debajo del agua y dejo que se lo lleve todo. Voy a enjabonar mi vientre y me encuentro con las marcas de los dientes de Lev. Acaricio la zona rojiza y hago una anotación mental para hablar con él nuevamente. Sigo sin dejar que me toque a su voluntad; sin embargo, Lev nunca se rindió, siempre está buscando maneras de explorar mi cuerpo más allá de lo que le ofrezco, y en algunos de nuestros encuentros empezó a dejar las marcas de sus dientes y chupetones. No seré hipócrita, disfrutaba lo que me hacía. Solo que llegó un momento en que se le estaba yendo de las manos y le corté. De eso hace ya algún tiempo.

Mientras me enjabono, pienso en él. Sus ojos brillan siempre que posan sobre mi piel. El sexo con él es bueno, siempre que estoy en sus brazos me olvido de lo que hay afuera. Pero, como siempre ocurre con Lev, él encuentra la manera de hacerme poner distancia entre nosotros.

Cometió el error de pedirme en matrimonio; apenada, le dije que no. Me preguntó por qué. Le dije que quiero disfrutar de la vida, que antes de juntarme con alguien quiero tener sexo con muchos hombres. Se enfureció. Preguntó si él no era suficiente y le dije que quería probar. Desde entonces empecé a salir con otros. Se acabó la exclusividad. Cuando le di la oportunidad de volver a mi vida, le dejé claro lo que quería: que sería bajo mis reglas. Él dijo que sí. Fueron ocho meses sin contacto y en ese tiempo disfruté de mi cuerpo y de mi sexualidad. Sabía que Lev estaba siguiendo cada uno de mis pasos, hoy por hoy es la única persona que sabe casi todo el tiempo dónde estoy. Al segundo mes de volver conmigo se tornó posesivo, y desde entonces nuestros encuentros son de todo menos tranquilos y convencionales. Somos explosivos, probamos de todo juntos, disfrutamos cada momento. Lo malo es que él cada vez está más

enamorado de mí y los únicos hombres que tienen espacio en mi corazón son mi hijo y mis hermanos.



—Cuéntame. ¿Algo fuera de lo normal? —pregunto a Akiko sin dejar de mirar a mi pequeño, que juega despreocupado en el suelo del salón.

—No. El señor Lev pidió que le llevara al niño para verlo.

—No me dijo nada.

—No fuimos.

—¿Por qué no? —Muchas veces viaja solo para ver a Leonid.

—No me gusta. Siempre dice que quiere ser el papá de Leoncito, y eso no está bien. Leoncito ya tiene padre.

—Akiko, mi hijo no tiene ni va a tener padre. Yo soy su madre y su padre.

—Que siga así, señora. Ese hombre no es bueno.

Reprimo una sonrisa, mirando a Akiko de reojo. Ella está conmigo desde que Leonid cumplió siete meses. Vino a trabajar justo después de que Lev saliera de nuestras vidas, y de eso ya han pasado más de tres años. Su aversión por él es tanta que nunca se guarda su mala opinión. . Lev, en su defensa, vive diciéndome que tengo que buscar a alguien con buena reputación para cuidar de mi hijo, pero cada vez que lo menciona, discutimos y acaba pidiéndome perdón.

Le debo mucho a esta mujer. En ausencia de mi propia madre, fue ella quien me enseñó a ser madre.

Los primeros días a solas con un bebé no fueron fáciles. Cuando Akiko llegó, todo se volvió más llevadero. Me ayudó a criar a Leonid al mismo tiempo que criaba a su pequeño, que tiene cuatro meses más que el mío.

Pero desde el primer momento en que vio a Lev, no lo soportó y ambos se evitan todo lo que pueden.

—Sé que no te cae bien, pero sin él, hoy mi hijo y yo no estaríamos aquí.

—Puede. Pero usted tiene que conocer a un buen hombre que la quiera y la cuide como se merece —afirma Akiko.

—Él me cuida.

—Nunca la ha cuidado un hombre de verdad.

—Tranquila, no me voy a casar con él —le contesto, riéndome. Ya hemos tenido esta misma conversación un millón de veces.

—Me alegra, porque si lo hace, dejo de trabajar para usted.

—¿Y dónde quedó eso de que los japoneses son callados y reservados?

—¿No ve que soy una repudiada? Yo no soy como los demás.

Me acerco y le doy un abrazo. Es una buena mujer, una mujer que fue engañada y que cada día paga por ello.

Aquí, la rectitud y la honorabilidad lo son todo. Y, aunque fue inocente, tanto ella como su hijo solo me tienen a mí. Es una paria para este país y para su familia.

Un hombre muy influyente , casado, se aprovechó de su inocencia. Cuando se descubrió que Akiko era su amante, su esposa la humilló públicamente, sus padres la repudiaron y nadie sabe que tiene un hijo de casi cuatro años.

—Ve a casa con tu pequeño. Te llamaré si te necesito.

Capítulo 24

Sasha

Antes de que llegue hasta mí, ya sé que algo no va bien. La maternidad y mi medio de ganarme la vida han agudizado mis sentidos.

Desde que fui madre, siempre estoy pendiente del entorno. Vivo en un país relativamente tranquilo, de personas pacíficas; aun así, nunca puedo bajar la guardia. La Yakuza no es poca cosa, y estoy en su territorio.

Puedo describir qué lleva cada persona que me rodea, quién habla por el móvil, quién está tenso. Y debido a este don, por llamarlo de alguna manera, sé que desde hace dos semanas estoy siendo seguida.

La persona que me sigue es buena, sabe que la he descubierto, y, aun así, no logro dar con ella. Si me quiere, que venga a por mí, pero que no toque a mi hijo, porque entonces desataré la Tercera Guerra Mundial.

Me acerco más al portón por donde tiene que salir Leonid. Estoy siendo observada, lo sé por el vello erizado en mi nuca. Sin embargo, eso no es lo que causa el nudo en mi pecho. Algo ha pasado en clase, y al ver caminar a mi hijo hacia mí lo confirmo.

Toda su expresión corporal proyecta su malestar.

—¡Mami!

Su vocecita carece de la alegría habitual. Mi lado desconfiado y protector escanea el entorno, buscando la causa de la tristeza en su voz, en sus ojos.

Mi cuerpo se tensa. El ser humano vive tan pegado a sí mismo que ignora detalles que, a veces, pueden salvar la vida de alguien; pasan desapercibidos, aunque estén justo delante de sus narices. Para los padres, sus hijos siempre serán los mejores.

Vuelvo a inspeccionar a mi alrededor y no me queda la menor duda. Mi corazón se rompe un poco más. En momentos como este, siento que estoy fallando como madre, que no seré capaz de hacerlo bien. Todos sus compañeros llevan en la mano un sobre. Él no. Y ahí no está todo el problema.

La cuestión es cómo lo miran. Lo hacen como si fuera raro, como si fuera diferente… porque lo es. Y mi pequeño, como buen Popov que es, no soporta el escrutinio de nadie.

No tengo ni idea de qué lleva el dichoso sobre, pero sé que sirvió de munición para que otros niños, que pueden ser muy crueles si quieren, lo usaran para atacarlo.

—Hola, leoncito —lo saludo como siempre.

Sé que no es fácil para él crecer en un país asiático con costumbres tan arraigadas y estrictas. Muchos dirán que no conoce otra cosa, pero el hecho de no conocer otra realidad no lo hace más fácil.

Tener un color de piel, un pelo o unos rasgos distintos puede convertir al diferente en blanco de miradas, juicios y burlas. Y él no tiene la culpa de haber nacido en este país, de madre extranjera y padre ausente. Hace dos meses me pidió que le tiñera el pelo de negro porque sus compañeros se burlaban de él y se negaban a dejarlo jugar. Hubiera sido más fácil decir que sí, teñírselo y acabar con el problema, pero hacerlo sería traicionar los valores de mi familia. Además, seguirían burlándose por sus ojos, por sus rasgos…, el problema no era el color del pelo.

No fue un proceso sencillo. Mi hijo no vino a este mundo para agachar la cabeza y ser distinto no es fácil, pero tampoco es un crimen.

Todos los días le repetía cosas bonitas, le hablaba bien de su apariencia, le enseñaba fotos de nuestra familia —muchos de ellos rubios como él—, y le explicaba la importancia de no darle poder a los demás sobre su autoestima. Fue difícil, pero lo superó. Esa etapa quedó atrás. Mi padre le habría dicho que pegara primero, que amenazara después, porque él es un Popov, y nadie se mete con un Popov y sale ileso, pero esa no es la educación que quiero para él. Claro que, si las palabras no bastan y lo atacan, le enseñaré a defenderse, pero también le hago ver que los grandes conflictos se ganan con inteligencia, no con violencia.

—Hola —responde, mientras agarra mi mano y tira de mí, alejándonos del colegio, todo lo contrario a otros días.

Leonid se ganó el respeto de sus compañeros sin tener que cambiar quién es y normalmente, aun después de pasar todo el día juntos, sigue jugando con ellos a la salida. Pero hoy, el camino hasta casa lo hace en completo silencio. Cuando se pone así, es la herencia Popov tomando el control.

No lo presiono. Por más que me muera de ganas de preguntarle qué ha pasado, no lo hago. Tiene derecho a frustrarse. Sabe que, cuando quiera hablar, estaré ahí para escucharlo, sin interrupciones.

Cuando llegamos a casa, le doy un beso en la cabeza y lo dejo en el salón. Es su momento de reflexión, sabe lo que tiene que hacer. A pesar de su corta edad, es un niño listo, tal vez demasiado, que sigue las normas a rajatabla. Pero es que nuestra seguridad depende de una coordinación perfecta si algún día tenemos que salir corriendo.

Ya sola, me agarro con fuerza al mármol de la encimera y me trago el grito que tengo en la garganta, la impotencia de no poder erradicar la tristeza y el dolor de mi hijo me destruye. Tengo los ojos anegados en lágrimas. Puedo soportar todo lo que me hagan a mí: golpes, críticas, desprecio…, pero verlo triste, enfermo, dolido, me desmorona.

Suena mi alarma de servicio pero no le presto atención. El equipo con el que trabajo hace un primer cribado, y si creen que algo me

puede interesar, me lo pasan. La decisión final siempre es mía, pero esta vez ni siquiera voy a mirar. Mi hijo me necesita y no hay dinero suficiente que me haga alejarme de él, el mundo puede explotar pero yo no pienso salir de casa hasta que mi pequeño no se encuentre bien.

—Mami, no quiero ir al colegio.

Ahí está, llegó el momento de descubrir qué le pasa. Tomo aire y me recompongo. Me giro despacio, me agacho a su altura y le doy el espacio y el apoyo que necesita.

—¿Por qué?

Mi pregunta no le hace bien, una lágrima escapa de sus ojos y la seca con rabia, pasándose el dorso de la mano por el rostro con tanta fuerza que deja su piel rojiza.

—Los papás van a venir a hablar de sus trabajos.

Este es un tema delicado. Nuestra gran asignatura pendiente, una que no voy a aprobar nunca. Ojalá pudiera llamar a uno de mis hermanos para que fuera en representación, como figura paterna, pero eso es imposible: me arrastrarían de vuelta con ellos a Rusia.

—Yo puedo ir en el lugar de tu papá.

—¡No! —grita, y sale corriendo a su habitación.

Voy detrás de él y lo encuentro sentado en su cama, luchando por no dejar que las lágrimas caigan. Mi padre y mis hermanos estarían orgullosos de él. No digo nada, me quedo parada en la puerta, esperando que me permita entrar.

—¿Por qué solo yo no tengo papá? —pregunta, dejando por fin que las lágrimas se escurran y liberando la frustración.

—Ya te expliqué que sí tienes papá, te enseñé fotos de él. Pero tu papá está en el cielo.

—¡Que vuelva! —grita.

—No es posible.

—¡Sí! Hay cohetes que van al cielo y pueden bajarlo para mí.

Miro hacia arriba, tragando mi llanto. Por nada del mundo puedo llorar delante de él en este momento. La fértil imaginación de mi niño me está destrozando.

—Tu papá se transformó en una estrellita y ya no puede volver a la Tierra.

—¿Entonces nunca, nunca lo voy a ver?

No estoy hecha para esto. Por más que intente convencerme de que sí, no sé cómo hacerlo. Quiero gritar, que me disparen, que me peguen, pero que no me obliguen a ver tanta tristeza en sus ojos. Me muerdo los labios para aguantar. Ya perdí la cuenta de las veces que hemos hablado de su padre en las últimas semanas. Me estoy perdiendo algo y necesito saber qué es para poder ayudarlo. Nuestras conversaciones sobre su paternidad muchas veces son tensas porque él siempre tiene una solución; no obstante, esta vez está siendo más desgarrador de lo normal.

—No, *moya lyubov'*.

—Entonces deja que el tío Lev sea mi padre. Él me quiere.

Sus sollozos alimentan mi culpabilidad. Mi padre no fue un gran padre, pero lo tenía. Irina, a su manera, nos protegió y nos mantuvo unidos. ¿Y yo? ¿Qué estoy haciendo por Leonid? Me acerco y lo abrazo.

—¿Te haría feliz si el tío Lev se presenta en tu colegio?

—¿Cómo mi papá?

—No, como tu tío. —No es lo que quiere oír, pero no voy a permitir que se haga ilusiones. No quiero que, si de hoy para mañana Lev desaparece, el daño sea mayor. Nunca va a haber una unión sentimental entre nosotros. Nos disfrutamos; cada día le doy un poco más de mi cuerpo. No obstante, dentro de mi corazón, el espacio para amar a un hombre está cerrado y la llave se destruyó.

—Ok —dice, poco convencido.

Lo siento sobre mis piernas y llamo a Lev por videollamada. Sé que solo con escuchar la voz de su tío, se sentirá mejor. Pronto, la

imagen de Lev aparece en la pantalla.

—Hola. —Tiro de mi pequeño para que aparezca delante del teléfono—. Leoncito quiere pedirte una cosa.

Los ojos de mi amigo/amante brillan de alegría. En momentos como este me entra miedo de estar tomando la decisión equivocada.

—Dime, campeón. ¿Qué quieres?

—¿Quieres ser mi papá?

Cierro los ojos y aprieto el puño. No puedo reprenderle. Va a cumplir cuatro años dentro de unos meses. Es solo un niño con carencia paterna, me repito una y otra vez.

Lev percibe mi descontento y, con un sutil gesto, me pide calma. Jamás perdería los papeles. Me entreno todos los días para guardar mis emociones y controlar mis impulsos.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, pero tu papá es otro hombre.

—Me dijiste que, si mi mamá se casa contigo, tú puedes ser mi papá.

Mi ejercicio de alto control se esfuma. Levanto la cabeza y fijo mi mirada en el hombre que está al otro lado de la pantalla. Lev pierde el color. Hay líneas que nunca se deben cruzar, y esta es una de ellas.

—¿Cuándo te dijo esto, Leoncito? —pregunto, sin quitarle los ojos de encima a Lev.

—Muchas veces —contesta mi hijo, inocente.

Enfoco nuevamente el móvil y me encuentro con Lev ofreciéndome una sonrisa perdonavidas. Sabe que esto le va a traer problemas conmigo. No falla: cada vez que estamos bien, él encuentra una manera de alejarme de él. Si lo tuviera delante, ahora mismo le estaría pegando. El nombre que se da a lo que hizo es manipulación. Y lo peor: está manipulando a un niño que lo adora.

—Yo quiero casarme con ella, pero ella no quiere casarse conmigo. Y no pasa nada, somos los mejores amigos y seré el mejor

tío que tienes.

—Kiro me dijo que no eres mi tío de verdad. —Esto empeora por segundos. Estaba lista para contestarle a Lev y Leonid me sale con esta bomba—. Yo le dije que sí, entonces él me dijo que no puede ser porque no eres hermano de mi mamá ni de mi papá.

Si asesino a un niño iré al infierno, ¿verdad? Odio a Kiro. No tengo la menor idea de quién es su familia, pero ya va siendo hora de que los investigue. Este pequeño matón sabe demasiado sobre nuestras vidas.

—Leoncito, tienes dos tíos por parte de madre, y lo que cuenta es lo que sientes en tu corazón.

—Yo le dije: «Yo tengo dos tíos grandes, fuertes y poderosos que mandan en toda Rusia».

Y la cosa sigue empeorando. La parte de que sus tíos mandan en toda Rusia no fui yo quien se lo dijo. Es otro regalo del tío Lev. Mis hermanos y él no son precisamente los mejores amigos, sin embargo, si estuvieran aquí, le darían puntos por eso. Puntos que conmigo ha perdido. Antes de que esto vaya a peor, tomo cartas en el asunto.

—Lev, Leonid tiene una actividad en el colegio en la que su padre debería participar, y le gustaría que acudieras tú, ya que su papá está en el cielo.

—¿Cuándo es? —pregunta, ilusionado.

—El viernes que viene.

—Claro que iré. Tomaré el primer vuelo para Japón. Hasta pronto, campeón.

Leonid aplaude y sale corriendo, y la llamada se corta. Mi hijo ya tiene la atención puesta en los dibujos, y el drama del padre ha pasado a un segundo plano... para él, claro. Mientras tanto, yo pienso en mil y una maneras de matar a Lev.



Tengo sentimientos encontrados. Me encuentro en la puerta del aeropuerto, aguardando la salida de Lev. No es fácil mantenerse oculta al mundo y, al mismo tiempo, querer darle una vida normal a un hijo. Siempre que puedo, le oculto a Leonid la llegada de su querido tío, la única figura masculina en su vida. Cada vez que se entera de su llegada quiere venir a recogerlo, y esto nos pone en riesgo.

Para mi hijo no es raro verme con gafas grandes, gorra y, alguna que otra vez, peluca. Siempre que vengo con él al aeropuerto, intento que, al mirarme, siga viendo a su madre, pero que las cámaras no lo tengan tan fácil. Una gorra no garantiza mi ocultación; mis hermanos son astutos y capaces de reconocerme en cualquier lugar. Si sospechan que estoy aquí, pondrán toda su maquinaria a funcionar y acabarán dando con mi paradero sin que me dé tiempo a pestañear.

Los cristales del coche son polarizados; no nos bajaremos hasta que Lev aparezca en la puerta de salida. Mi pequeño ya se acostumbró a esta regla.

De pronto, veo a alguien y el corazón está a punto de salírseme por la boca. Si existe un dios en el cielo, por favor, que no permita que Lev salga ahora. Takashi, el jefe de la Yakuza y socio de Mijaíl, está viniendo en dirección al coche. Si Lev aparece, no voy a poder retener a mi hijo. Desde antes de salir de casa, me había pedido poder ir a su encuentro y le di mi palabra. Siempre le enseñé que la palabra de un Popov es inquebrantable, pero si este japonés me descubre, todo mi plan de vida se habrá acabado. Para él, soy la prima de Mijaíl. Estoy segura de que llamaría a mi hermano preguntándole qué hago en su país sin que él lo sepa. Sin contar que, cuando terminé la llamada, tendrá en sus manos la información de qué fue lo último que comí hoy. En resumen, sabrá que tengo un

hijo cuya existencia mis hermanos desconocen. No le hará gracia saber que llevo viviendo en su territorio cuatro años sin que él lo sepa.

—¡Mami, mami, allí está el tío Lev! —No me da tiempo a asimilar las palabras de mi pequeño.

La puerta del coche se abre y Leonid sale corriendo, sin darme tiempo a decir o hacer nada que lo impida. Solo tengo tiempo de bajar todo lo posible la visera, ajustar las gafas y salir detrás de él.

A cada zancada que doy en su dirección, mi corazón late más fuerte contra mi caja torácica. Puedo sentir sus ojos sobre mí. Llevo el pelo negro, me puse una peluca y agacho la cabeza de modo que mi melena haga de cortina sobre mi rostro. Quiero gritar y llamar a mi hijo, pedirle que deje de correr, pero tengo miedo de que mi acento ruso me delate. No recuerdo haber pasado tanto miedo como en este momento. Finalmente lo dejo atrás y alcanzo a Lev.

—Vamos a tomar un helado dentro del aeropuerto —suelto nada más encontrarme con él. Abre la boca con intención de replicarme, pero lo miro, seria, y comprende que algo va mal. Se traga sus palabras, coge a mi hijo en brazos y viene detrás de mí.

—Tío, bájame, soy mayor para ir en brazos.

A un gesto mío, lo baja y lo agarra la mano, tirando de él para que siga nuestros rápidos pasos.

Lev, como hombre nacido y criado dentro de la *bratva*, está vigilante. Él también se oculta bajo gorras y gafas de sol. No hay rastro de la sonrisa que había en su rostro. El miedo que tengo es tanto que tengo que contenerme para no correr. Me alejo todo lo rápido que puedo de la entrada del aeropuerto y evito mirarlo; su instinto protector está activo y se muere por preguntarme qué está pasando. Estos años juntos le han enseñado mucho sobre mí, lo primero: no confrontarme cuando no le doy brecha para ello.

—Mami, ¿dónde vamos? —La dulce voz de mi hijo es lo único que me saca de mi estado de alerta.

Pongo mi mejor sonrisa y lo miro, aunque mi cabeza está estudiando todas las rutas de escape posibles. A cada escaparate que pasamos por delante, compruebo si alguien nos sigue. No me gustó cómo me miró Takashi. Estoy en modo supervivencia.

—Vamos a tomar un helado. ¿Te apetece? —le contesto con falso entusiasmo.

—Hoy no es día de tomar helados.

—¡Pues hice una excepción!

—¿Es porque es un día especial, porque el tío Lev vino a vernos?

Mierda. Nuestra vida es muy reglada; el éxito consiste en tener normas bien demarcadas. Una de las que tengo con él, y me había olvidado, es que no le dejo tomar dulces y helados descontroladamente.

—Sí, quiero celebrarlo.

Odio mentirle, pero no tengo cómo explicarle a un niño de su edad que, si nos descubren, la vida tal como la conoce desaparecerá.

En los labios de Lev acaba de brotar una sonrisa. No va a dejar pasar la brecha que le acabo de abrir para estar todo el tiempo que pueda junto a nosotros. Se agacha, coge a Leonid, lo pone sobre sus hombros y va jugando con él por el aeropuerto.

—Tío, mami está feliz porque viniste. Dale la mano. —Muevo la cabeza en una negativa, sin que Leonid lo vea.

—No puedo, campeón. Tengo que sujetarte. ¿O quieres que te baje?

—¡No…! —se apresura a contestar.

Los niños y su capacidad de olvidar… Hace menos de dos minutos pidió que lo bajara porque ya era mayor, y ahora todo lo contrario.

Suspiro, resignada. Hoy no es mi día. Segundos después, tengo mi mano aprisionada entre la suya. Sabe que no voy a montar una escena en público, y menos delante de mi hijo.



Llegó el día. Leonid pasó de decir que no quería ir al encuentro de padres en el colegio a contar los segundos para que llegara este momento. Lev llegó a mi casa a primera hora de la mañana, vistiendo un traje hecho a medida de color negro con una camisa azul debajo. El conjunto realza todavía más su indiscutible belleza. Yo opté por un sencillo vestido tubo de color magenta. Mi pequeño estaba tan nervioso que no quería tomar su desayuno.

—Leonid, si no desayunas, no vamos.

—¡Tío Lev! —pide auxilio.

—Estoy con tu madre. Nadie sale de aquí sin haber tomado todo su desayuno.

En cuestión de segundos, lo único que quedó delante de él fue su vaso vacío.

Llegamos a la escuela en mi Toyota Century. Quería venir caminando, como todos los días; me pareció una exageración la sugerencia de mi amigo de venir en coche. Estaba lista para decir que no, y me encontré con la sonrisa de Leonid, ilusionado por ir en coche. No seré yo quien la borre.

Lev condujo. Fuimos de los últimos en llegar, y ahora entiendo por qué quiso hacer tiempo antes de salir. Todos nos miran. Se baja, da la vuelta y va a sacar a mi hijo del vehículo. Leonid baja del coche y entra, orgulloso, de la mano de Lev.

La alegría de Leonid es tanta que me siento mal por negarle un padre. Los dos se ven bien juntos. Para mi mayor consternación, presencio cómo presenta a Lev a sus amiguitos como su tío… y padre. Yo, en cambio, no estoy invitada a su fiesta del padre trabajador. Estoy celosa, sí. Soy testigo lejana de lo bien que lo

pasan juntos, relegada al fondo, como una asistente más. No tengo lugar en la celebración.

—Leonid, preséntanos a tu acompañante —dice la maestra, que conoce la situación familiar de mi hijo. Trata el tema con prudencia y la extrema educación típica de los japoneses. Llama a mi hijo y a Lev al centro de la clase.

Con la inocencia de un niño de su edad, Leonid se levanta y tira de Lev hasta quedar frente a todos. Me acerco y no dejo de disparar mi cámara fotográfica en dirección a ellos. No hay dinero en el mundo que pague esta cara de felicidad.

—¡Kiro! Este es mi papá, ¡mira! Sí lo tengo, se llama Lev. —Lo dice bien alto, para que toda la clase lo escuche.

—¡Él no es tu padre! —La cámara fotográfica se me escapa de las manos. No llega a caer al suelo porque tengo la correa de seguridad envuelta en el cuello. Si no fuera un niño, ahora mismo su sangre estaría encharcando el suelo. No recuerdo la última vez que sentí tantas ganas de atacar a alguien. Me obligo a la calma, recordándome que es solo un niño.

El silencio en la sala se vuelve sepulcral. Es la primera vez en mi vida que no sé cómo actuar.

—Kiro, Leonid es mi hijo del corazón. No todos los niños pueden convivir con su padre. —Lev se gira en dirección a la profesora—. ¿Puedo explicar a los niños qué pasó con su padre?

La mujer, sin saber qué hacer para salvar la situación, asiente autorizándolo. Yo corro a su lado para impedirlo.

—No lo hagas.

—Confía en mí. Jamás haría nada que dañara a Leonid.

Sin nada más que pueda hacer, aparte de salir corriendo, le doy mi autorización.

—Hola, Kiro, hola a toda la clase. Me llamo Lev, soy empresario y abogado. Estuve al lado de la madre de tu compañero desde el primer mes de su embarazo. Nos conocemos desde que teníamos

vuestra edad. El verdadero papá de Leonid también era mi amigo. Crecimos y jugamos juntos. Pero un día, haciendo su trabajo —en el cual era el mejor—, perdió la vida. Estoy seguro de que, si estuviera aquí, estaría con una gran sonrisa en la cara al ver a los amigos de su hijo y lo bien que lo pasan juntos. Pero, desafortunadamente, no es posible. Y desde que mi amiga descubrió que sería madre, le prometí que estaría a su lado y al lado de su bebé. Solo por eso soy el padre de Leonid.

Algunas madres están llorando y los padres lo aplauden. El honor es muy valorado en Japón, y lo que hizo Lev es toda una declaración de honorabilidad.

—Él es mi papá, es el novio de mi madre —contesta Leonid, rojo. No sé si es por la rabia o por las ganas de llorar.

Si yo pensaba que la situación no podía empeorar, aquí la tengo. No sé cómo salir de esta. Lev me ofrece la mano para que me una a ellos. Le voy a arrancar la cabeza. Se sabe que los japoneses no hacen demostraciones de afecto en público. La maestra me anima. Sin opción, me posiciono a su lado, y él empieza a hablar nuevamente. Mortificada, doy un paso hacia atrás. Me posiciono al lado de mi hijo, lejos de Lev. Está disfrutando demasiado de la notoriedad recién adquirida. A mí no me gusta ser el centro de atención.

—Tu actitud no me ayuda a solucionar el problema —dice en ruso, entre dientes. Creo que es la primera vez que usa este tono conmigo.

—Niños, no debemos juzgar. Lev es el padre de vuestro compañero y no se hable más —sentencia la profesora.

Y así es como Lev se mete a todos los presentes en el bolsillo.

Capítulo 25

León

Hubo un tiempo en que no quería nada más que la poca iluminación, la compañía de los ordenadores y el sonido de las teclas resonando en la habitación mientras trabajaba. Si, cuatro años y medio atrás, alguien me hubiese dicho que terminaría encerrado casi las veinticuatro horas del día, dedicándome a hacer aquello que mejor se me daba (encontrar salidas donde nadie las ve e indicarlas a otros a distancia), le habría cortado el cuello sin pensarlo dos veces. Es un trabajo solitario y monótono. Yo soy de los que disfrutan estando al otro lado, en la acción. Y, sin embargo, permanezco aquí porque hay una sola razón por la que sigo vivo y detrás de una pantalla.

No me gusta en lo que me he convertido. La última vez que viví la acción, casi me cuesta la vida. Ojalá me la hubiese costado. Recuerdo una de las muchas cosas que me dijo el *naslednik* por teléfono antes de sacarme de allí:

—Si no fueras tan valioso, te dejaría morir en ese bosque helado. Pero vales cada rublo invertido en salvarte. Así que no hagas que más adelante me arrepienta y ordene tu muerte. Me perteneces. Todavía puedes servirme.

Sus palabras no podían importarme menos. Solo quería salir de allí. Todavía no había terminado, ni siquiera había empezado, y el *naslednik* sabía lo que yo valía. Era el único capaz de encontrar a Luck y darle información sobre Mijaíl. Aunque ya no como antes.

Lo hice. Guie a su gente hasta el objetivo. Si su equipo llegó tarde, no fue culpa mía. Impedí la huida, y como último acto de lealtad hacia la única persona que he amado, facilité la fuga de su amiga. Ella no merecía pagar el precio de esta guerra.

No conozco la cara del hombre que mueve las cuerdas de mi vida, pero el despliegue para rescatarme fue descomunal. Recibí atención médica de primer nivel. Después de tres meses ingresado, escapé del hospital antes de lo previsto. Tenía que llegar a Luck solo. Si lo hacía acompañado por su equipo, todos los presentes habrían muerto.

Fui a Polonia. Ayudé a Sara. Me habría gustado poder sacarla de allí, que le dijera a Sasha quién la había salvado, quién la había protegido. Tal vez así, su odio hacia mí habría disminuido, pero sabía que era imposible. Nos habrían matado a los tres: a Sasha, a su hijo y a mí.

Lo único que me mantenía en pie era la gran cantidad de estimulantes suministrados por la *bratva* para mantener vivos a sus cautivos. Usé una dosis brutal. Saboteé el helicóptero, dificulté la fuga de Luck y valió la pena, porque Sara volvió con su familia. A cambio, pasé casi dos meses en coma.

Cuando desperté, la primera llamada fue del *naslednik*. Sus palabras fueron claras:

—Si vuelves a cometer una estupidez así, Sasha morirá. Se te acabaron las licencias. Esta vez te la dejo pasar. Por tu culpa, Luck sigue con vida, me encargaré de silenciarlo en prisión. En cuanto a ti, desaparecerás de Rusia.

Desde entonces, vivo en Japón, condenado a trabajar desde la sombra, encerrado, aislado. Durante meses me limité a existir. Apenas me duchaba, comía lo mínimo, no hablaba con nadie…, hasta que volví a escuchar su voz y algo, dentro de mí despertó. Dejé de desear la muerte.

El *naslednik* cree que está jugando conmigo. Lo que no sabe es que soy yo quien mueve sus piezas.



Hoy no es un buen día. El cambio de estación me provoca fuertes dolores, y me veo obligado a no esforzarme demasiado. Pero tengo que estar bien: hoy *l'vitsa* tiene una misión. No sé si algún día podré volver a llamarla así. Por ahora, seguirá siendo *kotenok*. Sasha siempre odió que la llamara así.

Fueron casi dos años en una silla de ruedas, sin poder mover las piernas. Aquel día maldito cambió mi vida para siempre. Cuando desperté de mi segundo coma, no tenía fuerza en las extremidades. Lo acepté. No hice nada por cambiar mi situación. No había motivos para querer una vida normal.

Aquel día, en el bosque, no fue fácil mirarla a los ojos y confesarle que yo era el traidor. Fui el hombre de confianza de su hermano desde la infancia, su brazo derecho. Mijaíl fue mi jefe y mi amigo, el único amigo real que tuve. Debí actuar de otro modo, no haber tomado el camino que tomé. ¿En qué demonios pensaba cuando decidí traicionar al *pakhan* de la *bratva* y fingir que saldría ileso?

La traición no solo me costó mi lugar a su lado, me costó la vida. Al menos, eso es lo que todos creen.

No entiendo este empeño en mantenernos alejados, mientras al mismo tiempo nos empuja a tropezar una y otra vez. Es como un juego, uno en el que él será el perdedor. Conmigo falló desde el primer instante. Su tecnología de distorsión de voz no sirvió de nada. La forma de hablar de Sasha… la reconocería en cualquier parte. Aun hablando en chino, supe que era ella.

Me puse firme de inmediato. Fue la primera vez que me ocurrió desde que desperté en una cama de hospital en Rusia. Al principio creí que deliraba, que era solo una coincidencia, pero cuanto más la escuchaba, más fuerte era la sospecha. La *dark web* hervía de rumores, teorías y cifras absurdas por la identidad de la figura detrás de lo ocurrido en México. Jamás se me pasó por la cabeza que pudiera ser ella. Todo lo que rodeaba a la asesina sin rostro era un enigma.

Once meses después de lo de México, yo y otros seis hombres, bajo las órdenes del representante del *naslednik*, empezamos a trabajar con ella. Él actuaba como intermediario entre nosotros y esa figura invisible. Misión tras misión, gracias a mi eficiencia, el número de hombres fue disminuyendo. Sabía que quien estaba al otro lado era importante. No se escatimaban recursos para mantenerla a salvo.

Quería saber quién era. Tenía que ganarme la confianza de mi superior. Demostré que los demás eran prescindibles. Diez meses después, quedábamos solo él y yo. Me faltaba deshacerme del último obstáculo pero por más que lo intentara, no encontraba la oportunidad de apartarlo. Hasta que, justo en la víspera del segundo aniversario de mi accidente, surgió la ocasión.

Sasha debía ejecutar a un empresario estadounidense. Escuché una conversación entre el *naslednik* y su segundo. Dijo que seguiría la operación desde Tokio, que llegaría dos horas antes. Fue la primera vez que revelé a alguien de mi círculo que seguía vivo. Organicé un intento de secuestro contra el *naslednik*. Su hombre de confianza corrió a su rescate y me dejó a cargo.

No hizo falta que dijera su nombre. Mis sentidos la reconocieron. Aguanté el tipo. Me comporté con normalidad. No confié en el hombre que me salvó la vida dos veces, pero si estoy aquí es gracias a él.

Aun así, no puedo dejar de preguntarme: ¿por qué tantos recursos para proteger a la hermana de su enemigo?

Sasha siempre fue mi amor prohibido. Desde el instante en que la vi, aquella mocosa que no perdía oportunidad de estar cerca de sus hermanos y quería hacer todo lo que ellos hacían, supe que no era como las demás. Yo era mayor, aunque no mucho. Seguía siendo un crío. Ella me buscaba constantemente, y cuanto más la apartaba, más insistente se volvía.

No tardé en entender qué era eso que sentía al verla. Me asusté. Mijaíl jamás habría permitido una relación entre nosotros. Estaba

claro, aunque nunca se dijera abiertamente, que la casarían con alguien de su estatus. Un buen partido para la organización.

Por eso no hay un solo día en que no me pregunte qué hace trabajando para un desconocido. Qué hace en Japón, lejos de la protección de la *bratva* y de sus hermanos. Esas preguntas me devolvieron el propósito. Descubrir qué está pasando.

Empecé a investigar. Por ella, el riesgo siempre vale la pena. Sé que estoy jugando con fuego pero no puedo evitarlo. Sabía que era Sasha. Solo necesitaba confirmarlo para empezar a mover ficha.

No tardé en descubrir que hay alguien cubriendo sus huellas, alguien con poder. La poca información que logré reunir no revela nada sobre su vida.

Gracias a ella volví a caminar. Durante mucho tiempo estuve resignado a moverme en silla de ruedas, a ser y hacer lo que querían de mí. En este lugar, las normas son estrictas. Otra de las cosas que me dijo mi benefactor al despertar del coma fue: «Si sigues las órdenes, recibirás una buena paga y los mejores tratamientos. Norma número uno: no se hacen preguntas. Número dos: nadie conoce a nadie en persona, solo se contactan por trabajo. Número tres: la traición se paga con la muerte. Número cuatro: tu vida ya no te pertenece».

No objeté. Estaba esposado de pies y manos a una cama de hospital, en un lugar donde nadie preguntaba por qué. Crecí dentro de la *bratva*, sabía que había perdido y acepté mi destino. El *naslednik* es inteligente; cada día tengo más claro que esto forma parte de un plan mucho más grande y bien orquestado. Lo que él no sabe es que por esa mujer moriría una y mil veces.

No sé en qué país vive el *naslednik*, pero sé que no es Japón. No sabe, y nunca sabrá, que volví a caminar hace tiempo. Cada vez que salgo a investigar, él y los demás solo ven salir del edificio a un lisiado en su silla de ruedas. Trabajé con el mejor, por eso sé cómo ocultarme.

Que un rayo me parta si le pasa algo mientras yo esté del otro lado de la línea.

Es hora de trabajar. Disfruta de tu ir y venir. Se te está acabando eso de andar por ahí como si nada, de dejar que otros te toquen y disfruten lo que me pertenece. Si no te quedas a mi lado por las buenas, te quedarás por las malas.

—*Kotenok*.

—El día que te tenga delante, *león*, te enseñaré quién es la gatita.

—Objetivo entrando en cinco minutos —anuncio, ignorando su arrebato.

—¿Se retrasó?

—Positivo.

—¿Dormiste mal esta noche? Estás más simpático que de costumbre.

Ella no sabe que, cada vez que empezamos una operación, la conexión está abierta para nuestro jefe, y él está en la línea. Sabe que ella coquetea conmigo y por alguna razón nunca le dice nada. Sin embargo, la primera vez que fue testigo de sus provocaciones, me llegó una advertencia: que no respondiera. Si desacataba la orden, sería sancionado. No sé qué tipo de sanción, tampoco quise averiguarlo. No vale la pena arriesgar mi posición como su soporte por un flirteo telefónico.

Una vez que él confirma que está en el lugar correcto, se desconecta. Yo me aseguro de que la línea esté limpia. Solo entonces le respondo.

—El objetivo lleva seis guardias de seguridad: cuatro fuera, dos dentro.

—¿Inocentes en el perímetro? —pregunta, como siempre.

—Una familia. Ya pidieron la cuenta. La persona con quien va a reunirse acaba de llegar. Trae cuatro hombres de seguridad. Reviso la planta, el gráfico y sus ubicaciones.

—¿Las cámaras están interceptadas?

—No apareces en ninguna.

—En mi salida quiero diez segundos en la C5.

—Consultaré probabilidades, ruta de escape, tiempo de evacuación y despegue. Si todo está en orden, la cámara 5 será tuya. Sé breve.

Esa es la manera en la que se comunica con sus hermanos. No es exactamente una conversación: simplemente pone su rostro frente a la cámara y les hace saber que está bien. Fin del contacto.

—Siempre lo soy. Espera, algo no está bien —añade tras una pausa—. Están cambiándolos de mesa.

—No actúes. Espera la orden.

Tecleo y cambio de cámara para tener mejor visión, descubrir a dónde los están moviendo e intentar averiguar por qué.

—¿Cuándo vas a entender que no acato órdenes de nadie, y menos tuyas?

Odio cuando se pone en peligro de esa forma. Este trabajo no es de los más difíciles que ha hecho. En realidad, es uno de los más simples: el objetivo se reunirá con un comprador y en el encuentro no hay presencia femenina. Es la oportunidad perfecta para acercarse. El problema es que hay diez hombres contra ella.

—El camarero que lo atiende se acerca por tu derecha —le advierto, para que se desvíe. Los encontronazos deben evitarse: lleva demasiadas armas encima.

Sasha va directa hacia su mesa. Con el vestido que lleva, cualquiera que no conozca sus habilidades jamás imaginaría que debajo oculta varias armas además de su propio cuerpo, que es otra arma letal.

—Buenas noches, caballeros —saluda.

Ambos interrumpen su conversación y le prestan atención.

—¿En qué podemos ayudarla? —pregunta nuestro objetivo.

—Los vi solos y pensé que quizás aceptarían hacerme compañía. Mi cita me dejó tirada.

Nunca falla. Se miran entre ellos. Sus expresiones son puro peligro. Si Sasha sale de ahí acompañada por estos hombres, está muerta. Lo que a estos degenerados les gusta hacer no tiene nombre. El acompañante de nuestro objetivo la toma por la cintura y la sienta sobre sus piernas. No conforme, le acaricia los pechos. Asunto grave.

—No lo elimines —digo por el punto de oído.

Ella no puede contestarme. Busca la cámara y me sonríe. Ese tipo es hombre muerto.

Con esta, será la octava vez que actúa por su cuenta. Hasta ahora no ha habido consecuencias, pero temo el día en que las haya. El trato que reciben los demás no se compara con el que le dan a ella.

Nuestro objetivo se afloja la corbata. Sasha bebe de su copa mientras le susurra algo al oído a su captor, acariciándolo.

—¿Nos vamos de aquí?

Es la mejor en lo que hace. Al objetivo no le quedan más de dos minutos de vida. Cuando interactuó con el camarero, ya había envenenado su bebida. El que la lleva de la mano hacia el coche tendrá una muerte más lenta y dolorosa. No era su momento, pero al tocarla de esa forma, le echó una dosis mínima en su trago. Ni los mejores médicos de la *bratva* sabrían qué es.

El objetivo, muy galante, la acompaña a la salida y le abre la puerta. Es mi turno.

La llamo al móvil.

—¿Dónde estás? —pregunto, fingiendo preocupación.

—¿Qué pasa? —contesta, con falsa alarma.

—Tienes que venir a casa. Papá se está muriendo.

Actriz consumada, empieza a llorar. El hombre, fingiendo empatía, pregunta qué ocurre.

—¿Dónde estás? Haré que mi chofer vaya a recogerte.

Entre sollozos, me da la dirección. El acompañante se ofrece a llevarla. Ella se niega, alega que su hermano ya mandó al chofer. El muy cabrón decide comportarse como un caballero, obligándome a reorganizar el plan de escape.

Diez minutos después, la recogen.

—*Kotenok*, fuiste una chica mala —le digo, ya a salvo en el coche de evacuación.

—Ese cerdo tendrá una muerte lenta y dolorosa. Sus médicos se volverán locos intentando entender qué tiene. No sabrán por qué está tan mal.

—El blanco ha sido eliminado. Causa de la muerte: paro cardíaco.

—Este trabajo ha sido sumamente aburrido. Nada de acción. Quédate conmigo esta noche.

Cada vez que me lo dice, quiero responderle: «cuando llegues al aeropuerto, te recojo». Pero no puedo. Nadie debe sospechar que sé quién es. Aún no.

Ya perdí el contacto visual. Cuando baje del coche, será una persona completamente distinta a la que salió del restaurante.

Cuando aterrice en el aeropuerto de Tokio, estaré allí, como siempre, y la seguiré hasta donde ella me permita. Aún no he conseguido averiguar dónde vive. Siempre logra despistarme.

Capítulo 26

Sasha

No recuerdo la última vez en que me ilusioné tanto con algo que no estuviera relacionado con mi hijo o mi trabajo. Llevo mucho tiempo con esto en la cabeza. La manera en la que me surgió esta idea no fue de las mejores: entré en un local como este para exterminar a un objetivo y salí de allí deseando vivir la experiencia. Fueron muchos meses pensando hasta que tuve el coraje de ponerlo en práctica y ahora me arrepiento de haber esperado tanto.

Llevo en Francia dos días, quise venir con antelación para ocuparme personalmente de los detalles. Quiero que nuestra noche sea especial, que todo salga perfecto, tal como lo planeé en mi mente. Pierre es adorable, no puso objeciones a ninguna de mis exigencias. Lo cité en un café para ultimar los detalles mientras aguardo a mi cita. Lo único que empaña mi euforia es la constante sensación de estar siendo observada. Por suerte, tengo mi arma a mano por si me veo obligada a usarla. La conversación del francés no consigue captar mi atención; estamos en un café en el centro de París, no creo que la persona que me sigue se arriesgue a atacarme en medio de la multitud, pero aun así, no puedo relajarme. Finjo disfrutar del *espresso* y de su parloteo a la vez que observo a la gente que pasa, en busca del peligro. Está cerca, lo puedo sentir.

Deseaba tanto que llegara esta noche especial que asumí un gran riesgo: no quise ocultarme. Ya no recordaba cómo era salir a la calle sin esconder mi rostro detrás de gafas, gorras, kilos de maquillaje y pelucas. Mi vida tal como la conocía nunca volverá, y eso me hace sentir mal más veces de las que puedo admitir. A veces sufro de distorsión de imagen y tengo que quedarme delante del espejo

buscando a la Sasha que fui: la química, la hermana, la que adoraba andar jugando con armas y hacer todo lo que sus protectores hermanos le prohibían hacer. Pero esa chica ya no volverá, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados después de aceptar aquel segundo trabajo como ejecutora.

Hoy se cumplen tres años desde que acepté ser asesina a sueldo. Viajo por casi todo el mundo por mi trabajo, sin embargo, nunca he hecho ningún encargo en París. Por eso este ha sido el lugar escogido para crear recuerdos solo nuestros, sin la mancha de mi trabajo y de la *bratva* de por medio.

Lo que siento por Lev no es lo mismo que él siente por mí, creo que nunca volveré a amar a otro hombre. De nada vale mentir, mi corazón fue herido de tal manera por el traidor de Vladimir que el dolor no me permite bajar la guardia cuando se trata de relaciones sentimentales. Por eso estoy aquí, para crear nuevas experiencias con Lev. Quiero que exploremos juntos. Quiero crear un vínculo más allá del cariño. Quiero ver si es capaz de verme pasarlo bien sin ponerse celoso.

La sensación de que me espían empieza a escocer en la piel. Miro a los lados sin disimulo; quien quiera que sea está jugando conmigo, quiere provocarme. Es la misma persona de Japón, estoy segura, lo puedo sentir. Allí siempre logro despistarlo antes de llegar siquiera cerca de mi casa, pero nunca fue tan osado, jamás se había acercado tanto. Ya aquí, siento como si lo tuviera respirando en mi nuca y no quiero que Lev se dé cuenta de eso.

Mi teléfono vibra. Acabo de recibir un mensaje de un número desconocido.

Desconocido: No pierdas tu tiempo buscándome. Solo llegarás a mí si yo lo deseo.

Miro de un lado a otro buscando a quien envió el mensaje.

Desconocido: No busques, no me verás.

Sasha: ¿Por qué me sigues?

No nos conocemos en persona, pero al leer su mensaje no tuve sensación de peligro. Más bien siento como si tuviéramos una relación cercana y juguetona.

Una sombra se cierne sobre mí, levanto la vista y me encuentro con la mirada interrogativa de Lev. Mierda, debería de haber estado pendiente de su llegada, estoy aquí para sorprenderlo y la sorprendida fui yo. Su figura alta y fuerte no pasa desapercibida entre la multitud y aun así no me he dado cuenta de que se acercaba: si hubiera querido, me había matado sin que ofreciera la menor resistencia. Sin decir nada, se sienta frente a mí y me mira con preocupación.

—Bueno, yo ya he terminado aquí. Ha sido un placer hacer negocios contigo. Para cualquier cosa, tienes mi número —dice Pierre, ya de pie para irse.

Por un momento me olvidé por completo de él, que se aleja, de seguro pensando que estoy loca.

— ¿Todo bien? —pregunta, Lev, notando mi inquietud e ignorando la huida del francés.

Asiento, tratando de sonreír.

—Sí, solo un poco nerviosa. Este lugar es nuevo para mí. —Solo estoy haciendo empeorar la situación, me siento ridícula.

Lev me estudia antes de asentir.

—Entiendo. París puede ser abrumador. —Sus palabras son tan falsas como las mías. Esto empieza fatal.

Lev siempre ha sido un buen compañero, alguien en quien puedo confiar. Sin embargo, hay una barrera entre nosotros, una que yo misma traté de levantar, pero hoy pienso derribarla.

Mi móvil vuelve a vibrar con el aviso de un nuevo mensaje. Me pican las manos por las ganas de leer, pero controlo el impulso de mirarlo, tengo el aparato boca abajo sobre mis piernas. Centro mi atención en el espectacular hombre que tengo enfrente, preguntándome si debo contarle qué está pasando. Me veo obligada

a sujetar el móvil con fuerza, los mensajes siguen llegando. Decidida a no permitir que nadie estropee mis planes, intento apagar el aparato.

—¿Lo tienes todo listo para esta noche? —pregunto, tratando de distraer la atención.

No me contesta, solo asiente. Arqueo una ceja y él se corrige.

—Sí, todo tal como me ordenaste.

Arrugo la frente por cómo suenan sus palabras. Hay resentimiento en ellas. Al fin y al cabo, siempre soy yo quien toma las decisiones, él solo tiene derecho a hablar para aceptar mis términos o está fuera del juego.

—Relájate, esta noche lo pasaremos bien —es lo único que me sale decir.

Él suspira y la manera en que lo hace deja claro que no cree en mi palabra. Le di miles de razones para desconfiar de mis actos en cuanto a las relaciones íntimas entre nosotros y no puedo pretender que confíe en mí de un momento a otro. Por eso escogí París, que se supone que es la ciudad del amor. No sé si algún día podré amar a otro hombre, pero si lo consigo, quiero que sea el que tengo delante.



El espejo refleja mi imagen y me gusta el resultado. Soy yo, Sasha Popov. Hace mucho que no me veo a mí misma con tanta claridad.

Bajo en el ascensor y las puertas se abren en el zaguán; Lev, al verme, camina en mi dirección como un depredador. Sus ojos son la viva imagen de la lujuria.

—Estás…, estás… —Se queda sin palabras.

La manera en que me mira es tan intensa que me siento la mujer más bonita del mundo.

—Tú tampoco te ves nada mal —digo para darle un respiro.

Mi bolso vibra, no ha dejado de hacerlo desde que recibí el primer mensaje. Logré superar las ganas de leerlos, pero parece que mi admirador secreto no se rinde. Me da igual, no permitiré que nadie estropee mi noche; el que lo intente recibirá un disparo en la cabeza. Pero sé que está cerca, lo puedo sentir, y, como si Lev supiera lo que está ocurriendo, mira a los lados. Acaricio su brazo, atrayendo nuevamente su atención hacia mí, le sonrío y, galante, me ofrece el brazo. Nos dirigimos al coche que nos espera en la entrada del hotel. Lev, antes de entrar, vuelve a mirar a los lados y luego se sienta junto a mí.

—¿Pasa algo? —pregunto, fingiendo no saber qué le inquieta.

No sé hasta qué punto esto es malo para mis planes, pero Lev, durante todo el trayecto, no pierde de vista el retrovisor del coche. No lo quiero desconfiado. Estuve meses investigando y organizando esta noche y no quiero que se estropee por culpa de terceros.

El viaje es corto, en menos de diez minutos estamos en nuestro destino. El chófer se detiene delante de un exclusivo club en el corazón de París, un lugar donde los ricos y poderosos se reúnen para discutir sobre negocios y dar rienda suelta a sus fantasías y placeres. Lev, al darse cuenta, se tensa en el asiento; la manera en que me mira deja claro que no le ilusiona.

—¿Qué hacemos aquí, Sasha?

—Pasarlo bien.

Ojalá pudiera decirle algo distinto que lo tranquilizara, del tipo «solo estamos aquí para tomar algo», «no es lo que estás pensando», o «estamos aquí por negocios». Cualquier cosa que lo relajara.

—¿Sabes lo que hay tras esta puerta?

Su pregunta me ofende. Se da cuenta de sus desacertadas palabras, pero no dice nada para arreglarlo. De golpe, sale del coche, abre mi puerta y me ofrece la mano para que me baje. No me hago de rogar, la acepto y le dejo guiarme a la entrada. El lugar es más impresionante que en las fotos.

—¿Quieres hacer alguna pregunta? —digo.

—¿Por qué estamos aquí? —Su voz es áspera, llena de rabia.

—Nunca he estado en un sitio como este y quiero conocerlo de tu brazo.

—No te apartes de mi lado —ordena entre dientes. Está furioso.

—Te lo voy a preguntar solo una vez, Lev: ¿disfrutamos o nos vamos?

Su actitud y manera de hablar no me gustan. Nunca se portó conmigo como un macho alfa y este no es el mejor momento para empezar a hacerlo.

—¿Eres consciente de que nuestras interacciones sexuales son siempre como y cuando tú quieres? ¿De que no puedo tocar tu cuerpo a mi antojo, que yo me tumbo, tú te sientas sobre mí y buscas tu placer sin que yo pueda ser partícipe? ¿Qué sentido tiene venir aquí juntos?

—Sé que no soy una buena persona contigo, Lev —reconozco—. Fuiste el segundo hombre con quien tuve relaciones, no sabía nada de sexualidad…, fue la manera que encontré para protegerme.

—¿De mí?

—De todo. Estaba herida y no quería sanar. Esta es la verdad.

—¿Ahora lo quieres?

—Sí.

—¿Entonces se acabaron las restricciones?

—Sí. Al menos lo intentaré —digo tan bajo que temo que no me haya oído.

No era así como tenía planeado esto. Empiezo a dudar si hice bien en traerlo. Podía haber venido sola y dar rienda suelta a mis fantasías sin remordimientos, al igual que hago cuando quiero tener sexo con otros hombres. Llegué hasta aquí segura de que tenía el control y tengo la sensación de que lo estoy perdiendo. Lev vio mi vacilación y se aprovechó de ella.

Me ofrece la mano y dudo en aceptarla. Luego me dedica una sonrisa tan encantadora que me obligo a ceder. Me ajusto la máscara que he traído conmigo para que cubra por completo mi rostro. El único que conoce la identidad de la persona detrás de esta máscara es Lev. Una vez estoy lista, entramos.

Caminamos por el club, llamando la atención de algunas personas. No soy la mujer más bonita del local ni de lejos, no les puedo ver la cara por tratarse de un baile de máscaras, no obstante, sus esculturales cuerpos están perfectamente marcados por sus vestimentas. Por ello, no entiendo por qué me miran como lo hacen. Mi vestido negro es elegante sin ser nada del otro mundo.

Pierre, al verme viene a mi encuentro.

—¿Arina? —Por precaución usé otra identidad para contactarlo.

—Yo misma.

—Bienvenidos —dice en un tono suave.

Es un club exclusivo, cada uno de nuestros pasos está bajo el escrutinio de los presentes. Camino como si estuviera en una alfombra roja. Toda esta gente puede chuparme el pie, son todos unos ladrones corruptos… Antes de escoger el sitio lo investigué a fondo, no quería descubrir por casualidad que les van los juegos con jóvenes y niños y terminar mi noche explotando el local. Afortunadamente para todos, no descubrí a nadie con ese perfil. Sin embargo, gente relacionada con el mundo de las drogas, el tráfico de armas, la prostitución y la corrupción hay por doquier.

—Estamos listos para pasarlo bien —indica Lev a Pierre por los dos.

Este asiente y saca una llave de su chaqueta.

—Aquí tenéis. —Me entrega la pieza de frío metal, la guardo en mi bolso y sigo mirando todo a mi alrededor.

—Gracias, Pierre. —agradece Lev. Me sorprende que se haya fijado en el nombre de nuestro anfitrión.

—Cuídense.

Pierre sonríe y se va.

No me gusta su recomendación, vine a pasarlo bien, pagué mucho dinero para ello. ¿Quién se cree que es para decirme eso? ¿Qué sabe? Mi lado desconfiado está en alerta.

Puedo ver en los ojos de Lev las mismas preguntas y la misma preocupación. Miramos alrededor, tratando de identificar a la gente, pero es imposible. Es el único día del año que el club permite a los socios oro, con antigüedad de más de diez años, invitar a alguien con suficiente estatus para asistir al club y, aun así, con restricciones. Por eso no fue nada fácil para Pierre meterme aquí, no sé a quién sobornó para ello.

—¿Estás bien? —pregunto a Lev, a la vez que le ofrezco la mano invitándolo a bailar.

Asiente, tratando de calmarme.

—Sí, solo estoy un poco paranoico.

—Lo pasaremos bien. Solo debemos ser cuidadosos.

Sus manos resbalan por mi cuerpo mientras bailamos, su deseo por mí es tanto que siento su dureza presionando contra mi muslo. Nos besamos y se siente muy bien. No desperdicia la oportunidad de explorar mi cuerpo y exhibir a su mujer. Intentan que nos intercambiemos, pero lo rechazamos, estamos muy a gusto. Anuncian la cena y, sin ganas, vamos a nuestra mesa. Por suerte está bastante lejos de la flor y nata del local. Una pareja se acerca y se nos presenta. Soy simpática con ellos, ya que recae sobre mí el atenderlos; Lev los ignora. Parecen estar en nuestra misma situación, pero la falta de interés de mi acompañante los desanima y se van.

—No debiste ser tan desagradable —le recrimino.

—No quiero conocer a nadie.

Lo miro decepcionada. El venir no significa que tenga que haber por fuerza un intercambio, pero su manera de actuar me deja claro que, llegado el caso, no estará por la labor. Cenamos en silencio, la suave música ambiente hace que no sea incómodo. El salón va vaciándose poco a poco. Me pongo nerviosa al ver que ya solo quedamos dos mesas, nosotros y la pareja que se nos acercó; los demás desaparecieron todos. No puedo quedarme aquí, si alguien se acerca a preguntar de quién somos invitados, todo mi plan y una buena cantidad de dinero estarán tirados a la basura. Tomo aire y miro a Lev, inclinándome hacia adelante para hablarle.

—Solo preguntaré una vez y tendrás que ser consecuente con tu respuesta.

—Suéltalo de una vez, Sasha —espeta él, como si esperase lo peor.

—Arina, aquí soy Arina.

—Bien, suéltalo, Arina.

—¿Nos quedamos o nos vamos?

—¿Cuáles son mis opciones?

—Quedarte o irte.

—Si me voy, ¿vendrás conmigo?

—No.

—Entonces me quedo.

Capítulo 27

León

Llevado por mis ansias de acercarme a Sasha, he tomado una decisión del todo arriesgada para ambos. Si me pillan soy hombre muerto, y no contaré con una muerte rápida ni piadosa. Me cansé de jugar a perseguirla; esperarla en la puerta del aeropuerto se me quedó corto. Las primeras veces fue excitante: ella me descubrió el primer día, a pocos kilómetros de haber empezado a seguirla. Tuve que reconocer que se volvió realmente buena observando su entorno, no he conseguido más información sobre ella de la que ya tenía. Durante un tiempo fue divertido perseguirla, pero el juego ha llegado a su fin.

Tengo acceso a lo mejor del mercado en cuanto a tecnología. Me encuentro frente a unas cuantas pantallas que me muestran miles de imágenes…, menos la que quiero ver. La luz de los monitores ilumina la lóbrega habitación mientras mis dedos vuelan sobre el teclado.

Cuando me encerraron en este apartamento y me dijeron cuál sería mi trabajo, dudé que fuera capaz. Soy mejor rastreador; el tema informático se lo dejaba a otros. Pero aquí estoy. Acabo de lograr lo que el *nasledník* consideraba imposible: pinchar el teléfono de Sasha Popov. Y lo hice de manera segura, sin riesgo de que él, o cualquier otra persona, salvo que yo lo permita, me descubra. Estoy satisfecho, pero no contento. Me fue imposible acceder a su localizador: lo he intentado un millón de veces y es infranqueable. Esta barrera no la he podido superar. No hay manera de entrar.

Solo tengo acceso a ella en tiempo real cuando está trabajando, y eso porque soy quien le da soporte. Una vez acaba el trabajo, apaga

el localizador y no vuelve a encenderlo hasta el siguiente servicio. Acabo de entrar en su teléfono particular. Fue difícil conseguir su número, y una vez lo tuve, resultó aún más difícil pincharlo. Fue un desafío de meses y muchos intentos fallidos hasta lograr este hecho histórico.

Gracias a eso, sé que Sasha está llamando a alguien en Francia. Me pongo los auriculares, será mi primera escucha clandestina. Oír su voz después de tantas semanas sin el sistema de distorsión del *naslednik* es casi tan placentero como tener un orgasmo. Sin embargo, la sensación de placer se ve rápidamente sustituida por rabia. No esperaba que fuera célibe después de tantos años, y menos viviendo lejos de la protección de sus hermanos, pero jamás la imaginé con tales inclinaciones. ¿Quién es esta mujer al otro lado de la línea? Su conversación acaba de dejarme sin palabras. Lo mejor que me pudo pasar fue no tener imágenes suyas con otros hombres. Si lo viera, no sé cómo reaccionaría.

—Pierre, me da igual el precio. Quiero el acceso, y un chico versátil.

No es su primera comunicación con este hombre; habla con cercanía y confianza. Por un momento, mi corazón se detiene. Deseo ordenarle que no lo haga, que se aleje de esto, pero no puedo arriesgarme a revelar mi presencia. Por lo menos, no aún. Esto ocurrirá en el momento adecuado. Aguardo en la línea, esperando a que digan cuál es el local al que pretende ir, pero no lo hacen. Pasan los siguientes minutos hablando de precios, de fechas y de los cuidados a seguir, sin mencionar dónde ocurrirá dicho evento. Mientras tanto, lo investigo. A través del teléfono de ella, consigo el otro número e investigo al tipo. En cuestión de segundos, sé hasta la marca de colonia que él odia. Ya sé que es relaciones públicas y que cumple cualquier capricho lujurioso de todo aquel que esté dispuesto a pagar su alto valor. Para mi suerte, el dinero no es un problema.

Vivir siempre a la sombra de Mijaíl me hizo ahorrar mucho, y si tengo que gastar todo lo que tengo para evitar que un desconocido cualquiera sea el afortunado de pasar la noche con Sasha, lo haré.

La decisión está tomada: seré yo el hombre al que ella elija. No especificó ni apariencia ni edad, así que lo tengo fácil. Si algún hombre quiere estar con ella, tendrá que pasar por encima de mi cadáver aun a riesgo de que me descubran.

Pierre será quien me sitúe en la habitación que ella reservó. Se lo pondré fácil: hacer lo que quiero o morir.

Paso las siguientes horas preparando mi plan. Utilizo mis contactos fuera de Rusia, quienes desconocen la razón por la cual fingí mi muerte, para conseguir una identidad falsa, y me aseguro de que todo esté listo para volar un día antes que ella a Francia. Estaremos tan cerca que podré sentir su olor. Hice la reserva en su mismo hotel. Allí tendré que contar con un poco de suerte para monitorear sus llamadas. Dispondré únicamente de una tablet y el móvil.



La noche llegó rápido. Me visto con un traje elegante, ato mi pelo en una coleta baja, me coloco cuidadosamente la máscara para que ninguna cámara capte mi rostro y salgo.

El lugar es impresionante. Nada que no haya visto ya; no obstante, me alegra saber que, por lo menos, no se metió en un club *swinger* de un barrio cualquiera. Me acerco a la entrada y enseño mis credenciales. El portero me analiza de arriba abajo por el hecho de estar solo. Meto la mano en el bolsillo y saco el móvil, listo para llamar a Pierre y que lo solucione. Algo en mi gesto hace que el de seguridad cambie de opinión. Al pasar a su lado, lo observo fijamente y me quedo con su cara. Si hubiese estropeado mi plan, su noche no habría terminado bien. Nadie se interpondrá entre Sasha y yo.

Dentro, el ambiente es sofisticado y exclusivo. La gente se mueve con gracia, exhibiendo su poder adquisitivo y disfrutando de la noche. Nada de eso me importa. Estoy aquí por una razón y la busco entre la multitud. Hay mujeres para todos los gustos: grandes, delgadas, altas, pequeñas… Sin embargo, ninguna resulta ser ella. No hay máscara capaz de ocultarla de mí.

La localizo al final del salón. Mis ojos recaen sobre ella y da un respingo: sabe que estoy aquí. Es satisfactorio saber que puede sentirme. ¿Quién es el hombre que la acompaña? Lo mataré lentamente por osar tocar lo que es mío. No será hoy, pero morirá.

Me posiciono estratégicamente para descubrir quién es él. No puede ser que Sasha haya cambiado de opinión y decidido traer a su propio acompañante, habría avisado a Pierre y yo lo sabría. La máscara me impide reconocerlo. Sé que es alguien de la *bratva*, sus tatuajes lo delatan. Es un hombre entrenado: sintió mi presencia. Sasha percibe su inquietud. Con una sonrisa capaz de poner de rodillas al más fiero de los hombres, se levanta y le ofrece la mano. Su acompañante duda. Ella insiste hasta que él acepta, y soy testigo de cómo los dos caminan hacia la pista de baile, llamando la atención de los presentes. Es la vez que más cerca la veo desde que me amenazó en aquel bosque helado.

Pierre viene en mi dirección. Sigo donde estoy, espiando a la mujer que quiero. El francés pasa de largo. No me cae bien; nadie aquí, aparte de ella, lo hace. Dejo pasar unos segundos y le sigo. Me indicará cuál es la habitación que ocupará Sasha, pero lo pierdo. No me doy por vencido, así que continúo, con cuidado de no ser descubierto. Abro una puerta tras otra hasta que encuentro la que busco.

El hombre empieza a dar órdenes, exigiendo que todo esté tal cual ella solicitó. La habitación está decorada con espejos y luces suaves. Buena chica. Las posibilidades de que me reconozca si la máscara se mueve son casi nulas, debido a la escasez de luz. El ambiente es íntimo y acogedor. Lo abastecen con bebidas y…

—¿Qué mierda es esta?

Están dejando droga, mucha droga, lista para consumirse encima de una mesa. Si Sasha usa esta porquería, tendrá serios problemas conmigo. Espero estar equivocado. Furioso, abandono la habitación.

Nos sentamos a cenar, cada cual en su mesa. Su acompañante no está cómodo; su expresión corporal grita lo fuera de lugar que se siente en este ambiente. Sasha no está perdiendo detalle de lo que ocurre a su alrededor. Me atrevo a decir que está maravillada. Con la misma rapidez con la que el salón se llenó de comensales, se vacía, quedando solo Sasha, su pareja y yo. Se supone que en estos locales la prostitución está prohibida. Con la ayuda de Pierre me fue fácil contratar a una mujer para que fuera mi cómplice. El juego que mi *l'vitsa* quiere jugar… yo fui el creador.

La mujer y yo desaparecemos por los pasillos que llevan a las habitaciones.

—Hiciste un buen trabajo. Puedes consultar tu cuenta, ya tienes la otra parte del pago. Ahora vete de aquí —le digo.

La mujer rápidamente empieza a poner distancia entre nosotros.

Entro en la habitación y, al ver lo que hay, tengo que contenerme para no coger mi cuchillo y cortar la garganta del proyecto de hombre que está de pie en la esquina, con las manos atadas, los ojos vendados y la polla semi erecta. Está de viagra hasta arriba.

Por culpa de Sasha, en cuestión de días pasé de ser un muerto a quien nadie buscaba para dar una sepultura a que demasiada gente sepa que sigo vivo. Estoy en manos de terceros. No tengo teléfono, los invitados no pueden entrar con sus móviles, lo único que tengo para darle a mi cómplice la señal de que actúe es una minicámara con rastreador que activé al entrar en la habitación. Tecnología de la *bratva*, otro riesgo que corro. Mijaíl es el mejor a la hora de idear juguetes, tiene tecnología que haría temblar el mundo si la gente más despiadada se hace con ellos. La luz de la cámara de vigilancia parpadea, es la señal de que está desactivada. Apago mi cámara para no correr el riesgo de que la vean y voy directo al proyecto de hombre sin mediar palabra. Si hiciera lo que realmente tengo en mente, no vería otra vez la luz del sol. Lo que lo salva es que no le

puso la mano encima. Eso no me impide darle un cabezazo antes de dejarlo inconsciente. «Mierda, no hay dónde ocultarlo», observo. La habitación está despejada, únicamente hay una cama, un *jacuzzi* en medio, juguetes eróticos y un baño. Meterlo allí es lo mismo que dejarlo delante de la puerta. Miro a todos lados, buscando un escondite, pero no encuentro nada que sirva. Los minutos pasan y me voy viendo sin salida.

—Ya está todo listo, señorita Arina… —escucho a Pierre llamarla en voz alta, advirtiéndome de que ya están aquí.

Mi tiempo se agota. Si no encuentro un sitio, ahora mismo estaré jodido en todos los sentidos. «La cama». Espero que sea como en los clubs de la *bratva*. Arrastro el cuerpo desmayado del chico hasta allí, levanto el colchón y tengo suerte, es un somier. Tapo su boca con cinta, ato sus pies y manos y bajo el colchón justo a tiempo, lo suficiente para ponerme la venda en los ojos y quedarme de pie al lado de la cama.

—Arina, no estoy seguro de querer hacer esto —dice el hombre que la acompaña. Su voz no me es extraña. No la identifico, pero es alguien a quien conozco, estoy seguro de ello.

—Estoy empezando a hartarme. Organicé todo esto para nosotros dos. Quiero intentarlo, y tú lo estás poniendo difícil. Ahí afuera te di la oportunidad de irte.

—Me habría ido si tú quisieras venir conmigo.

—Pues hazlo, ahí está la puerta. Yo me quedo. Pagué mucho dinero por esta noche. Y ni se te ocurra decir que me lo vas a devolver, no es por el dinero. Quiero vivir la experiencia. Si no puede ser contigo, buscaré a alguien con quien vivirla.

L´vitsa, por encima de mi cadáver. No permitiré que salgas ahí afuera a buscar a un cualquiera para hacer nada, sea lo que sea lo que tienes en mente.

—Tú, ven hasta mí. Sigue mi voz. —Sé que me habla, pero la voy a provocar un poco. No me muevo—. ¿Estás sordo? Ven. ¡Ahora!

Mi amigo, que ya está duro por la expectación, va a explotar como siga hablando así. Es ahora o nunca. Con pasos decididos, voy a su encuentro.

—Para. —Me detengo a pocos centímetros de ella—. ¿Cuál es tu nombre?

—Alex —respondo, modulando mi voz.

—Sasha, no lo hagas —lloriquea su acompañante. Ella lo ignora y yo gozo.

—Es un placer conocerte, Alex. Estás demasiado vestido. En realidad, lo estamos todos.

Se levanta, y puedo sentir el calor de su respiración a la altura de mi pecho, mido uno noventa y cuatro y ella mide uno setenta. La venda que dieron al chico no es de las mejores y mis sentidos, entrenados para funcionar al cien por cien en las adversidades, me permiten ver bultos. Distingo que Sasha está bajando la cremallera de su vestido.

—Por favor, no lo hagas…

—Ya me he hartado. ¡Si no vas a unirte, vete! —le grita al otro hombre.

Un largo suspiro ocupa la habitación y comprendo que se ha rendido. Sé reconocer cuando un hombre lo hace.

—Me quedo. Ya no me quejaré más —admite.

¡Qué hombre más patético, parece un niño siendo reñido por su madre! ¿Cómo es posible que haya terminado al lado de alguien así?

—Pues bien, no quiero escuchar ni una sola queja más de tu parte. Allí hay algo para que te relajes.

El que se relaja soy yo al descubrir que la droga no es para ella. Vuelve a dedicarme su atención, caminando como una depredadora a mi alrededor hasta pararse delante de mí y empezar a desabotonar mi camisa. No me dio tiempo a prepararme según sus exigencias. Respiro aliviado al darme cuenta de que no se percató, o el berrinche de su acompañante la hizo no darle importancia. Espero

que la pintura corporal realmente no se emborrone, gracias a ella mi cuerpo está libre de tatuajes. Si viera uno, sabría al segundo quién soy yo.

—¿Cuántos años tienes, Alex?

—Treinta y seis. —Pensé en mentirle, pero quiero que me tenga en mente, que se acuerde de mí una vez salga de aquí.

—Eres muy mayor. Yo pedí un chico. —Me tenso, contrariado. Espero que eso no sea un problema para ella, porque no habrá fuerza en el infierno que me saque de esta habitación—. No te preocupes, bien pensado me gusta que Pierre haya traído a alguien con experiencia. Así nos puedes guiar.

No, a ese mierda a lo único que lo voy a guiar es a la muerte.

—¿Quieres verme, Alex? —prosigue ella.

—No está permitido. Pierre dejó claro que no debo tocarla, excepto si usted me dice que lo haga. No puedo quitarme la venda, y el contacto íntimo, en el caso de que ocurra, será totalmente bajo sus términos.

—No la tocarás y no habrá contacto íntimo —dice su acompañante.

—Cállate —le ordena ella con voz firme.

La manera autoritaria y demandante en la que habló hace que mi polla salte dentro de mi pantalón. Ya perdí completamente el control sobre ella.

Sus manos abren de uno en uno los botones de mi camisa, se toma su tiempo acariciando mi abdomen. Me cuesta lo mío quedarme quieto y que sea ella quien explore mi cuerpo. Ojalá pudiera lanzarla sobre la cama y follármela como se merece. Va a por el cinturón y lo arranca de las presillas de un solo gesto, luego desabrocha el botón de mi pantalón y juega con el filo de mi bóxer. Su dedo acaricia la punta de mi glande y mi piel se eriza. Satisfecha, se aleja un par de pasos y termina de desnudarme, acariciando mi

cuerpo, mientras su acompañante aspira cocaína como si no hubiera un mañana. Ojalá se muera de sobredosis.

Sasha me da un ligero empujón, y doy un paso hacia atrás para seguirle el juego. Aunque pusiera toda su fuerza, no sería capaz de moverme si yo no coopero.

—Baja mi vestido —ordena.

Sé perfectamente dónde está, pero finjo buscarla a tientas hasta tocar su cuerpo. Poso mi mano sobre su hombro, la tela de encaje cosquillea en la palma de mi mano. Despacio, la voy deslizando por su clavícula y hombros hasta llegar a sus brazos. No me resisto, encajo mi rostro en su cuello y aspiro su dulce olor a la vez que deslizo la tela y, con el pulgar, hago caricias en su suave piel. Me contengo, no puedo tomar la iniciativa. Aún. Libero sus brazos de la prenda, que queda atascada en sus pechos.

—¿Puedo? —pregunto a la vez que apoyo las manos en la parte lateral de sus pechos.

—Sí.

Acuno sus pechos entre mis manos y enseguida me doy cuenta de que son por lo menos dos tallas más grandes y no tan firmes como antes. Acaricio su pezón y ella jadea.

—Quítate, yo la desnudo. La mujer es mía —exclama entonces una voz.

Salgo de mi papel y me giro hacia el drogado de mierda, listo para matarlo. Algo le asusta porque da dos pasos hacia atrás y vuelve a la mesa.

—Muy bien, mejor sigue. Cuando sea mi turno, me divertiré a mi manera.

No me gusta la manera en que habla de ella. Doy un paso para ir en su búsqueda pero Sasha tira de mí.

—Déjalo, está celoso. Sigue.

En la *bratva* tenemos completamente prohibido arrodillarnos delante de otra persona que no sea el *pakhan*, pero Sasha siempre

me tuvo en esa postura delante de ella. Dejo caer mis rodillas sobre el frío suelo, estiro mis manos y, con delicadeza, voy enrollando la prenda sobre sí. Deslizo el vestido sobre su piel hasta tenerla únicamente con su sexi lancería. Me levanto y le ofrezco la mano para que dé un paso a un lado y se libere por completo de la prenda. Siguiendo en mi papel, pongo las manos hacia atrás y espero la nueva orden.

Capítulo 28

Sasha

La manera sin prisas y suave en que Alex retira mi vestido, adorando mi cuerpo como si fuera algo precioso, como si anhelara tocar mi piel, tomando su tiempo en honrarme allá por donde pasa, está volviéndome loca. Si sigue así, tendré un orgasmo sin que siquiera haya tocado mi zona íntima y será la primera vez que me corra así. Lev, que está fuera de escena, ha conseguido que ignore su existencia. Todo este montaje es para los dos, pero su reluctancia a disfrutar de la noche hizo que mi interés en probar cosas nuevas junto a él se desvaneciera. Por suerte, como regalo del cielo, encontré a Alex. Este hombre es totalmente distinto a lo que tenía en mente. Había pensado en alguien entre veinte y veintiocho años y me encontré con un adulto que a todas luces tiene mucha experiencia y quiere demostrármelo. Mis piernas tiemblan como varas de bambú en medio de una tempestad de viento. Estoy tan perdida en mis sensaciones que me cuesta respirar. Presiono su cabeza contra mi sexo y él lo huele, aspirando con fuerza.

—Sigue.

Me siento poderosa con este hombre que a todas luces se ve que no es sumiso. Todos sus poros gritan poder y aquí lo tengo, atendiendo mis demandas sin chistar.

Alex se posiciona a mi espalda y acaricia cada centímetro de mi torso hasta alcanzar mi sujetador. Lo desabrocha y, antes que caiga al suelo, lo atrapa y lo tira cerca de Lev, como si lo invitara a unirse a nosotros. Mi amante ignora su gesto y sigue consumiendo. Alex sonríe, vuelve a dejarse caer al suelo y, con los dientes, baja mi tanga, dejándome como vine al mundo.

Antes de perderme por completo en sus manos, tomo una decisión importante para lo que deseo en el futuro con Lev. Con reluctancia, paro al espectacular hombre que tengo delante y voy en busca de mi acompañante. Le daré la opción de participar, quiero que lo haga para que mi fantasía supere por completo mis expectativas. Él tiene que estar junto a Alex. Si se niega, será testigo de cómo me entrego a este desconocido. Mis tacones resuenan en la habitación. Como vine al mundo, camino hasta él y toco su hombro llamando su atención. Como respuesta, recibo un manotazo apartándome, y el sonido de su nariz esnifando una nueva raya ocupa la habitación.

—Ven conmigo —insisto nuevamente. No le doy tiempo a contestar, lo agarro de la mano y lo conduzco hasta donde está Alex.

Lev, con la nariz blanca de cocaína, se deja guiar por mí, es como un muñeco. Nos detenemos frente a Alex. Su actitud ha cambiado y lo quiero pasional y atrevido como antes. Acerco mi rostro a su duro pecho y lo beso. Surte efecto: presiona mi mano contra su rostro y refriega su dureza contra mi cuerpo. Mi amante tira de mí y me siento como una zorra. Basta que este hombre me toque para que me olvide del mundo. Lev vuelve a tirar de mí.

—Te veo demasiado vestido. Desnúdate —le digo a Lev, huyendo del embrujo de Alex, que me está volviendo loca.

No puedo ver su rostro, pero su dominio de la situación es absoluto. Siento como si me estuviera mirando el alma. Lo único que puedo distinguir de sus rasgos son sus ojos, y en ellos hay tanto control, tanto poder, que me atrae como una polilla a la luz. Su cuerpo es una obra de arte. Recupero mi mano y la deslizo por su pecho y abdomen. Miro a Lev, que sigue donde lo dejé. Doy la espalda a Alex y empiezo a desnudar a Lev sin mucha cooperación por su parte. Su cabeza no está aquí, pero sé cómo traerla de vuelta: me arrodillo y lo tomo en mi boca. Creo que estoy imaginando cosas, porque me pareció ver a Alex tensarse nuevamente, pero no presto mucha atención, debe haber sido cosa mía. Lev lucha por no cederme el mando, pero nunca tuvo opción.

Lo trago hasta el final y vuelvo despacio, haciendo espirales con la lengua, y un gemido involuntario escapa de sus labios. Sonrío. Sigo hasta que está completamente fuera de sí, entre la bruma de la droga y el deseo ya no tiene fuerzas para decir que no.

—Quiero correrme solo con las caricias de los dos —les digo al ponerme de pie.

Alex casi tira a mi acompañante al suelo al moverse. Su acción es deliberada. No entiendo el porqué de este comportamiento, pero no me da tiempo a parar o a pedirle explicaciones. Todo ocurre tan rápido que no nos da tiempo de reacción. Cuando me doy cuenta, estoy tumbada sobre la cama con él entre mis piernas y su lengua paseando sobre mi sexo, quedando mis pechos y boca para Lev, que tiene dificultad para incorporarse.

—Ven —lo llamo.

Alex mordisquea mi clítoris y grito por la inesperada acción y el placer que siento. Insto a Lev a unirse a nosotros. Me causa satisfacción ver que por fin deja de luchar y reclama mi boca. El beso es posesivo y dominante. No me quejo, la que tiene el control sobre él soy yo. Cojo su mano y la pongo sobre mi pecho. Alex, al ver lo que hago, estira su otra mano y reclama mi pecho libre. Lev intenta que suelte sin éxito. La disputa entre los dos no debería estar ocurriendo, pero me gusta. El dedo de Alex circunda mi entrada y mi cuerpo se retuerce de deseo y anticipación. Lev sabe que mi reacción no es por su beso ni por su mano estática sobre mi pecho. Desesperado, intenta dar patadas a Alex. Ese hombre es un provocador, lo siento sonreír sobre mi sexo. Su dedo ha desaparecido en mi interior a la vez que su lengua baila en mi coño. Un calor desconocido para mí empieza a subir por mi cuerpo y pierdo por completo el control sobre mí misma. Me retuerzo, gimiendo sobre la boca de Lev, que cada vez presiona la mía con más fuerza. Lo que siento es tan fuerte que me deshago de su beso y grito a la vez que me corro en la boca de este desconocido.

—Ahora me toca —dice Lev empujando a Alex, que tiene una sonrisa satisfecha en la cara.

—Claro —contesto, contenta de que la iniciativa parta de él—. Voy al baño a limpiarme un poco y ya vuelvo —digo contenta.

Al pasar al lado de Alex, él toma mi mano y la besa. Me parece tan tierno que le sonrío. Lev se levanta de la cama enfadado, así que le sonrío también y desaparezco en el baño.

Cinco minutos después estoy de vuelta, lista y aseada para pasarlo bien recibiendo las atenciones de mi acompañante, pero lo encuentro de rodillas en el suelo con la cabeza sobre la cocaína. Sabía que esto podía ocurrir, me agarré a un clavo ardiendo al pensar que tal vez no consumiría tanto. Este es uno de los motivos por los que no quiero tenerlo tan cerca de mi hijo, cada vez consume más.

— ¿Te encuentras bien? —pregunto, parando a su lado.

—¡Estupendamente! Sigue con tu sesión de pornografía.

Estaba planteándome seguir la noche solo él y yo. No me gusta verlo de esta manera, yo cuido de la gente que me importa. No me iré, si está lúcido para atacarme, puede aguantar un poco a que me lo pase bien con este hombre al que no volveré a ver nunca más. Después de todo, pagué una pequeña fortuna por él.

Busco a Alex y, sin mediar palabra, lo empujo sobre la cama. No se lo esperaba, y no me pasa desapercibido que todo su cuerpo se pone en alerta y mira a los lados, como si buscara el peligro. Me tomo mi tiempo analizándolo y un escalofrío atraviesa mi columna. Estoy lista para interrogarlo cuando, en un rápido movimiento, lo tengo sobre mí. Grito por el susto.

—Sasha, ¿qué te pasa? —pregunta Lev. Está tan drogado que no es consciente de que acaba de llamarme por mi nombre.

Mi corazón va a mil por hora. Busco el rostro de mi acompañante, pero no puedo leerlo. La máscara le tapa casi toda la cara, al igual que la mía. Mi cuerpo es aplastado por el suyo a la vez que su duro pene roza mi sexo libremente. Inconsciente, abro las piernas, invitándolo a que pase y se acomode en mi interior. Pero Alex tiene otros planes: se aleja unos pocos centímetros, agarra su miembro y

empieza a deslizarlo sobre mi húmedo y resbaladizo sexo. Quiero decirle que pare, pero las palabras no salen de mis labios, solo salen jadeos. Sus labios se posan sobre mi pezón y pierdo totalmente el control.

—Ponte el condón —ordenó con urgencia. No puedo más con los juegos preliminares.

De inmediato salta de la cama, va a su pantalón y de su bolsillo saca unos cuantos preservativos. Los tira sobre la cama y vuelve a por mí. Miro a mi lado y cuento cinco envoltorios plateados.

— Coge uno y ven —me dice. Sin dejar de mirarlo, tanteo la cama hasta tocar lo que busco y gateo a su encuentro—. Pónmelo —ordena con tanta vehemencia que, con celeridad, abro el envoltorio y obedezco. Tengo su grande en la mano pero él me para—. Con la mano no, con la boca.

No sé en qué momento le pasé el mando, pero estoy encantada de atender sus órdenes. Es tan varonil, tan posesivo…

—No quiero que me beses —dice después.

Sus labios se curvan. No sé qué significa eso pero ahora no tengo las neuronas funcionando lo suficientemente bien como para descubrirlo.

Deslizo el condón despacio, quiero proporcionarle las mismas sensaciones que sentí cuando él me quitó el vestido. Hago caricias en su espalda y mi mano pasa por encima de unas cuantas cicatrices. Si no estuviera tan excitada, me preguntaría qué las causó, pero ahora solo puedo pensar en tenerlo dentro de mí. Llevo mis caricias a su abdomen y me encuentro con varias cicatrices más. Paro sobre la que está debajo de su ombligo, la acaricio y al terminar de ponerle el condón muevo mi cabeza hasta ella y la beso. Alex, por tercera vez en la noche, se tensa. Viene gateando por encima de mí y su gran envergadura me obliga a inclinarme hacia atrás. Me encuentro completamente tumbada, con su cuerpo, que apoya en sus codos, sobre el mío.

—No es posible que te muevas con esta soltura sin ver con claridad… —acierto a decir.

—Tu olor es mi guía.

Deja caer la parte baja de su cuerpo y nuestros sexos vuelven a hacer contacto. Alex menea sus caderas y me contengo para no pedir a gritos que me folle de una vez. Solo sentí este deseo desenfrenado una vez en mi vida. Fue con Vladimir. No, me niego a traerlo a este momento.

—No te creo. Puedes ver a través de la venda, ¿no? —insisto, tratando de centrarme.

— Déjame probarte. Solo hay una condición: si consigo dar con tu coño a la primera, será como a mí me gusta.

Si estuviera pensando con la cabeza, diría que no, pero como aquí quien habla es la lujuria, antes de que termine la frase, acepto el desafío. Solo que a este juego pueden jugar dos.

—Acepto, con dos condiciones.

—Dilas.

—Cubriré tus ojos con algo más y te pondrás de espaldas.

—No, no me quitarás la máscara.

Su negativa es como un cubo de agua fría.

—De acuerdo. Entonces me moveré en la cama y tendrás que encontrarme por mi olor, no puede ser tanteando. Tienes que ir directamente a mí. Si lo logras, soy tuya; si pierdes, nos vestimos y nos vamos.

—Hecho.

Alex se coloca de espaldas como le dije, yo aprovecho y levanto mi máscara para buscar algo con lo que taparle bien los ojos. Estoy segura de que ve. Busco y no encuentro nada. Corro de un lado a otro, teniendo cuidado de no pasar por delante de él. Lo primero que encuentro es la camisa de Lev. No pienso demasiado: la enrollo entre mis manos, me posiciono detrás de él y la ato a la altura de sus ojos con cuidado de no hacerle daño.

—Esto huele a tu novio. No lo quiero sobre mi cara —espeta.

Quiero decirle que no es mi novio, pero me callo.

—Tienes buen olfato y lo estás usando para escapar de una derrota segura. Con los ojos tapados no podrás encontrarme —le increpo.

—¿Me estás desafiando? Pues bien. Te pillaré y no te soltaré hasta que nos echen de esta habitación.

Todo mi cuerpo se eriza con su promesa. Vuelvo a la cama, corro y salto encima de ella como una niña y finalmente me acurruco en un rincón. No dijimos nada de cómo le daría la señal de que puede venir a por mí. No diré nada, mi voz delataría mi ubicación.

—Voy. —Pasan unos segundos y sigo en silencio. Él sonríe al comprender—. Chica lista.

Mi corazón va a mil por hora, veo a cámara lenta cómo se gira y, sin dudar un segundo, viene en mi dirección, agarra mi pie, tira de mí y me besa, dejándome completamente rendida a su poder.

—Eres mía, *l´vitsa* —murmura, y siento que se me para el corazón.

—¿Qué dijiste?

Como respuesta, tengo su gran pene entrando en mi cuerpo, arrancándome gritos de placer y haciendo que me olvide hasta de mi existencia.

Capítulo 29

Lev

Desde la distancia observo a Sasha sin poder creer en todo lo que pasó. Cuanto más pasa el tiempo desde que salimos de aquel club, más claras veo las cosas. La entregué envuelta en su propia piel. Fue entrar en aquella habitación y perdí la cabeza. Desde el principio sabía que sería una pésima idea, vivo en una eterna batalla cuando se trata de ella. Solo quien frecuenta lugares de este tipo me entiende: mi cerebro me ordenaba una cosa y mi ego herido hacía otra totalmente diferente.

Han pasado dos días desde que salimos de aquel club y aún siento el olor de él sobre ella. Sasha quiso hablar después de lo ocurrido, pero me fui, dejándola con la palabra en la boca. No hay nada que decir.

Después del nacimiento de Leonid surgió una nueva mujer. Junto a su hijo nació una Sasha con las ideas claras en relación al sexo y a su propio placer, y ahora sé que quiere algo imposible. En primer lugar, porque aunque esnife toda la coca del mundo no seré capaz de dárselo; dos, porque debido a quién es y a qué se dedica, jamás podrá vivir la vida que tanto quiere. La entiendo, yo hice todas las tonterías y locuras que se me pasaron por la cabeza. Sasha no tuvo esta oportunidad y ahora que es «libre», ve su ocasión de hacerlo. No obstante, me veo obligado a decirle la verdad. Tendré que recordarle que es una prófuga, asesina buscada y madre. Es hora de que encuentre estabilidad, no aventuras.

—Lev, ¿podemos hablar? —pregunta con voz temblorosa.

Levanto la vista y niego. Han sido años manteniendo la bestia a raya y no será ahora cuando pierda el control.

—No —digo alto y claro para que ponga distancia, como viene haciendo desde que me desperté en la cama de mi habitación de hotel, solo.

—Lev, en algún momento tendremos que hablar.

Tomo una profunda respiración antes de contestar. Tiene ojeras y se la ve triste.

—Cuando aterricemos hablaremos.

—Mentira, tienes un vuelo reservado para irte a Rusia en cuanto lleguemos. Si no vamos a hablar, no entiendo por qué viniste hasta Japón. Te podías haber largado directamente desde París y nos ahorraríamos el mal momento. ¿Qué quieres escuchar? ¿Que lo pasé mal? No puedo decir eso porque no fue así, pero podía haberlo pasado mejor si no te hubieses drogado al punto de perder la consciencia.

¡Ahí es donde está el problema! No perdí la consciencia, vi y escuché cada uno de sus gemidos, cómo se dejaba hacer, cómo en unas pocas horas ese hombre hizo con ella lo que yo no logré en todo este tiempo que compartimos intimidad. No sé qué tipo de cocaína era aquella, no podía moverme; tanto es así que tuvieron que sacarme dos hombres de seguridad y meterme en el coche. Al llegar al hotel, Sasha tuvo que pedir ayuda en la recepción. Ella cuidó de mí, me quitó la ropa, comprobó mi tensión, me acomodó sobre la cama y luego se fue. Al día siguiente, al despertar, vi que no se había tratado de un mal sueño. Realmente se había ido. Pero yo no estaba solo, había una enfermera cuidando de mí, lo que hizo la humillación aún mayor.

—Eres una egoísta, solo piensas en ti. Te dejaste…

—Cuidado con lo que vas a decir.

—Te dejaste follar como una puta por un extraño. —Su mano impacta contra mi cara. Me lo merezco. Sasha niega con la cabeza con expresión dolida, pero no me arrepiento de lo que he dicho; es bueno que sepa lo que es herir a la gente, que sienta en sus carnes cómo duele—. Dime, Sasha, ¿estoy equivocado?

—Lo lamento si te hice daño. No organicé aquello con la intención de usarte, quería vivir la experiencia contigo. Podía haber ido sola y no lo hice. ¡Todo aquello fue para los dos!

—Deja de mentirte a ti misma. No tenías el valor de entrar sola y me utilizaste. Me diste la opción de irme, sí, pero sin ti. Y allí dentro… la cantidad de cocaína que había era suficiente para derribar a un elefante.

—Tenías la opción de no usarla —me replica—. ¿Pensaste en algún momento que podía estar poniéndote a prueba?

Por un momento me quedo sin palabras. Maldita Popov, nunca pierde. Si era una prueba, suspendí a lo grande.

—¿Por qué te entregaste a aquel desconocido de aquella manera? —pregunto, cambiando de tema.

Sasha se deja caer en el asiento que tengo delante, completamente sin color.

—Lev, no miento cuando digo que quería vivirlo contigo. Alex…

La corto al oír la familiaridad con la que habla de él.

—Cuánta intimidad. ¿Tienes su teléfono? ¿Cuándo habéis quedado para veros nuevamente?

Las cosas que pasaron por mi cabeza cuando ella estaba en sus brazos, todas tenían sangre de por medio.

—No tengo su contacto, fue cosa de una sola noche. Créeme.

—Imposible.

—¿Qué puedo hacer para que me creas? —dice desesperada.

—Ya sabes la respuesta.

—De eso nada. No me voy a casar contigo.

Río, me recuesto en el asiento del avión y me tapo la cara.

—Lev…

—Tengo sueño, déjame dormir.

—Si buscas ayuda con tu adicción, acepto ser tu novia formal y ver a dónde nos lleva esto. Acabarán los encuentros clandestinos. Te lo prometo.

Me incorporo y la miro. ¿De verdad dijo lo que creo que dijo? Busco en su rostro signos de que está jugando conmigo, de que entendí mal, pero su mirada está fija en mí con gesto serio.

—Sasha, no bromees con esto.

Se levanta, se acerca a mí y toma mis manos.

—Lev, sin ti no estaría aquí. Lo vivido en París… no tengo palabras para describirlo, pero mi idea nunca fue de ocurriera todo de aquella manera. Te lo digo de corazón: quiero intentarlo. No te mentiré diciendo que te amo, pero si algún día voy a compartir mi vida con alguien, espero que sea contigo.

—No te creo.

—Déjame demostrarte que digo la verdad. No podemos prever el futuro, es cierto, pero lo que nunca voy a aceptar es que nos hagamos daño gratuitamente. Entre nosotros hay un niño que te quiere. No dudo de tus sentimientos por él, no obstante, es mejor que Leonid no sepa nada de esto por el momento.

—¿Podré verlo con más asiduidad?

Sasha se aparta sin responder, pero yo cojo su mano antes de que la magia desaparezca y miro dentro de sus ojos para que vea cuánto quiero a su hijo.

—Lev, por favor. Es eso o nada.

Da igual lo que haga, nunca va a confiar en mí. Hablo por hablar, la conozco y ya tiene tomada su decisión, y si no quiero echar todo a perder, tengo que respetarla.

—Está bien, buscaré ayuda, lo voy a dejar —digo.

Ella sonríe y besa mis labios. La imagen de aquel hombre besándola viene a mi mente. A partir del momento en que él ganó aquel absurdo juego, hizo con ella lo que quiso, y lo primero fue

justamente lo que ella le había prohibido: besarla. Me aparto y suelto su mano. No será una cosa que olvide de un minuto a otro.

—Dejemos atrás lo vivido en París. Empecemos nuestra nueva historia de aquí en adelante —me dice.

Yo la miro, inquieto.

—Prométeme que no cambiarás de opinión.



Llegamos y corremos a la habitación de Leonid sin hacer ruido. Lo encontramos sentado en el suelo, rodeado de juguetes y libros. La primera presencia de la que se percata es la mía, sus ojos se iluminan y una sonrisa se dibuja en su rostro. Abro los brazos para recibirlo y él corre hacia mí.

—¡Papá! —exclama y se lanza para que lo atrape en el aire.

Lo abrazo con fuerza, sintiendo una mezcla de amor y preocupación jamás experimentada por mí. Leonid se ha transformado en mi mundo, daría mi vida por él una y otra vez. La idea de que salga de mi vida y le hagan daño me aterroriza. Este niño me enseñó lo que es sentir miedo de verdad.

—Hola, campeón —digo tratando de sonar alegre—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy construyendo una ciudad —responde, señalando una elaborada estructura de bloques—. ¿Quieres ayudarme?

—Claro. —Lo dejo en el suelo.

Él se sienta y me dejo caer a su lado. Miró hacia atrás. Espero que, de una vez por todas, Sasha comprenda la magnitud del vínculo que tengo con su hijo. No quería que lo descubriera de esta manera, pero creo que todo está ocurriendo a su debido tiempo.

—Mamá, ven a jugar conmigo y con papá —le pide Leonid, mirándonos a los dos.

Siento un nudo en la garganta, mi momento de victoria puede acabar aquí y ahora. Sasha tiene una gran facilidad para hacerme a un lado cuando quiere defender sus ideas y opiniones. Tratándose de Leonid, puede ser el verdadero final.

—Sí. Mamá juega con vosotros. Dame un minuto, vuelvo pronto. —Él asiente, satisfecho con la respuesta, y vuelve a concentrarse en su ciudad de bloques.

Yo me quedo estático, Leonid siempre la recibe con besos y abrazos y esta vez apenas la ha mirado siquiera. Sigue sentado frente a mí, apilando los bloques de construcción, como si ella no se hubiese ido de su lado ni diez minutos.

Capítulo 30

Sasha

Cierro la puerta del baño detrás de mí y dejo caer la cabeza contra la pared. El dolor autoinfligido no es suficiente para hacerme olvidar lo que acabo de presenciar. Mi hijo, la razón de mi existencia, acaba de ignorar mi presencia y, por si eso fuera poco, llamó reiteradas veces «papá» a Lev. Por supuesto, Lev no lo corrigió. Lo peor es que, por la manera en que se ha comportado, no es la primera vez que lo hace. Mi frustración es aún mayor porque yo tampoco lo corregí. Debería haberle recordado que su padre está muerto, insistir en que Lev es su tío al igual que Mijaíl y Alexei, haberle explicado, como siempre hago, todo lo relacionado a su padre y lo errónea que es su insistencia en que Lev ocupe este lugar. Siento como si acabara de encerrarme yo misma dentro de una celda y le hubiera entregado las llaves a mi verdugo, como si estuviera perdiendo el control sobre Leonid.

Me lavo la cara para aclararme la mente y centrarme en lo importante: mi hijo. Vuelvo a su encuentro, pero ya no están jugando, Leonid le está relatando cómo han sido estos días en mi ausencia. Es lo que hace conmigo siempre que vuelvo a casa.

—Leoncito, ¿no hay caricias para mí? —digo, llevada por los celos. Y para hacer la herida más grande, Leonid mira a Lev como si le pidiera autorización.

—Ve —lo anima él—. No me iré a ningún sitio.

Mi hijo salta de sus piernas, donde estaba sentado, y viene a mi encuentro. Sus pequeños brazos rodean mi cuello y empieza a llenarme de besos, miro al frente y veo cómo Lev nos saca fotos. Es la chispa que faltaba para hacer saltar todo por los aires.

—Bórralas —ordeno de malos modos.

—Son solo un recuerdo de un momento tierno entre madre e hijo.

—Las fotos de mis momentos con mi hijo las hago yo, bórralas —le ordeno, subiendo la voz.

Leonid no está acostumbrado a verme de esta manera y se asusta. Pero lo que hago es por nuestra seguridad. No pienso que Lev nos haga daño, pero si alguno de los muchos enemigos que tiene lo captura y creen que somos su familia, automáticamente nos transformaríamos en objetivo. No correré ese riesgo por él ni por nadie. La única persona que tiene fotos de mi hijo soy yo.

—Tranquila, tranquila. Mira, ya está, ya las he borrado.

—Vete a tu apartamento, mañana nos vemos.

Le doy la espalda y salgo con mi hijo, que empieza a debatirse en mis brazos para que lo baje. Lo dejo en el suelo y sale corriendo al encuentro de su tío. Oigo su infantil sollozo y corro en su dirección. Intento cogerlo en brazos, pero huye de mí; mi pequeño me tiene miedo. Lev, al ver lo asustados que estamos los dos, toma el control de la situación. Tengo que salir de aquí si no quiero llorar delante de ellos. Si hubiera sabido que una noche de placer iba a causar esta revolución en mi vida, me habría quedado en mi casa.

—Eh, campeón, ¿qué te pasa? ¿Por qué te apartaste de tu mamá?

—Mamá está enfadada.

—No, solo está cansada. Ella se va a ir a dormir y cuando despierte estará como siempre, ya verás. Yo me quedo contigo.

Doy un paso en su dirección, pero me obligo a parar. Lev está intentando ayudarme, tengo que darle un voto de confianza. Sé que quiere a mi hijo, no más que yo, pero es la segunda persona que más quiere a Leonid desde que llegó al mundo. Si me pasara algo es el único que puede llevarlo con mi familia, tengo que ser más considerada con él.

—Es cierto, estoy muy cansada. Lev, ¿le lees el cuento, por favor?

—Claro que sí.

—Cuando esté dormido, márchate. Mañana te llamo y veremos cómo hacer que funcione —aclaro antes de que diga que va a dormir aquí. Le doy un casto beso en los labios, es tan rápido que es imposible que Leonid lo haya visto.

Dudo si acercarme a mi hijo para darle un beso, su agarre en el cuello de su tío es tan fuerte que la cara de Lev está un poco roja. Les echo un último vistazo y me alejo.

Despierto con un ruido fuerte en mi oído. No es el pitido agudo del despertador, son los ronquidos de Lev durmiendo a mi lado. Mi primera reacción es empujarlo lejos de mí. Lo primero que me viene a la mente son mis claras palabras horas antes, cuando le pedí que se fuera. Le empujo hasta que se aleja un poco de mi espacio personal. Está ocupando todo el lado libre de mi cama. Lo observo dormir, su respiración es tranquila y constante. Lo veo tan relajado que cambio de idea, hace apenas unas horas me dije a mí misma que tenía que ser más considerada con él. Las palabras no tienen validez si no eres consecuente con lo que dices. Me levanto despacio, teniendo cuidado de no despertarlo, y me dirijo al baño. Enciendo la luz. El reflejo que me devuelve el espejo no es el mío, la mujer que tengo delante se parece a mí, pero no soy yo. La del espejo tiene la mirada cansada y llena de remordimientos.

Anoche, mientras Lev cuidaba de Leonid, yo intentaba dormir y no era capaz, solo podía pensar en mi noche en aquel club. Fue una noche mágica, ¿cómo he podido disfrutar tanto con un extraño? Sentir esa complicidad, mi cuerpo en sus manos respondiendo como si lo hubiera creado él…, lo conocía mejor que yo misma, disfruté tanto que ahora la culpa me consume. ¿Cómo pude dejarme llevar de aquella manera? Lev ha sido un buen amigo, siempre ha estado ahí para mí y para mi hijo. Acabo de proponerle una relación y estoy pensando en otro. Hasta antes de nuestro viaje a Francia, si Lev hubiera cruzado los límites como lo hizo ayer, le hubiera echado de mi casa y de mi vida como tantas otras veces, sin mirar atrás. Era muy fácil. Pero ahora todo cambió, tengo que pensar primero en mi hijo ,que lo idolatra. Estoy obligada a ser un ejemplo para él.

Salgo del baño y voy directa a la cocina. Lev sigue en mi cama, es el primer hombre aparte de mi pequeño que duerme sobre mi colchón. Leonid ya está despierto, sentado en la mesa con su tazón de cereales. Olvidé dar el día libre a Akiko, que llegó temprano a atenderle.

—Hola, mamá —me saluda con su habitual sonrisa, la misma que no quiero compartir con nadie. Le sonrío de vuelta.

—Hola, leoncito. —Beso su rubia cabecita y voy a por un vaso de café.

Vuelvo para sentarme al lado de Leonid y veo aparecer a Lev en pijama todavía medio dormido en la cocina, y me congelo. No es la primera vez que duerme en mi casa, tiene su habitación aquí, pero siento como si todas las miradas estuvieran en ese detalle. Nunca se presentó ante nosotros en ropa de dormir, siempre se cambia antes.

—Buenos días —murmuro mirándolo mal.

Ignora mi mal gesto hacia él y se sienta junto a Leonid. Mi hijo lo mira con adoración.

—Papá, ¿puedes pasarme la leche?

El mundo se detiene. Lev me mira, pero no dice nada. Yo tampoco. Le pasa la leche y se sirve el desayuno con normalidad. La que no puede hacer lo mismo soy yo, intento comer algo pero soy incapaz.

Lev se levanta a prepararse para ir al «trabajo». Vuelve minutos después, listo para hacer vete a saber el qué. No tengo la menor idea de en qué anda cuando no está conmigo.

—Nos vemos más tarde —dice, y me da un beso en la mejilla.

—Señora… —me llama mi asistenta al momento.

—Ahora no, Akiko. —La hago a un lado y salgo de la casa detrás de Lev, pero no lo alcanzo.

Vuelvo con mi hijo, me siento en la mesa y trato de concentrarme en él, en su felicidad. Con una tranquilidad que no siento abordo el tema que está quitándome el sueño.

—Leoncito, ¿por qué ahora llamas «papá» a Lev?

—Porque lo quero mucho —responde con naturalidad.

—Eso es cierto, todo el que os ve juntos se da cuenta, pero siempre lo quisiste y no lo llamabas «papá». ¿Por qué lo haces ahora?

—Porque os vais a casar.

¿De dónde ha sacado eso? Aunque no hay un terremoto, siento que el suelo bajo mis pies se sacude, moviendo los cimientos de mi vida.

—Eso no es verdad, hijo.

La cuchara que se llevaba a la boca, llena de sus cereales preferidos, se cae al suelo y sus ojos se llenan de lágrimas. Podría decirle que en un futuro quizás sea así, o que ahora mismo somos novios, pero todo lo que hago es para protegerlo. No quiero que sufra. Antes de meterlo en medio de ninguna relación quiero estar segura de que es real.

—¿Tú no lo quieres?

Arrugo el entrecejo, preocupada. Aquí está ocurriendo algo. Esta manera de actuar, la forma en que me cuestiona y me habla, no es normal en él. Siempre fue un niño listo, empezó a hablar muy pronto, tiene mucho vocabulario, sin embargo, la manera en que se expresa no es la de un niño de su edad.

—Sí, lo quiero, pero para casarse no basta solo con querer. Eres muy pequeño para entenderlo todavía. Tío Lev y mamá son buenos amigos.

Sus pequeños hombros se hunden y su tristeza se hace evidente. No sé qué hacer, tengo la sensación de que cada una de mis decisiones hace daño a alguien y ahora el afectado es nada menos que mi hijo.

—Vale, no lo llamaré más «papá». —Su voz emana tanta tristeza que me acobardo y no toco más en el asunto. Espero que de verdad no lo llame así, porque no sé manejar esta situación.

Lo preparo y llevo a la escuela, no tengo trabajo hasta dentro de dos semanas por lo que vuelvo a casa. El día pasa lento, se me hace eterno hasta que vuelvo a recogerlo y vamos al parque, jugamos y reímos, pero no lo hace con su habitual alegría.

Por la noche, Lev regresa. Había olvidado que dijo que iba a volver. Esto no va a seguir así. En ningún momento le dije que tendría acceso libre a mi casa. Trato de actuar con normalidad por Leonid: le pongo la cena y hablamos de cosas triviales, pero hay una tensión en el aire que ninguno de los dos menciona. Me conoce y sabe que estoy a punto de explotar. Terminamos la cena, me pongo a recoger y él llama a mi hijo para jugar. Las horas pasan y no da señales de acostar al niño. Finalmente, me harto y pongo fin al juego.

—Leonid, es hora de ir a la cama.

—Sí, mamá. Buenas noches, tío Lev. —No me pasa desapercibida la reacción de él cuando mi hijo lo llama «tío». Sus ojos destellan de furia.

—¿Quieres que te acueste? —se ofrece, fingiendo normalidad.

—No, lo haré yo. Pero no te vayas aún, tenemos que hablar un momento.

Después de acostar a Leonid, vuelvo al salón y me siento en el sofá. Lev se sienta a mi lado y me toma la mano.

—¿Está todo bien? —pregunta con preocupación.

—No, no lo está. Si quieres que esto funcione, deja de meterle cosas en la cabeza a mi hijo, deja de meterte en mi casa y menos aún en mi cama. Quedamos en que te ibas a tratar primero.

—Sí, pero pensé…

—Mentira, tú nunca piensas, tú solo actúas. Estoy dispuesta a pasar por encima de todo, a probarlo todo con tal de que no metas a mi hijo de por medio.

—Ya veo. Ya te has arrepentido y, una vez más, me echas —dice a la vez que se levanta.

Me levanto detrás de él. No, no quiero que sea la misma mierda de siempre. Quiero intentarlo de verdad. No voy a engancharme de un imposible. Lev es real, Alex fue solo una maravillosa noche de sexo.

—Estás tergiversándolo todo.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad quieres que estemos juntos?

—Claro.

—Entonces ven.

Lev agarra de mi mano y tira de mí en dirección a mi habitación. Quiero decirle la verdad, quiero confesarle todos mis miedos, pero las palabras no me salen. Simplemente asiento con una sonrisa forzada y lo sigo.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí —miento.

—Me quedé aquí la noche pasada y he vuelto hoy porque mañana por la mañana ingresaré en una clínica de desintoxicación. Estuve todo el día de hoy arreglando las cosas para que, en mi ausencia, las cosas no se compliquen. Estaré fuera mínimo dos meses y quería pasar tiempo con vosotros.

Lev me mira por un momento más, luego se gira y se va.

Me dejo caer en la cama sintiéndome la peor persona del mundo. Siempre busco algo negativo con relación a él y aquí estoy, tumbada con el corazón martillando en mi pecho por culpa del remordimiento. Miro al techo con la esperanza de encontrar la respuesta, aunque sé que no va a ocurrir.

Capítulo 31

Sasha

Todos los días apoyo la cabeza en la almohada y duermo como un bebé. Disfruto de mi trabajo quitando la vida a personas. Todos los que he matado eran hombres sin escrúpulos, sin principios. Quiero envejecer en este oficio.

Sin embargo, este es el primer trabajo que me tiene aprensiva. Desde que empecé como ejecutora, jamás me he sentido como ahora. En cuestión de minutos estaré aterrizando en Rusia, y nunca estuve tan nerviosa como hoy. Conozco todos los detalles del encargo. León, como siempre, estará a cargo de guiarme en el lugar y en la evacuación, pero tengo la sensación de que no debo hacerlo.

El piloto avisa de que iniciará las maniobras de aterrizaje. Me ato el cinturón de seguridad y miro por la ventana con añoranza. En poco más de dos meses, mi vida se ha vuelto una locura. Ahora tengo novio formal. Uno muy bueno, por cierto.

Lev cumplió con su promesa: se trató y salió de la clínica la semana pasada. Durante su proceso de desintoxicación no tuvimos, a petición suya, ningún contacto. Alegó que echarnos de menos le daría fuerzas para luchar contra el síndrome de abstinencia.

Durante el tiempo que estuvo ingresado, mantuve contacto directo con la clínica. Me llamaban a diario para darme el parte de cómo estaba reaccionando. Las tres primeras semanas creí que la que no iba a aguantar sería yo. Lo que me contaban me aterrorizaba. Me culpé infinitamente por haber tocado la cocaína cuando estaba huyendo.

Lev fue muy valiente al hacer esto por nosotros. Se internó por su cuenta y podía salir cuando quisiera, pero cumplió con el plazo

mínimo estipulado y se comprometió a seguir las consultas y reuniones externas. Es otro hombre, un mar de serenidad.

Si antes era bueno para Leonid, ahora es una figura completamente positiva en su vida. Lo puse a prueba en más de una ocasión y no ha tocado ni la droga ni el alcohol. Por el momento se puede decir que está sobrio.

Cuando estamos juntos, disfruto de su compañía. El problema viene cuando estoy sola y mis pensamientos me traicionan. Como ahora, que saltan de una cosa a otra: en un momento pienso en lo que quiero con Lev; en otro, recuerdo cierta noche de sexo en París, y en otros no puedo pensar en mi misión, cuando mi cabeza debería estar centrada únicamente en eso.

Esta es una de las más peligrosas que he hecho hasta ahora. No puedo permitirme errores. Mi vida está en juego.

A pesar de la gran nevada, aterrizamos sin dificultad en el aeropuerto de Koltsovo. Nada más bajar, enciendo el móvil de trabajo.

Desconocido: Hola.

Yo: Informe.

Me comunico con mi soporte sin el habitual coqueteo. León no termina de acostumbrarse a mi cambio de actitud. Desde que decidí darle una oportunidad a Lev, cambié mi trato hacia él: ya no hay flirteos ni comentarios calientes.

No puedo pedir mejor compañero de trabajo. Sin él, esto no hubiera sido lo mismo. Forjamos una especie de amistad rara: ninguno sabe nada de la vida del otro, pero nos llevamos bien. A menudo mi vida está en sus manos y ni siquiera nos hemos visto la cara.

León no está llevando nada bien que no lo trate como antes.

Desconocido: ¿Vuelo difícil?

Empiezo a escribir una respuesta, pero la borro y decido no entrar en su juego. En los dos meses que Lev estuvo internado tuve tres

trabajos, y en todos León hizo lo posible por provocarme.

Desconocido: No contestes. Línea cerrada.

Es su manera de decir que el *naslednik* nos está escuchando. Descubrí hace un mes que los primeros minutos de nuestros contactos están bajo vigilancia de alguien a quien no conozco. Él siempre lo supo. No me sentó nada bien descubrirlo, o mejor dicho, que me lo ocultara.

Miro a los lados y vuelvo a poner mi atención en el móvil. Es agotador vivir bajo las normas de alguien que se cree nuestro dueño. Podría ser cualquiera de las personas que tengo ahora mismo a mi lado.

Desconocido**:** La hora de llegada del objetivo está confirmada para las 20:00. Lo acompaña toda su familia. Nadie es inocente. El esquema de seguridad es el más reforzado al que te hayas enfrentado. Entrarás desarmada. La vigilancia y revisión a los asistentes será exhaustiva. No hay posibilidad de introducir nada.

Sasha: ¿Y cómo pretenden que acabe con ese hombre y salga viva sin armas?

Desconocido: Por primera vez, no estarás sola. Nadie interferirá en tu trabajo. Te facilitarán las armas en el lugar y despejarán tu camino si es necesario. *Kotenok*, aún estás a tiempo de desistir.

Debería hacerle caso. Todo está fuera de lugar. Mis malas sensaciones… nunca las comenté con nadie, y ahora, la persona que tiene una fe ciega en mí me sugiere dejarlo.

Sasha: No, seguiré adelante. Lo que hace esta gente no tiene nombre.

Desconocido: ¿De verdad estás bien? En los últimos trabajos no te reconocí.

Sasha: Me ofendes con esa pregunta. Claro que estoy bien. Lo de no reconocerme… no voy a entrar ahí. Yo tampoco me estoy reconociendo.

Desconocido: Te percibo dispersa.

Sasha: Métete en tus putos asuntos.

¿Quién se cree que es para poner en duda mi capacidad? Llega otro mensaje. Lo borro y apago el móvil. Recojo mi equipaje, que no son más que trapos que quedarán olvidados en el hotel, y me dirijo a la salida. La terminal está llena de gente, pero mis ojos están entrenados para detectar cualquier amenaza.

Mi transporte se detiene frente a mí. Sin decir nada, ni siquiera un saludo, lo cual está completamente prohibido, entro y el conductor arranca.

Hace tanto que no venía a Ekaterimburgo… Me gusta mucho esta ciudad. Me pregunto si algún día podré traer a mi hijo a conocer la segunda ciudad más poblada de Rusia.

Empiezo a añorar mi cultura. Quiero enseñársela a mi hijo. Está empapado de la cultura japonesa y casi no conoce nada de la rusa.

Llego al hotel. El vestido que voy a usar está tendido sobre la cama. Como todos los anteriores, es una pieza preciosa, hecha para realzar mi cuerpo y conseguir que los hombres, especialmente mi objetivo, me perciban y me deseen.

Todos y cada uno de mis objetivos han sido estudiados minuciosamente.

Tomo la prenda, hago una bola con ella y la lanzo en medio de la cama. Hoy me siento diferente, sin ganas de salir de esta habitación. Agradezco que el servicio sea dentro de dos días. Necesito despejar la mente.

El teléfono de la habitación suena. Me pongo en alerta. En todos estos años, nunca había ocurrido. Siempre dejo órdenes estrictas en recepción de que no me molesten bajo ningún concepto.

—¿Sí?

—¿Qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? ¿Acaso eres mi niñera ahora? Estoy bien, joder —grito a León, que por lo visto tiene problemas para aceptar que ya no llama mi atención.

—Déjate de tonterías. Esta misión es peligrosa. Los peores criminales del mundo estarán allí. Políticos y mafiosos… Tienes que estar al cien por cien. Así que sácate la cabeza del culo y ponte las pilas. Y lo más importante: deja el móvil encendido y cargado las veinticuatro horas del día hasta que abandones suelo ruso.

—Vete al infierno. No eres nadie para hablarme así.

—Te tragarás tus palabras, apúntalo. Si tengo la más mínima duda respecto a tu lucidez, cancelo la operación.

—¿Quién crees que eres para amenazarme?

—No es una amenaza. Con un chasquido de dedos puedo poner otro sentado en tu lugar.

Es verdad. El jefe, por alguna razón que desconozco, me tiene mucho aprecio. Hasta Lev me lo dijo: me concede privilegios que no da a nadie más, y estoy segura de que, si pido un cambio, me lo otorgará.

—He dicho que sigo adelante.

—Eres muy buena, pero también temeraria. No sigues las reglas y, al final, soy yo quien siempre te saca del apuro.

—¿Tan importante te crees?

—Lo soy, te guste o no. Somos un equipo, y como tal, te digo que te centres o todo saldrá mal.

—Sí, mamá... —Podría seguir discutiendo con él, pero tiene razón en cada una de sus palabras.

Me acuesto, pero no logro conciliar el sueño. Algo dentro de mí sigue inquieto. Accedo a las cámaras de vigilancia de mi casa y ahí están: Lev y Leonid tirados en el suelo, jugando a luchas. La sonrisa de mi hijo es tan grande y brillante que sonrío también. Akiko aparece en la imagen y niega con la cabeza. Su antipatía hacia Lev traspasa la pantalla; sin embargo, él no se deja abatir. De un salto se pone de pie y ofrece la mano a mi hijo, que no deja de hablar. Ojalá pudiera escuchar lo que dicen.

Lev, al pasar junto a Akiko, hace como si fuera a morderla y ella da un salto hacia atrás. Esa actitud no le ayuda a mejorar la opinión que tiene de él. Cambio de cámara y veo cómo mi ahora novio baña a mi hijo.



Llegó el día. Pese a que la mujer que se ve en el espejo es rubia, no soy yo. Mis ojos son grises, mis labios están más llenos, mi rostro más redondeado… todo es efecto del maquillaje perfecto que me hice. El enorme abrigo que llevo encima oculta el vestido rojo que marca cada curva de mi cuerpo; su escote es tan profundo que apenas cubre mis pezones. Si el adhesivo que lo sujeta en su sitio se despega, quedaré completamente expuesta. Sé que eso no pasará: es un vestido de diseño. En estos eventos, la imagen lo es todo. Todos reconocerán la prenda sin notar las múltiples modificaciones hechas para que pueda esconder armas sin ser descubierta.

Llego al vestíbulo y me encuentro con un apuesto hombre que, al verme salir del ascensor, me sonríe y se dirige hacia mí.

—León, ¿quién es este hombre? —pregunto por el audífono.

—Tu soporte.

—No lo necesito.

—Ya hablamos de esto. Yo digo que sí. Además, sin él no tienes cómo acceder a la recepción. Se llama Tom. No se interpondrá en tu camino.

No me gusta. Ya estaba intranquila y ahora aún más. No tengo dudas de que no sabe quién soy, pero ¿a cambio de qué acepta acompañarme en una misión suicida como esta? No pondré mi vida en riesgo por nadie. Una vez que mi objetivo esté sangrando en el suelo, mi única preocupación será volver con mi hijo.

—Dame directrices antes de que llegue hasta mí.

—No te diré nada. Solo dile «hola» y cuídate.

—Imbécil…

—¿Cómo?

Mierda. No me había dado cuenta de que ya tengo a mi acompañante delante. Qué vergüenza. Estará pensando que el insulto iba dirigido a él.

—Eh…

—Déjalo. Sé que no era conmigo. —Me regala una sonrisa y da dos golpecitos en el oído, dejándome claro que ha escuchado mi conversación con León. El día que lo tenga delante le arrancaré la cabeza por eso.

Me ofrece su brazo y titubeo antes de tomarlo; no estoy acostumbrada a esto. Al percibir que no lo haré por mi cuenta, toma mi mano, la enlaza con la suya y comienza a caminar. Juntos cruzamos el zaguán en dirección al coche que nos espera.

Llegamos al hotel donde tendrá lugar la recepción. En la entrada hay una larga cola; el acceso es lento debido a la exhaustiva revisión de seguridad. León tenía razón cuando dijo que no podríamos pasar armados. Eso es válido para los demás: yo llevo tres armas encima y no me atraparán.

Llega nuestro turno. Mi acompañante presenta nuestras credenciales. Las escanean y luego nos someten a un cacheo. Una mujer no se corta al tocar cada centímetro de mi cuerpo en busca de armas. Soy la responsable de tantas medidas de seguridad. Mi fama es conocida entre los pervertidos, y cada vez emplean más recursos para evitar que los elimine. Me escanean con el detector de metales, registran mi diminuto bolso, huelen el pequeño frasco de perfume y finalmente me dan paso.

Conozco el lugar; he estado aquí en otras ocasiones. Nos detenemos en lo alto de la escalera. Un hombre se acerca por detrás y, con delicadeza, me retira el abrigo, dejando a la vista la pieza única del diseñador Shaldon. Él escoge a quién viste y solo hace dos creaciones al año. Es impresionante cómo confeccionó este vestido

con caída perfecta sin haberme visto ni una sola vez desde que di a luz, y más aún porque no sabe que Arina es Sasha Popov.

Bajamos las escaleras como si desfiláramos. Al llegar al pie, saludamos a los anfitriones: la familia más despreciable que ha pisado Rusia, los Romanov. Saludo a los dos hijos. La hija, quien según mi informe será aún peor que su padre si llega al poder, toma mi mano y la acaricia. No me inmuto. Estoy entrenada para estas situaciones. Le devuelvo la sonrisa y me acerco a la matriarca, a quien le encanta ver cómo su marido juega salvajemente con mujeres jóvenes.

—Tu vestido es una divinidad. Intenté que Shaldon confeccionara uno para mí, pero no tuve éxito.

—Gracias. El tuyo también es divino. Es un Vitlinova, ¿cierto?

—Entiendes de moda —me dice sonriendo—. Me gustas.

Le ofrezco mi mejor sonrisa y avanzo hacia mi objetivo. Al besarme, sus babosos labios permanecen demasiado tiempo sobre mi mejilla y acaricia mis dedos. Mi acompañante se da cuenta y acude en mi auxilio. Creo que ya le advirtieron que no tengo mucha paciencia. Le sonrío coqueta y me dirijo a nuestra mesa. Somos insignificantes. Estamos literalmente al otro extremo del salón. Tanta es la distancia entre nosotros que incluso un francotirador tendría dificultades para abatirlo desde aquí, con tanta gente entorpeciendo la visión.

Un camarero se acerca a ofrecernos una bebida. La acepto. Me llevo la copa a los labios y, a través del cristal, evalúo mis posibilidades.

—Voy al baño.

—Aún no.

—Tú no me dices cómo hacer mi trabajo.

—Confía en mí. Eres una zorra. No vales la fortuna que he pagado por ti, furcia. Ahora ve.

¿Cómo? ¿Este hombre acaba de llamarme zorra delante de toda esta gente?

—Ahora sí, ve al baño —dice entre dientes, y León lo recalca por el audífono.

Con la sangre hirviendo, abandono el salón en busca del aseo. Nunca en mi vida me habían insultado de esta manera. La rabia y la impotencia que siento son tales que tengo ganas de llorar. Pero no puedo hacerlo, estoy aquí por trabajo. Cuando esto termine, los responsables de este bochorno público me pagarán. Sé que es parte de un plan, pero tengo derecho a conocerlo con antelación.

Entro en el baño que me indica León. Dentro hay una mujer. Sin mediar palabra, cierra la puerta detrás de mí. Me preparo para atacarla. Sin embargo, la mujer ignora mi gesto y empieza a colocar sobre la encimera: dos pistolas cargadas, munición, dos granadas y dos cuchillos.

—No tomes las palabras de mi marido como algo personal. Era la única manera de que cayeras en la mesa de los anfitriones. Ahora nosotros salimos de escena, el resto es cosa tuya. En menos de un minuto vendrán a por ti. Hazte la llorona desvalida.

No tengo tiempo para preguntar ni ella para decirme nada más. Alguien toca la puerta con insistencia. Me apresuro a ocultar las armas en los compartimentos del vestido y en mi cuerpo mientras la mujer desaparece dentro de una de las cabinas del baño.

Fuerzo el llanto y voy a abrir la puerta. De frente, me encuentro con nada menos que la señora Romanova.

—Querida, ¿estás bien? ¿Quién es ese hombre que te insultó delante de toda la alta sociedad rusa?

—No ha mentido —digo entre sollozos—. Me he comportado como una furcia. Lo conocí hace tres noches en la Galería Tretiakov. Charlamos toda la noche y hoy por la mañana llegó la invitación para acompañarlo junto con un collar de diamantes rosas. Acepté.

—Ah…, ¿estabais invitados?

Qué fácil es jugar con la ambición y el ego de esta gente superficial. Para ellos, el estatus y la riqueza están por encima de todo.

—Mi padrino es uno de los principales mecenas de la galería. Tengo pase libre —digo como si nada.

—No llores. Él se lo pierde. Ya lo han expulsado de la gala.

—¿Hay alguna salida discreta que pueda usar? No quiero que esto llegue a oídos de mi familia.

—De eso nada —dice y me sonríe—. Te sentarás en nuestra mesa como mi invitada. Vamos.

Oigo a León soltar el aire que retenía. Si ella me hubiese indicado por dónde salir, no sé qué habría hecho para salir del embrollo. Irme sin completar el trabajo no es una opción.

La señora Romanova me toma de la mano y tira de mí. Miro por encima del hombro para comprobar que no he dejado nada atrás. No hay rastro de la mujer que me facilitó las armas.

Con ella agarrada de mi mano, llegamos a su mesa. La sonrisa cómplice de la pareja no me pasa desapercibida. La hija me mira con asco, como si fuera un perro sarnoso. De todos, el único que se comporta con normalidad es el hijo: fue el único que me saludó con un leve gesto de cabeza. Acomodan una silla para mí a su lado. Mi opinión sobre él cambia al ver lo que observa en la pantalla de su móvil: si el chip de signos vitales que llevo aún funciona, incluso con la distancia que me separa de Mijaíl, deben de creer que estoy teniendo un ataque al corazón.

Sirven la cena y todos charlamos animadamente. No hablan de sus depravadas aficiones conmigo delante, pero no necesito que lo hagan, ya sé todo lo que tengo que saber sobre esta gente. Estoy revisando la posición de los guardias de seguridad cuando siento una mano en mi pierna. La aparto discretamente, pero él la vuelve a poner. Esta vez aprieta mi muslo. Nunca permito que me toquen íntimamente y no lo haré ahora.

—¿Queda mucho? —pregunto, sabiendo que estoy rompiendo el protocolo.

—¿Qué haces? ¡Te van a descubrir! —grita León en mi oído.

—¿Queda mucho? —repito, apretando el arma en mi mano. Este cerdo está levantando mi vestido—. A la mierda.

Saco las dos pistolas y disparo al padre y al hijo. El tiro es letal: en la cabeza. Ya que estoy, disparo también a la madre y a la hija. Luego tiro la mesa y me cubro detrás. Llueven disparos en mi dirección.

Intercambio fuego con la horda de guardias que viene a por mí. Dejo que se agrupen; les tengo una sorpresa preparada. Uno intenta sorprenderme por detrás: quito la peineta de mi pelo y se la lanzo a la tráquea. Su ametralladora cae y resbala hacia mí. La recojo y me la cuelgo, me será de gran ayuda.

Voy eliminando a quienes intentan flanquearme. Me quito los tacones, que son cuchillas, y los lanzo. Uno impacta en el ojo de un guardia; el otro, en el costado de otro. No están muertos, pero el veneno que acabo de inyectarles en el torrente sanguíneo tardará solo unos segundos en hacerlos babear como cerdos, y todo aquel que los toque compartirá su destino.

La mesa de los anfitriones es a prueba de balas, pero no creo que aguante mucho más. Tengo a un mini ejército disparando en mi dirección. Asomo la cabeza y veo a unos diez hombres viniendo hacia mí. Quito la anilla de la granada y la lanzo.

—¡Granada! —grita uno de los guardias.

Aprovecho que se están resguardando para no ser alcanzados por la explosión y corro en la dirección que me indica León.

—Por ahí no. Está cortado. Intenta llegar al baño donde recogiste las armas.

—¡Eso está al otro extremo!

—Tú puedes, Kotenok.

—No te hagas el majo. Di lo que realmente piensas.

—Ya tendremos tiempo para eso. Corre, tienes a seis hombres demasiado cerca.

Paro, agarro la ametralladora y abro fuego. Los abato y sigo corriendo.

—¿Dónde estoy? Me he perdido.

El interior del edificio es un laberinto de pasillos. Me oculto detrás de una pared y avanzo pegada a ella, con sigilo. No me preocupan las cámaras de seguridad: ahora son de León.

—¡Te tengo! —grita un guardia que me agarra por detrás.

Le doy un cabezazo. No me suelta, pero afloja el agarre lo suficiente como para que pueda alcanzar el cuchillo. Con la precisión de un cirujano, lo acuchillo en el riñón. Saco el arma blanca y la hundo una y otra vez hasta que me libera.

Estoy perdida. Me superan en número y no tengo la menor idea de dónde estoy.

—Sasha, aguanta. Dales caña. La caballería está llegando.

La adrenalina es tal que, en cuanto escucho la orden por el pinganillo, saco la ametralladora y empiezo a disparar a todo lo que se mueve.

Sin embargo, me quedo sin munición antes de lo que esperaba. Me distraigo un instante y un disparo me alcanza.

—¡Ahhh!

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué gritaste? ¡Contesta, joder! ¿Qué te ha pasado?

—No es nada. ¿Dónde está la puta caballería que me prometiste?

—¿Ves la ventana a tu derecha?

—Sí.

—Lánzate.

—¡Joder! —mascullo.

Un guardia logra acercarse. Me toca luchar cuerpo a cuerpo. Mi herida no es una buena aliada en este momento. Me lanzo sobre él con todas mis fuerzas, el maldito esquiva casi todos mis golpes. Intento hacerle una llave para neutralizarlo y fallo. Mis fuerzas me están abandonando. Me golpea en la cabeza y mi visión se nubla.

El pánico se apodera de mí mientras trato de no desmayarme. Tengo que escapar. Cada paso que doy me acerca más al desastre. Aparecen más hombres. Afuera se escucha un tiroteo, pero no tengo con qué luchar. Uso mis últimos resquicios de energía, corro hacia la ventana indicada por León y me lanzo a través de ella.

Capítulo 32

Sasha

Abro los ojos y de inmediato quiero volver a cerrarlos: el dolor es insoportable. Miro a los lados para ubicarme, pero no reconozco nada. No sé dónde me encuentro. Recuerdo a mi hijo y las fuerzas vuelven a mí. Me incorporo y empiezo a inspeccionar el lugar, buscando algo que me diga dónde estoy. No parece que esté en manos enemigas; con el grito de dolor que he dado, ya habrían entrado guardias armados. Además, no estoy atada. Eso es una buena señal.

El dolor pulsante me obliga a recostarme otra vez. No hay una sola parte de mi cuerpo que no duela. ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? ¿Todavía estoy en Rusia? Una de las máquinas comienza a pitar. Arranco la vía que tengo puesta y bajo las piernas de la cama. Tengo que volver con Leonid. Le dije que estaría en casa el domingo. ¿Qué día es hoy?

—¡Ahhh! —gimo de dolor, dejando caer el cuerpo de nuevo sobre la cama.

Me llevo la mano al hombro, justo donde recibí el disparo. Duele como el infierno.

«Sasha, tranquilízate. Este dolor no es nada. Estás entrenada para soportarlo», me digo mientras vuelvo a incorporarme, esta vez más despacio. Bajo de la cama y obligo a mis pies a moverse hacia la puerta. Con dificultad, logro alcanzarla. Me aferro al pomo y la puerta se abre de golpe, me da en la cara y caigo al suelo.

—¿Qué haces en pie? —dice una mujer con voz amable—. Déjame ayudarte.

Con cuidado, me levanta del suelo y me lleva de nuevo a la cama. Con la mente un poco más despejada, analizo lo que me rodea. No estoy en un hospital común. Esto tiene pinta de ser una instalación privada. La pregunta es: ¿de quién?

—¿Dónde estoy? ¿Qué lugar es este?

—Estás en un lugar seguro. No te preocupes.

—¿Dónde queda ese «lugar seguro»? —pregunto, intentando reincorporarme. Odio las evasivas.

—En Rusia.

El corazón me da un brinco.

—Dame mi ropa. Tengo que irme ya.

—No puedes. Estás convaleciente, perdiste mucha sangre —me dice la mujer.

—Eres médico, ¿no?

—Sí.

—Perfecto. Entonces enchúfame una bolsa de sangre y vente conmigo. ¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—¿¡Cómo!? —Escuchar cuánto tiempo ha pasado me altera—. Vamos, tenemos que salir ya. Te pagaré bien.

—Lo siento, pero no puedo permitirlo —insiste ella—. No saldrás de aquí hasta que estés totalmente recuperada.

Estudio la habitación y encuentro lo que quiero. No hay fuerza en la tierra que me haga quedarme. Mi hijo debe estar echándome de menos. La misión fue el jueves, Lev ya debe de estar al tanto del desastre que provoqué. Por poco no lo cuento. Le debo la vida a León; sin sus indicaciones, estaría muerta. Las imágenes se reproducen en mi mente. Fui una temeraria, la verdad. Me muerdo los labios para no soltar ningún quejido, no estoy en condiciones para una pelea justa.

Respiro hondo, me lleno de determinación y me lanzo sobre el carrito médico. Agarro un bisturí y lo coloco contra la garganta de la sanitaria.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —La médica asiente, aterrada—. Bien. Entonces sabes de qué soy capaz, así que no hagas nada estúpido.

La arrastro hasta la cama y cojo el rollo de vendaje tubular. La adrenalina me hace olvidar el dolor. La ato de pies y manos.

—¿Dónde está tu bolso? —exijo saber.

—No… no traje —confiesa ella.

—Respuesta equivocada. —Agarro un buen mechón de su melena, lo coloco frente a sus ojos y lo corto, rozando su nariz con el bisturí —. Lo siguiente que cortaré no será pelo. ¿Dónde está el bolso? —repito.

—¡En la habitación de al lado!

—¿Cuántos hombres hay afuera haciendo guardia?

—No lo sé… por favor…

—¡Mala respuesta! —Presiono el bisturí contra su cuello.

—¡Vale, vale! No me hagas daño. Conté ocho hombres fuera.

—¿En la puerta de esta habitación?

—Ninguno. Dentro solo estamos tú y yo.

Le meto un buen trozo de vendaje tubular en la boca para que no grite y salgo arriesgándome a que me descubran. Es mi única opción para volver con mi hijo. Abro la puerta con cuidado. No mintió, estamos solas. Me arrastro hasta la habitación que indicó, encuentro el bolso y vuelvo. Vacío su contenido sobre la cama, solo me interesa su billetera. La abro y hallo lo que quería: tiene una niña preciosa. Le muestro la foto y ya no hacen falta amenazas. Yo jamás haría daño a su hija, pero ella no lo sabe.

Le quito el trapo de la boca.

—¿Y mi móvil? —le pregunto.

—No lo tengo. Usa el mío. Me ordenaron tenerlo a mano, me dijeron que él llamaría.

—¿Quién dijo que llamaría?

—Un tal León.

—¿Cómo que León? ¿El *naslednik* no contactó contigo?

—¿Qué? —dice ella confusa.

—¿El jefe no te llamó?

La médica me mira, sin entender. Sacudo la cabeza. Necesito tener la mente clara. Cree que hablamos de la misma persona.

—Desde que estoy aquí, solo he hablado con León —dice.

—¿Solo León? —insisto.

—Sí.

—Bien. ¿Y qué ha pasado con mi teléfono?

—No lo tengo yo. Ordenó que la comunicación fuera a través del mío. El tuyo personal no dejaba de sonar y me mandó apagarlo al segundo día. El de trabajo lo apagué de inmediato.

Quiero enfadarme con León por tomar decisiones en mi nombre, pero en realidad era lo más lógico. Lev debe de estar como loco buscándome. Nunca debí traer mi móvil personal. Si esa gente me hubiera atrapado, habrían llegado hasta Leonid. Solo pensarlo me da ganas de llorar. Mi hijo es inocente, no tiene culpa que su madre y sus tíos nos dediquemos a lo que nos dedicamos.

Rebusco en el bolsillo de la bata de mi rehén, saco su móvil y lo acerco a su cara para desbloquearlo. Antes de que pueda hacer nada, el teléfono suena. En la pantalla aparece el apodo de mi salvador y habla de inmediato:

—¿Qué pasó allí dentro? —pregunta con voz neutra.

—Todo salió mal, ¿no lo viste? —admito, sintiendo la culpa arderme en el pecho.

—¿Sabes por qué? Porque no estabas concentrada, porque no sigues las reglas y eres una temeraria.

—Vete al infierno —espeto, aunque sé que tiene razón—. No eres mi jefe.

—Una más para la lista.

—¿De qué hablas, imbécil?

—Tres… Sigue insultándome y te arrepentirás cuando te tenga delante.

—Ese barco ya zarpó. Ya no me interesas.

—Una pena para ti.

¿Por qué estoy perdiendo el tiempo discutiendo? Ya podría estar volando de vuelta a casa, con mi pequeño.

—¿A qué hora sale el vuelo de regreso?

—Todavía no puedes irte.

—Me iré, digas lo que digas. Puedo salir de Rusia contigo y segura o ir por mi cuenta y arriesgarme. Pero una cosa es indiscutible: hoy vuelo a Japón, sea como sea.

Él maldice al otro lado.

—Terca… No lograré hacer que cambies de idea por las buenas, ¿verdad?

—No. La única manera de que me quede aquí es contra mi voluntad. Y si intentas hacerlo, mataré a mucha gente, empezando por la médica aquí presente.

—Muy bien, no hace falta que sigas amenazando. En media hora pasarán a buscarte. Intenta estar presentable. Se te ve fatal.

Miro alrededor, buscando cámaras. El muy idiota se ríe al otro lado de la línea.

—Allí estaré —digo antes de cortar la llamada.

Suelto a la médica, que corre a por mis pertenencias y me las entrega. Me visto y, al ponerme delante del espejo, me doy cuenta de que tendré que viajar con la cara limpia. Espero que el gorro y las grandes gafas sean suficientes para que Misha no me pille. No es tiempo de lamentarse.

Bajo y el coche ya está aguardándome. Vamos directos a la pista de despegue. Hasta hoy disfrutaba de la adrenalina que me causaba entrar y salir de Rusia y otros países sin ser descubierta, pero ya no me parece divertido en absoluto. Un agente viene hasta la aeronave para verificar mi documentación; no pregunta sobre las heridas en mi cara y tampoco me mira raro. Escanea mi pasaporte, me desea buen viaje y desaparece.



Después de catorce horas de vuelo por fin aterrizo en el aeropuerto de Tokio y vuelvo a sentirme segura. Creo que va llegando la hora de ser aún más selectiva al aceptar trabajos y tomarme más tiempo preparándolos. Lo que pasó no puede volver a ocurrir. No pienso dejarlo, no hago esto solo por el dinero. Mi moral como mujer y madre es uno de mis alicientes para hacer lo que hago. Gracias a mí, en los años que llevo trabajando de esto, fueron eliminadas más de treinta personas relacionadas con la trata, explotación y tráfico de órganos de mujeres y niños. Me prometí hacer esto hasta que exhale mi último aliento y lo voy a cumplir. La otra cosa de la que tengo que ocuparme es del *naslednik*. Desde que abrí los ojos no supe nada de su persona. León, aparte de ladrar dándome órdenes, no dijo nada sobre el jefe. Mi relación con este misterioso «heredero» está cerca del fin. Él me da soporte y me proporciona los trabajos, pero no lo hace gratis, seguro que sale beneficiado y a estas alturas creo que ya puedo formar mi propio equipo y ser totalmente independiente. Estoy casi segura de que León vendría conmigo. Puedo engañarme diciendo que no lo necesito, pero el éxito en las operaciones en parte es de él también. Seguro que Lev también estará de acuerdo en desligarnos del *naslednik*. Cada vez que los veo hablar por teléfono, la cara de mi novio se transforma.

Paso el control de pasajeros, me ajusto la gorra y la gafas, agacho ligeramente mi cabeza y salgo. La puerta de salida se abre sin exponer por completo mi rostro, son horas de entrenamiento delante de un espejo. Miro al frente y de pronto, lo que veo me congela. El golpe que me di en la cabeza debió ser más fuerte de lo que me imaginaba porque estoy teniendo una alucinación. No es posible… ¡No puede ser él! Vi las fotos y el vídeo en el que se ensañaban con su cuerpo, Misha me lo enseñó.

Demonios. El día que lo tenga delante lo voy a matar. Ahora lo entiendo: ¡Misha elaboró pruebas falsas por orden de mis hermanos para que yo dejara de llorarlo! Pero la verdad se encuentra ahora ante mí: él nunca murió.

Vladimir está de pie, mirándome con cara de odio. Vi esta mirada muchas veces, pero nunca dirigida a mí. No tiene derecho, en todo caso la que tiene que odiarlo soy yo. Fue a mi familia a quien traicionó, fue a mí a quien dejó emb…

—Mamá…

No, no, no. Vladimir está muerto. ¡No puede volver del infierno para poner mi vida del revés, no tiene derecho! ¡Leonid es mío y solo mío! Si de verdad es él, no puede saber que tenemos un hijo. Miro al frente y ya no lo veo, respiro aliviada. Ojalá sea solo una alucinación. Ignoro el dolor y me acuclillo, quedando a la altura de mi pequeño. Lo acuno entre mis brazos. Aprieto los labios, conteniendo el dolor, me yergo con él y voy al encuentro de Lev, que reclama mis labios delante de mi hijo. Leonid aplaude de felicidad.

—Salgamos de aquí cuanto antes —susurro.

Lev levanta mi rostro y acaricia mis heridas.

—Vamos a casa a que te cuide.

El aturdimiento que tengo es tanto que ignoro el hecho de que se refiere a mi casa como la suya. Subimos en mi coche, Lev se pone al volante y yo voy en el asiento de al lado, vigilando que no nos sigan. Mi mente no deja de dar vueltas; no es posible, no puedo creer que esté vivo. Si estuviera con vida, Mijaíl lo sabría y lo habría buscado

para hacerle pagar por su traición. No necesito más problemas en mi vida, solo quiero vivir en paz con mi hijo, no pido tanto.

Al cabo de un rato, sigo tensa. Una moto va detrás de nosotros, lleva siguiéndonos demasiados kilómetros. Quien conduce es él, Vladimir, estoy segura. Siempre ha sido un amante de las motos, no me hace falta más confirmación.

Sugiero una parada para comer, alegando tener hambre. Leonid se anima con la idea, así que en el primer restaurante que veo, le ordeno a Lev que pare. Él protesta, si la situación fuera diferente yo también protestaría. El aspecto del lugar no es de los mejores, pero la situación es la que es y no le doy opción. Mi hijo, pese a ver un parquecito para niños, no quiere salir de mi lado. Ni siquiera quiere ir con Lev. Lo tengo pegado a mí todo el tiempo, su cabecita está apoyada en mi hombro y su manita acaricia mi rostro, pero yo solo tengo ojos para la carretera. La moto ya pasó hace tiempo, pero sé que nos sigue, que todo el tiempo que tuve la sensación de que alguien estaba detrás de mí era él. Lev llega con la comida y me la pone delante. Sobre la mesa hay comida para alimentar un regimiento, pero no creo ser capaz de comer.

El móvil vibra en mi bolso y doy un salto. Lev me mira, arqueando una ceja. Mi comportamiento es inusual, apenas hablo y estoy todo el tiempo en tensión. En japón no soy así. No me hace falta mirar el móvil para saber de quién se trata, y todo cobra sentido en mi cabeza. Él estuvo jugando conmigo todo este tiempo, y comprendo que no soy rival para él, es el mejor rastreador que conozco. «Sasha, eres la persona más tonta que hay en el planeta. León es Vladimir, él me dejó un millón de pistas y no las quise ver». Ahora lo recuerdo: cuando estaban atacándome, me llamó por mi nombre.

Comprendo que mis posibilidades de huir de él son nulas. Solo me pregunto por qué lleva tantos años jugando conmigo y decidió aparecer ahora.

—Sasha, tu comida se va a enfriar —dice Lev.

Su expresión es neutra, no sé si se ha dado cuenta o no de mi estado de ánimo. Me meto una cucharada en la boca, con dificultad

logro retener las náuseas y trago. Mi móvil vuelve a vibrar, no aguanto la incertidumbre y lo saco; lo apoyo sobre mis piernas y miro el mensaje.

Desconocido: ¿Esta rico tu *monjayaki*?

La discreción desaparece, como una lunática miro mi plato y acto seguido a los lados, buscándolo. La poca esperanza que guardaba de que fuera fruto de mi imaginación acaba de desaparecer. No puedo decirle a Lev que Vladimir está vivo, pero necesito más que nunca de su ayuda para escapar, sola no voy a poder. Mi hijo me da una cucharada de comida en la boca, juguetón, y mis ojos se llenan de lágrimas. Su padre, aquello que él tanto desea, está vivo. Si lo ve de frente se hará preguntas, son idénticos. No puede ser, no llegué tan lejos para que todo se rompa ahora.

De pronto, me doy cuenta de algo. La comida que mi hijo acaba de darme no llega a pasar por mi garganta; no soporto más las náuseas y mancho todo el salón.

¡Cómo ha podido! Fue con él, con Vladimir, con quien pasé la segunda mejor noche de mi vida. Me llamo *l´vitsa*, solo él me llama así. El ruido de una moto acelerando llama la atención de todos en el restaurante, y por el cristal veo cómo se va, satisfecho de haber colocado mi mundo de cabeza abajo. Lev, preocupado, viene en mi auxilio. Lo aparto, me excuso y voy al baño leer sus mensajes.

Desconocido: Sabes que él es hombre muerto, ¿verdad?

Desconocido: ¿Cuántos años tiene el niño?

Desconocido: No hace falta que lo digas, te lo diré yo: tres años y seis meses. Es mi hijo, y vendrá conmigo.

Tecleo con rapidez, mareada y sintiendo que mi mundo se desmorona.

Sasha: No es nada tuyo, déjame en paz si no quieres que cumpla mi promesa de matarte. Sigue desaparecido, como hasta ahora.

Desconocido: Voy a por mi hijo, tú decides si vienes con nosotros o te quedas con ese cadáver.

No tengo tiempo de contestarle, ya no está en línea. Quiero romperlo todo, gritar, comportarme como una histérica, pero no puedo. Al otro lado de la puerta hay un pequeño ser que depende de mí. Puedo llamar a mis hermanos, pedirles que me ayuden a librarme de él, pero no lo haré. Yo solita me metí en este lío y sola saldré de él. Meto mi móvil en el bolso, me lavo la boca y salgo. No tiene sentido querer despistarlo, de seguro ya conoce hasta la marca de mi crema dental. No se ganó el puesto de segundo de mi hermano por su cara bonita. Así que solo me queda pensar con la cabeza fría cómo enfrentarme a este desafío.

—Vamos a casa, Leoncito. —Inconscientemente, hasta el apodo cariñoso que le puse a mi hijo está ligado al apodo que le puse a su padre.

Entro a mi hogar y sé que mi tiempo aquí está llegando al fin. Lo tengo todo listo por si necesito abandonarlo de un momento a otro. Adoro este lugar, escogí esta casa porque es un barrio familiar, lleno de niños, con escuela cerca, parquecito y cancha de juegos. Si tengo que irme, el lugar al que llevaré a mi hijo es todo lo contrario a lo que hay aquí. También es un barrio familiar, pero la casa es un búnker. Miro por la ventana a ver si alguien nos espía. No hay nadie, se respira la misma paz de siempre. Cierro la cortina y voy en busca de mi hijo. Esta tranquilidad tiene fecha de caducidad.

Tras mucho esfuerzo, logro que duerma en su cama; el pequeño quería dormir conmigo y no fue nada fácil persuadirle. Lev está dejándonos espacio y se lo agradezco. Le doy un beso en la cabecita y voy al salón detrás de mi novio. Lo encuentro de pie, mirando las fotos de los tres juntos. Paro a su lado.

— ¿Lograste dormirlo? —pregunta con voz apagada.

—Con mucha lucha, pero sí.

—¿Podemos hablar?

—Mañana, ¿de acuerdo? Estoy agotada física y mentalmente. Casi no lo cuento.

—Lo entiendo —dice comprensivo—. ¿Puedo quedarme?

Me giro hacia él y lo abrazo.

—Lo siento, pero me gustaría estar hoy a solas con mi hijo. No estoy echándote de mi lado, pero lo que viví fue horrible. Tuve mucho miedo. Necesito descansar y pensar. Ven a desayunar con nosotros, te prometo que mañana te contaré con detalles todo lo ocurrido.

—De acuerdo. Todo está bien, descansa —dice, y tira de mí para que lo acompañe a la puerta. Allí me da un largo y delicado beso—. Te quiero —me dice, mirándome a los ojos. Desde que salió de la clínica lo dice siempre que lo desea.

Me da repetidos besos y finalmente me suelta y se va.

Cuando ha salido, cierro la puerta y pongo la alarma. No es que vaya a servir de impedimento en caso de que Vladimir quiera entrar, pero tampoco se lo pondré fácil. Por último, apago las luces y me voy a la cama.

Capítulo 33

León

Lo que estoy viviendo no me gusta. Desde que asumí delante de Mijaíl que era yo quien pasaba información a su enemigo, no estoy en paz con ninguna de las consecuencias. No debía ser así; en mi mente, todo sucedería de manera diferente, pero la realidad no se acercó a mis expectativas. Si la policía no hubiese atacado a Luck, hoy no estaría aquí. Estaba seguro de que mis antiguos hermanos me matarían y nadie sabría jamás qué me había pasado. Las horas de tortura a manos de Mijaíl no me sorprendieron. Sabía cada uno de los pasos que iba a seguir, habíamos hecho eso juntos muchas veces. Recibimos entrenamiento juntos y él sabía que no iba a revelar nada. Estamos entrenados para soportar la tortura física, no le di la satisfacción de verme gemir o pedir clemencia. Solo perdí el control cuando vi en sus ojos que algo muy grave estaba pasando, y tenía la certeza de que tenía que ver con Sasha. Lo conozco bien, y su forma de actuar cuando se trata de su familia es distinta a todo lo demás. Sabía que no se trataba de un problema con Alexei porque estaba junto a él, así que solo podía ser ella. Mis dolores desaparecieron. Me inyecté todas las drogas disponibles para aliviarme. Aunque no lo hubiera hecho, habría sacado fuerzas de donde fuera para rastrearla. Me preocupé, pero no sentí miedo. Aquella era mi especialidad, contaba con toda la tecnología, armas y personal a mi disposición para salvarla y tenía la determinación de lograrlo. Pero ahora todo es distinto.

Las imágenes que tengo delante no me ayudan a ser positivo. Nosotros, los criminales, no tenemos derecho a pedir ayuda a Dios. He cometido y sigo cometiendo muchos errores. Sin embargo, si existe alguna fuerza superior, le pido humildemente que me ayude a

asegurar su bienestar y supervivencia. No puedo prometer que dejaré mi trabajo, no sé hacer otra cosa, pero prometo hacerlo diferente, hacer del trabajo de Sasha mi objetivo de vida: eliminar a la escoria del mundo. Mataré a todo aquel que haga daño a los inocentes, en especial a los niños. Solo pido que, si hay un dios en el cielo, me ayude a sacarla de ahí.

Si no supiera que su seguridad es una prioridad, diría que la emboscaron. Fuera hay unos cincuenta hombres fuertemente armados, alguien está desesperado por recuperar el control de las cámaras. Debo impedir que accedan a las imágenes, porque si lo logran su falsa identidad también estará en peligro. Trato de guiarla, pero cada salida que le voy a indicar es automáticamente intervenida. Maldita sea, algo se me escapa. Desesperado, llamo a mis refuerzos.

—¿Dónde estáis?

Nunca antes había hecho esto, pero debido a la complejidad de este trabajo contraté a una veintena de mercenarios y los dejé sobre aviso.

—Llegando.

—Disparad a todo aquel que se cruce en vuestro camino. Os quiero dentro, que todo el contingente se centre en vosotros.

—¿Podemos usar granadas?

Me importa una mierda que sea un edificio histórico, lo único que me importa es sacarla de allí con vida.

—Granadas, lanzamisiles… lo que queráis con tal de que se centren en vosotros.

Una de las camionetas para delante de la puerta principal del restaurante y dispara un misil, tomando al pie de la letra mis palabras. Cinco hombres se bajan, disparando a todos los que se ponen por delante. Tres de ellos son abatidos, nos superan en número. No puedo darles soporte, no hay tiempo. Están aquí por Sasha y, si deben morir, morirán por ella. Con cada segundo que pasa, aumenta mi convicción de que hemos sido objeto de una

emboscada. Jamás he sabido de una mesa antibalas para los anfitriones, es sin duda algo preparado. Pero, fuera quien fuera, no se esperaba que esa misma mesa fuese la que está impidiendo que eliminen a la asesina sin rostro.

Observo las imágenes de las cámaras y veo que el contingente acaba de dividirse.

—¡Cuando te dé la señal, corre!

Los camareros aparecen armados hasta los dientes. ¿Quién nos traicionó? Al *nasledník* no le va a gustar esto. ¿O será que fue él? No lo sé, ya no puedo confiar en nadie. Pero no importa, la sacaré de aquí incluso si es lo último que haga en mi vida. Una vez logrado, ya no continuaré trabajando para ese hombre. Este día iba a llegar tarde o temprano y en mi opinión fue tarde.

Sasha lanza una granada, se olvida de mis órdenes y sale corriendo.

—Por ahí no. Está cortado. Intenta llegar al baño donde recogiste las armas.

—¡Eso está al otro extremo!

—Tú puedes, Kotenok.

—No te hagas el majo. Di lo que realmente piensas.

—Ya tendremos tiempo para eso. Corre, tienes a seis hombres demasiado cerca.

Intento entretenerla, pero es difícil con tantos hombres detrás de ella. Nunca he sentido tanto miedo en toda mi vida como en este momento. He estado muchas veces cerca de la muerte sin temor alguno. Soy consciente de que estoy viviendo un tiempo regalado, pero ahora no sé cómo estoy siendo capaz de monitorear todo. Ojalá me haga caso, es la única oportunidad que tiene.

«No, por ahí no», termino de pensar, y llega su audio.

—¿Dónde estoy? Me he perdido.

Lo que viene a continuación me hace perder la cordura. Escuchar cómo uno de los hombres que la persigue grita que la tiene me hace

querer estar allí y matarla yo mismo por ponerse en peligro sin necesidad. Podría haber llevado una vida tranquila y sin preocupaciones, pero constantemente se involucra en situaciones problemáticas.

Escuchar su grito me hiela la sangre. Sé que le han dado. Sasha es fuerte, no se queja si no es grave. Desde que tengo uso de razón, mi mente y mi cuerpo empezaron a entrenarse para no demostrar debilidad, no reaccionar al miedo, mantener la cabeza fría y actuar. Por primera vez estoy descubriendo qué se siente al temer por alguien.

El estar en Tokio mientras ella está allí no es fácil. Desde que hablamos por primera vez respecto a esta misión tuve un mal presentimiento. No encontré a la profesional dedicada y meticulosa que conozco. Algo en ella cambió, está descentrada, ausente. Siguiendo mi instinto, dejé todo listo para un soporte de emergencia y gracias a ello hay una posibilidad de que salga con vida de esta. Lo que no calculé es que fuera a liarla de este modo, exterminando a toda la familia y saltándose las precauciones. Reviso las imágenes y no encuentro el motivo por el cual se saltó todo el protocolo que habíamos estipulado, algo grave debió pasar allí dentro para que, a minutos de haberse sentado con ellos, empezara a disparar como lo hizo.

Está siendo aterrador ver en directo por las cámaras de vigilancia cómo la atacan, la tienen acorralada. Los cuatro hombres de apoyo que tenía dentro poco pudieron hacer. Igual que los demás, eran mercenarios que contraté y fueron abatidos enseguida.

Por primera vez desde que la conozco no sé qué decir. Las pocas veces que abrió la boca a lo largo de esta noche fue para atacarme, tengo cada uno de sus insultos grabado a fuego para hacerla pagar cuando la tenga delante. Haré que me suplique perdón. Pero para eso tiene que sobrevivir, y toda ruta de salida que encuentro es bloqueada de inmediato por nuestros enemigos; es como si estuvieran jugando conmigo. No importa, la voy a sacar de allí sea como sea.

Justo en el momento crucial de la misión, el jefe llama y pide acceso. Es un puto psicópata narcisista. Acabo de quedarme sin empleo, porque corté la llamada en su cara, no tengo tiempo que perder. Ya veré cómo solucionar eso en otro momento, lo único claro en mi mente es que no voy a dejar morir a Sasha. No de esta manera.

La única salida que no tienen forma de bloquear es la ventana, es pequeña y está a una altura considerable. Ya revisé el plano de esta planta varias veces y no hay otra forma de huir que no sea esa. Envío las coordenadas al coche destinado a su evacuación y la ordeno lanzarse a través de ella.

Su herida de bala cada vez sangra más, pero aun así, ella sigue peleando. Impotente, observo en primera persona cómo las fuerzas le fallan, cómo sus golpes no alcanzan a su oponente. Su fin está cada vez más cerca.

—¡¡Levanta el puño y lucha, Sasha Popov!! ¡¡Lucha!! —le grito al pinganillo.

No responde, levanta la cabeza y mira en dirección a la ventana. El hombre que venía a unirse a su compañero para derrotarla sigue su mirada, luego corre en su dirección y estira la mano para cogerla, pero ella es más rápida y se lanza de cualquier manera por la pequeña ventana. Era eso o la muerte. Dejo de verla y oigo el ruido de su cuerpo golpeando contra el coche, y luego a la doctora dando instrucciones a los hombres de cómo deben cogerla. En seguida se escucha el ruido de las ruedas chirreando sobe el asfalto mientras huyen del local.

Son minutos eternos hasta tener la certeza de que está a salvo, de que nadie les ha seguido.

Perdí la cuenta de las personas que saben que sigo vivo. Es un milagro que Mijaíl no lo sepa todavía. Ordeno llevarla a mi casa, la casa que fue de mis padres. Nadie la buscará allí, y es donde puedo saber en todo momento como está y qué tal la tratan.

Una vez instalada, llamo a la médica para que me pase el informe completo de su estado.

—La bala está alojada y tiene tres costillas rotas. Eso duele mucho. También tiene magulladuras por toda la cara y el cuerpo.

Esto último no hacía falta que me lo dijera, lo pude ver.

— ¿Cuánto tiempo le llevará recuperarse?

—Bastante para recuperarse del todo. Para que pueda moverse un poco dentro de casa, de cuatro a cinco días. Aun así, sentirá mucho dolor. Lo recomendable es que guarde reposo total por lo menos quince días.

—Sédala —ordeno.

—No puedo hacer eso. No conozco su historial clínico, no sé si está embarazada o…

—Te pago para acatar mis órdenes, no para rebatirlas —espeto.

La idea de que pueda estar embarazada de otro hombre saca lo peor de mí. La doctora hace lo que he dicho, y mientras Sasha se sume en un sueño reparador, decido largarme de aquí. No creo que el jefe esté contento con mi actuación, llamó varias veces y lo ignoré. De seguro ya envió alguien para acabar conmigo, sus reiteradas amenazas no tienen pinta de ser un farol. Sabía que tarde o temprano llegaría este momento. Empaqueto el equipamiento que llevaré conmigo y destruyo los que quedan, de manera que no pueda recuperar ni un tornillo. Le estoy agradecido por salvarme, por haberme puesto en el camino de Sasha, pero hasta aquí llega nuestra alianza.

En todos estos años trabajando para él no pude descubrir quién es, por lo tanto, ya no tiene sentido para mí seguir aquí. Acaté todas sus órdenes con un propósito que, desafortunadamente, quedó en nada. Salgo por la puerta justo a tiempo. En la portería, me cruzo con cuatro hombres que estoy seguro de que van directos a mi apartamento. No me han parado porque la persona a la que buscan es un minusválido, es parte de mi red de mentiras para evitar ser

descubierto. Si llego a estar realmente en una silla, hubiera muerto delante de todos.

Paro un taxi, meto la mochila con mi equipo y doy la dirección del lugar en el que viviré de ahora en adelante. Llego al garaje donde tengo la caravana aparcada hace ya algún tiempo. Una vez dentro, conecto los equipos informáticos que traje a los que ya tenía aquí y me dispongo a ver cómo está Sasha.

Capítulo 34

León

Estaba tan preocupado que pasé horas y horas delante del móvil viendo siempre la misma imagen: ella sedada sobre la cama. No fue fácil luchar contra mis ganas de ir personalmente a verla. Hubiese sido un suicidio; si pongo un pie en Rusia soy hombre muerto.

Al decimotercer día de estar sedada, Sasha se despierta y vuelve el caos a mi vida. Esta mujer es insoportable. Se las apañó para someter a la doctora y se atrevió a chantajearme. Muy bien, ¿quiere volver a casa? La llevaré. Dispuse todo lo necesario para que tuviera una recuperación en condiciones antes de hacer un vuelo tan largo, pero no lo quiere. De acuerdo, volverá a Japón, pero ahora las cosas van a ser a mi manera. Se acabó el juego del gato y el ratón. «Lo primero que verás cuando llegues al aeropuerto será mi cara. Te pongas como te pongas, saldrás de allí conmigo. Se acabaron tus vacaciones», pienso, malhumorado. «Me conoces, y sabes que no te conviene llevarme la contraria. Irás a tu casa, empaquetarás tus pertenencias y juntos analizaremos cómo resolver el asunto del *naslednik*».

Media hora antes de que su vuelo toque tierra, ya estoy delante de la puerta de desembarque privado. No hay manera de que salga de aquí sin pasar cerca de mí. La única manera de evitarme es volver hacia atrás y no puede hacerlo. No le conviene estar de paseo por los aeropuertos, y menos aún contando únicamente con una gorra y gafas para ocultarse.

Mientras espero, un rostro conocido pasa por mi lado sin percibir mi presencia. Lo analizo detenidamente, no creo en las casualidades. La posibilidades de que estos dos sean amigos es la misma que

tengo de que Mijaíl no me mate después de lo que hice. ¿Qué pinta aquí Kozlov?, ella lo odiaba. Observo que lleva a un niño de la mano. Me alejo de la primera línea, dejándole espacio. El niño le habla, animado. Analizo la escena, sin creer lo que ven mis ojos. Kozlov lo despeina y lo coge en brazos, ofreciéndome la visión de su carita. Doy un traspiés y pestañeo un par de veces, asegurándome de que no es una alucinación. Es igual que yo cuando tenía unos cuatro años. Es mi hijo. Una mezcla de rabia y alegría crece dentro de mí. Es mío, no tengo dudas de ello. La pregunta es qué hace en los brazos de Kozlov con tanta familiaridad.

De pronto creo entender, y el sentimiento de protección que tenía hacia Sasha se transforma en un odio visceral. No tiene ni idea de lo que se le viene encima. De todos los hombres que hay en la *bratva* escogió al más despreciable para estar junto a mi hijo. El niño está como loco mirando al frente, esperando a su madre. Se ve que la adora y la echa de menos. Yo, en cambio, ni siquiera existo en su vida.

Varios minutos después, ella aparece. La miro con tanto odio acumulado que se siente observada y su mirada se encuentra con la mía. Se queda congelada en el sitio. Todos mis planes acaban de cambiar, no puedo llevarlos a cabo sin antes matar a Kozlov y destruir sus restos. Tengo que hacerlo desaparecer si no quiero llamar la atención de la Yakuza.

—¡Mamá!

Mi hijo corre hacia Sasha. Ella, ignorando el fuerte dolor que seguro siente, se agacha a recibirlo. No está tomando los debidos cuidados con sus lesiones, no es una decisión inteligente. Necesitará todas sus fuerzas para soportar lo que le espera. Doy unos pasos atrás sin quitarles los ojos de encima, furioso y confuso. Sasha se incorpora con el niño en brazos y me busca, pero ya no estoy a la vista.

Desquiciado, voy a por mi moto y salgo a la carretera por la que tendrán que pasar. Veinte minutos después, los veo. Él va al volante. Me bajo la visera del casco y los sigo. Sasha mira varias veces por el

retrovisor, sabe que estoy tras ellos y es esta mi intención. Se acabó el juego.

En un momento dado, paran en un restaurante de segunda en la carretera. Saco los prismáticos y los veo. No soporto la cercanía que parece existir entre Kozlov y mi hijo. ¿Cómo se llamará? ¿Sabrá de mi existencia? ¿Sabe quién es su familia? Son tantas preguntas… Cojo el móvil con el cual me comuniqué con Sasha en Francia y escribo, tecleando con rabia.

Desconocido: ¿Está rico tu *monjayaki*?

Es divertido ver cómo me busca, observar el miedo en su cara. Nada de lo que esté imaginando se acerca a lo que le espera por permitir que Kozlov esté con mi hijo. Juego con ella por unos minutos más y luego me voy. No necesito seguirla para saber dónde vive. No lo descubrí hasta ahora porque no puse empeño de verdad, estaba disfrutando con el juego. Pero aquella partida solo era de práctica, ahora empieza la verdadera, en la que hay un claro ganador desde el minuto uno: yo. Arranco la moto, llamando la atención de los comensales. Por el espejo retrovisor controlo quién me mira y veo que Sasha gira la cabeza en mi dirección. Solo entonces acelero y me voy.



Cuando afirmo que Kozlov es un inútil es a eso a lo que me refiero. Me llevó cuarenta segundos desarmar la alarma de la casa de Sasha. Camino por el lugar, observando dónde vivió todos estos años en los que sus hermanos se volvieron locos buscándola. Es una casa pequeña, acogedora y familiar. Hay juguetes de mi hijo por todos lados. No hay fotos de ella y del niño, solo hay una en la que sale Kozlov. Cojo el marco, lo coloco en el suelo y le doy un pisotón rompiendo el cristal. Luego me agacho, cojo la foto y la rompo en pedazos. Me hubiera quedado con la parte de Sasha y de mi hijo si

el pequeño no estuviese sobre los hombros de Lev y ella delante de este maldito perdedor. Toda una foto familiar.

Muevo el cuello hacia los lados, crujiéndolo, para destensarme. No puedo entrar en su habitación así, si lo hago perderé el control. Ella es una luchadora y acabaremos despertando a mi hijo. No quiero que su primera impresión sobre mi sea ver violencia, ni mucho menos contra su madre. Paso delante de una puerta con adornos infantiles y la imagen del que debe de ser su superhéroe preferido. Tendré que ponerme al día con esto. Nunca fui de ver dibujos, desde que nací me prepararon para servir a la *bratva*. Sasha tiene aquí algunos puntos a su favor: todo indica que mi hijo está viviendo una vida normal. Me acerco a su cama y lo encuentro abrazado a un oso de peluche. Siento el impulso de hacerle una foto. Saco el móvil del bolsillo, pero en el último momento desisto. La luz del flash puede despertarlo y antes de que sepa de mí debo tener unas palabritas con su madre en privado. Ya tendré tiempo de hacer todas las fotos que me dé la gana, porque una cosa la tengo clara: mi hijo se vendrá conmigo. Le retiro el pelo que tiene en el rostro y le doy un beso. Cojo uno de los peluches que tiene a los pies de la cama y me lo quedo, luego vuelvo a darle otro beso para irme y lo que dice me congela.

—¿Papá…?

No sé describir cómo me siento al oírlo. Sin embargo, la alegría dura poco. Pronto comprendo que no me llama a mí. Ser consciente de a quién van dirigidas sus palabras reaviva mi rabia.

—Sí. Duerme, pequeño.

Salgo de la habitación del niño y entro en la de enfrente hecho una furia. Sasha no tenía derecho de permitir a Kozlov ocupar un lugar que me pertenece. Ambos son míos. A la mierda la *bratva*, sus hermanos y todo lo demás, ellos dos son míos y punto. Agarro a Sasha por el pelo y la levanto de golpe, colocando mi cuchillo en su garganta. Ella me mira sorprendida, con una lágrima escurriéndose por su mejilla al comprender lo que está pasando. De nada le va a servir llorar.

—¿Por qué infiernos mi hijo llama «papá» a Kozlov? Y no me mientas, porque lo cojo y desaparezco con él para siempre.

Ella me estaba esperando, sabía que vendría. Se lleva la mano al pecho y respira hondo para no perder el control.

—Si mi hijo está hoy aquí es gracias a él —dice tratando de reunir entereza—. Lev nos salvó a los dos.

—Eso no es lo que te he preguntado. Contesta si no quieres que me vaya con él.

Su rebeldía hace acto de presencia: trata de soltarse, logrando únicamente que apriete mi agarre y la zarandee para que me responda de una vez.

—Suéltame y te contesto —sisea.

—No estás en condiciones de negociar. Responde de una vez antes de que la poca paciencia que tengo se esfume —digo a la vez que presiono más el cuchillo contra su cuello.

—Siempre echó de menos tener un padre, un día empezó a llamarlo así, eso es todo.

— ¿Y lo permitiste?

—Es un niño, todavía no ha cumplido los cuatro años.

—Sasha, estoy poniendo todo de mi parte para no hacer valer mi amenaza, así que no me lleves al límite.

— ¿Qué quieres que te diga, Vladimir? —sisea rebelde—. Se suponía que tú estabas muerto.

—Pues mira por dónde, no lo estoy.

—Durante mucho tiempo tuve la esperanza que estuvieras vivo, pero la perdí cuando vi tu cuerpo inerte y cómo jugaban con él. No tenía forma de saber que seguías vivo.

Nunca la vi tan asustada, su cuerpo está temblando y sus ojos no se apartan de la puerta. Supongo que es por miedo a que nuestro hijo entre, porque si llego a sospechar que su temor tiene algo que ver con Kozlov no sé qué haría. Tiro de su cabello hacia atrás.

—¿Cómo se llama mi hijo?

—Leonid.

Creo que voy a tener un paro cardiaco. Ella no sabía que era yo quien estaba al otro lado como su soporte, si lo hubiera sabido, por el miedo que veo en sus ojos, habría escapado.

—¿Y el apellido? —Sus hombros empiezan a temblar, por más que lucha por contenerse pronto empieza a sollozar y el cuchillo que tengo en su garganta se clava más contra su piel—. Su apellido, Sasha.

—Perdóname, Vladimir… No sabía que estabas vivo, si lo hubiera sabido…

—Su puto apellido —digo a la vez que mi cuchillo rasga la primera capa de su delicada piel y unas minúsculas gotas de sangre aparecen—. Tienes tres segundos para decírmelo antes de que entre en su habitación, lo coja junto a su peluche preferido y desaparezcamos para siempre.

—¡Popov! ¡Leonid Popov! —espeta en una exclamación susurrada —. El niño es mío, solo mío. No quiero a un puto traidor como padre de mi hijo. Si no quieres a toda la *bratva* detrás de ti, déjanos a mi hijo y a mí en paz.

Ahí está la mujer que conozco. Ya me estaba aburriendo con su sumisión, prefiero su versión combativa, la que odia las injusticias y lucha a muerte por aquello que quiere. Qué pena que esta vez no tenga la menor posibilidad de ganar. Su única opción es venir con nosotros y así se lo haré saber.

Capítulo 35

Sasha

El temor de una madre ante los posibles peligros que puedan afectar a su hijo y lo que es capaz de hacer por protegerlo es algo que no se puede describir. No me importaba el cuchillo en mi cuello, lo fuerte que tiraba de mi pelo, obligándome a adoptar una postura extremadamente dolorosa para mi lesión, ni tampoco la sangre que empezó a salir de mi herida. Mi única preocupación era que Leonid se despertara y fuera testigo de aquella horrible escena, que su primer contacto con su padre fuera ver su peor versión, al criminal violento. Las palabras de Vladimir retumban en mi cabeza. «Tuviste a mi hijo solo para ti durante mucho tiempo, te doy una semana de plazo para decirle que su padre soy yo. Pasado este plazo, si no lo hiciste, será a mi manera». Está tan cegado por la rabia que no escuchaba cuando decía que Leonid sabe de él, sabe que es su padre y siempre lo supo.

¿Cómo voy a explicar a un niño de tres años, por más listo que sea, que su padre, el que supuestamente estaba muerto, en realidad sigue vivo? Es muy pequeño para asimilar tal noticia. ¿Cómo lo voy a apartar de su querido tío, la figura paterna que tanto ama? Conozco a Vladimir, no hay nada que pueda decir o hacer para convencerle de que permita la presencia de Lev en la vida de nuestro hijo. Hundo mi cara en la almohada y grito por la frustración. Me daré el lujo de llorar porque no tengo la menor idea de cómo salir de esta. Imploré a Vladimir que no mate a Lev, pero me di cuenta de que cuanto más le imploraba más crecía su rabia hacia mi novio. No puedo permitir que le haga daño, no podría cargar con su muerte. Lev es mi amigo, el único amigo que tuve. Me es leal, no como su padre, que nos traicionó y que ahora parece haber vuelto de entre los muertos para

amenazarme. Muerdo la almohada y grito más fuerte aún. Lloro hasta el punto de sentir mis ojos ardiendo. Por último, tiro la sábana a un lado y el rápido movimiento hace que gima de dolor. Ignoro las punzadas de mi herida y voy a la habitación de Leonid. Respiro aliviada al verlo en su camita de los Transformers, es un enamorado de esos dibujos. Me muerdo el labio, no puedo perderlo. Soy dura, puedo aguantar cualquier cosa, pero ese dolor no lo podría soportar. Lo cojo en brazos y lo huelo.

—¿Por qué me coges en brazos, mami? —pregunta soñoliento.

—Quiero dormir contigo. ¿Puedo? —Su cabecita asiente y sigue durmiendo en mis brazos. Voy con él a mi habitación, lo acuesto y, despacio, me tumbo a su lado. Pego mi cuerpo al suyo y lo abrazo fuerte deseando no soltarlo jamás.

—Perdona a mamá, hijo… Todo lo que hice fue creyendo que lo estaba haciendo bien.

Me trago el sollozo y dejo que las lágrimas se escurran libremente. Cuando amanezca será hora de ponerme en acción, solo tengo unas pocas horas hasta que la noche dé paso al día y tenga que hacer frente a todos mis problemas.

Amanece más rápido de lo que hubiera deseado. Leonid sigue dormido entre mis brazos. Hoy no lo llevaré al colegio, quiero estar con él, no lo voy a perder de vista un solo segundo. Con cuidado de no despertarlo, salgo de la cama y voy a la cocina a preparar el desayuno para Lev. Estoy lista para contarle todo, contestar a sus preguntas y recibir sus mimos. Al entrar, veo la mesa puesta y sonrío. Él ya está aquí y me abraza por detrás.

—¿Tuviste una mala noche? —pregunta, dejando besos en mi hombro y mi cuello.

—No he podido dormir, los recuerdos de la última misión me aterrorizaron toda la noche.

Le he mentido. En todo el tiempo que llevamos juntos nunca le había mentido y acabo de hacerlo, y lo peor es que no me siento culpable. Decir la verdad significa destruirlo, y no se lo merece.

—Ya pasó, tranquilízate. Estoy aquí y no permitiré que nada de malo os pase. Sois lo más importante que tengo en la vida.

Sus palabras no ayudan en nada a mi mala conciencia. Si fuera una buena persona, dejaría que se fuera ya mismo y le diría que se oculte por un tiempo. Pero no quiero decirle adiós, no estoy lista para ello. Vladimir tenía que aparecer justo en el momento en que mi vida amorosa estaba en su mejor fase, cuando empezaba a disfrutar de nuestra relación e incluso a desarrollar sentimientos por Lev. Quiero seguir con mi vida tal como estaba. Algo me hace daño por encima de mi fina ropa de dormir, me aparto y solo entonces me doy cuenta de que en traje.

—¿Tienes alguna reunión a la que asistir?

—Sí, tengo que reunirme con mi padre y unos socios en Pekín y no dispongo de tiempo para llegar allí y cambiarme.

—Pero es territorio de la Tríada —objeto.

—Y el valle de Aosta, donde tú te ocultabas, es de los italianos —replica.

Alzo las manos en señal de rendición. Tiene razón, no todos los viajes son por negocios ilícitos. Todos tenemos una doble vida, la legal y la criminal. Quiero pedirle que no se vaya, que se quede conmigo aun sabiendo que esto es lo mejor que puede pasarnos. Si su padre lo requiere por mucho tiempo, como suele pasar a veces, eso me dará espacio para ver cómo soluciono las cosas con Vladimir.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—¿Estás bien? —me pregunta en lugar de responder.

Estoy siendo demasiado obvia. Lev no es tonto, mis ojos esta hinchados de tanto llorar, Leonid sigue en mi cama y ahora demuestro este súbito interés por su vuelta cuando antes nunca había actuado así.

—Creo que sí. —Suspiro y me rindo—. Mentira, no lo estoy.

Lo abrazo y empiezo a llorar nuevamente.

—¿Sabes qué?, a la mierda mi padre. Me quedo aquí contigo.

¿Cuánto más puedo meter la pata en un espacio de tiempo tan corto?

—No, vete, estaré bien —digo sorbiendo las lágrimas, tratando de recomponerme—. Lo prometo.

—Nunca te he visto de esta manera…

A decir la verdad, yo tampoco. Cuando creí que había perdido a Vladimir lloré mucho, pero era porque tenía sentimientos encontrados: por un lado, lloraba su pérdida y por otro lo odiaba por su traición. Ahora, lo que siento es miedo, mucho miedo a que todo por lo que tanto luché desaparezca.

—Estaré bien, voy a darme un baño para que desayunemos juntos.

Lev frunce el ceño y eso es una mala señal.

—No te preocupes, tengo que irme ya. Ya debería estar en el aeropuerto. Solo pasé para traeros vuestros desayunos preferidos.

Miro la mesa y sobre ella están todas las cosas que nos gustan, podríamos llamar a unos cuantos vecinos para que vengan a desayunar con nosotros de tanta comida que hay. Akiko llega en ese momento y pone mala cara al vernos abrazados.

—Ignórala —le digo a Lev en un susurro.

—Llegará el día en que me odie solo un poco menos. Cuando me mira fijamente me entran escalofríos —comenta fingiendo tristeza.

—Solo es una mujer dolida y desconfiada de los hombres. Por creer en sus promesas se encuentra ahora en la situación en la que se encuentra. No se trata de ti, se trata de todos los hombres, y desconfía de cualquiera que se acerque a ella o a mí, su única amiga.

—Pero yo no tengo la culpa de que se haya topado con un cerdo. Es muy incómodo estar día tras día en una casa donde el servicio te odia.

—Hablaré con ella —digo, besando sus labios.

—No quiero, pero me tengo que ir. El piloto ya va a tener que esperarme. Si llego tarde a la reunión, mi padre me matará.

—Ve. —Lo empujo suavemente, con miedo de no volver a verlo.

Me quedo parada en medio del salón viendo cómo arrastra su pequeña maleta de mano. Nunca le permití dejar sus cosas en mi casa, me siento la persona más horrible del mundo. No le di el espacio que se merece a nuestro lado. Por el rabillo del ojo, veo a Akiko venir en mi dirección. Antes de que empiece con lo de siempre la esquivo y voy a ducharme y a despertar a Leonid, quiero pasar todo el día disfrutando de él.

Entro a mi cuarto, abro las cortinas de la habitación y me acerco a él. Sigue profundamente dormido. Me quedo admirando su carita: es igual que su padre, aunque lo quisiera negar hubiera sido imposible, hasta su forma de andar es igual. No, no voy a caer en eso. Vladimir solo aportó el esperma, Leonid es mío. Lo despierto con suavidad, y su primero gesto es apartarse el pelo de la carita. Es el niño más listo, cariñoso y bonito que hay en el mundo. Me tumbo a su lado y recibo con agrado sus caricias. Nos quedamos abrazados sin decir nada por varios minutos hasta que él rompe el silencio.

—Quiero pis. —Me pongo en pie para acompañarlo y al incorporarme grito por culpa del dolor. Mi pequeño se preocupa.

—No es nada —digo rápidamente para tranquilizarlo—. Mamá se hizo daño en la herida que tiene.

Debo tener más cuidado, desde que abrí los ojos en Rusia no hice un solo minuto de reposo como se debe. Mi pequeño va al baño, y mientras yo aprovecho y corro a por un analgésico. El dolor es tan intenso que me veo obligada a sentarme.

—¿Llamo al tío Lev? ¿Por qué no está aquí? —le oigo decir.

Aguantando el dolor, me levanto y voy en busca de Leonid.

—Lev tuvo que hacer un viaje, pero volverá pronto —digo sentándome a su lado.

—¿Puedo hablar con él?

Voy a por mi teléfono y llamo a Lev para que hablen por videoconferencia. Contesta al primer tono. Al ver su expresión me pongo en alerta, me levanto y me alejo de mi hijo. Busco a Akiko y le indico con un gesto que vaya a quedarse con Leonid, me meto en el despacho y cierro la puerta detrás de mí. Lev se afloja la corbata y abre los dos primeros botones de su camisa dejando parte de sus perfectos pectorales a la vista; no obstante, no hay connotaciones sexuales en su gesto, lo que hay es pánico.

—¿Qué está pasando, Lev?

—Tenía el móvil en la mano para llamarte. ¡Tus hermanos están volando hacia allí. Saben dónde vives!

Suelto el móvil con Lev gritando al otro lado. Mi lesión está completamente olvidada, el dolor es insoportable, pero duele más el miedo a perder mi libertad. Entro en mi habitación. Akiko me mira y no me hace falta darle detalles.

—Código rojo —es lo único que digo.

Ella rápidamente termina de vestir a Leonid; mientras, yo vuelvo a mi despacho, abro los armarios, saco las tres bolsas que tengo listas por si llegara este momento, voy a la habitación de mi hijo y cojo las de él. Mi pequeño, al verme corriendo de un lado a otro acumulando bolsas sin hacer caso cuando me llama, empieza a llorar. Me parte el alma verlo así, pero no me puedo parar a consolarlo. Empujo mi cama con él encima, abro la escotilla que hay oculta en el suelo y lanzo todas las bolsas por ella. Luego sigo corriendo de un lado a otro, organizando todo lo necesario para nuestra huida.

A toda prisa, me visto con un pantalón de yoga, un sujetador de deporte, una camiseta, playeras y una sudadera con capucha; me hago una cola de caballo y voy a por él.

—Leoncito, ¿te acuerda de todas las veces que jugamos a cruzar el túnel? —Él asiente, con los ojos llenos de lágrimas—. Pues bien, vamos a jugar hoy, ¿vale? Pero hoy vamos hasta el final. ¿Qué te parece si hacemos una carrera? El que llegue primero puede pedir lo que quiera.

—¿Cualquier cosa?

—Sí, cualquier cosa —digo con una sonrisa tranquilizadora.

—Promete.

—Prometo.

Él acepta y lo dejo sentado en el mismo sitio. Luego pongo el detonador en marcha. Lev no me dijo a qué hora salieron mis hermanos de Rusia y necesito esa información. Vuelvo al despacho y busco el móvil, no tengo la menor idea de dónde lo dejé. No lo encuentro y empiezo a desesperarme. «No puedo perder los nervios ahora, es fundamental que me mantenga serena. Llevo años preparándome para este momento. Respira, Sasha, respira», me ordeno. Poco a poco, consigo calmarme. «Bien, ahora que estás más tranquila, empieza a buscar nuevamente». Vuelvo a la búsqueda y finalmente lo encuentro dentro del cubo de la basura. Marco su número y me contesta al primer tono. Benditos sean los vuelos privados.

—Lev, ¿a qué hora salieron de Rusia?

—Según Ivan, hace unas siete horas.

—Bien. —Miro la hora en mi reloj—. Dispongo de unas ocho horas más o menos.

—¿Qué vas a hacer?

—Me voy.

— ¿A dónde? ¿Y qué será de nosotros?

—¿Olvidaste que yo siempre te encuentro? —le digo con una sonrisa algo triste.

—Espero que esta vez sea igual.

—Te prometo que sí. Cuídate. Me pondré en contacto. —Me despido, de nuevo sintiendo ese miedo irracional a no volver a verlo más.

—Destruye este número. De hoy en adelante usaremos uno de los muchos desechables que tenemos. No sabemos si lo tienen

pinchado, aunque por lo que me dijo Ivan no desconfían de mí, pero toda precaución es poca. Mantendré el perfil bajo.

Ojalá sea verdad que no desconfían de él. No lo puedo perder, es mi único apoyo.

—Bien pensado, eso haré.

Akiko, que se había marchado por la puerta delantera haciendo que crean que estoy sola en casa, aparece por la escotilla con su hijo en brazos. Es un poco mayor que Leonid, pero mis hermanos no conocen a mi hijo, por lo que no me preocupa eso. Voy al encuentro de ellos dos. El niño está tan confuso como Leonid, sin entender nada. Ambos, cuando se ven, se retan con la mirada. Me pregunto cómo es posible que dos enanos se odien de esa manera. Lo siento sobre la cama, pero tomando el cuidado de dejarlo lejos de mi Leoncito, que parece listo para atacar.

—Necesito que seáis buenos —les digo. Ninguno de los dos tiene pinta de que vaya a hacerme caso, pero no puedo mediar en este conflicto ahora mismo.

Arrastro a mi asistenta hasta el despacho y le pongo la peluca rubia parecida a mi corte de pelo. Luego la arreglo bien sobre su cabeza.

—No van a hacerte daño —le explico con calma—. Van a jugar con tu mente, intentarán manipularte para que digas mi paradero. Serán muy persuasivos, y por eso no te diré adónde voy. ¡Estás preparada para enfrentarlos! Nos hemos entrenado para esto durante años.

—Estoy lista. No les tengo miedo. Soy Sasha-san.

Me rio de su broma, aunque la sonrisa no perdura en mis labios.

—Cuando veas a Mijaíl o Alexei, da igual cuál de los dos, entrégales esta carta. La otra ocúltala bien, solo tú puedes hacerlo. Tú sabes lo que hay ahí. ¿Tus cosas están listas?

—Sí. ¿Está segura de que me llevarán con ellos?

—Aunque no se lo hubiera pedido explícitamente en la carta como lo hice, lo harían de todos modos para tener cerca a la única persona que les puede dar información sobre mí.

Le doy un abrazo fuerte y voy a por mi hijo. Llego a la habitación y los dos se están retando cara a cara. Solo veo este comportamiento en él cuando esta delante de Iroshi.

—Hora de jugar —digo a Leonid, consiguiendo que me haga caso.

Bajo primero la escalera, aguantando los fuertes dolores de la herida. Si no fuera por la preocupación y la necesidad de sacar de aquí, estoy segura de que ya me hubiera desmayado por culpa de los fuertes dolores. Leonid se queda arriba bajo la protección de Akiko, que lo ayuda a descender detrás de mí, teniendo mi cuerpo como protección en el caso de que sus pequeñas manos no aguanten su peso. Empiezo a odiar los pasadizos subterráneos, es la segunda vez que tengo que usar uno para huir, aunque esta vez no es por salvar mi vida.

Llegamos abajo y la oscuridad nos recibe. Al menos este tiene luces que se activan con sensores de movimiento. Fue un verdadero descubrimiento enterarme por casualidad en el parque, mientras paseaba a mi hijo, de que debajo de la casa en la que vivo había una red de túneles abandonados desde hace siglos. Investigué y descubrí que no solo era verdad, sino que también los mendigos lo usaban como refugio. No me fue difícil convencer a un par de ellos de que poner luces les haría estar más cómodos. En cuestión de días extendieron la red eléctrica hasta mi casa. Una vez terminada la obra, cerré la parte que daba a mi casa y compré la primera casa del bloque, la que da justo a la salida del pueblo. Allí es donde vive Akiko. Por eso ella salió y volvió con Iroshi. Ahora, caracterizada con una peluca parecida a su pelo, saldré de su casa conduciendo su humilde coche en dirección a mi escondite sin que nadie sospeche de mí.

Capítulo 36

León

Dejaré que crea que le permito manejar cómo formaré parte de la vida de mi hijo. El único motivo por el cual no está pagando por sus malas acciones es por sus lesiones, pero en cuanto se recupere, me pienso cobrar cada año que permitió que otro hombre estuviera a su lado. Todavía no he decidido si la dejaré ser parte de su vida, lo que ella quiera no importa. Mi heredero vendrá conmigo. Si Sasha decide quedarse con esa rata a la que escogió como pareja, no se lo impediré. Me fui de su casa y la dejé con Leonid por el simple hecho de que no puedo llevarlo a vivir en una autocaravana. Descubrir la existencia de este niño me obligó a cambiar todos mis planes, ahora me urge solucionar todos los cabos sueltos que tengo y encontrar un lugar seguro donde alojar al pequeño. Su seguridad será mi prioridad. Tendré que contratar a personas que estén dispuesta a dar su vida por él, que sean de total confianza, que no se vendan al mejor postor y que se hagan cargo de él cuando yo no esté. En el caso de que ella escoja quedarse junto a Leonid y yo acepte, ya no habrá momentos entre ellos dos a solas. Sasha se escapó de sus hermanos y sé que intentará hacer lo mismo conmigo, pero no le saldrá bien.

Fue divertido ver cómo se ponía cachonda solo con mis caricias, igual que en el club de París, solo que aquí quiso luchar contra ello. Disfruté viéndola saltar del deseo al odio. Si se queda, va a ser divertido. Pero lo más importante es Leonid.

No estaba preparado para la llegada de un hijo y estoy teniendo que improvisar. Apenas lo conozco, no sé cómo suena su voz, cuáles son sus costumbres… sin embargo, ya tengo miedo de que le ocurra

algo. Si Kozlov no desaparece será el primero en morir, no lo quiero cerca de mi niño. La privacidad es un lujo que Sasha no volverá a tener, sabré dónde está y lo que hace las veinticuatro horas del día hasta que pueda recuperar a Leonid.

A los pocos minutos de encender mi sistema informático, tengo total acceso a la red de vigilancia de su casa. Kozlov es una vergüenza para la *bratva*. Si no fuera hijo de quien es, de seguro estaría muerto. Desactivé y hackeé su sistema tan fácil y rápidamente que no me dio tiempo a sentir emoción.

Voy a alejarme de su barrio por seguridad, no quiero llamar la atención de los vecinos y que estos llamen a la policía. Este no es lugar para una autocaravana. Conduzco hasta encontrar un *parking* que no esté demasiado lejos y que pase desapercibido.

Las imágenes de Sasha asaltan mi mente todo el tiempo, incluso cuando no estoy espiándola a través de las cámaras. Verla llorar no me da pena, debió haberlo pensado antes de permitir que mi hijo llamara «papá» a otro hombre. Aunque ella creyera que yo estaba muerto, nadie tiene derecho a ocupar mi lugar en la vida de Leonid y Sasha va a aprender eso por las malas. Haré de su vida un infierno. Cuando esté bajo mi techo será cuando realmente demuestre si es la mujer fuerte y empoderada que afirma ser. De día será mi esclava y la de mi hijo, por las noches la convertiré en mi juguete. La usaré a mi antojo hasta romperla en mil pedazos y por la mañana tendrá que estar de pie para atender al niño como siempre hizo, y en caso de que no cumpla con su papel de madre, le haré pagar de un modo que no le va a gustar.

Observo lo que las cámaras me muestran y veo que Sasha se levanta de la cama. Tendré que acabar atándola para que se recupere en condiciones. «Qué vas a hacer? ¿A dónde vas?». Voy cambiando las cámaras hasta ver que entra en la habitación de Leonid. Les dejaré un poco de privacidad, por el momento. Serán los últimos momentos privados de su vida, ya me cansé de verla llorar. Eso va a acabar pronto. Es tarde, descansaré un poco. Tengo mucho trabajo por delante con una princesita de la mafia a quien demostrar

que no es más que un juguete roto, que nunca tuvo ni tendrá poder. Dejo encendidos los equipos y me voy a dormir.

A la mañana siguiente, me levanto y vuelvo a observar las imágenes en directo desde su casa. El día acaba de empezar y lo hace de la peor manera: por la cámara veo cómo Lev está en medio de su cocina, actuando como su pareja enamorada. ¿Qué se ha creído esa rata? Sasha es demasiada mujer para él.

¿De qué estarán hablando? ¿Qué hace tanta gracia a Sasha para que le sonría? No puede ser que lo quiera hasta el punto de olvidarse de la amenaza que se cierne sobre ella. No puede ser tan ingenua como para creer que pueden ignorarme. Doy una patada al cubo de basura, el objeto sale despedido. «Por el momento, no puedo hacer nada para evitar que os veáis. ¡Todo a su tiempo!». Corto la conexión y me marcho, camino a solucionar el mayor problema que tengo en este momento.



El fuerte ruido de la alarma salta, giro mi silla hacia el ordenador central que tengo a mi espaldas y veo la palabra «alerta» brillando, resplandeciente, en color rojo dentro de la pantalla. Más problemas. Tecleo buscando el motivo por el cual todas las alertas saltaron al mismo tiempo y lo que encuentro no podía ser peor. La noticia de que estoy vivo ya está recorriendo la *dark web*. No tengo la menor duda de que fue el *naslednik* quien lo ha revelado. Es el único que tiene motivos para ello, no pensé que haría este movimiento tan rápido. Los que saben de mi existencia, a excepción de él, no tienen ningún interés en que se haga pública esta información. Me sirven, y mientras les siga pagando religiosamente harán lo que yo mande. El dinero es lo único que les interesa.

Pero ahora es cuestión de horas que Mijaíl me descubra, y ahí sí las cosas se pondrán feas para mí. Busco en la *dark web* si hay

información sobre en qué país me oculto. En caso de que eso se sepa, mi única oportunidad es abandonar Japón cuanto antes, y mi hijo vendrá conmigo, respecto a eso no hay negociación que valga. Ya perdí demasiado tiempo de estar con él.

Después de una revisión superficial, respiro algo aliviado. Podría ser mucho peor, pero se trata solo de uno de sus juegos amenazantes. Ha enviado un virus simple de los miles que aparecen diariamente en la red. Es tan burdo que pocas personas darán crédito a la información, y eso me da tiempo. Contacto con unos hackers que me ayudan, somos eficaces y lo eliminamos todo, pero me dejan claro que ganaré algunas horas o días, con mucha suerte puede que unas semanas, hasta que descubran lo que hicimos y vuelvan a subir la información. Estoy seguro de que cuando eso ocurra no será solo el anuncio de que estoy vivo, también pondrán precio a mi cabeza.

El *nasljednik* no me dejará ir así de fácilmente. Cuando me salvó, dejó claro que la única manera de dejar de servirlo es una vez muerto. Seguiría trabajando con él si no se hubiese metido con la mujer que amaba y madre de mi hijo. No diré que no es bueno en lo suyo, prueba de ello es que nadie conoce su identidad, pero su éxito consiste en eso. El día que se revele su nombre, todos los que fueron y aun son marionetas en sus manos van a ir detrás de su cabeza para cobrar venganza. Tiene una estructura monstruosa y dispone de mucho capital, sin embargo, el mejor informático es Misha, y a ese lo tiene Mijaíl. Por eso trataré de mantenerlo con la boca cerrada si no quiere ver a toda su familia aniquilada. Con el tiempo en mi contra, voy a jugar la única baza que tengo a mi favor. Para mi suerte y desgracia de Misha, conozco a gente hasta en el infierno, personas que por dinero son capaces de todo, así que enviaré a alguien a vigilar a su familia. Cuando empiece a ser un problema, le remitiré unas bonitas fotos para que se olvide de cualquier mala idea que pudiera tener.

Dejo esto a un lado y empiezo a mirar casas en las afueras de Tokio, no quiero vecinos husmeando en mis cosas. Busco casas grandes, alejada de vecinos, con muros altos, segura para niños

pequeños, y a los diez minutos quiero arrancarme los ojos. Esto de buscar casa es horrible. Si a eso le añades que sea adecuada para un niño, más todavía. Hay muchos parámetros a considerar. Pueden hacerse daño con básicamente todo. Google da demasiada información, si preguntas a una IA puedes volverte loco.

No lo aguanto más, voy a dejar esto por ahora. Miraré a ver si Sasha ya ha llevado a Leonid al colegio, será ella quien se encargue de encontrar la casa perfecta para nuestro hijo. Esto es cosa de mujeres, para nosotros los hombres con que tenga cuatro paredes y una cama para dormir es suficiente.

No hay conexión. Salgo y vuelvo a entrar, miro en el ordenador central y nada. «Hija de puta». Me ha descubierto y me ha echado del sistema. Tecleo como un loco para restablecer la conexión, pero nada. Entro en la central de la alarma y veo que la ha apagado. La voy a matar. Salto a la parte delantera de la caravana, me pongo detrás del volante y arranco. Conduzco por encima del límite establecido pero no tengo cabeza para pensar en las consecuencias si la policía me pilla, lo único en lo que pienso es en llegar hasta ellos. Se acabó, entraré en su casa y me los llevaré conmigo como sea. Con lo que ha hecho, acaba de eliminar la oportunidad que iba a darle de escoger si se quedaba o venía con nosotros. Leonid es un niño con sangre de la *bratva*, lo superará, ya lo entretendré con algo. En cuanto a su madre, la voy a matar. Piso fondo en el acelerador, esta mierda de vehículo no da más de sí. Marco su número y va directo al buzón de voz. «Sasha, corre porque voy a por ti».

Entro en su calle despacio por ser una zona residencial. Nada más girar la esquina, me percato de lo que está ocurriendo. No puedo dejar que se los lleven, si vuelven a Rusia puede que nunca más vuelva a ver mi hijo. Paso delante de su casa a muy poca velocidad, no pude mirar hacia dentro porque llamaría la atención de los hombres que la están vigilando. Conté seis, pero seguro que hay más esparcidos por el perímetro. Solo me queda esperar. Aparco al final de la calle y me quedo en el coche aguardando. Seguro que esta arpía se enteró de que vienen a por ella y está preparándose

para recibirlos. Reviso mis Glock y me las pongo en la cintura, me meto en el bolsillo del pantalón dos granadas y dejo una mini ametralladora en el asiento del pasajero. El que intente entrar aquí por las malas será el primero en morir, da igual que sea de la *bratva* o de la Yakuza.

Pasan las horas sin que haya movimiento en la casa, no dejan de llegar hombres a vigilarla. Si supiera que tengo al menos una posibilidad de éxito entraría a rescatarlos, pero esto se está transformando en una ratonera. Intentar entrar ahí sería un suicidio. Tienen nada menos que a diecisiete hombres para vigilar a una mujer y a un niño, es una locura.

Me agacho al ver Mijaíl y Alexei llegar. No saludan a nadie, entran directos a por su hermana. Quiero pensar que ella no está en la casa, porque si está, mi muerte será antes de lo previsto. Nada en el mundo me impedirá conocer a mi hijo aunque eso sea lo último que haga.

Tardan demasiado ahí dentro y pierdo la paciencia. Me matarán, pero llegaré hasta ellos como sea. Que por lo menos Leonid me vea una vez en su vida. Cojo la ametralladora, bajo del coche y me dispongo a avanzar. Pero no he dado ni dos pasos cuando un fuerte ruido hace que mire en dirección a la casa. Una nube de humo sube hacia el cielo. Hay gente corriendo de un lado a otro y yo sonrío al comprender lo que ha sucedido. Estoy más que feliz, estoy pletórico, porque Sasha ha logrado salir de la casa con nuestro hijo. La pregunta ahora es, ¿dónde han ido?

Capítulo 37

Sasha

Akiko transportó hasta su casa con una carretilla las bolsas que habíamos lanzado previamente al pasadizo, y allí las acomodó en su coche con el fin de evitar que me mueva de un lado a otro por su residencia y llame la atención de sus vecinos. Al no tener que preocuparme de eso, Leonid y yo fuimos jugando el kilómetro y medio que separa mi vivienda de la de ella. Se lo pasó en grande en el pasadizo. Es competitivo y lo dio todo para ganar. No hace más que repetir que me vencerá para que cumpla mi promesa. Conociéndole, sé lo que me va a pedir, pero esa es una batalla para otro momento. Lo importante es que mi hijo llegue a la casa de Akiko con una sonrisa en los labios.

No tengo problemas para salir de la casa, en cuanto ella está en lo que un día fue mi hogar con una peluca rubia, yo salgo de la suya aparentando ser morena. Leonid parece saber que necesito su cooperación, aun estando en contra de este cambio hace las preguntas de manera comprensiva. No le ilusiona salir en el modesto coche de Akiko. Pregunta por qué no vamos en el nuestro. Le miento. Me da pena hacerlo, en menos de veinticuatro horas le he mentido varias veces. Le digo que nuestro coche se rompió. Pongo música infantil y me pide que la quite, alegando que es «la música de su enemigo». Me asusto al oírlo decir tal cosa. Yo nunca he hablado así delante de él.

—¿Dónde escuchaste esa palabra? —pregunto.

—Kiro me lo dice siempre. —Esta es una de las pocas cosas que no voy a echar de menos, la escuela de mi hijo. La convivencia allí se estaba volviendo cada vez más difícil para él. Kiro hizo de meterse

con mi hijo su juego favorito, y yo no podía hacer nada aparte de reportarlo a la maestra.

Después de casi cuatro horas en la carretera, paro en un hotel para darnos una ducha, dar de comer a mi hijo y descansar un poco. Intento contactar con Lev y no lo consigo, seguramente está reunido y no tiene el móvil encendido. Necesitaba oír su voz. Me sorprende lo mucho que cambiaron las cosas entre nosotros después de que saliera de la clínica.

Vuelvo a la carretera y seguimos con nuestro viaje, cuanto antes lleguemos al destino más seguros estaremos. Conduzco durante más de cuatro horas hasta que al fin nos encontramos a pocos minutos de llegar al que será nuestro nuevo hogar. Toca volver a empezar. No tengo la menor idea de cómo estará mi reputación en la *dark web*, no sé cómo se habrá tomado el jefe la gran confusión que he montado y la chapuza de trabajo que hice la última vez. Abrazo el volante y apoyo mi cabeza sobre él. Será solo un segundo de compasión conmigo misma.

Llegamos entrada la noche a la que va a ser nuestra nueva residencia. Los grandes y pesados portones se abren, mostrándome la enorme construcción que hay detrás. Es una casa digna de una Popov, sin embargo, no es lo que deseaba para mi hijo. Aquí todo está proyectado para hacer vida de niño sobreprotegido. Meto el coche en el garaje y bajo a Leonid, que mira la casa con la boca abierta. Es mucho más grande que la anterior: aquí tenemos una pequeña finca, un parque con varios columpios para que juegue, piscina y un perro. Todo para enamorar a un niño, todo pensado para no traumatizarlo por el cambio repentino. La pareja encargada del cuidado de la casa sabía que estábamos de camino y lo preparó todo para nuestra llegada.

—Mamá, ¿qué lugar es este?

—¿Te gusta?

Él abre la boca para contestar y se calla al ver venir corriendo en nuestra dirección una Spitz japonesa, una perrita adorable. Le

encantan los niños y es muy juguetona, ideal para hacer compañía a Leonid hasta que pueda regularizar su asistencia a un nuevo colegio.

—¡Un perrito! ¡Bájame, bájame! —pide, debatiéndose entre mis brazos para que le deje en el suelo. Esta era la reacción que esperaba. Por lo menos una cosa salió bien en este día de mierda.

Indico a los caseros que saquen las bolsas del coche y sigo a mi hijo, que ya se enamoró de Shiara; la perra juega con él en el césped, tirando de su camiseta mientras él grita riéndose que pare. Al ver que está bien, me pongo a trabajar. Primero cambio la tarjeta del móvil para llamar a Akiko, necesito saber cómo van las cosas por allí. Mis hermanos todavía no llegaron, pero sé que mi casa a estas horas estará siendo vigilada por todas las esquinas y tengo miedo de que alguno de los hombres se pase de listo, entre en mi casa y hagan daño a mi amiga.

—¿Cómo van las cosas por ahí? —pregunto en cuanto ella descuelga.

—Creo que acaban de llegar, un coche lujoso se ha detenido frente a la casa.

—Corre al baño y deshazte del móvil, ya.

Lamento haber tenido que desactivar el sistema de videovigilancia que Lev había instalado en mi domicilio. El creía que no lo sabía, pero lo supe desde el momento en que pasaron el primer cable. No dije nada porque sé que su mayor preocupación es nuestra seguridad.

Con tantas cosas como están pasando, me olvidé de la visita de Vladimir ayer por la noche y me apresuro a entrar en la nube del sistema de vigilancia para borrar las imágenes antes de que Lev las vea. La curiosidad puede más y abro la carpeta para ver cómo entró en mi casa. Desde que descubrí que estaba vivo, sabía que entraría cuando quisiera, que mi seguridad no sería suficiente para mantenerlo alejado. Mi corazón se acelera al verlo pararse delante de la puerta de mi hijo, ser testigo de cómo lo mira y lo acaricia no me gusta. Vladimir, al salir coge un juguete y lo guarda con él. No

puedo ver hasta el final, no quiero arriesgarme a que Lev descubra estas imágenes. Guardo la parte donde entra en la habitación de Leonid en un *pendrive* y borro el resto. Luego voy al salón, donde mi hijo sigue jugando con la perrita.

—Mamá ¿de quién es? —dice en referencia al animal.

—¿La quieres?

—¡Sí!

—Entonces es tuya, se llama Shiara. —Me acerco y lo abrazo.

Cada paso que doy es por su bien. Le doy un beso en la cabeza, hago una seña a los cuidadores de la casa para que lo vigilen y vuelvo al despacho a hacer algo que me dolerá toda la vida. Vuelvo a abrir el portátil y me quedo esperando la señal de Akiko, una solitaria lágrima se desliza por mis ojos. Con el simple pulsar de una tecla, se borrarán cuatro años de recuerdos. Tenemos fotografías de todo, pero Leonid ya no podrá entrar a su habitación ni acostarse en la cama que eligió y ayudó a pintar. Cada imperfección en la pintura representaba un recuerdo suyo, cubierto de tinta, mientras reía junto a su tío y a mí. No volverá a jugar con los juguetes que quedaron atrás, ni a sentarse sobre la alfombra donde gateó y dio sus primeros pasos, la que amortiguó sus caídas. No me tenía por una persona sentimental y mira por dónde aquí estoy, añorando una casa.

Me llega la señal al ordenador. Cierro los ojos y presiono el botón de *enter*. Se acabó. Todo lo que fuimos ya no existe. Ahora soy una sin nombre y quiero permanecer así por un tiempo. Lo necesito.



Han pasado poco más de tres semanas desde que estamos aquí. Leonid ni siquiera pregunta por la otra casa. Apenas hace unos días comencé a tener contacto con Lev, que no hace más que preguntar

dónde estamos; quiere venir a vernos. Quiero darle la dirección, decirle que venga, lo echamos de menos. Los primeros días, aun con toda la novedad de la casa, mi hijo preguntaba por él constantemente. Intenté ponerme en contacto con él y no lo conseguí. La preocupación me consumía. Solo volví a estar tranquila cuando oí su voz.

Me pidió un millón de disculpas y me explicó el motivo por el cual había estado desaparecido: su padre cometió un error, un mal movimiento. Lo tomaron como moneda de cambio y lo retuvieron durante veinte días, torturándolo para presionar a su padre a pagar lo que debía. No quiso dejarme verlo. Después de tantos días en manos de torturadores, pocos salen en pie. Lev dijo que lo único que le dio fuerzas para no rendirse, hasta que su padre reunió la cantidad exigida, fue pensar en nosotros. En volver. En estar juntos.

Cuando me pidió la dirección no se la di, le pedí que me dejara verlo primero para asegurarme de que está bien. No quiero que Leonid lo vea lesionado. La sola mención del nombre de mi hijo hizo que él mismo dijera que era mejor esperar unos días más. No sé cómo voy a manejarlo cuando ya no pueda usar esa excusa. Aquí, en Rusia, él está más seguro. No sé cuánto poder tiene Vladimir, y no quiero ponerlo en peligro.

Hace dos semanas volví a entrar en la *dark web* para contactar con el *naslednik*. Aun con el miedo en el cuerpo, sé que tengo que volver a la normalidad. Lo contacté y respondió a los pocos minutos. Me habló como si nada hubiese pasado. Dijo que Lev estaba bien. Me mintió, pero ¿qué puedo hacer contra alguien a quien ni siquiera conozco? Le dije que me tomaría unas vacaciones y solo respondió que, cuando estuviera lista para volver al trabajo, lo contactara.



Hoy es el primer día de clases de Leonid. Fue más fácil de lo que pensaba hacerlo aceptar su nuevo apellido. No cambié su primer nombre; eso habría sido demasiado. Sí, es arriesgado, pero no voy a trastocar la identidad de mi hijo solo por escapar de mis hermanos. El precio a pagar por seguir aquí sería demasiado alto si Leonid empezara a perderse a sí mismo.

—Mamá, voy a presentarme así: «Hola, soy Leonid Bykov».

Me río y voy detrás de mi pequeño, que camina al lado de Shiara, quien no le quita los ojos de encima. A diferencia del colegio anterior, este es pequeño, un colegio de pueblo. Espero que aquí construya buenos recuerdos.

Al llegar a la puerta de la escuela, Leonid se pone a mi lado y agarra mi mano. Es en estos momentos cuando las madres deben demostrar fortaleza. Me muero de ganas de cogerlo en brazos y alejarlo de aquí, de este lugar que le causa inseguridad.

—Este cole parece muy chulo. ¡Mira cuántos columpios y juegos hay para que lo pases bien con tus nuevos amigos!

—Quiero volver a casa… —dice en un susurro apenas audible, pero lo he oído.

—¿Por qué? Venías por el camino tan contento.

—Hay un niño que se parece a Kiro y no quiero ser su amigo.

—Si no quieres ser su amigo, no lo seas. Nadie puede obligarte a ser amigo de nadie. Pero tú tampoco puedes juzgar al niño sin conocerlo. ¿Y qué si se parece a Kiro?

—Hola, ¿quieres jugar? —pregunta una niña.

Leonid niega con la cabeza y ella se aleja. Estoy a punto de llorar. Si me dice una sola cosa más, la más mínima, me lo llevo conmigo de vuelta a casa.

—Eh, ¿qué te pasa, colega?

No me atrevo a mirar hacia atrás. No puede ser. Sabía que esto iba a pasar, pero no tan pronto. ¡Hace solo un mes que nos fuimos!

—Mamá, ¿quién es este hombre? —pregunta Leonid, desconfiado pero curioso—. Habla igual que nosotros.

—Sí, mamá, dile quién es este hombre —dice Vladimir, poniéndose a mi lado.

—Es un amigo de mamá —respondo. Intento parecer entera.

—¿Igual que papá Lev era antes de ser tu novio?

Vladimir me mira, pasa la mano por mi cintura y me pellizca con tanta fuerza que me muerdo la lengua para no soltar un quejido. Leonid no deja de mirarnos de uno a otro.

—Contesta —ordena entre dientes.

¿Cómo demonios voy a contestar a eso? Mi hijo es lo que más quiero, pero acaba de meterme en un gran problema. Cualquier cosa que diga no será válida para Vladimir. Leonid, ajeno a los problemas que estoy por enfrentar, tira de mi mano exigiendo una respuesta. Es buen hijo de su padre.

Ojalá este momento no hubiera llegado nunca, pero es hora de agachar la cabeza. Si no estuviera convaleciente, la cosa sería distinta. Él es un hombre de la *bratva*, está acostumbrado a tener siempre el mando, y no me conviene enfrentarme a él ahora.

—Lo conozco desde antes que al tío Lev —Vladimir vuelve a pellizcarme, obligándome a concretar la respuesta—. Él fue muy especial en la vida de mamá... hasta que un día se fue a Japón y no volví a saber de él.

Cambié el curso de mi frase en el último momento. Lo que iba a decir era: «hasta que un día me traicionó».

—Si estaba en Japón, ¿por qué no vino a vernos antes?

—Hijo, es hora de entrar al colegio —digo interrumpiéndolo—. Todos tus compañeros ya están en clase.

—No quiero ir —insiste el pequeño.

—¿Y eso por qué? —pregunta Vladimir, agachándose a su altura.

—Porque soy diferente, y Kiro se metía conmigo por eso... y porque no tenía papá.

Los puños de Vladimir se cierran con tal fuerza que, si tuviera algo en las manos, lo habría destrozado.

—Pero no pasa nada. Mira, yo también soy diferente. Y me encanta.

Vladimir se quita la coleta y deja caer su pelo sobre los hombros. Tiene más melena que yo, y mejor cuidada.

—¡Ala, qué largo! El mío no es tan grande. Mira.

Se gira y enseña su cabello, que le llega a la altura del cuello. Quien vea la cara de Vladimir en este momento no se imaginaría jamás que es un asesino, un hijo de puta traidor. Estoy tan ensimismada admirando la interacción entre padre e hijo que, cuando vuelvo en mí, los veo caminando de la mano en dirección a la puerta del aula. Voy tras ellos, aturdida.

Al entrar, mi pequeño se presenta, aún de la mano de su padre.

—¡Hola! Mi nombre es Leonid Bykov.

Quiero que la tierra me trague. Vladimir tiene una sonrisa triunfal en los labios. No me lo puedo creer: el hombre más frío que conozco está sonriendo a dos docenas de niños. La profesora viene a buscar a mi hijo, que la sigue con una seguridad que no tengo ni idea de dónde salió. Se gira, nos dice adiós con la mano, y la puerta se cierra en nuestras narices, dejándome sola con mi verdugo.

—Tú, ven conmigo —me espeta.

Podría gritar, pero no me serviría de nada. Nada le va a impedir llevarme con él a donde quiera. Le sigo, pero no vamos muy lejos: a unos pocos metros del colegio esta aparcada una Nissan Caravan Mountain. Abre la puerta del copiloto.

—Entra y no hagas más estupideces —dice apuntándome con el dedo—. ¿A qué hora sale Leonid del colegio?

—Eres el mejor rastreador. Descúbrelo —digo, asustada pero aún rebelde.

—¿De verdad quieres ir por ese camino? —me dice con mirada amenazante.

—A las cuatro —contesto, reconociendo mi derrota.

Da la vuelta al vehículo, se pone detrás del volante y arranca.

Capítulo 38

León

Al darme cuenta de que Sasha está huyendo de sus hermanos y no de mí, me relajo y me permito admirar el espectáculo. Por ahora, no voy a ir detrás de ella. Aprovecharé que Mijaíl y Alexei están fuera de Rusia y me pondré a «negociar» con Misha. Facilita mucho las cosas conocerlo. Fue extremadamente fácil conseguir las fotos de su familia viviendo sus vidas felices y tranquilas. A las cuatro horas de encargarlas, ya las tenía en mis manos. Si tuviera corazón y fuera sentimental, me apenaría por él, por lo bien que siguieron adelante sin él.

Fue más fácil de lo que esperaba. En cuestión de segundos respondió mi llamada, y llegamos rápido al acuerdo: él me ayudaría a eliminar las informaciones sobre mí que circulan en la *dark web* y yo me mantendría alejado de su familia.

Solucionado esto, tocó hacer guardia frente al aeropuerto. No fue difícil averiguar qué día y a qué hora volvería Lev a Japón para encontrarse con Sasha. Este hombre es una vergüenza para la *bratva*. Lo tengo localizado antes de que salga de la zona de desembarque y él ni se da cuenta de mi presencia. Lo sigo hasta la zona de taxis y, a punta de pistola, lo «invito» a seguirme. Si hay alguien que puede llevarme hasta Sasha, ese es él. No dice nada, no se pone a lloriquear, y eso me causa satisfacción. Sacarle información será más divertido.

Lo conduzco a la furgoneta que alquilé especialmente para transportarlo. Es de carga, lo que ayuda a pasar desapercibido ante las autoridades.

—Voy a sentarte delante conmigo. Si haces cualquier tontería, eres hombre muerto.

No puedo asumir más riesgos. En las inmediaciones del aeropuerto hay demasiadas cámaras. Por eso lo llevo delante. Lo siento, trabo la puerta y me coloco en el asiento del conductor.

—¿Sabes quién soy?

—No. Solo sé que eres de Rusia —contesta sin girarse. Evita mirarme—. Si mi padre te debe algo, yo te pago.

La peluca, las gafas, la gorra y la barba hicieron un buen trabajo. Mi disfraz funcionó. Todavía no quiero que sepa quién soy, ese momento lo reservo para cuando lo mate.

—Tranquilo. Vamos a pasar un tiempo juntos. Ya habrá tiempo para un acuerdo.

Piso el acelerador, deseoso de llegar al local que tengo preparado para recibirlo. Desde que Sasha se fue con mi hijo, no deseo otra cosa que poner mis manos sobre el hombre que se atrevió a tocar lo que es mío.

Me alejo de la ciudad, detengo la furgoneta, le coloco un saco en la cabeza, lo arrastro fuera del asiento del copiloto, le ato pies y manos, le tapo la boca y lo lanzo en la parte trasera del vehículo.

—Repito: si haces cualquier tontería, eres hombre muerto.

Conduzco durante más de una hora hasta llegar al almacén abandonado que alquilé para esto. Encontrar una casa fue un martirio; odié cada segundo del proceso, tanto que aborté la misión. En cambio, encontrar una nave abandonada para traerlo sin llamar la atención de la Yakuza ha sido pan comido.

Lo saco del coche y lo conduzco al que será su nuevo hogar. De él depende por cuánto tiempo y si sale de él con vida. Tendrá que poner mucho de su parte para lograrlo porque desde el primer momento en que lo vi junto a Sasha, quise matarlo.

Con un portazo, nos encerramos en la habitación que acondicioné para él. Lo presiono contra una esquina de la pared y hablo,

modulando la voz con ayuda de un aparato.

—Contesta a mis preguntas y no hagas ninguna tontería, o será tu fin.

Cojo el taladro y lo enciendo cerca de su cara. El ruido lo sobresalta y lo hace alejar el rostro. Juego un poco, acercando y alejando el sonido a su bonito rostro. El juego pierde la gracia cuando deja de tener miedo y ni se mueve. Me sorprende y, a la vez, me anima. No sale ni un susurro de su boca.

Paso a la siguiente fase de mi plan. Arrastro una silla de metal hasta el centro del lugar y la atornillo al suelo para que no se suelte fácilmente. Lo conduzco hasta ella, lo siento, lo ato de pies y manos y comienzo con la primera fase del plan.

Salgo sin hacerle una sola pregunta, sin agredirlo. Lo dejo atado en medio de la habitación, preguntándose qué está pasando. Se quedará así por veinticuatro horas. El silencio extremo, sin saber qué ocurre a su alrededor, puede volver loco a cualquiera.

Exactamente a las veinticuatro horas, justo a su lado, empieza a caer una gota en intervalos alternos. Él no se mueve. Estoy en la habitación de al lado. Lleva casi dos días y no ha abierto la boca. Kozlov se está ganando algo de mi respeto. Lo tenía por un blando.

Al tercer día aparecen los primeros signos de cansancio. Fue sutil, pero lo vi. La señal que esperaba llega: da una cabezada, vencido por el sueño. Entonces, comienza a sonar música rock a todo volumen. Cada vez que se duerme, vuelvo a conectar la música. Los primeros signos de desesperación aparecen. Se debate, intentando liberarse de las cuerdas, pero nunca lo logrará.

La música se alterna entre los ritmos más ruidosos y baladas suaves, ideales para dormir. Los intervalos de tiempo nunca son los mismos. Pueden pasar diez minutos sin que suene nada, tiempo suficiente para que el sueño gane fuerza y justo entonces, vuelve el estruendo.

—¿Dónde están la mujer y el niño? —pregunto desde detrás de él por primera vez. Llevamos aquí nada menos que cuatro días.

Tal como imaginé, no contesta. Le arrojo un cubo de agua helada y conecto electrodos a la silla. Aprieto el botón y la primera descarga atraviesa su cuerpo.

—¿Dónde están?

—¡Vete al infierno! ¡No diré una mierda!

Subo el voltaje y aprieto el botón hasta el fondo, sin perderlo de vista, mirando con satisfacción cómo su cuerpo tiembla sobre la silla. Tiene los dientes tan apretados que, si no corto la corriente, se los va a romper. Quito el dedo del botón y su cabeza cae a un lado, sin fuerza. Se ha desmayado.

Le arrojo otro cubo de agua. Me gustaría usar algo más sofisticado, pero no tuve mucho tiempo para organizar todo esto. Aumento la descarga casi al máximo y él no dice nada. Me obligo a marcharme. Si me quedo aquí, lo mato.

Vuelvo al día siguiente.

—Hora de despertar. Empecemos de nuevo, a ver si hoy nos entendemos. ¿Dónde están?

Sus labios están agrietados. Ha perdido peso y se ve agotado. No tiene nada del hombre que até a esta silla hace seis días.

—No sé a quién buscas.

Esto se está poniendo más interesante. Por lo menos, ya no es el valentón que me desafía. Ahora hemos entrado en la fase en la que intenta mentirme. Lástima que no me crea ni una sola de sus palabras.

—Te voy a aclarar la mente: Mujer rusa, rubia, madre de un niño igualmente rubio, de unos cuatro años, que casualmente te llama «padre».

—Puedes matarme ya. Jamás te diré dónde están.

Retiro lo que dije sobre que Kozlov es un blando. Es *bratva* de pies a cabeza. Es una pena porque, una vez me conduzca hasta Sasha y Leonid, lo mataré. Aunque, como consideración por su lealtad hacia lo que es mío, le daré una muerte rápida.

Pasan los días y él, fiel a su palabra, no dice nada. Al menos logro romperlo físicamente: grita por el dolor de los puñetazos y los múltiples cortes que le hago. Disfruto viéndolo sufrir. Quiero escucharlo suplicar por su vida, pero no lo hace, y cada vez que pregunto por Sasha y mi hijo, se calla. Hasta sus gritos cesan.

Al decimoséptimo día, se desmaya y tarda más de lo normal en volver en sí. Es la señal de que está al límite. Seguir significaría matarlo, y aún no es el momento. Le suelto las manos y los pies, dejo la puerta abierta con sus pertenencias dentro y me alejo de la nave.

Puedo reconocer cuando un hombre está decidido a entregar su vida antes que delatar a quien quiere proteger y ahora sé que Kozlov no dirá nada, así que usaré otra táctica.

Mientras lo tenía retenido, descubrí dónde se aloja cuando no está en casa de Sasha e hice una visita al lugar. Tal como imaginaba, hay docenas de móviles desechables. Me tomé el tiempo de pinchar todos y cada uno de ellos. Sé que, cuando salga de aquí, lo primero que hará será ponerse en contacto con ella.

También me llevé de su casa una foto de mi hijo. Me enfurecí al comprobar que tiene registrado cada segundo de su vida. Sasha no mintió cuando dijo que estuvo junto a ellos en todo momento.



Al contrario de lo que pensé que haría, Sasha no fue la primera ni la segunda persona a quien llamó Kozlov.

El primer número que marcó lo conozco bien: durante años de mi vida fue casi el único con quien tuve contacto. La conversación entre ellos fue corta; no me dio tiempo a descubrir cuál es el interés del *naslednik* en Kozlov. La segunda llamada fue a una mujer. No dijo nada aparte de que no se preocupara, que estaba bien y que la

llamaría más adelante, y colgó. Solo entonces llamó a Sasha. Con ella estuvo varios minutos al teléfono: le contó medias verdades, le ahorró los detalles e insistió numerosas veces en saber dónde se encuentran, sin éxito. Por su comportamiento, compruebo que es cierto que Kozlov no conoce su paradero. Como es la primera vez que hablan en mucho tiempo, es normal que ella reaccione así.

Al décimo día de escuchar cómo se le declara a Sasha, y ver cómo ella se comporta como una colegiala, mi odio hacia ellos aumenta aún más. Finalmente, logro localizar el área desde donde Sasha habla. Por más que lo intento, no consigo su localización en tiempo real, pero saber el área facilita las cosas. Se fugó con un niño: por más que intente pasar desapercibida, los niños —principalmente Leonid, que está acostumbrado a una vida normal— tienen que ir al colegio, al médico, salir a la calle…

Buscando una aguja en un pajar, empiezo a entrar en los sistemas informáticos de las administraciones públicas de la zona y busco a Leonid. Su nombre, si Sasha no se lo ha cambiado, será el que me revele su ubicación.

No me llevó mucho tiempo descubrir el colegio donde lo matriculó. En toda la geografía del lugar era el único niño con ese nombre. De inmediato, organizo mi partida. Están a ocho horas de Tokio.



—Eh, ¿qué te pasa, colega?

La satisfacción que siento al percibir el miedo de Sasha es casi comparable a un orgasmo. Escuché toda la conversación entre ella y el pequeño, y me digo a mí mismo que mi hijo no va a ser intimidado por otros niños. Su padre le enseñará a poner a cada uno en su sitio.

—Mamá, ¿quién es este hombre? Habla igual que nosotros.

—Sí, mamá, dile quién es este hombre —la incito, ya que no reacciona. Ha perdido el color. Me siento menospreciado. ¿De verdad creyó que no los encontraría?

Mi hijo es el mejor: acaba de poner a su madre en mis manos para que empiece un nuevo juego, el definitivo, donde ella será la perdedora.

—Es un amigo de mamá —responde. Chica lista, una respuesta genérica. Sabe que no voy a exigir más delante del pequeño, ya que le dejé claro en su casa que no quiero trastocar la vida del niño. No estoy disfrutando esto de ser comprensivo.

—¿Igual que el papá Lev era antes de ser tu novio?

Hasta aquí hemos llegado. Paso mi brazo por su cintura y aprieto, con intención de causarle el mayor daño posible. Después de todas estas semanas, sus costillas ya no duelen tanto, pero le molestará. Hago más presión en la zona. No contento, pellizco un buen trozo de carne entre mis dedos. Su cuerpo se tensa como las cuerdas de una guitarra. Muy bien. Le está doliendo. El juego ha empezado, y esto es solo el comienzo.

—Contesta.

—Mamá lo conoce desde antes que al tío Lev. —Vuelvo a pellizcarla. Se acabaron las respuestas genéricas—. Él era muy especial en la vida de mamá, hasta que un día… se fue a Japón y no volvimos a saber de él.

—Si estaba en Japón, ¿por qué no vino a vernos antes?

«Si hubiera sabido de tu existencia antes, no habría fuerza en la Tierra que me impidiera acercarme a ti y cumplir mi papel como padre. Habría estado a tu lado».

—Hijo, es hora de entrar al colegio —dice ella, tensa—. Todos tus compañeros ya están en clase.

—No quiero ir.

—¿Y eso por qué? —pregunto agachándome a su altura. Estamos en tierra Yakuza, pero él es un Popov. Aunque su tío intente matarme, él es su sangre, y le enseñaré a comportarse en consecuencia a su estatus.

—Porque soy diferente y Kiro se metía conmigo por eso... y porque no tenía papá.

No sé cuál de los dos motivos me afectó más, pero esto se acaba aquí y ahora.

—Mira, yo también soy diferente. Y me encanta. —Quito la goma con la que me recojo el pelo y lo dejo caer sobre mis hombros.

—¡Hala, qué largo! El mío no es tan grande. Mira —sonríe mientras mueve su cabello, que apenas le llega a la nuca. Es increíble lo mucho que se parece a mí cuando tenía su edad. Crecí con el peso de la responsabilidad de proteger impreso en el ADN, pero nunca lo sentí tan fuertemente como con él. Su madre es una mujer con suerte: por él, su vida será un poco menos desgraciada.

Le despeino y le ofrezco la mano. La coge sin pensarlo. Me levanto y, juntos, caminamos en dirección a su clase. Sus compañeros, que ya están sentados, nos miran. Me agacho y le hablo:

—No debes tener miedo a nadie. Si alguien te hace daño, me lo dices y juntos lo solucionaremos. Ahora diles quién eres. Sé que eres un buen niño.

Me enorgullece cómo estira su pequeño pecho y mira al frente.

—¡Hola! Mi nombre es Leonid Bykov.

Escucharlo decir mi apellido detrás de su nombre me obliga a mirar en dirección a la mujer que está a unos pasos detrás de nosotros. Los niños lo reciben con una calurosa bienvenida. La misma niña que lo buscó para jugar se encarga de conducirlo a su pupitre. Le digo adiós y salgo.

—Tú, ven conmigo. —La agarro por el brazo y la arrastro en dirección a mi caravana.

—No hagas más estupideces —le advierto, furioso. El pequeño parece ser un niño adorable y me perdí casi cuatro años de su vida. Cuatro años que disfrutó otro en mi lugar—. ¿A qué hora sale Leonid del colegio?

—Eres el mejor rastreador, descúbrelo tú —espeta ella, rebelde.

Aprieto mi agarre en su brazo y la miro a los ojos.

—¿De verdad quieres ir por este camino?

—A las cuatro —contesta al ver que no es un buen momento para desafiarme.

La empujo para que se acomode en el asiento del copiloto, abrocho su cinturón y voy a sentarme detrás del volante.

Capítulo 39

Leon

No tengo idea de adónde nos dirigimos. No puedo presumir de conocer Japón tan bien como conozco Rusia. He visitado el país en varias ocasiones, siempre por motivos laborales, cumplía con las tareas asignadas y regresaba a mi lugar de origen sin disponer de tiempo para realizar viajes de ocio.

Conduzco sin rumbo. Necesito hacerlo para tranquilizarme, de lo contrario las cosas se saldrán de control. La conversación que voy a tener con Sasha será decisiva para su futuro, y lo que tengo que decirle debe hacerse lejos de los oídos de Leonid. La primera vez que oí la voz de mi hijo fue para escucharlo hablar de otro hombre, que ha estado haciendo el papel de su padre. Si descubre todo lo que pasa por mi cabeza con relación a su madre, me odiaría para el resto de su vida.

Por un lado, sé que no es culpa de Sasha que yo no haya estado presente en su vida. Las circunstancias son las que son, y nada podrá cambiar eso. Lo que no perdono es que haya permitido que otro hombre que no sea uno de sus tíos se hiciera cargo de su crianza y que el niño lo llamara «papá». Dijo que no estaba a favor de eso, pero no me lo creo. Ella es la madre, la autoridad. Si se lo hubiera prohibido se habría acabado el problema. Si él sigue haciéndolo es porque ella lo consiente. Además, sus hermanos la habrían apoyado y protegido si les hubiera dado la oportunidad. Sasha tomó todas las decisiones equivocadas que podía… y ha llegado la hora de pagar por ellas.

Siguiendo las señales de la carretera empiezo a subir una colina. Hace tiempo que lo único que tengo por delante es el asfalto negro

contrastando con el intenso verde que nos rodea. Desde que comencé a ascender, no me he cruzado con ningún vehículo. A los amantes de la naturaleza esto les encantaría. Yo, en cambio, solo quiero un lugar donde parar sin el riesgo de ser importunado. Pretendo ajustar cuentas con la madre de mi hijo, y si alguien me interrumpe, lo mataré.

Cuando ya comenzaba a desesperarme por no encontrar un lugar adecuado, veo el anuncio de un mirador. Piso a fondo para llegar cuanto antes. Ya he perdido demasiado tiempo conduciendo; tengo que volver a tiempo para recoger a Leonid a la escuela. A partir de hoy, eso será una prioridad. No recuperaré los años perdidos, pero no dejaré pasar ninguna oportunidad de estar con él, a menos que sea algo que realmente no pueda esperar. Será mi manera de compensarlo por mi ausencia.

Detengo la caravana. Miro hacia el frente: solo hay verde y un despeñadero. Bajo, voy hasta la puerta del copiloto, la abro, agarro a Sasha por el brazo, la saco del vehículo a la fuerza y la arrastro hasta el borde del precipicio. Si la empujo ahora, nadie encontraría su cuerpo jamás.

Eso resolvería muchos de mis problemas. Misha no va a hacer pública la noticia de mi muerte, y Mijaíl no sabe que ya descubrí que tengo un hijo. Si la matara podría irme con Leonid, solos los dos por el mundo, sin los Popov detrás.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? —espeto, amenazador.

Sasha mira hacia abajo y se agarra de mi brazo con el miedo estampado en la cara.

—¡Por favor, no me mates! Nuestro hijo me necesita.

—No lo uses para salvarte. Te creía más valiente —la acuso.

—¡Es la verdad! ¡Soy todo lo que tiene! —insiste ella.

—Te engañas. Me tiene a mí.

Sasha vuelve a mirar hacia abajo, se desequilibra, sus pies resbalan y tengo que tirar fuerte de ella para que no se caiga. La

rabia que siento por no haberla dejado caer es tan grande que, de un tirón, la aparto del borde y la lanzo al suelo de grava. Camino hacia ella y veo cómo se aleja, arrastrándose por el suelo.

—Vamos a hablar —pide, asustada.

—Ya pasó el momento de las conversaciones.

—¿Por qué me tienes tanto odio? ¡Yo no te he hecho nada!

Con dos zancadas estoy sobre ella. La agarro del pelo y le grito en la cara:

—¡¿Cómo que no me hiciste nada?! ¡Mi hijo es mi viva imagen y no me reconoce!

—¡Es solo un niño! En poco tiempo ha pasado por muchos cambios. No puedo saber qué pasa por su cabecita, porque ni yo lo sé, pero te puedo asegurar que conectó contigo. —Esas palabras me hacen dudar un momento—. No deja que la gente interactúe con él como lo hizo contigo. Leonid es quien escoge con quién hace amistad.

—¡No quiero ser su amigo, quiero ser su padre! ¡Y tú me robaste ese derecho! —le grito de nuevo, sacudiéndola por el pelo.

La sangre empieza a manchar sus manos. Orgullosa, las mantiene apoyadas contra los guijarros, que, como cuchillas, le cortan la piel, todo con tal de mantenerse erguida delante de mí.

—¡Nadie te robó nada, estabas muerto! ¿Qué querías que hiciera? —me responde con furia.

—Este problema tiene fácil solución.

—¿Cuál? Dime, y lo haré. Lo único que me importa es la felicidad de mi hijo.

—Te puedo matar. Si tú mueres, Leonid solo me tendrá a mí, su verdadero padre.

—No serías capaz —espeta.

¿Cómo tiene los ovarios para desafiarme? ¿Se ha olvidado de quién soy, de lo que puedo hacerle? Que yo tenga sentimientos por

ella no apaga mi naturaleza dominante y asesina. Cojo mi arma y la apunto con ella. Sus ojos se abren, con el miedo brillando en sus pupilas. Va a decir algo, pero no le doy tiempo. Disparo a pocos centímetros de su cuerpo hasta que solo queda una bala en la recamara. Sasha acaba de hacerse un ovillo. Nunca la he visto así de indefensa. No es agradable verla así, pero espero que entienda de una vez que ya no está al mando y esta escena no tenga que repetirse.

—Juguemos. —Niega efusivamente al verme menear el arma que contiene una sola bala.

—¡Pídeme cualquier cosa menos esto!

Sé lo que está pasando por su cabeza. Cree que le voy a proponer jugar a la ruleta rusa. Aunque esto era lo que quería que creyera, yo jamás le propondría tal cosa.

—Tu oferta es tentadora. ¿Cualquier cosa?

—Sí.

—Quítate la ropa.

Sin demostrar flaqueza, mira a los lados, buscando presencias ajenas a nosotros. Estamos solos y empiezo a creer que esta carretera tiene algo raro, solo me he cruzado con un coche y de esto hace mucho.

—¿Qué te propones?

—Follarte. La primera vez que lo hice fue en un puto coche, no te vi desnuda, y la segunda en un burdel.

—¿De verdad eras tú jugando conmigo todo el tiempo? —pregunta, entre incrédula y furiosa.

—Resultó tan fácil que fue aburrido. —Miento, ella no necesita saber que fueron las dos mejores noches de sexo de mi vida—. ¿Me vas a dejar usarte, igual que en el burdel?

—No era un burdel.

—De lujo, pero un burdel al fin y al cabo. Te transformaste en la zorra de Kozlov, quiero ver lo que él disfruta.

—No te perdonaré en la vida por tratarme de esta manera —sisea.

—Como no vivirás mucho tiempo, me da igual. Anda, quítate la ropa. Y sin llantos.

Miro el reloj, llevamos dos horas y media fuera, pero ella no tiene idea de esto.

— ¿Vas a abusar de mí? ¿Ahora eres un violador?

—No. Te abrirás de piernas para mí por tu propia voluntad. La cosa va así de aquí en adelante: si quieres seguir al lado de mi hijo, te follaré cuando y como me dé la gana. Nos servirás a Leonid y a mí, vivirás para esto. Estarás con él, pero no te inmiscuirás en su educación. Si no estás de acuerdo, te mato aquí ahora mismo y me voy con él. Así de simple. ¿Cuál de las dos opciones escoges?

Sasha, sin derramar una sola lágrima, empieza a desnudarse, mirándome con odio. Está furiosa, puedo verlo en sus ojos, y lo estoy disfrutando. Es lo que se merece. Se quita el pantalón y la camisa y se queda en ropa interior. No es ropa para seducir, pero, aun así, me excito. Le hago un gesto con el arma para que se lo quite todo. Se lleva las manos a la parte trasera del sujetador, lo desabrocha y lo deja caer al suelo, dejándome ver sus pechos. Han cambiado mucho después de la maternidad. Quisiera preguntarle si amamantó a mi hijo, y, en caso de que lo hiciera, por cuánto tiempo. La imagen del niño alimentándose de ella viene a mi mente y siento celos. Sacudo la cabeza y le indico de nuevo con un gesto que se quite las bragas. Se deshace del último trozo de tela que cubre su cuerpo y, sin pudor y con mucho odio, me las tira a la cara. La última bala que había en la recámara acierta en el suelo a sus pies, ella salta hacia atrás y grita por el susto.

—La próxima vez que me faltes al respeto de esa manera, el disparo acertará en una parte no mortal de tu lindo cuerpo. Después de verte desnuda, estoy convencido de que serás una buena muñeca sexual.

Sasha, como la Popov que es, agarra un buen puñado de grava y me la lanza a la cara. Me lo tengo merecido, pero no se lo diré.

Camino hasta ella, la agarro por el cuello y la arrastro a la caravana. La empujo sobre la cama, abro las piernas y paso la lengua sobre su humedad, está tan cachonda como furiosa. Se retuerce, intentando huir, pero la sujeto fuerte por las piernas. Sigo chupándola y la humedad de su coño se hace más presente. Follo su canal con mi dedo buscando sus gemidos, su lucha por contenerlos es en vano. Se retuerce tanto con lo que le estoy haciendo que me cuesta seguir donde estoy.

—¿Quieres que pare? —Mis ataques sobre su sexo se vuelven más rápidos y salvajes, está casi corriéndose—. ¿Quieres que pare? —repito. Me alejo, y Sasha agarra mi cabeza y la mete entre sus piernas con un gruñido de rabia.

Este será el mejor trato que he firmado nunca.

Capítulo 40

Sasha

Exhalo profundo, intentando infundir algo de calma a mi atormentado cerebro, o el torbellino de pensamientos asesinos que tengo consumirán mi ser. Vladimir entró como una apisonadora en mí vida poniendo mi mundo boca abajo, destrozando la falsa paz que había construido con tanto esfuerzo.

No tengo tiempo de avergonzarme del sexo con él. Soy débil, pero con Vladimir es diferente. No quiero desearlo. Es la tercera vez que tenemos un encuentro sexual y en las tres ocasiones es clandestino y prohibido, y me acabo de probar a mí misma que eso es lo que me pone. Haré de eso mi arma: me entregare a él, ya que no hay posibilidad de un nosotros después de lo que me está haciendo. Con el único hombre con quien me veo viviendo una vida en pareja es Lev. Es imposible que ocurra, pero lucharé por ello, y si para eso tengo que ser puta, por mi hijo y por Lev lo seré. Ambos lo valen.

Me arrodillo en lo que él llama cama, no creo que esto soporte el peso de los dos. Gateo a su encuentro y veo la sorpresa en sus ojos. Cometiste un fallo, Vladimir. Dejaste a la vista su deseo por mí, y es con eso con lo que te derrotaré.

—Acepto —digo en un susurro—. Te serviré en la mesa y en la cama con tal de que no me alejes de mi hijo.

—Entonces muéstrame lo que has aprendido abriéndote de piernas por ahí —espeta. Mi voluntad es morder su polla con tanta fuerza hasta partirla, pero tengo las de perder, así que abro su pantalón y lo tomo en mi boca.

Vladimir sujeta mi cabeza y se hunde hasta el final de mi garganta. Me mantiene allí por unos segundos sin que pueda

respirar y me aparta, y luego repite tantas veces el movimiento que empiezo a atragantarme con mi propia saliva. No me quejo, tampoco lo golpeo o lo empujo, estoy segura de que esto le daría más placer. Aguanto hasta que él se rinde y se corre en mi boca. Me lo trago todo. Quisiera decir que no sentí nada, pero estaría mintiendo. Me alejo de él, apoyo mi cuerpo contra la caravana y lo llamo con un gesto.

—Dame un segundo a que me recomponga —dice jadeando.

—Creía que aguantabas más —espeto, burlona.

—¿De verdad crees que estás a mi altura? Sé a qué estás jugando, y vas a perder.

—Juego o no, aquí cada uno mira por sus intereses. Mira lo que tengo aquí para ti. —Abro mis piernas enseñándole mi sexo, paso el dedo entre mis pliegues y luego me lo llevo a la boca. Veo en sus ojos cómo se excita.

—Ven aquí. —Tira de mis piernas, me tumba y se cierne sobre mi cuerpo. No está del todo duro, pero lo suficiente para pasear la punta de su polla por mi coño y arrancarme gemidos.

—Te quiero dentro —le exijo. Esta vez no tengo riesgo de quedarme embarazada, uso el DIU.

Vladimir abre bien mis piernas e invade mi cuerpo. Sus movimientos se hacen veloces sin que yo tenga tiempo a participar de su baile, es él quien tiene el mando. No estoy acostumbrada a este tipo de sexo.

Su ritmo aumenta y sus gemidos son cada vez más altos. Intento tomar la iniciativa, cambiar de postura, pero me agarra del cuello y me inmoviliza.

—Eres mi juguete, no tienes permiso para divertirte —dice jadeando.

Los primeros chorros de su semen salen disparados dentro de mi cuerpo y sus gruñidos se hacen más audibles. Se vacía por completo

dentro de mí. Saciado, se levanta, se pone la ropa y se aleja. Lo veo acomodarse en el asiento del conductor, mirar hacia atrás y decir:

—Tienes treinta segundos para vestirte y sentarte aquí. Si para entonces no estás lista, iré solo a buscar a mi hijo.



Vladimir invadió mi casa haciéndola suya. Cada rincón, cada objeto, se pensó para crear un entorno acogedor y familiar para Leonid y para mí, para crear una nueva historia solo nuestra, pero está ocurriendo todo lo contrario. Mi hogar se está impregnando de recuerdos de una vida en la cual yo no soy parte. Desistí del juego de usar la presencia de Leonid para salirme con la mía. Delante de nuestro hijo, Vladimir concuerda con todo, de sus labios nunca sale la palabra «no». Pero una vez la puerta de la habitación de Leonid se cierra pago por cada una de mis intromisiones e insolencias.

Las decisiones que antes tomaba sola, ahora tengo que compartirlas con él, principalmente las referentes a Leonid. A los pocos días de estar aquí, ya conocía los gustos y manías del pequeño, que en ningún momento preguntó por qué Vladimir frecuenta nuestra casa, y que disfruta de su compañía, dejándome de lado.
Si quiero tener tiempo de calidad con Leonid, sin que se caiga dormido por el cansancio después de estar todo el día junto a Vladimir, tengo que seguirlos. Pasan juntos todo el tiempo libre, y la admiración que siente por su padre crece por segundos. No puedo ocultar mis celos.

Siento que lo estoy perdiendo, que las paredes se cierran sobre mí, amenazando con revelar cada secreto que he ocultado. En unas semanas celebraremos su cuarto cumpleaños. Es la primera vez en mi vida que deseo que no fuera tan listo y adelantado para su edad.

La presencia de Vladimir es como una sombra que se extiende por cada habitación, oscureciendo los rincones donde solía encontrar consuelo. Su paciencia en cuanto al tema de revelar su verdadera identidad al niño es cada vez menor. El nombre de Lev siempre sale a colación cuando están divirtiéndose. Las consecuencias, como siempre, las pago yo en la habitación. A veces las disfruto. Otras, las sufro.

Sus pasos por mi hogar son un eco constante que me recuerda que no hay escapatoria de la red de engaños y mentiras que yo misma tejí. Cada vez que Leonid me mira con esos ojos llenos de confianza, siento una punzada de culpa atravesar mi corazón. ¿Cómo puedo mirarlo a los ojos y seguir mintiéndole?

En algunas de las pocas ocasiones en que hemos estado a solas porque Vladimir tuvo que salir a resolver sus asuntos me ha preguntado por su padre… y me he callado. A veces pienso que lo sabe, pero tiene miedo de preguntar. Sé que es una tontería. Tiene casi cuatro años y temo perderlo. Pero la alternativa es aún más aterradora: decir la verdad y ver cómo la imagen de madre que construí, basada en la honestidad y la verdad, se desmorona ante sus ojos.

Las noches son las peores. Cuando la casa está en silencio y no hay nada que me distraiga, mi mente reproduce una y otra vez, como una película repetida, la realidad de mi situación.

Paso la mayor parte de mi tiempo libre calculando cada movimiento como si fuera una partida de ajedrez. Pero en este juego, las piezas son las emociones de Leonid y no puedo permitirme perder. Debo ser más astuta que nunca, anticipar los movimientos de Vladimir y asegurarme de que Leonid permanezca ajeno a la tormenta que se avecina. Cada día es una actuación distinta, manteniendo la fachada de normalidad mientras por dentro todo se desmorona.

Las visitas a la escuela se convirtieron en una interpretación teatral donde cada palabra y cada gesto están cuidadosamente calculados para no levantar sospechas. Y luego está Vladimir, con

sus susurros que son como cuchillos afilados, listos para cortar la delicada tela de mentiras en cualquier momento.
Pero, en medio de este caos, hay momentos en los que juega con mi cuerpo como si fuera de su propiedad.

—Nos iremos a Tokio —afirma Vladimir una tarde. Él nunca consulta ni pide opinión.

—Vete tú. Leonid no puede perder clase.

—Será solo un día. Y quítate de la cabeza la idea de quedarte aquí sola con mi hijo. Si no quieres ir, te puedes quedar, pero el niño viene conmigo.

Estamos a ocho horas de Tokio. Ocho horas de ida y ocho de vuelta, más el día completo allí. En total, serán tres días fuera, tres días de clases perdidas.
¿Me va a servir de algo intentar dialogar? No. ¿Voy a callarme? Tampoco.
Si voy a perder, perderé luchando.

—Vladimir, ¿por qué haces que todo sea más difícil?

—Porque tus ojos son como un letrero de neón anunciando tu deseo de huir nuevamente, y no voy a darte la oportunidad de hacerlo.

—Solo quiero lo mejor para mi hijo, y…

—Dilo, Sasha. Crees que el perdedor de Lev es mejor para él que yo, ¿eh? —dice con una sonrisa cruel.

—¿Qué le has hecho? Desde que llegaste aquí no sé nada de él.

—No sabes nada de él porque te quité el medio de comunicación con tu amado. ¿Cómo crees que se tomará saber que todas las noches gimes sobre mi polla?

—¿Alguna vez te dijeron que una mujer violada también puede tener orgasmos? —espeto.

—Yo no te violo. Tú me suplicas que te folle.

Me arde la sangre por dentro.

—Nunca pensé que un día te odiaría tanto como te odio —siseo.

—Puedo vivir con eso.

Me giro para irme, pero él me agarra del brazo, impidiéndome huir.
No quiero volver a salir lastimada. Todos los días son una batalla y siempre las pierdo todas.

—¿Dónde crees que vas?

—¿Ahora hasta para moverme dentro de mi casa necesito tu autorización?

Vladimir me suelta. Me doy la vuelta para irme y me encuentro con nuestro hijo. Por eso me soltó.

—¿Vamos a jugar? —pregunta Leonid. Sin embargo, su voz no tiene el entusiasmo de siempre. ¿Será que nos ha escuchado?

No… está todo normal. Como la gran espectadora en la que me he convertido dentro de mi propia casa, los veo alejarse. Cuando los veo jugar juntos, cuando oigo la risa de Leonid, cuando lo veo feliz a su lado… todo se vuelve más claro. Da igual lo que me pase: mi único deber es proteger esa inocencia a toda costa.

Es en esos momentos cuando mi determinación se fortalece y me recuerdo a mí misma que soy capaz de enfrentar cualquier desafío por él. Porque al final, no importa cuán peligrosa sea la danza entre la verdad y la muerte, haré lo que sea necesario para mantener viva la ilusión de seguridad que he creado para mi hijo.
Y así, cada día que pasa, me preparo para lo inevitable.

—¿A qué hora saldremos para Tokio? —pregunto, acercándome a ellos.

—De madrugada, para aprovechar el día en la ciudad.

—¿Puedo ver al tío Lev?

Todas las veces que pregunta por su tío, le digo que está en la ciudad. Y, como ocurre con todo últimamente, explota en mi cara.

—Lev no está en Japón, está en Rusia, amigo. Sabes que él es ruso, ¿no?

Sus pequeños hombros se hunden por la tristeza. Esta farsa no se sostendrá por mucho más tiempo. Tengo que encontrar la solución ya. No es por mí, se trata de proteger a Leonid. Y cuando el asunto es sobre él, no hay límites para lo que estoy dispuesta a hacer. Aunque el miedo a ser destruida me acecha constantemente, también sé que en mi astucia y valentía reside la clave para salir de esta telaraña de mentiras.

Solo espero tener la fuerza cuando llegue el momento.



Despierto con Leonid saltando sobre mi cama. En ella no hay rastro de que Vladimir estuvo aquí anoche; una vez más me hizo pagar por el hecho de que mi hijo pidiera ver a su tío Lev. Me duele todo el cuerpo por la manera ruda en que me folló.

—Levanta, mamá. Vamos de paseo. —Tiro de él y empiezo a llenarlo de besos—. ¡Para, para! —pide, intentando librarse de mí. Me dejo apartar de un empujón y pongo cara de espanto.

—¿Desde cuándo eres tan fuerte?

—Desde que Vladimir me está enseñando a luchar.

Busco al responsable de la felicidad de mi pequeño y le ofrezco una débil sonrisa de agradecimiento. Le hago un gesto con la mano para que se vaya. Ilusa de mí, niega con la cabeza y se queda en el mismo sitio, esperando a que me levante. Puedo quedarme aquí días, pero Vladimir no va a moverse. Me enrollo en la sábana y salgo de la cama en dirección al baño. Es una tontería porque hace con mi cuerpo lo que quiere, pero aún puedo pelear por estos pequeños triunfos, como evitar que vea mi cuerpo desnudo cuando no está en la cama conmigo.

Es la una y media de la mañana y ya estamos listos para salir a la carretera. Su sonrisa es una mezcla de nostalgia y promesas no

formuladas.

—¿Listos para la aventura? —pregunta con la voz de quien oculta un mar de secretos.

Leonid, ajeno a las complicaciones de los adultos, asiente con entusiasmo, sus ojos reflejan la ilusión de un niño cuando va de paseo. Es la primera vez que hacemos un paseo largo y aunque me duela reconocerlo está siendo muy placentero verlos juntos.

Después de cinco horas de viaje a oscuras, los primeros rayos de sol nos reciben. Leonid está dormido, yo tengo la cabeza recostada en el asiento y disfruto del momento de paz. Últimamente tengo pocos de esos.

Tres horas después, el resplandor de los rascacielos se alza como guardianes de acero y cristal sobre nosotros, mientras el coche se desliza por las calles de Tokio. Miro a todos lados en busca de algo que no sé qué es… o quizá no quiero nombrarlo. No puedo evitar perderme en los recuerdos de un tiempo más simple, cuando Vladimir era solo un recuerdo y no competíamos, cuando yo era dueña de mi vida y Lev formaba parte de ella.

¿Dónde está? ¿Está vivo? No tengo cómo saberlo, y mi preocupación no hace más que crecer.

Nos vamos alejando del centro. Mi hijo ni siquiera se da cuenta; sigue dormido.

—¿A dónde nos llevas?

—Tranquila, no te voy a matar.

—¿Por qué me tratas tan mal?

Vladimir mira al frente en silencio. Pasan varios segundos antes de que hable:

—No consigo olvidar la imagen de la mano de Kozlov sobre ti, la voz de mi hijo llamándolo papá, su insistencia en verlo, en incluirlo en todo lo divertido que hacemos.

Miro hacia atrás para asegurarme de que sigue dormido. Tengo que aprovechar que, por primera vez, estamos hablando como

personas normales.

—Es un niño feliz. No conoce nada de nuestro mundo. Hice todo lo que pude para cubrir la única carencia que tenía: la de un padre. Nunca lo alenté a llamar papá a Lev; ocurrió naturalmente. Fue la figura masculina que conoció.

—Lo entiendo… pero no lo acepto. Era yo quien debería haber estado ahí.

—Jamás oculté quién es su verdadero padre. Mi hijo…

—Nuestro —me corrige. Giro rápidamente la cabeza para mirarlo.

—Nuestro hijo siempre ha conocido el rostro de su padre, pero algo en su pequeño cerebro no logra asociarte con la imagen que ha visto desde siempre. Por eso te pido tiempo. Algo se nos está escapando.

—Te creo. Quiero lo mejor para él, para ambos. Todo lo que hago es pensando en poneros a salvo.

—Es la primera vez que hablamos de nuestros intereses reales como personas normales.

—No somos normales —dice él.

Ambos reímos, y el silencio se adueña del coche. Sin embargo, no es un silencio incómodo.

El coche se detiene y no puedo creer dónde estamos: Es el Legoland Discovery Center de Tokyo. Vladimir baja del coche y va a despertar a nuestro hijo. Lo hace con tanto cariño y ternura que no puedo apartar los ojos de ellos. El pequeño tarda en despertarse, a pesar de haber dormido casi todo el camino. Vladimir lo toma en brazos y él no se queja.

Pasamos directamente junto a la enorme cola para entrar. Lo miro, interrogativa, y él se encoge de hombros, como si no fuera nada. Leonid por fin abre los ojos, se da cuenta de dónde está y empieza a debatirse para que lo baje.

—¡Todo es de Lego! —exclama, y corre a mirar las esculturas, maravillado.

Por primera vez, nosotros olvidamos nuestras disputas. Con una sonrisa en el rostro, salimos corriendo tras él. Me encantaría tener mi cámara fotográfica para registrar todos estos momentos.

Vladimir parece leerme el pensamiento y me extiende su móvil.

—Haz todas las fotos que quieras.

Por un segundo pienso que es mi oportunidad para pedir ayuda a Lev. Sin embargo, desisto de inmediato al ver la alegría de mi hijo. Corro detrás de ellos, disparando fotos en todas direcciones.

—Gracias. Sois los mejores papás del mundo —dice Leonid.

Ambos nos quedamos congelados. ¿Nos habrá escuchado?

No nos da tiempo a descubrir qué pasa por su cabecita: vuelve a salir corriendo, y nosotros tras él.

El día termina con Leonid sobre los hombros de Vladimir, y nosotros dos cogidos de la mano. Cuando me doy cuenta de lo que estamos haciendo, me pongo tensa. Intento soltarme, pero él no me deja.



El final del día no fue como lo imaginaba. Empezó genial, pero no terminó de la misma manera. Llegamos a una cafetería; la zona no tiene nada que ver con el ambiente alegre e infantil que dejamos atrás. Vladimir sienta a Leonid y luego me aleja de él.

—No permitas que Leonid se acerque a mí. Distráelo para que no me busque.

—¿Qué está pasando?

—Nada de lo que debas preocuparte. Solo encárgate de que las personas que vienen a hablar conmigo no se enteren de la existencia de vosotros dos.

—Entonces, ¿por qué no nos dejas en el coche?

—Porque estoy más tranquilo si os tengo conmigo.

Vladimir hace algo que nunca antes había hecho: besa mi frente. Hay tanta ternura en el gesto que mi traicionero corazón se acelera, y de inmediato siento remordimiento por Lev.

Vuelvo al rincón donde está mi hijo, un lugar tranquilo, alejado del bullicio de la cafetería. El aroma a café recién molido y pasteles caseros es una invitación para los sentidos. Pero las buenas sensaciones se desvanecen con la entrada de varios hombres de mal aspecto. Mi instinto protector me hace girar a Leonid hacia mí, dándole la espalda a ellos. Sus presencias desentonan completamente con el ambiente del lugar. Vladimir parece reconocerlos: un destello de alerta cruza su mirada antes de que se dirija hacia ellos.

Recuerdo sus recomendaciones. Uno de los hombres observa el local con atención y me tenso: estoy sin mi disfraz.

La conversación entre ellos parece acalorarse. Mis sentimientos son contradictorios: una parte de mí quiere saber de qué hablan, participar; la otra, solo quiere huir de allí con mi hijo.

Leonid juega con la cucharilla de mi café.

—¿Dónde está Vladimir? —pregunta.

En una fracción de segundo, como si hubiera escuchado a su hijo, Vladimir mira en nuestra dirección.

La discusión se intensifica. Uno de ellos observa a su alrededor, como si esperara un ataque. Cuando por fin salen del café, respiro aliviada. El cielo ha comenzado a oscurecer, las luces de la ciudad se encienden, y el día se convierte en noche.

Leonid, cansado pero feliz, se aferra a mi mano y a la de Vladimir mientras caminamos hacia el coche.

—Vladimir, pase lo que pase entre nosotros, la felicidad de nuestro hijo es lo primero —le susurro.

—Por eso sigues viva —responde junto a mi oído.

—Sabes que su existencia es un faro para nuestros enemigos —digo, ignorando su amenaza, sin imaginar que, en la oscuridad de Tokio, el peligro ya nos acechaba.

Capítulo 41

Sasha

—Acaba de quedarse dormido. Hoy le ha costado más que nunca —digo a Vladimir al cerrar la puerta de la habitación de Leonid.

—Me dijo que fue el mejor día de su vida y comparto el sentimiento con él.

Lo miro sin creer lo que acabo de escuchar. Uno de los hombres más letales que conozco acaba de reconocer ante mí que ha disfrutado corriendo detrás de un niño en un parque de atracciones. El mundo del revés.

—Fuimos a parques de atracciones muchas veces, pero nunca lo vi tan feliz como hoy —reconozco de corazón abierto. Hizo méritos para ello.

—Para mí ha sido la primera vez.

No debería ser así, pero sus palabras me hacen sentir mal y evito el contacto visual; no sé qué decirle. Mis hermanos y yo no tuvimos una infancia normal, siempre supimos de los peligros que nos acechaban. Sin embargo, Irina estaba allí para proporcionarnos juegos y vivencias de niños. No podíamos hacer lo que hicimos hoy con Leonid, los locales públicos estaban prohibido para nosotros. Mi madre obligaba a nuestro padre a cerrar parques, cines y restaurantes para llevarnos a ellos. A veces invitaban a hijos de algunos de sus soldados, pero es verdad que Vladimir nunca estuvo presente. Me imagino que su infancia no habrá sido fácil. Creció sin madre. Su padre era leal al mío, era su segundo al mando y Vladimir, desde muy pequeño, empezó a prepararse para ser el segundo de Mijaíl. Tengo entendido que su educación se basó únicamente en

eso. Su padre estará revolviéndose en su tumba al saber que ha fallado.

—No me mires con pena. No se puede echar de menos aquello que nunca se tuvo.

—Vladimir…

— Visitaré todos los parques y zoológicos del mundo con mi hijo. ¿Hay mejor manera de conocer esos lugares que esta?

—No podemos exponerlo, debemos mantener un perfil bajo. Takashi me conoce… —digo preocupada.

—Tener niños en nuestro mundo es una temeridad, y lo sabes. Ahora que él está aquí, ya no se puede hacer nada —responde con naturalidad.

—¿Qué insinúas? No me arrepiento ni por un segundo de haberlo tenido.

—Me expresé mal —aclara él—, descubrir su existencia ha dado sentido a mi vida. Pero desde que lo vi, supe lo que es el miedo por primera vez.

Sus palabras me sorprenden, pero lo entiendo bien.

—Vivo con este sentimiento cada minuto de mi día —confieso—. Lo único importante es su seguridad.

—¿Cómo pudiste soportarlo sola durante todo este tiempo?

Miro a los lados con miedo a decir la verdad. Yo nunca estuve sola, en cada paso que di tuve a Lev a mi lado. Su preocupación era tanta que si hubiera podido sufrir dolor para que nosotros no lo hiciéramos, lo habría aceptado. Hasta cuando yo no quería, él estaba presente.

—No estaba sola —digo al fin.

—¿Lo quieres?

—¿Eso importa?

—Contesta.

Paso a su lado y voy a mi habitación, sé que el momento de paz y conexión entre nosotros se acabó y ahora empieza mi martirio, es siempre igual. No aprendo, bajo la guardia y me acabo haciendo daño. Intento cerrar la puerta, pero antes de que pueda hacerlo entra detrás de mí, su gran mano empuja la hoja de madera e invade mi espacio como si fuera de él. El día no podía terminar bien, soy una tonta por hacerme ilusiones. Vladimir no quiere estar bien conmigo, quiere hacerme daño, vengarse por algo que no es mi culpa. De nada servirá pedirle que se vaya, por lo que voy a por mi ropa de dormir y entro en el baño a darme una ducha. Cuando salgo, él sigue en el mismo sitio.

—¿Qué quieres, Vladimir? ¿Quieres que te mienta, que diga que escapé sola, que di a luz sola, que crie a mi hijo sola? ¿Es eso?

—Responda mi pregunta.

—¡¿Qué pregunta?! —grito exasperada.

—¿Lo quieres?

—Sí. —¿Por qué acabo de hacer esto? Si había una manera de empeorar la situación, es esta.

Vladimir viene en mi dirección, intento correr pero es inútil, es más rápido que yo. Me agarra y me lleva sobre la cama. Intenta besarme, pero giro la cara. El ríe y sigue. Le divierte porque sabe que, como siempre, esta disputa terminará conmigo implorándole que me folle. Con una mano sujeta mis brazos por encima de mi cabeza, con la otra rompe la parte superior de mi pijama, dejando mis pechos al aire.

—Ahora sé por qué en París los percibí más grandes. Fue por haber amamantado a mi hijo. Me hubiera encantado probar tu leche.

Sus palabras están cargadas de sensualidad y al momento mi centro se contrae. Él lo sabe. Pasa la lengua sobre mi pecho y me estremezco. Como cada noche, lucho por contener mis gemidos. Respira sobre mi puntiagudo pezón y lo mordisquea, acompasando el baile entre el placer y el dolor. Me retuerzo, rozo una pierna contra la otra intentando apaciguar el calor que crece entre ellas. Los labios

del padre de mi hijo, el único hombre que me hizo gozar de verdad, chupan mis pechos hasta tenerme flácida de deseo. Suelta mis manos, sabe que se acabó la lucha, que ya me tiene subyugada. Que a cada negativa suya en darme placer lloriquearé, como todas las noches. Le divierte verme indefensa. Desabrocha su pantalón, libera su erección y la pasea sobre mi vientre.

—Dime, ¿él te deja así de cachonda? —Sus labios vuelven a aprisionar mi pezón, no obstante, esta vez sus dientes se clavan y me retuerzo presa del dolor y del placer—. Contesta.

Mi orgullo jamás va a permitir que le diga lo que quiere oír. Ninguno de los hombres con los que me acosté me hizo sentir como él, pero moriré antes de decirle tal cosa. Sello mis labios y miro hacia otro lado. Vladimir agarra mi mentón y me obliga a mirarlo.

—No hace falta que me digas nada, tu humedad contesta por ti.

Agarra su pene y la conduce hasta mi canal, desliza su glande por toda la longitud de mi sexo húmedo y resbaladizo. Si me sigo mordiendo la lengua para no gemir tal como le gusta, me la partiré por la mitad. Vladimir me tortura jugando con mi canal, gimiendo fuerte en mi oído, diciendo palabras sucias. Mañana me veré obligada a maquillarme para ocultar sus marcas en mi cuerpo. Se va a por el condón, sé lo que viene y lo deseo. Me siento una persona horrible porque en estos momentos me olvido de Lev, solo quiero que el padre de mi hijo me folle.

Vladimir me agarra de las piernas, me arrastra hasta el borde de la cama y tira de mí hasta que mis rodillas tocan el suelo. Mis ojos están fijos en su miembro, aprisionado entre su cuerpo y el vaquero. Deseosa de probarlo, gateo en su dirección con la boca abierta, pero él sonríe y niega con la cabeza. Me empuja, dejándome tumbada, y se agacha, apoyándose sobre mi tronco, junta mis pechos con sus manos, aprisionando su pene entre ellos, y empieza a follármelos. Lo hace con tanta fuerza que su glande toca mi mandíbula.

—Fantaseé con esto desde que te follé en aquel burdel. —Ignoro sus palabras; ya sé que le gusta enfriarme ofendiéndome y después

volver a excitarme. Cada día aprendo más de su juego y lo destruiré con sus propias reglas.

Su movimiento de vaivén se hacen más veloz; desesperada por saborearlo abro la boca para que entre en ella pero no lo hace. En la cama es en el único lugar en donde puedo luchar con él de igual a igual; su experiencia con las mujeres le ofrece una ventaja que mis pocas experiencias sexuales con distintos hombres no me han dado. Mis encuentros sexuales se basaban en buscar mi placer, pero eso se acabó: Vladimir juega con mi cuerpo, mi mente y mi libido a su antojo. Me hace desear cada segundo debajo de él y rezar porque no se acabe nunca. Saco la lengua y el ligero roce de su sexo en la punta es una victoria para mí. Le sonrío, desafiante.

—¿Kozlov te hace desearlo con tanta desesperación? —jadea.

Da una estocada profunda y se entierra en mi boca. Intento, desesperada, atraparlo entre mis labios, pero él es más rápido; apenas lo paladeo y vuelvo a estar vacía.

—Contesta y te daré lo que necesitas —dice, y empieza a jugar con mi clítoris. Cada vez me cuesta más contener los gemidos, el fuego del deseo me consume. Ya no pienso con claridad. Solo quiero mi liberación.

—No —me rindo al fin.

—¿No qué? ¿No lo quieres, o no deseas su polla como deseas la mía?

—No a las dos cosas…

—Buena chica.

Vladimir apoya su mano detrás de mi cabeza, la levanta y me folla la boca y los pechos a la vez, llevándome a la locura. Tanto es el placer que siento que mi humedad se escurre por entre mis piernas, dejando un surco húmedo allá por donde pasa. Mis barreras han caído, mis gemidos son suyos. Quiero beber de él, paladear su leche, la leche que creó a nuestro hijo. No se lo diré; si lo hago, con tal de no complacerme, cambiará de postura. Siento cómo su pene

se va hinchando, sus venas se hacen más visibles. Al igual que yo, no podrá aguantar por mucho más tiempo.

—Abre bien la boca, no quiero que desperdicies ni una sola gota.

Hago lo que dice y Vladimir deja de follar mis pechos, se posiciona delante de mi rostro y menea su pene hasta vaciarse por completo en mi cara y mis labios.

—Eres mía, *l´vitsa*. Si no eres mía, no serás de nadie más. Acabaré con tu mundo, te quitaré lo que más quieres. Seremos los tres o no seremos ninguno.

Capítulo 42

Sasha

Estoy soñando, y es tan real que no quiero despertar. Por ello, ignoro los golpes en la puerta y vuelvo a cerrar los ojos con la esperanza de no despertar. El ruido persiste, así que, dolorida por culpa de la noche de sexo con Vladimir y con una molesta sensación de aplastamiento, abro lentamente los ojos preguntándome qué me reserva el día. Intento levantarme y no puedo. Tanteo para ver qué me impide moverme y encuentro la mitad del enorme y pesado cuerpo de Vladimir sobre el mío y su brazo rodeando mi cintura. Los golpes en la puerta vuelven a sonar y se hacen insistentes. Intento quitármelo de encima sin despertarlo, es la primera vez que se queda a dormir en mi cama y no me gusta la sensación. Quien lo vea dormido podría creer que es inofensivo, es difícil imaginar las cosas horribles que me dice a diario.

—¡Mamá, llegamos tarde al colegio! —dice mi hijo al otro lado de la puerta.

Lo empujo fuerte, y al fin Vladimir abre los ojos, ya con su arma en la mano. Rápidamente le pongo la mano en la boca y apunto hacia la puerta.

—Leonid me llama —susurro.

—Bien, abre.

—Ni en tus sueños voy a permitir que te vea aquí. Escóndete.

—No.

Por nada en el mundo mi hijo lo va a pillar en mi cama. Nunca le permití ver a Lev, que estuvo durante años junto a nosotros, mucho menos a su padre, que acaba de llegar. Salgo de la cama y tiro de él

hacia al baño. Me cuesta meterlo dentro, no pone de su parte para cooperar. Leonid vuelve a llamar, esta vez hace con más fuerza. Voy a cerrar la puerta del baño cuando Vladimir tira de mi hacia adentro. Sus labios impactan contra los míos. Si no fuera por mi hijo llamando, no sé qué pasaría. Lo empujo e interrumpo el beso.

—Esto no se ha acabado —dice, y lo empujo.

Corro a por el albornoz y voy a abrir la puerta. Me encuentro a mi hijo negándose a seguir a Yaeko, que intenta alejarlo.

—Es la segunda vez que viene a llamarla.

Me siento fatal con sus palabras. Mi hijo me llamó y lo ignoré por culpa de un sueño. Me ofrece una tímida sonrisa, por su cara sabe que Vladimir está dentro.

—¿Qué pasó, Leoncito?

Mi hijo se libra de su agarre y corre a mis brazos.

—Vladimir se fue, igual que el tío Lev —dice con los ojos lleno de lágrimas.

Por un lado, me alegro de que no se haya referido a Lev como papá y por otro los celos me reconcomen porque haya buscado a su padre antes que a mí. Su carita refleja la tristeza que siente por no encontrar a Vladimir y mi corazón se parte.

—No mi amor, él no se fue. Solo salió temprano a trabajar.

—Pero me mintió, dijo que me llevaría al colegio y que después iba a jugar conmigo.

La puerta detrás de mí se abre y no tengo valor para mirar. No sé si Vladimir está decente o no, pero espero que no dé un espectáculo delante de nuestro hijo. Mi niño me mira y luego dirige sus ojos hacia su padre. Nunca vio a nadie dentro de mi habitación. Con él en brazos, sin poder evitarlo por mucho más tiempo, me giro y si no fuera tan desgraciado, diría que es un regalo a la vista. Vladimir tiene el pelo recogido en un moño perfectamente despeinado, el pantalón vaquero en su sitio y la camiseta blanca marcando sus

músculos. La boca se me hace agua. «Sasha, esto no está bien, es el enemigo», me recuerdo.

—Colega, perdona. Vine a llamar a tu mamá para que fuéramos juntos a despertarte, pero tuve una urgencia y entré en… —Vladimir apunta hacia el cuarto de baño y Leonid se pone la mano delante de la boquita para ocultar su risa.

Suelto el aire que estaba reteniendo, él sabrá la verdad, pero no será pillándonos en la cama, me niego a que sea así. «¿Y en qué verdad estás pensando, Sasha? No tienes y no tendrás nada con él». Lo que sí tengo que hacer es encontrar un medio de comunicarme de forma segura con Lev para romper con él. No se merece que le esté engañando. Conociéndolo, estará buscándome por todo Japón con la esperanza de que sigamos de donde lo dejamos. Estábamos en la mejor fase de nuestra relación y sé que esto acabará con su corazón roto. Tengo que evitar que se acerque, me muero de miedo al pensar en la reacción de Vladimir si lo encuentra cerca de nosotros. Creo en cada una de sus palabras de ayer. Las grabé a fuego en mi memoria para no cometer errores. « Eres mía, *l´vitsa*. Si no eres mía, no serás de nadie más. Acabare con tu mundo, te quitaré lo que más quieres. Seremos los tres o no seremos ninguno».

Leonid baja de mis brazos y va al encuentro de su padre, que lo coje y sale, dejándome atrás. Vladimir asoma la cabeza por el marco de la puerta y me dice:

—Límpiate, que tienes restos míos en la cara.

Los colores se me suben de tan manera que se va, riéndose de mi bochorno. Entro corriendo al baño y con horror compruebo que es verdad. Tengo manchas de su semen en las mejillas. Corriendo, me meto bajo la ducha y me lavo.

Llego al salón y, a diferencia de otros días en los que vamos los tres caminando hasta la escuela, hoy iremos en coche para no llegar tarde.

—¿Este coche será nuestro? —pregunta Leonid entusiasmado.

—¿Por qué? ¿Te gusta? —quiere saber Vladimir.

—Si, es igual al de la otra casa.

—Oye, el mío no te gusta —pregunto desesperada por ser parte de la interacción entre ellos. Cada vez me siento más apartada.

—Tú no sabes escoger coche, Vladimir y tío Lev sí.

Miro hacia a la ventana amargamente, mi día ya está condenado, salió el nombre de mi desaparecido novio y sé que me hará pagar por ello. ¿Qué tipo de castigo se le ocurrirá hoy? Hago el trayecto hasta el colegio en silencio. Como llegamos justos de tiempo, Leonid, como si fuera mayor, nos dice que entrará solo. Vladimir lo ayuda bajar y se queda mirándolo desde la puerta del coche hasta que entra en las dependencias del colegio.

—Lo siento mucho.

—¿El qué? —digo, haciéndome la dura, pero mis ojos queman por las lágrimas que quieren salir.

—Ya volverá a ti. La convivencia continua conmigo está siendo como la realización de su sueño.

Quiero gritarle a la cara que no volverá, que sin saber que es su padre ya lo prefiere y que cuando lo sepa no habrá lugar para mí. Sin embargo, no digo nada, sigo con la mirada en el horizonte. De pronto, una figura aparece a lo lejos. Me estremezco y un sollozo escapa de mis labios. Vladimir corre a darme su apoyo, cree que lloro por lo que dijo. Va a hablar, pero pongo la mano en sus labios para que no diga nada. Tengo miedo de que, si lo hace, yo también tenga que hacerlo y se me escape la verdad: que acabo de ver a Lev. No puede ser cierto, ¿cómo me ha encontrado? ¿Cuándo voy a tener un minuto de paz?

—Llévame a casa —pido, temblando por el remordimiento de saber que ahora mismo Lev está pasándolo mal por mi culpa.

Por una vez, Vladimir no protesta: da la vuelta al coche, se sienta detrás del volante y arranca. Aquí estoy yo, nuevamente muerta de miedo. No ha sido una alucinación, acabo de ver a Lev detrás de un

árbol. Él presencio toda la interacción de mi hijo con su padre y la actitud de Vladimir hacia a mí. Debe de estar pensando cosas que en realidad no son. Todo lo que hago es por el bien de mi hijo, si él encuentra una manera segura de sacarnos de aquí me iría con él sin dudarlo. No olvido ni por un segundo que Vladimir traicionó a mis hermanos y a la *bratva*.

Por el espejo retrovisor voy vigilando que no nos siga. No debe acercarse a mi casa. Todo el perímetro esta vigilado por Vladimir.

—Vamos al centro a por lo que queda para terminar de organizar el cumpleaños de Leonid —me dice el padre de mi hijo.

—Claro. Vamos —contesto con demasiado entusiasmo.

Paso de ser una mujer compungida al entusiasmo en cuestión de segundos.

—Estará muy contento con la sorpresa que le estamos organizando.

—¿Sabes que nunca tuve una fiesta de cumpleaños?

Volvemos al momento confesionario. Este hombre está fatal de la cabeza. Me va soltando cosas de su vida poco a poco. No quiere que empatice con su historia: empieza a contar y, cuando se siente demasiado expuesto, me ataca. ¿Cómo es posible que nunca haya tenido un cumpleaños si mi madre le enviaba tartas a su padre para que los dos lo celebraran? Irina siempre quiso organizarle una fiesta, pero no lo hizo porque su cumpleaños es el mismo día que el aniversario de la muerte de su madre.

Su padre abrió el vientre de su madre con su cuchillo. El mismo que usó docenas de veces para quitar la vida a sus enemigos, lo usó también para traer a su hijo al mundo: la rajó y lo sacó antes de que fuera demasiado tarde para Vladimir. Su padre tomó está rápida decisión después de que ella, por amor a él, se lanzara delante del disparo que iba dirigido a él y muriera en el acto.

—¿Ni una tarta? —pregunto.

Él ríe sin ánimo.

—Mi padre me entregaba las tartas que hacía tu madre, solo que se negaba a celebrarlo conmigo. Los primeros años las partía y me las comía solo. Después, empecé a no tocarlas hasta que él directamente pasó a tirarlas por el camino.

—¿Teníais una mala relación?

—Ni mala ni buena. No teníamos relación. Era su aprendiz de soldado. No dejaba que me faltase nada, me enseñaba a ser un perfecto mafioso y ya está.

—Haremos las cosas diferente con nuestro hijo, ¿verdad? Nuestro pasado no pesará sobre él —digo, muerta de miedo.

—Leonid puede ser el niño más feliz del mundo, solo depende de ti.

La amenaza velada no me pasa desapercibida. Este es mi pan de cada día.



Los siguientes días fueron una locura. Vladimir, a diferencia de las semanas anteriores, no se encerró a trabajar. Tampoco hubo salidas. Se dedicó en cuerpo y alma a preparar la fiesta de cumpleaños de nuestro hijo junto a mí. Mi jardín se ha transformado en un gran parque de atracciones. Tenemos varios hinchables, un poni para que los niños monten, personas para pintar sus caritas, payasos y monitores para coordinar a los veinte niños que confirmaron su presencia. Estoy ansiosa por que llegue la hora.

Leonid está de paseo con su padre, acordamos que pasarían el día fuera para que, al volver, encontrara la sorpresa. Desde primera hora de la mañana, mi casa es un ir y venir de gente. No tengo a nadie vigilándome; Vladimir sabe que no me iré a ningún sitio sin Leonid. Queda solo una hora para que empiece la fiesta. Los payasos acaban de llegar, los cuatro son conducidos a la caseta que

se preparó en el jardín para ellos y los monitores. Me aseguro de que estén instalados y voy a la cocina a verificar el *catering*.

Entonces alguien me llama.

—Sasha.

Me pongo en alerta. De todos los días del año, no puede ser hoy. Quiero que el día de mi hijo sea perfecto, sin contratiempos. Es uno de los payasos de la fiesta, pero no es uno cualquiera: es Lev.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete! Si Vladimir te ve, te mata… y de paso a mí.

Lev agarra mi mano y la pone sobre su corazón, que late con fuerza.

—Llevo buscándote todo este tiempo. Ya no tiene sentido ocultártelo, fue él quien me secuestró y torturó en busca de noticias tuyas.

Recupero mi mano y me aparto, sorprendida y decepcionada. ¿Por qué me ocultó que sabía que el padre de mi hijo está vivo? Si me lo hubiera dicho, quizás me habría dado tiempo a huir. Confiaba en él con los ojos cerrados. Las cosas con Vladimir habrían sido distintas si hubiera sabido que lo torturó. ¿Cómo pudo ocultarme algo así? El hombre que le hizo daño está hoy todo el día a solas con mi hijo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿De qué iba a servir, aparte de preocuparte todavía más? No tengo mucho tiempo. Contéstame.

—¿Contestar a qué?

—¿Quieres estar con él? ¿Quieres que seáis una familia?

—¡Claro que no! ¡Lo odio! Le sigo el juego por la seguridad de Leonid.

—No confíes en nada de lo que dice. Trabaja con gente de la Tríada. Es peligroso.

Que es peligroso ya lo sé, y que tiene a alguien —además del *naslednik*— que le da soporte, también. Lo que no sé es quién.

Tiene demasiado poder, se mueve con demasiada seguridad y soltura. No es un simple informático. Lo que me interesa saber es si Lev puede sacarnos de sus garras con seguridad. Si hay el menor riesgo, me quedaré y lucharé con él como vengo haciendo: con mi inteligencia y mi cuerpo. Que cada cual lo llame como quiera. Lo único importante es la seguridad y la felicidad de mi hijo.

—No tengo cómo salir de aquí. Me tiene amenazada.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Pues bien. Mañana él tendrá que ausentarse con urgencia. No cojas nada para no levantar sospechas. Ve a recoger a Leonid al colegio como todos los días. Yo estaré allí para sacaros de aquí. —Mira alrededor, alarmado—. Tengo que irme, él está llegando.

—¿Cómo que está llegando?

—No me queda tiempo. Te veo mañana. —Me da un beso delicado en los labios y sale justo a tiempo para que mi hijo no lo vea conmigo. Al instante después, Leonid aparece, tira de mi mano y me arrastra hasta el salón. Todavía con el miedo en el cuerpo, veo entrar a Vladimir… y, detrás de él, a la última persona que esperaba ver hoy.

Me quedo completamente congelada. En mitad de mi salón está nada menos que Sara. ¡Mi amiga vino a Japón a verme!

Me lanzo sobre ella y la abrazo tan fuerte que temo romperla. Busco al responsable de esta maravillosa sorpresa y le agradezco en silencio.

Durante toda la fiesta no me despego de mi amiga. Con ella a mi lado, busco a Lev entre los payasos y no está. No tengo la menor idea de cómo pudo salir con aquella vestimenta sin llamar la atención y otro payaso idéntico a él entrar en su lugar sin que los descubran.

Vladimir está disfrutando cada segundo de la fiesta junto a nuestro hijo. Viéndolos juntos llego a dudar si estoy haciendo lo

correcto, si Vladimir sería capaz de llevar a cabo su promesa de alejar a mi hijo de mí en caso de que las cosas no salgan según lo planeado.

No tiene sentido angustiarme ahora. Voy a pensar en positivo. Después de mañana, volveré a ser dueña de mi vida.

Capítulo 43

Lev

Encontrarla no fue tarea fácil. Las acciones de mi padre hicieron que la reunión en China no saliera como esperábamos. Me llevó tiempo convencerlos de seguir adelante con nuestra sociedad. Quería haber vuelto a Japón al día siguiente pero no pude. Tuve que ir hasta Rusia para reunirme con la gente del *naslednik*. La presión sobre mí es cada vez mayor. Su portavoz fue claro al transmitir su amenaza: me destruirían si sigo fallando… y dijo que Sasha también lo pagaría. Con esta gente no hay negociaciones posibles.

Es la primera vez que mencionan el nombre de Sasha seguido de una amenaza. Cada vez demandan más de mi tiempo. La reunión fue tensa. Querían información que no tengo, hicieron preguntas que no pude contestar, se enfurecieron y usaron la carta con la que me tendrán eternamente en sus manos. Cuando la anunciaron, me congelé: mencionaron a Leonid. Hice todo lo posible por mantenerlo en secreto, pero fue en vano.

Después de horas encerrado en una habitación siendo amenazado, me liberaron y tomé el primer vuelo a Japón. No veía la hora de reencontrarme con Leonid y Sasha. Lo que pasó en Francia me produce náuseas, odio cada momento que estuve allí; sin embargo, he de reconocer que, gracias a aquel día, mi vida al lado de Sasha es otra. Soy estratega, no lo voy a negar. Al percibir que tiene remordimientos, lo usé a mi favor. No hago daño a nadie y todos salimos ganando.

Creyendo estar al mando de la situación, salí del aeropuerto como siempre… y fue cuando todo se desmoronó: me abordaron. No tenía la menor oportunidad de huir. Seguí a la persona que me amenazaba

con un arma hasta una furgoneta. Allí me cubrieron la cabeza, me golpearon con la culata y me desmayé.

Sabía en manos de quién estaba. También lo había visto en el aeropuerto, y ahí supe que, antes de mejorar, las cosas se iban a complicar mucho más.

Lo primero fue pasar horas sin beber ni comer. Para nosotros eso es juego de niños. Aguanté. Lo siguiente fue el ruido constante de una gota de agua en medio de un mar de silencio. El sueño llegaba y, por momentos, creía dormir. No tenía idea de cuántos días llevaba allí; me parecían años. Lo único que me mantenía cuerdo era saber que debía salir de allí antes de que Vladimir los encontrara.

Sabía que todo aquello era para romperme con la esperanza de que revelara dónde estaban.

Era un despojo humano. Me había hecho mis necesidades encima, mis labios estaban agrietados y el único contacto con el agua que tuve hasta el día en que me soltó fueron unas toallas mojadas sobre los labios y unas cuantas gotas exprimidas del tan preciado líquido en mi boca. Su saludo diario eran patadas y puñetazos. No fui lo bastante fuerte como para no desmayarme. Me abrió la frente con algún objeto rígido, vino con una grapadora y me cerró la herida a sangre fría. De ahí en adelante fue una paliza tras otra preguntándome dónde estaban. Cada minuto de mi silencio se traducía en un aumento de la violencia.

Cuando uno está tan machacado, un simple roce sobre la piel se vuelve insoportable. Vladimir me tuvo durante días atado en la misma postura. Peor que el hambre, la sed, la tortura psicológica o las descargas eléctricas fueron los pinchazos de agujas por todo el cuerpo. No hubo un solo sitio libre. Estaba claro que no quería matarme.

Cuando por fin se dio cuenta de que no iba a darle la información que quería y me soltó, no tuve más remedio que llamar al *naslednik*, reconocer que fallé y pedir ayuda una vez más. Ya se habían enterado de lo ocurrido en casa de Sasha. Estaban furiosos, pero sabían que la única manera de traerla de vuelta era a través de mí.

Me ofrecieron los mejores tratamientos. No fue un proceso de curación fácil. No tenía grandes heridas externas, aparte del corte en la frente; lo peor era el daño en los órganos. Necesité reposo y muchos medicamentos.

Sasha no me lo puso fácil. Se negó a decirme dónde estaba. Sabía por qué no quería verme: temía que sus hermanos, y ahora Vladimir, nos descubrieran. Llamé durante días, hasta que descubrí que mis teléfonos estaban pinchados. De un momento a otro perdí por completo el contacto con ella y tuve que, nuevamente, pedir ayuda.

Estar en manos de ellos es lo peor que le puede pasar a una persona. Dejas de tener vida. Sin embargo, las facilidades que te dan sin pedir demasiadas explicaciones son tentadoras. En cuestión de horas tenía la dirección del colegio de Leonid. Según ellos, dar con su domicilio fue imposible.

Fui hasta la puerta del colegio con la esperanza de haber llegado antes, aunque en el fondo sabía la verdad. Mis esperanzas se desvanecieron al verlo bajando a mi hijo del coche. El niño que yo crie. Deseé que Sasha no estuviera presente, de lo contrario, habría sacado el arma y le habría pegado un tiro en la cabeza. Tenía un disparo limpio.

Volvía todos los días a verlos desde la distancia. No supe lo que era dormir bien hasta que escuché a una madre decir que su hijo estaba ansioso por ir a la fiesta del niño extranjero, solo porque iba a haber payasos. Vi ahí mi oportunidad de acercarme a ella. Investigué todas las empresas de animación de la zona hasta dar con la que habían contratado. Amenacé a uno de los empleados y así logré llegar hasta ella.

Lo tengo todo listo para que abandonemos Japón hoy mismo. Cuando Vladimir regrese, ya estaremos lejos de aquí. Empezaremos una nueva vida, bien lejos de América y de Asia. El sitio que escogí es Suiza. Allí estoy cerca de mi dinero. Es un país en el que la gente ya pasa desapercibida por sí sola, con buena calidad de vida y poca influencia de las mafias, además de ser donde guardan sus fortunas.

No nos instalaremos en el centro. Viviremos en una espectacular casa en la montaña. Sasha volverá a trabajar; esa fue la condición que tuve que aceptar para tener acceso a los medios y organizar todo esto. No todo es dinero, logré desvincular a mi padre de todas mis cuentas. Pero sacar a una mujer y a un niño de cuatro años de un país no es tarea fácil.

Capítulo 44

Sasha

La fiesta de Leonid es un éxito. A diferencia de lo que ocurría en Nakono, aquí, al ser poco más que una aldea, todos los niños son sus amigos. Los veinte niños juegan y lo pasan bien juntos. Vladimir va de un lado a otro cumpliendo todos los caprichos de su hijo. Es divertido verlo, con ese tamaño, saltando en la cama elástica. Todo está saliendo tan perfecto que llego a dudar de mi decisión de huir mañana. La sonrisa de mi hijo al ver a ese hombre de casi dos metros corriendo detrás de él también me hace sonreír.

—Deja de babear —dice Sara dándome un codazo amistoso.

—En momentos como este pienso en bajar la guardia… pero después recuerdo todo lo que viene ocurriendo dentro de la *bratva* por culpa de su traición y me es imposible confiar en él.

—¿Alguna vez habéis hablado sobre eso? —pregunta mi amiga, sin dejar de observarlo.

Niego con la cabeza. Hasta he pensado en hacerlo. Sin embargo, Vladimir nunca deja margen para que ocurra. Cuenta lo que quiere que sepas y, enseguida, corta el tema… y no de buenas maneras.

—Nuestra interacción, exceptuando estos últimos días por el cumpleaños, consiste en él amenazándome y, por la noche, follándome.

—¿En contra de tu voluntad? —pregunta alarmada.

—Digamos que los primeros dos minutos, sí. Después, le imploro que lo haga.

Mi amiga se carcajea en mi cara.

—¿Para esto están las amigas? —le reprocho, riendo con ella.

—No te pega el drama, Sasha Popov. ¿Cómo era el sexo con… ya sabes quién?

—Lev es otra persona. Deberías verlo ahora. Aquel niño caprichoso que frecuentaba el *Placeres* ya no existe. Y, respondiendo a tu pregunta… —Me rasco la cabeza, y ella se ríe—. Es bueno, pero es mi juguete. Hago con él lo que quiero, como quiero y cuando quiero.

—¿Y te satisface?

—Claro, siempre gozo.

—Tus respuestas son genéricas.

—¿Quieres detalles? Pues bien, te los doy. Lev es tan celoso que acepta que haga con él lo que yo quiera. Cualquier cosa, con tal de que no haya otro hombre en la habitación.

—¿No me digas que tú…?

Asiento.

—Lo intenté con Fernando y casi tuve que pedir auxilio para que dejara de follarme. Cuando por fin me soltó, no sentía las piernas. No dejaba de repetir que en su cuerpo no entra nada, solo sale.

Ambas nos reímos a carcajadas, llamando la atención de los invitados. Me tapo la boca en un intento fallido de contenerme. Unos brazos fuertes me agarran por detrás; me asusto y me llevo la mano a la cintura en busca de mi arma, pero no la tengo encima.

—Tranquila, *l'vitsa*, soy yo.

No sé si es mejor o peor que sea él. ¿A qué viene eso de abrazarme así en público?

—Nos están mirando —digo entre dientes.

—¿Y qué más da? Acabo de descubrir que toda esta gente cree que somos una familia. Y adivina qué…

Estoy tan tensa que Sara lo percibe y, discretamente, aprieta mi dedo, infundiéndome valor.

—Dímelo tú —susurro.

—Leonid acaba de llamarme «papá» delante de todos sus amigos. Y uno de ellos dijo que somos iguales.

Mi alegría se desvanece. Conozco a mi hijo. Hará preguntas y Vladimir estará al lado para responder lo que le convenga. Es dueño y señor de mi casa.

—Te percibo tensa. ¿No te gustó la noticia?

—No es eso, solo que… no es el momento.

—¿Y cuándo será el momento, según tú? Me gustó la sensación de ser llamado padre.

—Por favor, déjame hablar con él primero. Prepararlo. Esta semana, te lo prometo.

—Ya no creo en tus promesas.

—Lo juro por mi honor: antes de que acabe esta semana, se lo contaré.

—La buena relación entre nosotros solo depende de ti.

La fiesta, ajena a mi desasosiego, continúa, pero ya no la disfruto. Solo me preocupa la reacción de mi hijo cuando descubra que Vladimir es su padre… y la certeza de que sus tíos lo matarán cuando lo encuentren.

La celebración termina y, para mi suerte, mi hijo está tan feliz y cansado que no hace preguntas. Ni siquiera puede cenar en condiciones; se queda dormido apoyado en su plato. Sara es la primera en retirarse. Vladimir no me quita los ojos de encima. Deseando escapar de su escrutinio, me levanto para atender a Leonid. Con el pequeño en brazos, camino hacia mi habitación. Vladimir, al percibir mi intención, se interpone, lo coge con ternura y lo acuesta en su cama. Huyo, y él viene detrás.

—Hueles tan bien… —dice detrás de mí con una voz jodidamente erótica. Esto no me ayuda en mi misión.

Recoge entre sus dedos un mechón de mi pelo y lo huele, inhalando profundamente.

—¿Qué estás haciendo, Vladimir? Tenemos gente en casa.

—Sara no se va a asustar si te escucha gemir de placer.

Pellizca mi pezón y jadeo, mi cuerpo se niega a obedecerme y se rinde a él sin permiso. Él me besa. Lucho, intento huir, no lo correspondo y él me muerde el labio. Lo hace con tanta fuerza que debería de enfriarme, no obstante, ocurre todo lo contrario. Conoce tan bien mi cuerpo y mi libido que sabe que su salvaje gesto provocará que me humedezca.

—Los dos podemos jugar a este juego, ¿sabes? —digo.

Lo agarro por la coleta, tirando de su cabeza hacia atrás, y paso mi lengua por su cuello dejando su piel erizada. Le suelto la coleta, enredo su cabello en mi mano y lo reclamo, esperando que, en represalia por mi actitud, me muerda. Ocurre lo contrario, gime como nunca antes lo hizo. Mi conversación con Sara me hizo darme cuenta de que me encanta estar al mando a la hora del sexo. Con Vladimir, no creo que lo pueda mantener mucho tiempo, pero disfrutaré mientras pueda. Lo muerdo al mismo tiempo que agarro su pene; cuanto más aprieto la mordida, más presión ejerzo sobre su polla. Es glorioso sentir que lo tengo en mis manos. Soy plenamente consciente de que no durará, así que voy a disfrutar cada segundo. Usando su pelo como guía, le hago arrodillarse delante de mí y su cabeza queda a la altura de mi sexo. No quiero palabras, quiero acción. Cada vez que hablamos, uno de los dos estropea el momento. Cojo su mano y la pongo sobre el botón de mi pantalón. Con una sonrisa canalla, lo desabrocha y lo baja sin delicadeza. Primer aviso de que mi tiempo en el control se está acabando.

Abro mis piernas, invitándolo a que me coma, y no se hace de rogar. Apoya mi pierna derecha sobre su hombro y su lengua se

pierde entre mis pliegues. La sensación de su lengua deslizándose sobre mi clítoris es tan placentera que tengo que sujetarme a su cabeza para no caer.

—A la mierda con esto —gruñe.

Se pone en pie, alzándome. Yo le rodeo la cintura con las piernas, asegurándome de no despegarme de su cuerpo. Vladimir nos tira a ambos sobre el colchón y se esfuma mi control sobre la situación. El padre de mi hijo es peligroso para mi estado mental. Lo odio, pero no puedo negarme a esto. Cuando estamos encerrados entre cuatro paredes, quiero todo lo que tiene que ofrecerme en la cama. En cualquier otra situación lo quiero lejos; odié escuchar que la gente nos ve como pareja. No quiero que lo seamos y no debemos salir en público juntos. Su cabeza y la mía tienen precio, y eso pone a Leonid en peligro. Su erección está apuntando a mi canal y no tengo intención de negarle la entrada. Lo busco y él se aleja hacia atrás; frustrada, le muerdo el pecho. No quiere concederme la más mínima victoria, y yo estoy tan deseosa de su pene que estoy a punto de implorar.

—Voy a follarte fuerte y rápido esta noche —susurra—. No seré gentil. Pero si te lastimo, si se vuelve insoportable, dímelo.

El recuerdo del que fue mi primer hombre hace que mi centro se contraiga. Nuestra primera vez no fue lo que había planeado, tampoco como imaginaba que sería. Fue inesperado y algo sórdido, en su pequeño local, pero fue con él, con el hombre que tenía mi corazón desde pequeña.

—Hablas demasiado —digo.

—¿Eso quiere decir que estás de acuerdo? —Asiento, su gran mano agarra mi mentón y me obliga a mirarlo a los ojos—. Quiero oírte. Usa tu voz.

—Deja de hablar y fóllame de una vez.

Pellizca mi clítoris y grito, olvidándome completamente de la fiesta y de que puede haber gente en casa.

—Nada de arrebatos, Quiero escucharte cuando te folle. Si luchas por contener tus gemidos te haré llorar implorando por la liberación y no te la daré.

Creo en sus palabras y no tengo fuerzas para librar esta batalla en este momento. Quiero tener placer sin problemas de por medio, solo un hombre y una mujer saciándose. Puede que esta sea nuestra última vez juntos. No me gusta lo que estoy sintiendo. Quiero algo diferente para mi vida y la de mi hijo.

Me estiro en la cama y vuelvo a rodear su cintura con mi pierna en un desesperado intento de que me penetre. Mi camisa se hace jirones en sus manos, sus pantalones están por sus rodillas y no puede importarme menos. Su pene me invade y mi cuerpo le da la bienvenida; mis paredes se aprietan como si no quisiera liberarlo nunca más y tiemblo. Se hunde en mí con tanta violencia que el ruido de nuestros cuerpos al chocar resuena por la habitación. Mis uñas arañan su piel con cada movimiento de sus caderas castigando despiadadamente mi centro. No mintió cuando dijo que me follaría duro y rápido. Es la primera vez que alguien me toma así. Mañana estaré llena de cardenales. Sus embestidas son tan violentas que mi cuerpo está a punto de salir despedido de la cama. No podré aguantar mucho más, siento como una corriente de placer crece dentro de mí. Mi cuerpo empieza a gritar por el orgasmo, por la liberación. Me aprieto alrededor de su pene en un intento desesperado de que no me deje sin culminar.

De pronto, Vladimir sale por completo de mi cuerpo dejándome al filo y grito, frustrada. Lo golpeo. Él me mira con una sonrisa. La furia me toma, agarro su pelo y traigo su rostro hasta el mío para morder sus labios con tanta fuerza que el sabor metálico de la sangre inunda mi boca. Sus ojos se abren por la sorpresa.

—Eres una salvaje.

—No se juega con el placer de una mujer.

—Mírame, Sasha. —La manera en que me lo ordena me asusta, pero lo hago—. Quiero esto todos los días. Te quiero así de salvaje,

quiero que seamos una familia. La familia que todos piensan que somos y la que nunca tuve.

Vacilo entre callar o contestar. Pero nunca fui una cobarde, y no lo seré ahora.

—No funcionaría, y lo sabes.

—¿De qué tienes miedo? —pregunta, a la vez que su pene se desliza dentro de mí con tanta delicadeza que jadeo.

Quiero contestar, quiero decir que lo único que nos une es nuestro hijo, pero no puedo formular las palabras porque la cadencia de su miembro moviéndose dentro de mi cuerpo no me permite razonar, estoy entregada al placer. Vladimir ya no me está follando. Sus embestidas y toques son delicados, sus labios se pasean por mi rostro, llenándolo de besos. El corazón está a punto de salírseme del pecho.

—Escógeme, os quiero para mí. —susurra.

Todo lo bueno que estaba sintiendo desaparece. No me perdonará en la vida, pero dejaré sus palabras en el aire. Mañana me iré y ojalá no lo vuelva a ver nunca más.



Tal como dijo Lev, antes de que amanezca el día, el móvil de Vladimir suena, dándonos un gran susto. La llamada parece ser importante. Estábamos dormidos abrazados. Lo de dormir en mi habitación se transformó en hábito. Siempre despierto antes que mi hijo para echarlo. Él no dice nada, salta de la cama y corre a su habitación, y a los pocos minutos vuelve vestido.

—Tengo que salir para solucionar algo urgente. No salgas de casa y no lleves a Leonid al colegio.

Se acerca y besa mis labios, el gesto es tan familiar que tapo mi cuerpo desnudo, queriendo protegerme. Sea lo que sea lo que nos está pasando, no lo quiero. Hoy me alejaré de él. Mi hijo merece otro tipo de vida.

Vladimir sale por la puerta y Sara entra. No está de acuerdo con lo que pretendo hacer. Intentó por todos los medios hacerme cambiar de idea, le daban igual mis justificaciones. Le sigue pareciendo una locura. A mí también, pero es la única oportunidad que tengo.

—Anda, vente conmigo a mi habitación. No quiero tumbarme sobre el esperma del padre de tu hijo.

Le lanzo la almohada y voy con ella a la habitación de invitados. Se tumba, abre la cama a su lado y golpea para que me acueste con ella. Como la buena amiga que es, no dice nada: solo me abraza y mira junto a mí cómo pasan las horas hasta que llega la hora de levantarme y preparar a Leonid para ir al colegio.

Mi cuerpo tiembla de la cabeza a los pies. Mi hijo es la viva imagen de la felicidad, no habla de otra cosa que no sea su cumpleaños. Con la ayuda de Sara lo visto, le sirvo el desayuno y lo llevo a la escuela, contradiciendo la orden de Vladimir.

—¿A qué hora sale tu vuelo? No puedes estar aquí cuando él vuelva —le digo a Sara.

—No te preocupes por mí. Sé lo que me hago. Créeme, lo mejor que puede pasar es que yo esté aquí cuando se entere.

—No voy a hacerte cambiar de idea, ¿verdad? —pregunto preocupada.

—No. Vladimir se volverá loco y si yo estoy cerca al menos tendrá con quién hablar.

—Creerá que fuiste mi cómplice.

—Y lo soy —dice dándome una palmada suave en la espalda.

Leonid, ajeno a los nuevos cambios que vienen, va delante, jugando con Shiara.

Dejo a mi hijo en el colegio, vuelvo a casa e intento actuar como siempre. No llevaré muchas cosas, solo unas pocas pertenencias de mi hijo. Camino por la casa despidiéndome de ella. Estoy harta de abandonar mi hogar por culpa de terceros. Es la cuarta vez que lo hago y espero que sea la última.

Me siento en el jardín, que está como nuevo. Sara se sienta a mi lado y nos quedamos en silencio. No hacen falta palabras, solo saber que está aquí me hace feliz. La admiro tanto… Ahora entiendo todo lo que pasó por mantener a sus hijos y familia a salvo. No me encuentro en la misma situación que ella, pero me siento en la cuerda floja todo el tiempo por mi hijo. Si piso un milímetro fuera de la línea será él quien pagará las consecuencias.

—Mañana es la boda de Mijaíl con Natasha.

—Lo sé.

—¿A esa no quieres ir?

Me río. Estuve presente en la de Alexei y lo felicité; tengo fotos junto a él sin que supiera que era yo. Por un momento me entristeció que mis hermanos no me reconocieran. No obstante, al ver las fotos, hasta a mí me fue imposible reconocerme. Era otra persona. Una mujer robusta, de piel morena, ojos marrones y pelo rizado. Todo lo contrario, a mí. Y el papel de desvalida, que no tiene nada que ver con mi carácter, lo interpreté a la perfección.

A la boda de Mijaíl no iría ni, aunque estuviera invitada. Natasha es una víbora. Quisiera saber qué brujería usó para atrapar a mi hermano. Aunque él aún no lo reconozca, está perdidamente enamorado de Betsy.

—Sasha. Creo que aquella cámara está mal.

—¿Qué cámara? —pregunto, alarmada.

—Aquella. —Sara señala la cámara que apunta directamente a la puerta de la cocina, por donde entró Lev.

—Mierda —suelto, comprendiendo. Vladimir me ha estado controlando a todas horas. Mi plan se desmorona como un castillo

de naipes.

Me levanto de un salto y corro a la cocina. Reviso y reviso hasta encontrar todas las cámaras esparcidas por mi casa.

—Hay que irse ya.

Sin pensarlo, agarro la mochila que tengo preparada y corro en dirección a la escuela de mi hijo, con mi amiga pisándome los talones. Veo la furgoneta de Lev estacionada donde me dijo que estaría. Entro a buscar a Leonid, aún queda media hora de clase. Invado el aula sin pedir permiso, agarro a mi hijo sin decir una palabra y salgo corriendo.

Vladimir siempre lo supo. Lo de ayer fue una escenificación. ¡Sabía que iba a fugarme hoy!

Ignoro las preguntas de mi hijo y sigo corriendo. Solo quiero alejarme de aquí. Cruzo el patio y me dirijo al portón. Estoy a unos pasos de la salida… y me detengo.

Perdí mi oportunidad.

Siento unas ganas locas de llorar, pero no lo haré. Jamás le daré ese gusto.

El padre de mi hijo está parado frente al portón por donde debía escapar.

—¿Ibas a algún sitio con mi hijo? —pregunta al alcanzarme. Pasa el brazo por encima de mis hombros y me conduce a su coche.

Intenta coger a Leonid de mis brazos pero no se lo entrego. Sin llamar la atención de nuestro hijo, me da un fuerte pisotón en el pie. Una advertencia clara.

No tengo la menor oportunidad. Le entrego al niño.

—Devuélvemelo. Él es mío —susurro.

—Te dije muchas veces lo que pasaría si intentabas huir de mí nuevamente y no me hiciste caso.

—¿Qué vas a hacer con mi hijo?

—Soy un hombre de palabra. Te di varias oportunidades. Te dejé elegir, y elegiste a Kozlov.

—Elegí mi libertad.

No me contesta. Acomoda a Leonid en su asiento infantil. Sara ya está dentro del coche, con los ojos llenos de lágrimas. Sabe que acabo de sentenciar mi vida.

—Ven.

Vladimir tira de mí hasta la puerta del copiloto. Antes de abrirla, me besa. Es el beso más largo y cargado de amenazas que me ha dado nunca.

Capítulo 45

Sasha

—Sara, ¿puedes llevarte a Leonid dentro y hacerte cargo de él hasta mi vuelta?, necesito tener unas palabritas con Sasha.

Mi amiga no se mueve, su rostro refleja la preocupación y el miedo a lo que el padre de mi hijo pueda hacerme. Yo también estoy preocupada, pero ya la lie, ahora solo me queda intentar solucionarlo. La miro y hago una señal para que se vaya. Prefiero que lo que tengamos que hablar sea lejos de Leonid. No conozco al hombre que está delante de mí, su cara no refleja nada y la tranquilidad con la que actúa me asusta.

Leonid también está asustado, no hay rastro del niño alegre que desperté por la mañana y llevé al colegio. Lo hice todo mal. Por querer protegerlo lo puse más en riesgo que nunca. Arrancarlo de clase y salir corriendo fue lo peor que hice como madre. En mi mente estaba haciendo lo correcto, tenía pensado contarle medias verdades en el coche. No se quejaría, iba a ver a su querido tío. Dios mío. Lev, ¿qué será de él? El coche seguía parado en el mismo sitio. Pasamos a su lado pero no me atreví a mirar en su dirección. Ojalá no le haya hecho nada, pero no voy a alimentar la esperanza de que no le haya visto. Vladimir conoce cada detalle de mi fallido plan de huida. Lev no tiene ninguna culpa de verse envuelto en esto, fui yo quien lo metió. No soportaría que le pasase algo.

—Sara, me lo debes —le echa en cara Vladimir.

—No te debo nada —contesta ella.

—¿Nunca te preguntaste quién rompió el motor del helicóptero? —No dice nada más. Mi amiga me contó que el motor del helicóptero de Luck apareció destruido el día que logró escapar, y

solo por eso tuvo la oportunidad real de sacar a su hijo y a Oana de allí y después huir.

—¿Fuiste tú?

—Sí, y casi me costó la vida. Por si no lo sabes, recibí varios disparos para que tu amiga siguiera con vida, y estaba convaleciente.

—Gracias.

—No quiero tu agradecimiento, quiero que te vayas dentro con el niño.

—Promete que no le harás daño.

—No prometo nada. En tus manos está si ajustamos cuentas ella y yo solas o con el niño delante.

Sara, resignada, sale del coche y da la vuelta. Cuando abre la puerta de mi hijo empieza a llorar, y lo saca. «¿Qué he hecho?». Cuando intento girarme para consolarlo Vladimir me lo impide.

—Perdiste el derecho a tocarlo.

—Cuidaré de él —dice Sara intentando tranquilizar mi roto corazón.

—Él me tendrá a mí —espeta Vladimir. Sus palabras suenan como si no fuera a volver a ver a mi hijo.

Mi muro se rompe al verlo debatirse en brazos de mi amiga, que lo agarra fuerte y entra en casa. Nunca lo vi así, es un niño de actitud fría, no le gusta llorar y sin embargo las lágrimas están cayendo por su rostro. Y es por mi culpa. Ahora más que nunca tengo que ser fuerte, es solo un niño de cuatro años y no sabe defenderse.

La puerta de mi casa se cierra y el coche arranca a toda velocidad. No digo nada, sería una pérdida de tiempo y se enfadaría aún más.

Conozco el camino. ¿Me lanzará esta vez por el despeñadero? Toma las curvas a tanta velocidad que mi cuerpo es zarandeado de un lado a otro. Me agarro fuerte al quitamiedos para minimizar el

impacto y así evitar tocarle. Con mucho esfuerzo logro mantenerme en mi asiento. No pienso en nada, solo me concentro en mantenerme alejada de él y mirar a la carretera que tengo delante. Necesito estar fuerte mentalmente para lo que vendrá. Puede hacer lo que quiera con mi cuerpo, pero no podrá alejarme de mi hijo, prefiero la muerte. La última curva la toma a tanta velocidad que las ruedas del lado derecho se levantan de la carretera. Involuntariamente grito por miedo a que tengamos un accidente. Llegamos al mismo mirador, que en realidad es un descampado por el que no pasa nadie. Es el mismo lugar donde me dejó claro que la única manera que tenía para quedarme con mi hijo era quedando con él. Tira del freno de mano y la caravana derrapa, parándose al borde del precipicio. Cierro los ojos para no ver lo que va a ocurrir. Que no haya gritado no significa que no tenga miedo; estoy aterrada. El coche se ha quedado de lado, a menos de un metro del acantilado.

Vladimir baja y cierra su puerta de un portazo. Yo sigo en el mismo lugar. Apostaré por la prudencia, la misma que no tuve cuando decidí escapar de uno de los mejores rastreadores que hay. No tengo ni idea de lo que espera de mí, pero si quiere guerra lo defraudaré. Seré la mujer más sumisa del mundo con tal de no ser alejada de ellos. Reconozco mi derrota, por ahora no tengo más alternativa que aceptarlo. Me arrepiento de lo que hice. El día de ayer fue perfecto, la noche de sexo entre nosotros terminó de una manera tan bonita…. Quizás todo podría haber salido bien. Quizás mis hermanos le perdonaran la vida por su sobrino. Lo habríamos criado juntos. Ojalá haya una segunda oportunidad para mí y no sea tarde. Vladimir no da segundas oportunidades. Me dio la primera y me fui de Nakono sin avisarlo. No habrá una segunda, estoy segura de ello. El ruido de varios disparos me hacen encoger en el asiento, nos han descubierto. No, no estamos siendo atacados, es Vladimir quien vacía sus armas disparando al aire. Eso quiere decir que no quiere hacerlo sobre mí. Sigo sin sentirme segura, él no necesita armas de fuego para matar a una persona, sus puños y manos son un arma, y eso sin contar el cuchillo que seguro que lleva encima.

—¡Ven aquí! —me grita desde el borde del precipicio.

No me muevo. No me acercaré por mí misma a aquel lugar. Un simple toque de sus dedos sobre mi cuerpo y volaría ladera abajo. Aquí en su coche estoy segura.

—Ven —repite con falsa calma—. Ven por tus propios pies, porque si voy yo te arrepentirás.

Despacio, abro la puerta y pongo un pie fuera. Miro buscando alguna posibilidad de fuga, no la hay. Me llama con el dedo y termino de bajar. Con pasos lentos voy acercándome, no miro al horizonte, desconocía que tengo miedo a las alturas, pero lo estoy descubriendo ahora. Crecí en los Montes Urales, están llenos de despeñaderos y los conozco todos, nunca tuve miedo a acercarme. Así que lo que me da miedo es el padre de mi hijo. Su paciencia se agota. En dos zancadas me tiene sujeta tan fuerte por el pelo que me ladea la cabeza. Me arrastra al lugar donde semanas atrás amenazó con llevarme si intentaba huir.

—¿Qué ibas a hacer?

—Conoces la respuesta, siempre te dije mis intenciones —contesta mi lado rebelde, y me recrimino por ello.

—La conozco, pero quiero escucharla de tu boca —dice dando tirones a mi pelo.

Ignoro el dolor, tiro de mi cabeza en un vano intento de soltarme.

—Me iba a ir —respondo.

—¿Crees de verdad que Kozlov es capaz de protegeros de mí?

—Hablas como si fuera hacerle daño a nuestro hijo.

Zarandea mi pelo y me lanza al suelo con cara de asco.

—¿Ahora es nuestro hijo? Porque no pensaste esto cuando quisiste alejarlo de mí nuevamente. Te avisé que te quitaría lo que más querías si hacías tonterías. Tuviste la oportunidad de irte, pero escogiste quedarte.

—Sabías que no iba a ir. No existe la posibilidad de que deje a mi hijo atrás. ¿Qué vas a hacer?

—Nunca lo sabrás. Vivirás el resto de tus días preguntándote si está bien, dónde está, qué le pasó.

Vladimir se aleja, entra en el coche, arranca el motor y empieza a maniobrar. Me levanto del suelo y corro detrás.

—¡Vladimir, Vladimir, Vladimir! No me lo quites, te lo suplico —grito desesperada poniéndome delante del vehículo.

—Quita de en medio.

—¡No me quites a mi hijo!

—Es exactamente lo que haré, tú ibas a quitármelo a mí —apunta su arma en mi dirección—. Quítate si no quieres que tu cuerpo se pierda ladera abajo con tu cara desfigurada para que nadie te reconozca.

—Dispara, no me moveré.

Vladimir cumple su promesa, su arma no está descargada. A cámara lenta veo como me apunta a la cabeza a través de la ventanilla del coche y aprieta el gatillo. Cierro los ojos, visualizo la carita de mi hijo y le pido perdón por fallar a la hora de protegerlo. El ruido del detonador de la pistola llega a mis oídos y una lágrima escurre por mi rostro. ¿Qué tenía en la cabeza cuando lo desafié? Mi cuerpo cae al suelo, siento como si cientos de agujas se clavan a la vez en mi piel. El ruido de las ruedas de la caravana sobre la grava me hace ver que aún estoy viva. Abro los ojos a tiempo de verlo terminar de maniobrar e irse dejándome en medio de la nada. La bala pasó a mi lado. Me levanto y corro inútilmente tras el vehículo. Le grito y la única respuesta que obtengo es el eco de mi propia voz en la montaña. Estoy a kilómetros de distancia de mi casa, no tengo ni idea de en qué dirección está, pero llegaré allí aunque mis pies caigan por el camino. Empiezo a trotar ladera abajo siguiendo la carretera por donde subí. A cada curva que hago solo veo la silueta del coche de Vladimir alejándose más. No lloro, no tengo tiempo para ello. Tengo que llegar a mi casa cuanto antes. No tengo móvil para pedir ayuda, no tengo nada que me ayude a ubicarme, a decirme por lo menos qué hora es. Corro, corro hasta que mis

piernas parecen prenderse con fuego, y aun así no paro. La sed deja mi boca seca. Veo que en una pared de piedra baja un hilito de agua. Me acerco, presiono mis labios sobre la piedra y chupo el agua con todas mis fuerzas. Pierdo unos cinco valiosos minutos intentando saciar mi sed. Una vez que me siento saciada y he aliviado la sequedad de mi boca y mi garganta, vuelvo a trotar ignorando mi dolor. La noche empieza a caer, dentro de poco no veré nada y la idea me aterra. Lo que más miedo me da no es pasar la noche en este lugar, es no saber qué pasó con mi hijo. Que cuando llegue a casa, porque llegaré, no sea recibida por su sonrisa.

La noche llega y no tengo nada de visibilidad. Me adentro un poco en el bosque hasta que encuentro un árbol donde resguardarme baja su copa de hojas de gran tamaño. Nada más salga el primer rayo de luz volveré a la carretera. Me subo a las ramas hasta alcanzar la copa, me encaramo a una rama y la abrazo, apoyo mi cabeza e intento dormir un poco. Necesito todas mis fuerzas para seguir mañana.

A lo lejos veo acercarse unos faros, me apresuro a bajar del árbol, no veo donde piso y me caigo, no doy importancia, me incorporo y corro en dirección a donde creo que está la carretera. Cuando llego al arcén el coche ya pasó, me tiro en medio de la carretera y empiezo a gritar inútilmente. No me vio, con impotencia veo alejarse la única oportunidad de abandonar esta colina.

Es noche cerrada y estoy con ropa oscura. Encima ahora no tengo refugio. Me tapo la boca con la mano para contener el grito de desesperación que quiere salir, no voy a permitirlo, no voy a perder el control. Soy más fuerte que mis miedos.

Vuelvo al bosque y luchando contra mis pensamientos negativos me siento junto a un delgado árbol. Apoyo la cabeza entre mis rodillas e intento dormir.

El día empieza a abrirse paso. Me pongo de pie, estiro mi cuerpo y salgo de vuelta a la carretera. Empiezo a caminar despacio y voy apretando el paso hasta que comienzo a trotar ladera abajo. El dolor no es real, todo está en mi cabeza, me voy diciendo a mí misma a

medida que la fadiga va en aumento. El sol ya está en lo alto y ni siquiera veo una casa, todavía estoy muy arriba. Sigo y sigo sin parar. Me pican los ojos a causa del sudor, pero no me importa, sigo, con poder ver la carretera estoy contenta. Lo único que tengo en mente es llegar abajo. Allí pararé a alguien, la policía si hace falta, y les pediré que me lleven a mi casa. Un fuerte dolor me obliga a parar, es diferente al que sentía, es insoportable.

—¡Ahhhh! —grito y me dejo caer de culo en el caliente asfalto.

Se me subió el gemelo. Estiro la pierna con la esperanza de que vuelva a su sitio. Pasan unos preciosos segundos y nada cambia. No puedo parar. Con dificultad vuelvo a ponerme de pie y cojeando vuelvo a caminar ladera abajo.

Con la lesión voy más lenta, las lágrimas me ganan. Avanzo todo lo rápido que puedo mientras lloro desconsolada. No lloro por el dolor, lloro por mi hijo. Pueden cortarme las dos piernas si cuando llegue abajo él está bien, en casa esperándome.

Estoy tan agotada física y emocionalmente que no veo que se acerca un coche. Para delante de mí, la puerta se abre y sale Sara. Me tiro en sus brazos y dejo el sollozo salir.

—¿Cómo…? ¿Cómo está mi hijo? —pregunto casi ahogándome.

—Está bien. Durmió feliz con su padre —contesta conteniendo las lágrimas por la alegría de verme bien.

Sara me da agua. Trago y trago, pero nunca me sacio. Ella me quita la botella de la mano y se ocupa dármela más despacio. Después tira un poco sobre mi cabeza para evitar que me desmaye en cualquier momento.

—Estoy bien, estoy bien —digo para que deje de preocuparse por mí y me lleve con Leonid.

—¿Cómo me encontraste?

—Llevo toda la noche detrás de ti. Hace poco Vladimir me llamó y me dijo que viniera a por ti, dijo dónde podía encontrarte.

—¿Y mi hijo, dónde está?

—Su padre lo llevó al colegio.

—¿Estás segura?

—Sí. Y ahora vamos, que tienes que ponerte en condiciones para ir a recogerlo. Leonid no puede verte así.

Voy al coche cojeando, mi amiga intenta ayudarme y me niego, lo único que quiero es llegar a casa cuanto antes.

Entrar en casa y no escucharlo es horrible. Siempre que me iba de viaje volvía a la hora que sabía que estaría en casa, acostado. En ocasiones él venía a buscarme al aeropuerto. Me doy una ducha rápida y busco a Sara para que vayamos a por Leonid. Salimos juntas en dirección al colegio. Llegamos cuando ya han empezado a salir. Pongo mi mejor sonrisa y espero, espero y espero hasta que dejan de salir niños. Miro a Sara en busca de respuesta. Ambas sabemos lo que ha pasado. Entro corriendo en busca de mi pequeño, intento abrir la puerta de su clase pero está cerrada con llave. La aporreo, nadie responde. Corro hasta el patio de juegos en su búsqueda y nada. Su profesora sale de secretaria, corro hasta ella, la agarro por el brazo y la giro hacia a mí.

—¿Dónde está Leonid?

—Hoy no ha venido a clase.

Mi mundo se derrumba. Vladimir ha jugado con Sara y conmigo. Ha cumplido su promesa, me ha quitado lo que más quería.

Todo se vuelve negro y me desmayo en mitad del patio.

Capítulo 46

Sasha

No hay peor dolor para una madre que saber que ha fallado a un hijo.

Siento las palmadas sobre mi rostro intentando traerme de vuelta. Oigo la preocupada voz de mi amiga pero no abro los ojos. No puedo hacerlo, no quiero. Despertar significaría encarar una realidad que no estoy lista para afrontar. Perdí, reconozco mi error al creer que podría vivir una vida normal lejos de mis hermanos y de la protección de la *bratva*. Por mi egoísmo mi hijo, un ser inocente e indefenso, está en manos de un asesino experimentado, de un traidor. Sé que no le va a hacer daño a Leonid, necesito creerlo para seguir respirando. Lo ama, es la única persona que ha amado de verdad en su vida. Las demás pocas cosas que sabemos sobre su vida son puro rencor. Yo solo fui un desafío para él. Algo prohibido, algo que ansiaba poseer, pero cuando por fin pudo tenerme, las consecuencias le superaron.

El fuerte olor a alcohol me obliga a apartar la nariz y abrir los ojos. Al hacerlo veo la cara de desesperación de Sara, y a la profesora de mi hijo que acabamos de conocer. Doy un salto y me pongo en pie. No tengo derecho a compadecerme. Me metí en esto sola y ahora no puedo salir. En realidad nunca pude, siempre ha tenido que venir Lev a rescatarme. ¿Qué fue de él? Soy un fraude.

Voy a hacer la llamada más difícil de mi vida, la llamada de la derrota, pero mi orgullo dejó de existir, solo importa encontrar a Leonid. No era consciente de que mi amiga me tiene entre sus brazos. La empujo fríamente.

—Dame tu teléfono —pido con la mano estirada.

Sara, de inmediato mete la mano en el bolsillo de su pantalón, saca el aparato y me lo entrega. Ignoro las preguntas, el ruido de la sirena y la multitud que me rodea, paso en medio de todos y me aparto con el teléfono pegado a la oreja. Mi amiga es la única que me sigue, está tres pasos por detrás de mí. Me alegra tenerla aquí en este momento.

Escuchar la voz de Alexei rompe el dique. Quería ser más fuerte, no quería llorar, pero no puedo. Les hice pasarlo mal para al final pedirle ayuda. Si es necesario estoy dispuesta a suplicar de rodillas, haría lo que ellos quisieran con tal de recuperar a Leonid.

—Soy… Sasha —digo tartamudeando—. Se… se… secuestraron a mi hijo.

—Sasha, ¿de verdad eres tú?

—Sí.

—Explícate. ¿Qué es eso de que secuestraron a tu hijo?

Por más que lo intento las palabras no salen. Solo puedo llorar, quiero a mi hijo. Sara me quita el móvil de la mano y yo no hago nada para impedirlo.

—Alexei, soy Sara. Hemos venido a recoger a su hijo al colegio y cuando llegamos aquí no estaba.

—Pásame la dirección, iremos o cuanto antes.

—No tardes, tengo miedo a no poder ser lo que ella necesita.

—Llegaremos lo antes posible.

Escucho su conversación pero sigo sin poder actuar, solo sé temblar y llorar. Sara cuelga y llama a alguien, salta el buzón de voz, vuelve a intentarlo una y otra vez con el mismo resultado. Se frustra y guarda el móvil. Sé a quién llama, pero necesito la certeza.

—¿Vladimir no te contesta?

—No, tiene el móvil apagado.

Aunque mi hijo me odie por el resto de su vida, mataré a su padre por hacerme pasar por esto. Podré sobrevivir a su desprecio y a su

odio sí sé que él está bien, está seguro y protegido por la *bratva* mientras su padre arde en el fuego del infierno. Vladimir es una amenaza para ambos, mientras respire no podré darle la vida que siempre soñé para él, no sería seguro. Vladimir nunca se rinde. Mientras respire vendrá una y otra vez a buscarlo. Para que eso no ocurra tiene que morir.



Verlos después de tanto tiempo me causa un gran impacto. Querría decir que están iguales, pero ninguno de nosotros somos iguales después de casi cinco años. Alexei es un hombre casado, Mijaíl tiene la mirada vacía y más dura que le he visto nunca. Sus facciones son frías y distantes, como si yo no tuviera más lugar en su vida. Siempre supe que mi regreso no sería fácil, que no me esperaría un camino de flores para recibirme pero, sin embargo, no esperaba ver tanto odio y desprecio en él. Me siento pequeña e insignificante, como si con un chasquido de sus dedos fuera a desaparecer. Alexei, pese a estar cambiado, muestra alegría en sus ojos al verme. Echo de menos su sonrisa, siempre había una para mí. Nos llevábamos tan bien porque no teníamos la rigidez de Mijaíl, pero lo estropeé todo. Mis hermanos me odian y solo están aquí por mi hijo. Les estaré eternamente agradecida y aceptaré mi castigo cuando traigan a Leonid de vuelta.

Alexei da un paso y es todo lo que necesitaba para tirarme a sus brazos. Corro a su encuentro, me lanzo sobre él y me coje al igual que cuando era niña.

—Te he echado mucho de menos —me dice.

—Aunque no lo creas, yo a ti también.

—Sabes que antes de que esto mejore va a empeorar, y mucho, ¿verdad? —Dice matando la falsa esperanza de que me dijera que

tiene todo sobre control.

—Lo sé —estoy obligada a reconocer en voz alta.

—Tus acciones acarrearon muchas consecuencias negativas y se te hará pagar por ello. —El tono de añoranza y felicidad desapareció y ahora habla el mafioso. Por eso me fui. Odio que siempre sean ellos los que tienen la última palabra—. Tu vida cambiará, no gozarás de privilegios y no te será fácil volver a ganarte nuestra confianza.

A cada palabra de Alexei mi corazón se va encogiendo más. ¿Qué he hecho? Me hago a un lado y busco a Mijaíl que sigue en el mismo lugar sin moverse un milímetro. Quiero un abrazo suyo, escuchar de su boca que todo va a salir bien. Él siempre lo resuelve todo, quiero que diga que vamos a encontrar a mi hijo.

Doy un paso para ir en su dirección, pero Alexei tira de mí y, sin tiempo para reaccionar su mano golpea contra mi cara. No demuestro ninguna reacción, estaba preparada para ello. Sara, detrás de mí, es la que grita por la sorpresa de la acción. Los ojos de Alexei están vidriosos. Sé por qué lo hizo. Era él o Mijaíl, y prefirió ser él. La bofetada me dolió, mi cara todavía quema por la fuerza del impacto. No podía parecer falso, él pagaría las consecuencias por pretender engañar al *pakhan*. Si hubiera sido Mijaíl seguro que estaría en el suelo. Lo que hizo Alexei fue evitarlo.

No tengo ante mí a mi hermano, tengo al *pakhan* de la *bratva*. Pasa a nuestro lado y va directo a mi amiga. Le dice algo y entra en mi casa sin dirigirme una sola palabra. Alexei, lejos de los ojos de nuestro hermano mayor, da un beso donde me golpeó, posa su mano en mi espalda y me conduce al interior como si el espacio no fuera mío sino de ellos.

Paro en mitad del salón y los dejo pasear para mirarlo todo, no puedo exigir que me escuchen cuando nos los escuché durante los años que estuve fugada. Observan todas las fotos de Leonid que hay esparcidas por la casa. Cosa de Vladimir, yo no quería hacerlo. Pese a que esta casa tiene el mismo sistema de destrucción que la otra, no me gusta dejar nada al azar. Pero como se hacía lo que el padre

de mi hijo quería, llenó todos los rincones de fotos del niño. Mijaíl se para delante de una en especial y me veo obligada a acercarme. Llegó el momento de encararlo y contarlo todo.

—Me asusté cuando lo vi.

—Se os ve muy bien juntos.

Es normal que se sienta traicionado al ver su única hermana y al sobrino que nunca vio en brazos del hombre que comía en su mesa y le traicionó.

—No es lo que estás pensando. Ojalá hubiese tenido otra opción.

—Es imposible que esté vivo, conté siete disparos.

—Créeme, está vivo, y muy vivo.

—Reitero, es imposible. ¿Sabes la cantidad de sangre que había donde estaba su cuerpo?

—Yo vi lo mismo que tú, pero un día salía del aeropuerto y allí estaba Vladimir parado, mirándome. Pensé que era una alucinación, pero esa misma noche desperté con él al pie de mi cama.

—¿Y por qué te busca después de tanto tiempo?

—Es una larga historia.

—Cuéntala, tenemos tiempo. —No hay una gota de calidez en sus palabras, habla como si yo fuera uno más de sus lacayos.

—No lo tenemos.

Mijaíl se gira y Alexei se pone delante.

—No lo pagues con ella —le advierte.

Quiero preguntar «¿pagar conmigo el qué?». Nunca fui sumisa, pero el trato que estoy recibiendo de él está más que justificado, y por ello me guardaré mis preguntas para mí.

—Cuenta, Sasha —ordena tan distante e indiferente que si yo supiera que tengo la más mínima oportunidad de localizar a Leonid por mi cuenta le pediría que se fuera. No obstante, soy consciente de que no tengo medios de encontrar siquiera mi cabeza sobre mi pescuezo, y menos aún a un niño secuestrado.

—Como sabéis, soy la asesina sin rostro. Y todo este tiempo, sin que yo lo supiera, Vladimir era mi soporte técnico. La última misión fue…

—Déjame adivinar, en Ekaterimburgo —me corta Mijaíl y completa la frase.

—Exacto, como ya sabes —es tontería creer que un desastre de aquella magnitud no fuera llegar hasta él—, salió mal y casi me matan. Vladimir fue quien logró sacarme de allí. Hasta entonces no sabía que trabajábamos juntos. Estuve catorce días sin acordarme de nada, recibiendo atención médica.

—¿En territorio ruso? —Asiento. La mirada que muestra Alexei dice mucho. Su furia acaba de elevarse un poco más—. Sigue.

—Desperté enchufada a varias máquinas. Arranqué todo para volver con mi hijo cuanto antes, pero no llegué a abandonar la habitación. Me lo impidió el médico al que llamaron. Intentó disuadirme debido a mis graves lesiones, pero yo era irreductible. Le amenacé y le advertí que me iba a ir de cualquier manera. Se había pasado el plazo que le había prometido a mi hijo para estar de vuelta en casa y nunca le había faltado a mi palabra.

—Deja eso y ve directa al momento en que formas una pareja feliz con el traidor. Y no olvides la parte del inútil de Lev, aún queda la duda de qué tiene que ver él en todo esto.

Mijaíl jamás me había hablado de esta manera. Siempre le tuve respeto, casi tanto como respetaba a nuestro padre, una mirada suya y yo enmudecía. Me reprendió innumerables veces, pero nunca me hirió. Trago el nudo que se forma en mi garganta y sigo.

—Cuando llegué al aeropuerto de Tokio, él estaba allí. Desconozco los planes que tenía en aquel momento. Entonces mi hijo corrió hacia mí y se tiró a mis brazos. Después, cuando levanté la cabeza, ya no estaba. Por la noche se presentó en mi casa queriendo saber si era el padre de mi hijo.

— ¿Y lo es?

Para todo hay una primera vez, y creo que esta será la primera que ataque a mi hermano y a la vez *pakhan*. Entiendo que se enfade por cómo actué, pero estoy aquí de pie ante él relatando mi vida íntima en vez de estar ahí afuera buscando a mi hijo.

—La foto contesta la pregunta. —Un pequeño acto de rebeldía. Sara, que está detrás de ellos, se ríe. Es una temeraria, al igual que su hermana Betsy.

—Esto se pone interesante. Deja que lo entienda. Lev Kozlov crio al hijo de Vladimir, ¿es eso?

—Sí.

—¿Sabes dónde está Kozlov? —Meneo la cabeza en negativa—. Te lo diré yo, muerto. ¿Quién de tus enemigos puede haberse llevado a mi sobrino?

—MI enemigo es el tuyo. Su padre se lo llevó.

De ahí en adelante le relato la relación que tuve con Vladimir hasta el más mínimo detalle, exceptuando la parte en que disfruté del sexo. Les cuento todo. Mientras hablo, Alexei está escribiendo como un loco en su móvil. La mirada de Mijaíl se va suavizando, me interrumpe de vez en cuando para hacer alguna pregunta. Está tan nervioso con lo que estoy relatando que camina de un lado a otro. Todas sus preguntas sobre Vladimir quedan sin respuesta porque no sé nada de la vida del hombre que, desde hace poco más de dos meses, compartía cama conmigo. Todo en torno a él era un misterio. Nunca trabajaba dentro de casa, cada vez que lo llamaban al móvil salía para contestar, no me dejaba entrar y tampoco hice méritos para ello.

Su móvil está vibrando constantemente por los mensajes y yo soy la espectadora. Mis hermanos ya no llevan puestas sus americanas, tienen las camisas remangadas. Alexei, en cuestión de minutos, se ha montado una mini base en medio de mi salón con mi ordenador portátil, el suyo y la *tablet*. Misha le está dando soporte desde Rusia. Buscamos en las cámaras que hay alrededor de mi casa y en el colegio. No ampliamos la búsqueda porque es territorio de la Yakuza

y no queremos crear un conflicto, estamos aguardando la llegada de Takashi. Por lo que la única imagen que obtenemos es la de Mijaíl entrando en mi casa días atrás, cuando volvía de abandonarme encima de aquella montaña, y saliendo al día siguiente. No hay rastro de ellos. Lo que sí encontramos es el coche que me esperaba: está calcinado, con un cuerpo dentro. No pudieron identificarlo de primeras, harán una autopsia con lo poco que quedó, pero sé que es Lev, y no tengo tiempo a llorarlo. Mijaíl prefirió no decir nada a su familia por el momento. No le contradigo, él sabe cómo manejar esto mejor que nadie.

Desde que hice la llamada a mis hermanos hasta ahora no sé lo que es dormir, no puedo cerrar los ojos sin ver la carita de mi hijo llamándome.

Takashi se presenta en mi casa con un ejército. Si antes mi salón era una pequeña base, ahora es una de las más modernas. El japonés está furioso porque hayamos entrado en su territorio sin su autorización, liando toda esta confusión. Lo que le espera a Vladimir es lo peor, y no me da pena. Llevo años luchando para mantener a los niños a salvo y ahora mi hijo es la víctima.

Capítulo 47

León

—Mijaíl.

No le digo quién soy. No hace falta, crecimos juntos. Nos conocemos a la perfección, seríamos capaces de reconocer nuestras voces en medio de una multitud.

Como me imaginé, ya está en Japón. Por más que Sasha sea una mujer independiente y fuerte, no está lista para afrontar lo que se le viene encima sola, y lo sabe. Me alegro por su decisión. Por primera vez desde que la encontré tomó una decisión acertada. Sin sus hermanos a su lado, usar su mayor debilidad para destruirla sería demasiado fácil.

No pretendía que Mijaíl descubriera que sigo vivo de esta manera, y por culpa de las malas decisiones de Sasha yo mismo me pondré delante de él. No desaprovechará la oportunidad para intentar matarme, pero se quedará en el intento. No pienso dejarme matar, y más ahora que tengo un motivo de peso para seguir más vivo que nunca. Si antes no pensaba dejarme exterminar por la *bratva,* ahora, con la llegada de Leonid, menos todavía. Han sido años planeando mi regreso al mundo de los vivos y, aun así, nada de lo planeado está a la altura de la realidad. Me hubiera gustado ver su cara cuando se enteró de que su primer sobrino lleva mi sangre, la sangre de un don nadie. En un arrebato intenté ponerme en contacto con él. Quise hacer las cosas de la manera correcta por el bien de mi hijo. Solo necesitaba un poco de tiempo, y que Sasha no hiciera ninguna tontería, para poder poner las cosas en su sitio. Tenía todo pensado para lograr un indulto y poder ver a mi hijo

crecer sin la constante amenaza de la *bratva* sobre mi espalda. Y ella estropeó todo.

Sasha me quiere. Su boca lo niega, pero su cuerpo y sus ojos dicen lo contrario. La única manera de que ella pudiera quedarse con otro hombre es que a mí me maten. Puede que la suerte esté de su lado y esto ocurrirá pronto. Tienen un noventa y nueve por ciento de posibilidades de llevarlo a cabo, me veré frente a la *bratva* y la Yakuza. Pero si este uno por ciento a mi favor me regala una ventaja no lo desperdiciaré. La recuperaré y una vez entre en razón trabajaré duro para ganarme su perdón.

Desde que entré en su casa la primera vez, la tuve controlada. No tuve tiempo para instalar equipamientos modernos, pero puse pequeñas cámaras sin micro. Cuando empecé a frecuentarla con asiduidad, instalé equipamientos de última generación de vigilancia y escuchas. No me quise arriesgar a quedarme sin saber de qué hablan, como pasó en Nakono el último día que se vio con Lev. Esta última semana llegué a pensar que todo iba a salir bien, hubo un gran acercamiento entre nosotros. Los minutos de estar juntos sin querer matarnos el uno al otro se fueron alargando. Hablábamos sobre nuestro hijo, de lo que queríamos para su futuro. Creí realmente que estaba aceptando la idea de que estaríamos nosotros tres, hasta que echó todo a perder haciendo aquella locura. Sabía que no le gustaba la situación, pero yo estaba poniendo todo de mi parte para que la buena interacción entre nosotros no fuera solo en la cama. Debí seguir mi instinto, creí haber tomado todos las precauciones cuando la dejé incomunicada, pero no hice caso a la primera alarma cuando la pillé intentando contactar a Lev con un prepago; hice un barrido en la casa tras los móviles que sabía que tenía ocultos, requisé unos cuantos y aun así se me paso uno. Me enfurecí, rompí el aparato en mil pedazos, la castigué hasta que juró que no había ninguno más. No mintió, por lo menos en esto. Para mi sorpresa no se rebeló, y debí de haber desconfiado ahí también, todo lo aceptaba con demasiada facilidad.

Bajé la guardia, me ilusioné con la idea de la fiesta de nuestro hijo. Quise verla feliz, hacer algo especial y decidí prepararle una

sorpresa diferente. Hubiera traído a sus hermanos si supiera que no me iban a matar a mí y a ella se la iban a llevar a rastras de vuelta a Rusia, los descarté por lo obvio. Entonces quedaban solo Sara y Oana, las dos únicas amigas que tuvo en toda su vida. Contacté con Sara y de primeras se asustó. Tuve que demostrarle de mil maneras que mis intenciones eran buenas. Fue difícil, pero lo logré. Le dije que viniera con Oana, y me dijo que lo intentaría pero que sería difícil y arriesgado porque Alexei no la iba dejar viajar sola. Estaba tan expectante con la idea de sorprenderla que no pensé en los detalles. Le dije a Sara que entonces viniera sola, que le haría otra sorpresa más adelante. Organicé todo para la llegada de su amiga. Fui con nuestro hijo a buscarla al aeropuerto, y estando en mitad del camino de vuelta a casa vi al patético de Kozlov entrando en la finca disfrazado de payaso. Lo reconocí enseguida. Ordené a mi chófer que fuera más deprisa. Aunque sabía que Sasha no iba a ir a ningún sitio, quería evitar que se acercara a ella, es mía. Y si no es mía no será de nadie más. Ignoré la presencia de Sara y me puse los auriculares. Escuché toda su conversación, cómo planeaban engañarme para robarme a mi hijo. Memoricé cada detalle de su plan infantil. Jamás iba a consentir que se lo llevaran.

No iba a estropear el momento de Leonid. No había manera de deshacer la sorpresa que había preparado para ella. Si enviaba a Sara de vuelta, ella sospecharía que algo iba mal y llamaría a los tíos de mi hijo antes de tiempo.

Sabía que Sara era inocente en aquel plan, también sabía que no iba a ponerse de mi parte para disuadirla de ello. Disfrutamos de la fiesta, la follé y le hice el amor. El final de nuestra noche fue inexplicable, fue tan bueno que llegué a pensar que desistiría de su plan. No ocurrió. Mientras ella dormía plácidamente, yo contaba los segundos hasta que el móvil sonó: era el *naslednik*.

—Tienes una hora para llegar a la dirección que te llegó al móvil.

Salté de la cama, me despedí de ella y me fui a mi habitación para escuchar lo que me tenía que decir. El *naslednik* disfruta

demostrando su poder sobre las personas y yo le he herido su orgullo.

—¿Y si no lo hago?

—Sé dónde estás, sé que tienes un hijo.

—Si supieras dónde estoy, ya hubieras venido a por mí.

—Puedo hacerlo, pero ¿dónde estaría la diversión? Si no te presentas en el local indicado, la madre de tu hijo irá a la cárcel.

Al decirme eso, si no conociera su plan, hubiera ido a su encuentro sin mirar atrás. El día que descubra quién es la persona que está detrás del *nasledník* lo mataré lenta y dolorosamente por amenazarme con entregar todas las pruebas que tiene contra ella. Si lo hiciera, Sasha jamás volvería a saber lo que es vivir tranquila. Mató a mucha gente importante, desarticulando temporalmente grandes esquemas de trata de blancas y tráfico de órganos. Extinguirlos es imposible, esto mueve millones y detrás hay mucha gente poderosa. Ella les metió el susto en el cuerpo y los obligó a actuar con perfil bajo, a triplicar sus esquemas de seguridad. Su último trabajo está en boca de todos, fue una carnicería, pero en este caso concreto, Sasha exterminó a una familia que estuvo durante décadas al frente de cosas horribles que involucraban a chicas jóvenes. Y solo por esto ya sería un gran trofeo para la policía, no ahorrarían esfuerzos en ponerle sus manos encima.

Hay varios códigos entre los mafiosos, uno de ellos es no entregar nuestros enemigos a la pasma. A veces puede que les facilitemos indirectamente las cosas, pero llamar a sus puertas y entregar a sus enemigos no. Y por eso estoy tranquilo, este hombre tiene conexiones hasta en el infierno, no pongo en duda su poder, pero en todos los años que trabajé con él pude ver lo orgulloso que es y sé que no se arriesgaría a manchar su nombre por ser un delator.

Con facilidad ejecuto a los seis hombres que envió para certificar que se cumplía su orden. Había pedido que matara nada menos que al hermanastro de Takashi, un niño. Cargo muchos crímenes a mis

espaldas, pero yo no mato niños. Con mi camino libre sigo el cronograma marcado por Lev y Sasha.

Aguardo escondido por once horas y veo como ella, desatendiendo mi orden, deja a nuestro hijo en la escuela cuando llegó el despreciable de Kozlov. Podía haberlo terminado allí mismo, y no lo hice porque quería ver si ella iba tener el coraje de llevarse a mi hijo con él.

Cuando Sara me descubrió, me dije que la dejaría ir, que no haría nada, pero no pude. Su desesperación por alejarse de mí era tanta como si le hubiese hecho daño, y eso alimentó mi bestia interior hasta tal punto que de allí en adelante solo quería hacerle sufrir.

Kozlov nunca tuvo oportunidad. Cuando ella entró a por nuestro hijo al colegio, él tenía un punto de mira en medio de su frente. Quedó paralizado, sabía que si hacía el más mínimo movimiento era hombre muerto. Se quedó viendo cómo me llevaba a mi familia de vuelta a casa. La besé para que viera que es mía, que ya nunca sería de él.

—Da la cara —exige Mijaíl.

—No puede ser —contesto como si no fuera conmigo la cosa.

No puedo demostrar debilidad, Mijaíl huele la sangre a kilómetros. Tengo que estar más fuerte que nunca, usar todas mis fuerzas para que esto salga bien.

—Dime qué quieres y será tuyo.

—Directo como siempre. Quiero hablar con Sasha.

La oigo pedir desesperada que pregunte por nuestro hijo. Qué poco conoce a su hermano. No me va a dar la más mínima ventaja, tanto es así que sé, como si estuviera allí mismo viéndolo en persona, que se calló porque Alexei acababa de taparle la boca.

—Justo esto no te lo puedo dar.

—El tiempo no está a nuestro favor. Déjame hablar con la madre de mi hijo.

—Con la única persona con la que hablarás es conmigo.

—Mijaíl, sé que tienes toda una estructura detrás intentando rastrear esta llamada. Puedo cortar ahora y todos salimos perdiendo o puedes darle el teléfono a ella y yo mismo le facilitaré la dirección a la madre de mi —enfatizo para que vea que no voy a abrir mano de mi derecho como padre— hijo donde encontrarlo.

—¿Crees de verdad que voy a caer en este juego tuyo? No sé qué tienes planeado, pero saldrá mal. Te capturaré y Sasha te matará.

—Siento contradecirte, pero eso no va a pasar.

—Percibo tu voz débil. ¿Es el miedo haciendo su aparición? Te lo deberías haber pensado antes de llevarte a mi sobrino.

—No voy a entrar en tu juego. Si en diez segundos no oigo la voz de la madre de mi hijo, corto la llamada y el peso de lo que ocurra de aquí en adelante recaerá sobre tu conciencia.

—¿Me estás amenazando?

—¿Aún no te quedó suficientemente claro que no quiero matarte? Pude haberlo hecho un millón de veces sin que nadie sospechara de mí, ¿y lo voy a hacer ahora que somos familia?

—Te tenía como a un hermano.

—No nos pega el sentimentalismo.

—Si era dinero lo que querías te bastaba haberlo dicho.

—Se acaba el tiempo. No estoy aquí para ajustar cuentas por el pasado, se trata de mi familia —no tengo fuerzas ni ganas de mantener esta tonta conversación mientras ellos intentan desesperadamente dar con mi paradero.

—¿Dónde está mi hijo? —En mi vida pensé que la vería alguna vez así de derrotada.

No voy a hacerla sufrir más.

—Ven a esta dirección. Los actos heroicos dejadlos para otro día. Si quieres recuperar a Leonid tendrás que hacer las cosas a mi manera.

—Dame un segundo —pide Sasha sin hacer más preguntas.

—Date prisa, el tiempo corre en nuestra contra.

Sasha apunta la dirección y lo único que me queda hacer ahora es esperar el desenlace. Ya no hay nada que pueda hacer más que tener esperanza en que la balanza se incline hacia a mi lado y el uno por ciento sea el ganador.

Me acomodo para esperarlos. Si voy a morir hoy, lo haré llevándome a unos cuantos conmigo.

Capítulo 48

Sasha

La llamada se corta abruptamente y busco la mirada de mis hermanos con más miedo que antes. No se mueven, no entiendo el motivo por el cual siguen exactamente dónde estaban, y Takashi igual. Deberían estar dando órdenes para que salgamos de aquí inmediatamente. Esto no es una buena señal, corro hasta Alexei, es el único accesible. Los otros dos, en su nebulosa de poder, me echarían de su lado si sienten que les importuno.

—¿Por qué siguen ahí parados? Vamos —digo zarandeando a mi hermano por la camisa.

—Nadie saldrá de aquí hasta que no tengamos información de la zona y un plan elaborado —anuncia Mijaíl sin ponerse en mi lugar ni un segundo, sus palabras son secundadas por el japonés, y me dejan claro que ninguno tiene en cuenta mi opinión de madre.

—No podéis estar hablando en serio —les increpo, camino hasta Mijaíl y le empujo en el pecho— ¿Dónde está el hermano que me protegía, el que su familia era importante para él? —Le grito desesperada.

Mis palabras no le afectan. Perdí a mi hermano, ni siquiera baja un poco la cabeza para mirarme, mi desesperación no le afecta. Estaba con la mirada perdida en el horizonte y allí se quedó. No lo reconozco, es una persona vacía, es un bloque de hielo. ¿Qué le pasó estos años que estuve fuera? Es otra persona.

—Es una trampa. Lleva catorce días sin dar señales y ahora os cita sin más, y sin exigir ninguna garantía —dice el japonés.

—Trampa o no, iré, es a mi hijo al que tiene. Como no sabéis lo que es ser padre, no conocéis lo qué es priorizar a alguien que te importa de verdad.

—Sasha, cállate —grita Alexei.

Hago caso omiso a su advertencia, estoy ahogándome, no puedo quedarme aquí esperando que hagan las cosas a su manera desde sus asientos dorados mientras mi hijo está ahí afuera pasando a saber el qué. No es la primera vez que Leonid está sin verme, pero cada vez que me ausentaba por más tiempo Lev se quedaba con Akiko y con él. Mi hijo nunca estuvo lejos de su entorno seguro, nunca pasó la noche fuera con Vladimir sin mi presencia, y va a hacer dos semanas desde que se fueron y no tiene noticias mías. Voy a volverme loca.

—Haces esto para castigarme, ¿verdad, Mijaíl? Herí tanto tu orgullo mafioso como para dejar que un niño inocente pague por los errores de su madre. Haz conmigo lo que quieras, pero te imploro. —Me dejo caer de rodillas delante de él, sigue sin mirarme. No me importa, sigo suplicándole—. Por favor, vamos a por mi pequeño. Cuando lo conozcas y veas el niño adorable que es, sabrás que mereció la pena. Demuestra que en tu pecho hay un corazón humano —digo.

Mis palabras no le afectan lo más mínimo, le son totalmente indiferentes.

—Se acabó —dictamina, Alexei.

El hermano que me protegía me agarra por el brazo y me arrastra a mi habitación. Sin miramientos, me tira dentro y cierra con llave. Golpeo la puerta gritando desesperada que me suelten, que me dejen ir a mí sola. Que yo rescataré a mi hijo.

No me quedaré aquí esperando a que ellos decidan sobre la vida de mi pequeño. Recuerdo a Sara, que está ahí afuera. La grito, es mi única aliada en este lugar. Vuelvo a llamarla y no tengo respuesta. Camino de un lado a otro impotente, ella no es competencia para ellos. Las personas que hay en mi salón son casi unos desconocidos

para mí, lo único que me hace seguir viéndolos como los hermanos que un día me llamaban su joya más valiosa son sus fisonomías, quitando esto no los reconozco y no puedo poner a mi amiga en riesgo. Después del trato que me están dando los veo capaces de cualquier cosa.

—¡La ventana está abierta!

Corro hasta ella, me apoyo en la repisa y miro hacia abajo, no tiene demasiada altura. Sin pensarlo voy hasta mi armario para cambiarme. Me pongo un pantalón de yoga, un top deportivo, una camiseta ajustada, playeras y voy a por mis armas. Abro la caja fuerte, está vacía. Está todo el dinero y documentación, pero las armas no. Corro alarmada hasta mi mesita de noche a por mí pistola y mi cuchillo.

—Arg —grito frustrada. Tampoco están. Desesperanzada tanteo debajo de mi colchón y nada.

Derrotada, asumo que Mijaíl ordenó desarmarme. Puedo rebuscar por toda la casa y sé que no encontraré una sola arma. Él va siempre un paso por delante, pero esto no va a frenarme. Si hoy es mi último día, lo viviré intentando salvar a mi pequeño. Vuelvo hasta la ventana, no hay nadie vigilándola, me siento en la repisa, paso una pierna, después la otra, no miro hacia abajo, solo salto. Al caer me hago daño. Muerdo mis labios aguantando el dolor y sigo, no hay fuerza en la tierra que me haga parar. Cojeando voy en dirección al garaje, me oculto detrás de una columna y espero a que el guardia entre en mi casa. Con el camino despejado corro en dirección a mi coche y me oculto dentro. Por celos de ver cómo Vladimir me anulaba en la vida de mi hijo, compré un coche igual al que teníamos. Le encantaba aquel vehículo y ahora me alegro de mi actitud infantil, ahora será un buen escudo en mi huida de mi propia casa. En la parte delantera hay por lo menos veinte hombres, y con solo un chasquido de dedos de su jefe mi fuga estará frustrada. El coche será mi bunker y mi escudo antibalas hasta que el portón se abra por completo. Lo de empotrarlo contra él es inviable, solo un tanque de guerra lo tiraría abajo. Está tan reforzado con placas de

acero antibalas y polietileno de alta densidad que pesa casi media tonelada y debido a esto la apertura es lenta. Para evitar que crucen otro coche delante del mío tendré que pegarme a él, solo entonces daré al mando de apertura. Arranco, acelero y pongo mi plan en práctica.

Está siendo tan fácil que no puede ser verdad. Miro a los lados y no hay un solo guardia, no hay nadie apuntándome y mucho menos intentando obstruir mi fuga. El portón sigue deslizándose lentamente por el rail sin interrupciones, mi preocupación va en aumento, el tiempo juega en mi contra. Algo está ocurriendo, sigue sin aparecer nadie que me impida salir.

A medida que va apareciendo la calle, mi mundo va derrumbándose. Al otro lado están Mijaíl, Alexei y un ejército apoyándolos. Todos están de frente a mí, aguardando a ver mi reacción. Sin salida, reconozco mi derrota, apago el motor y dejo mi cabeza caer sobre el volante. No puedo acelerar, conozco a mis hermanos, no se apartarían de delante y no me perdonaría hacerles daño.

—Ahhh —doy varios cabezazos contra el volante gritando frustrada y con un dolor en el pecho que jamás había sentido.

La puerta del vehículo está abierta y Alexei tira de mí hacia afuera.

—¡Suéltame! —Una vez que estoy en la calle tiro de mi brazo exigiendo que me suelte.

Está claro que ya no tengo su apoyo, estoy sola en esto. Cada segundo que pasa me siento más idiota por no haber aceptado la proposición de Lev. Si lo hubiera hecho quizás esto no estaría pasando. En todo caso, al menos, lo tendría de mi lado, o eso quiero creer.

—Déjanos ayudarte —pide Alexei. No le miro, ya no confío en él.

—Vale, quita toda esta gente de en medio para que pueda ir a por mi hijo.

—Esto no va a ocurrir.

—¿En qué momento de tu vida te transformaste en el perrito del *pakhan*? ¿Dónde está el Alexei que tenía opinión propia?

—Sasha, cada vez me pones más difícil protegerte de la ira de Mijaíl. Aquí no está el *pakhan*, está tu hermano y cuando sepas todo lo que hubo que hacer para que ahora estemos aquí, te lamentarás.

—Lo único que lamento es haberos llamado.

—No tendré en cuenta ni una sola de tus palabras. Si te hace sentir mejor, puedes seguir atacándome. Aguantaré lo que haga falta con tal de que estés bien y a mi lado. Ahora ven conmigo, hay algo que descubrimos que tienes que ver.

—El único lugar al que iré desde aquí es a buscar a mi hijo.

—Tiene que ver con Lev.

Hago a un lado a Alexei y vuelvo caminando hasta mi casa, entro y espero a que los demás hagan lo mismo. Paro delante del ordenador central para ver qué es lo que tienen que enseñarme. No espero buenas noticias, en nuestro mundo nunca las hay.

—El ADN prueba que es él. Primero recibió un disparo que le imposibilitó salir del coche, murió calcinado. Querían que sufriera —relata Mijaíl como si estuviera hablando del tiempo.

¿Quién es el hombre al que amé casi toda mi vida? ¿Cómo pudo matar a una persona cuyo único pecado fue querer a su hijo por encima de todo?

—No se merecía esto. Vivía su vida tranquilamente hasta mi llegada.

—Abre los ojos, nunca fue un santo. Mira más allá.

—No me pidas imposibles. Acabas de enseñarme que la única persona a la que realmente le importábamos mi hijo y yo ha muerto, y de una manera cruel. Si estoy con los ojos cerrados, por favor, cuando los abra que todo esto haya sido solo una pesadilla.

—¡Despierta de una puta vez! —brama Mijaíl—. La persona que está detrás de esto quiere causar sufrimiento.

—Persona no, Vladimir, y lo voy a matar. Os lo pido a todos, dejádmelo a mí. Lo mataré lenta y dolorosamente, pondré en práctica todo aquello que siempre quise hacer.

—Me gusta tu hermana, es de las mías —dice Takashi a Mijaíl.

—Takashi, por el bien de nuestra alianza, retira tus palabras y no vuelvas a mirar a mi hermana —sentencia Mijaíl.

—¿Me estás diciendo qué hacer en mi propia casa?

—La proteges tan bien que mira lo que está ocurriendo bajo tus narices.

—Estás tú bueno para hablar. Tienes ratas en tus filas y ni siquiera sabes quiénes son —contraataca el japonés.

—Dejad por favor de mirar quién la tiene más grande y decidme qué vamos a hacer, y cuándo vamos a por mi hijo.

—Justo cuando iba a subir para decirte que el operativo ya estaba en marcha vimos cómo saltabas por la ventana —dice Takashi con una sonrisa en los labios.

Odio a este hombre. Es un sádico ególatra. Nunca tuve contacto directo con él, lo conocía solo de oídas y ahora que lo conozco en persona ratifico mi desprecio por su persona.

Capítulo 49

Sasha

Observó con el corazón roto el plano del local donde Vladimir tiene retenido a mi hijo y, aun habiendo pasado todo lo que pasé en sus manos, no quiero creer lo que ven mis ojos. Paseo el dedo por el mapa, preguntando en qué momento el hombre al que amé, el que logró que traicionara a mi familia, se transformó en este monstruo y cayó tan bajo con tal de salirse con la suya. Conozco su naturaleza mafiosa y asesina y, sin embargo, no lo imaginaba capaz de tal barbarie para salvar su vida. Ahora entiendo por qué no exigió que viniera sola aun siendo consciente de que mis hermanos y Takashi jamás se lo permitirían. Sabiendo lo que le viene encima, cayó así de bajo.

El trayecto desde mi casa hasta el punto de encuentro duró casi tres horas y durante todo el recorrido, Alexei, se empeñó en prepararme más para afrontar la dura realidad del hombre a quien un día quise más que a mi propia vida. Detalló minuciosamente el punto de encuentro y, aun así, me negué a creerlo. Quise pensar que Vladimir no iba a caer tan bajo; qué engañada estaba. Acaba de demostrarme que no tiene límites para salirse con la suya.

El lugar escogido es una zona poblada, llena de zonas infantiles y centros de mayores. Para llegar al local indicado, pasamos por varias plazoletas llenas de niños jugando ajenos a lo que se gesta a pocos metros de ellos.

La dirección exacta de donde se encuentra atrincherado está entre una residencia de mayores y un colegio infantil y hay decenas de casas en su entorno.

Llevamos quince minutos apostados vigilando el movimiento de los alrededores. Los niños están en clase, y los ancianos fuera, haciendo actividades. Barajamos la opción de mandar evacuar toda la zona, la descartamos para no llamar la atención de la policía.

No estamos a la vista y, sin embargo, no tengo esperanza de que no sepa que estamos aquí. Es demasiado listo, algo tiene planeado. Cada segundo que paso esperando, sabiendo que estoy tan cerca de mi hijo y a la vez tan lejos, solo crece mi angustia. Vladimir fue claro a la hora de decir que dejáramos de lado los actos heroicos. Quiero pensar que, por más traidor que sea, no sería capaz de asesinar a la madre y los tíos de su hijo delante del pequeño. —«Que me aguarda ahí afuera»—. Sea lo que sea, no me impedirá luchar por mi hijo hasta mi último aliento.

Estoy oculta en un coche de transporte escolar parado delante del colegio con vistas privilegiadas de la casa. Si alguien entra o sale, lo veremos. Estamos mis hermanos, cuatro hombres de la Yakuza y yo. Un mensaje por radio nos avisa de que abordaron un coche sospechoso. La información pasa a un segundo plano para mí al escuchar a uno de los que nos acompañan afirmar que vio movimiento en la casa. Tomo sus prismáticos y enfoco donde apunta. Lo que veo me pone en acción. Sé que ellos tienen un plan, pero yo tengo otro: sacar a mi hijo de ahí como sea. Lanzo los prismáticos encima del yakuza, que se asusta, aprovecho su descuido y en un rápido movimiento robo su arma, abro la puerta del furgón, revelando a quienes están dentro sin importarme una mierda qué les pase, y salgo, solo quiero llegar hasta Leonid. Corro en la dirección donde vi a mi hijo. Voy a entrar en la casa y en el último momento unos fuertes brazos me agarran por la cintura y tiran de mí hacia atrás.

—¡Mira! —Grita mi hermano.

Enfoco donde indica Alexei, y me congelo: si no llega a tirar de mí ahora mismo estaría muerta. La puerta está entreabierta, una invitación a que entre, sin embargo, está conectada a un sofisticado

sistema de explosivos, especialidad de Vladimir. Si hubiese dado un paso más, todos hubiéramos volado por los aires.

—Lo siento. Solo quiero recuperar a mi pequeño.

—Tranquila, lo recuperaremos. Eres una *bratva*, cabeza fría.

—Cuando seas padre sabrás que cuando se trata de un hijo en peligro no existe la posibilidad de tener la cabeza fría. No duermo desde hace catorce días, el mismo número de días que llevo sin tenerlo a mi lado.

—No creo que un día vaya a sentir lo que estás sintiendo, Oana no puede tener hijos. Sin embargo, solo he sentido el miedo que siento en este momento cuando tú estabas en la casa de Luck mientras la estaban atacando. Déjanos ser tu guía, lo recuperaremos sano y salvo. Conozco a Vladimir, no le hará daño.

—No lo conocemos, se llevó a mi hijo.

—Y te lo va a devolver. Solo quiere un indulto.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

—No, pero Vladimir no derramará su propia sangre. Crecí admirando a aquel hombre. Tenía celos de la relación que mantenía con nuestro hermano, de cómo lo protegía, y sé qué hará lo mismo por Leonid.

—Tráemelo de vuelta.

—Lo traeremos y nuestra casa será solo alegría con mis sobrinos corriendo por ella.

Dijo sobrinos en plural. Tengo la cabeza embotada, dijo que no podía ser padre y ahora habla de niños. Ojalá pudiera mantener una conversación coherente con él, no obstante, solo deseo dos cosas en este momento. Y ambas son del todo contradictorias. Una es seguir recibiendo su caluroso y afectivo abrazo, la otra es entrar en esa casa y sacar a mi hijo de ahí.

El momento con Alexei es abruptamente interrumpido por el ruido de golpes en un cristal. Ambos buscamos de dónde vienen. Se trata de una pequeña ventana en la segunda planta del edificio.

—Es el niño —dice un yakuza.

Corro hasta la ventana. Es Leonid, sus pequeñas manos golpean sin cesar la ventana a la vez que grita. No logro escuchar lo que dice, pero sé que me está llamando.

—Está en la segunda planta, si salta puedo atraparlo —digo a mi hermano.

—La ventana está cerrada y no se romperá.

—¿Cómo puede estar haciéndole esto su padre?

Me acerco donde está, ignorando todo lo que se está formando a mi espalda.

—Leoncito, mamá está aquí. Vamos a jugar, abre la ventana —le digo con la voz calmada.

—Sasha, no te escucha.

—Cállate, se va a poner más nervioso —ordeno a Alexei que está detrás, no sé dónde está Mijaíl—. Tienes razón, parece no escucharme —asumo derrotada.

Leonid siempre fue un niño obediente pero no me hace caso, solo me llama. Insisto y sigue sin hacerme caso, estira los brazos pidiendo mi cuello, mi protección y no se la puedo dar.

Las calles están cortadas. Takashi ordenó que nadie saliese del colegio, residencia o de sus casas hasta nueva orden. El pueblo está completamente rodeado. No sabemos qué más montó Vladimir. Sabemos que no podemos entrar por la puerta y no tenemos ni idea de cuántas personas hay dentro. Caímos en una trampa, él tiene el control total de la situación. Los de la Yakuza están mirando si pueden desactivar la bomba. Mis hermanos y yo sabemos que es casi imposible y que si logran desactivarla les llevará demasiado tiempo, cosa que no tenemos. Las familias dentro de unas horas vendrán a por sus hijos y familiares.

Por el momento, el único movimiento que tenemos dentro de la casa es el de la desesperación de Leonid. Solo quien es madre puede hacerse una idea de lo duro que está siendo duro para mí

mirar hacia otro lado y no lanzarme dentro de la casa para sacarlo de allí como sea. Ver cómo me llama desesperado, golpeando el cristal, con su carita roja por culpa del llanto, y no poder hacer nada. Ninguno de estos hombres de detrás de mí pueden ponerse en mi piel, su único compromiso es con la mafia.

¿Tanto odio nos tiene Vladimir?

Está claro que su plan fue reunir a mis hermanos y a mi aquí para destruirnos, no hay otra explicación: matando a los tres acaba la dinastía Popov. Jamás lo imaginé capaz de sacrificar su sangre, nadie me lo contó. Lo había visto con el niño, cómo lo miraba con adoración, cómo quería protegerlo de todo y ahora sé que todo era una actuación.

—Alguien baja por las escaleras —gritan detrás de mí.

—Mamá, mamá. Quiero a mamá —el miedo que siente Leonid es tanto que por primera vez escucho sus gritos.

El batiente de la ventana se abre, y puedo sentir en mis carnes su desesperación. Está aterrado, el hueco abierto no es suficiente para que pase. La sombra de unos pies bajando las escaleras me hace sentir desesperada. Antes de que pudiera hacer nada para salvarlo, alguien lo coge en brazos y se lo lleva quitándolo de mi vista.

—¡Devuélvemelo! ¡Devuélveme a mi hijo! Por favor, devuélvemelo. Tómame a mí, él es solo un niño —grito desesperada. Nunca en mi vida me sentí tan inútil como estos catorce días.

Una escalera de madera aparece a mi lado. Me agarro a ella y empiezo a escalarla. Hay demasiada gente apuntando a la casa y nadie intentando entrar de verdad. Agarro el arma por el cañón, la sujeto fuerte y golpeó el cristal. No cede. Vuelvo a golpearlo y nada ocurre. Otro golpe, y una pequeña muesca aparece, inflo mis pulmones para golpear nuevamente y me paralizo.

—Sasha, baja —me ordena con rotundidad, y con un odio que jamás había sentido en su voz.

Tengo miedo de mirar hacia atrás y que sean imaginaciones mías. Me sujeto firme a la escalera, miro en dirección a la voz y lo que veo

me desconcierta. Bajo despacio y me quedo a sus pies sin poder dar un paso. Mis piernas no me responden, no quiero moverme ni pestañear, hacer algún movimiento y perder para siempre a Leonid. No entiendo nada, cómo es posible.

—¿Qué está ocurriendo?

Voy en su dirección.

—Quieta ahí, ni un paso más —grita.

El instinto asesino crece dentro de mí. Meto la mano en mi cintura, cojo la pistola y lo apunto. No creo en lo que veo, ¿en qué momento mis hermanos lo apresaron?, ¿descubrieron una entrada por detrás y no me lo dijeron? Me alegro de que lo hayan molido a palos, pero lo dejaron con vida; seré yo quien lo mate. Mis hermanos tienen todo bajo control, solo me queda recoger a mi hijo. No podía salir mejor, Lev está vivo, no sé cómo lo logró, pero tiene a mi hijo a salvo con él y ya tenemos a Vladimir rendido. Su estado es deplorable, apenas es capaz de mantenerse de pie, tiene la nariz rota, el labio partido, y es casi irreconocible.

—No fui yo quien secuestró a Leonid —grita Vladimir y la sangre de su boca mancha a Mijaíl, que lo tiene de rodillas apuntándole a la cabeza.

—Calla la boca si no quieres que te pegue un tiro delante del niño —le ordena.

Está desesperado, sabe que perdió. Ya lo tenemos y no tendremos piedad. Conoce bien lo que les pasa a las personas que traicionan a la familia y lo hizo dos veces.

—Digo la verdad, no fui yo quien se lo llevó. Quería hacerte daño, que sufrieras lo mismo que yo estaba sufriendo, pero jamás haría daño a mi hijo.

—Cállate.

—Quítate la venda de una vez, abre los ojos a la verdad. En el fondo conoces la realidad, no quieres reconocer que tenías al

enemigo a tu lado. Lev es el responsable de todo esto, solo tú no lo ves.

Vladimir tiene muchos defectos, mentir no es uno de ellos. Miro hacia al frente y solo entonces me doy cuenta de que mi hijo no está feliz. Cegada por mi odio hacia su padre, cometí otro error: ignorar las señales.

—¡Suéltame, quiero a mi mamá y a mi papá! —dice Leonid, y se debate en brazos de su secuestrador, Lev.

—Lev, es mentira, ¿verdad? —pregunto en un desesperado intento de no volverme loca a causa de la culpa.

El hombre que estuvo a mi lado estos casi cinco años no contesta; sin embargo, ya no luce la cara del hombre que decía amarme y me devuelve una sonrisa siniestra.

—Vi por el circuito de vigilancia cómo Lev lo recogía minutos después de dejarlo en el colegio. Nuestro hijo abandonó el local feliz de su mano. Di la vuelta y los seguí. Estaba tan cegado por recuperarlo de sus garras que no me di cuenta de que estaba cayendo en una emboscada. Casi recupero a nuestro hijo, pero unos hombres me apresaron, estuve rehén hasta hoy. No sé lo que es, solo sé que todo esto es el principio de la ejecución de un plan mucho mayor y que todos hemos sido utilizados.

—Mientes. Lev no nos haría esto a mi hijo y a mí. Lev, dile que es mentira, que jamás le harías daño a Leonid —digo al hombre que se estaba abriendo paso en mi vida sin mí permiso. «Sasha, deja de engañarte. Asume la derrota», me digo a mí misma.

Qué más pruebas quiero, entre sus brazos está la confirmación de que las palabras de Vladimir son verdad. Las lágrimas de Leonid, cómo se debate en brazos del hombre que fingió quererlo por encima de todo. No me queda otra alternativa que no sea rendirme y aceptar.

—Bájame —Leonid golpea la cara de Lev —. Suelta, quiero a mi mamá.

Es la primera vez desde que mi hijo nació que lo veo llorar, pidiendo bajar de los brazos del hombre que dijo un millón de veces que mi hijo y yo éramos lo más importante de su vida, que moriría una y otra vez por nosotros. ¡Qué idiota fui! Qué fácil le resultó manipularme, reírse de mí. ¿Cuánto de lo que pasamos juntos fue verdad y cuánto fue parte de un magistral plan para llegar a este momento?

—¿Es verdad lo que él está diciendo? —Aun conociendo la respuesta, pregunto a Lev nuevamente, necesito escucharlo de su boca.

—Cada palabra —contesta con una siniestra satisfacción en la voz.

—¿Algo de lo que dijiste sobre mi hijo fue verdad?

—Cada palabra. Él nunca formó parte del plan. Hice todo lo que estaba en mis manos para que no descubrieran su existencia.

—¿Qué plan? No vamos a quedarnos aquí en medio de la calle debatiendo. Si la cosa es conmigo, si quieres vengarte de mí por lo que hice cuando éramos unos adolescentes, bien, tómame en su lugar. Tu problema es conmigo.

—No — gritan mis hermanos y Vladimir a la vez.

Lev sonríe satisfecho. Es la primera vez que ve a los Popov acorralados y su satisfacción es mayor al ser él el causante. Siempre que podía, se quejaba de lo poco valorado que lo tenían y su venganza llegó en forma de humillación pública.

—Sigues sin entender nada, Sasha —dice Lev, ignorando a todos los demás.

—Explícame.

—Para —me ordena cuando ve que doy un paso en su dirección —. No quiero hacerle daño —dice y apunta con la cabeza a Leonid.

—No te creo —digo y sigo caminando en su dirección.

Estoy a pocos metros de alcanzarlo y me ordena con más vehemencia. Me habla como nunca lo había hecho.

—Para, no repetiré nuevamente.

Lev lo sujeta más fuerte con una mano y con la otra levanta su camisa dejándonos ver a todos que lleva un chaleco bomba.

—Todos quietos donde estáis —ordeno y doy varios pasos hacia atrás— ¿Es así como mi hijo no es parte del plan? —no sé de dónde estoy sacando la fortaleza para seguir de pie y hablar con el traidor de Lev.

Inconscientemente, doy un paso al frente, desespero de madre.

—Sasha para —dice Lev por primera vez, hablando como el hombre que conocí y abrió espacio en mi vida—. No tengo el mando, si suelto a Leonid todos a un kilómetro a la redonda estarán muertos.

Ahora el que me tira hacia atrás no es Alexei, que está tan en *shock* como yo, sino que el que actúa para alejarme de mi hijo es Mijaíl. Lucho con él, le pego, no porque quiera que me libere, sino por la frustración de saber que nos iremos de aquí sin mi pequeño. Es la única opción que tenemos para que siga con vida, no solo él o nosotros, sino también todo el vecindario.

—¿Por qué? Si es dinero, podemos darte —digo en un último intento de que me lo devuelva.

—Créeme, nunca quise hacer daño a Leonid. A ti sí, pasé la mayor parte de mi vida queriendo vengarme por las docenas de veces que jugaste conmigo, porque sabías que te quería y después me humillabas, por cómo acabaste con mi reputación. Por tu culpa soy el hazmerreír de la *bratva*. Quedé marcado para siempre.

—Éramos unos niños.

—Teníamos poca edad, pero en nuestro mundo se deja de ser niño a los cinco años. Lo sabes tan bien que hasta te llevaste a tu hijo bien lejos de la *bratva*.

—Puedo reparar lo que te hice. Mijaíl te hará brigadier ¿Verdad? — Miro a mi hermano que me sujeta con todas sus fuerzas, pero ahora lo hace para que yo no me caiga.

—Es tarde, todos aquí sabemos que soy hombre muerto.

—No, te doy mi palabra, y mis hermanos también.

—Yo no —dice Takashi.

—Cállate —le ordeno, ignorando por completo su posición. Aquí lo que está en riesgo es la vida de mi hijo.

—La quiero para mí.

—Takashi, por el bien de nuestra alianza, no te dirijas siquiera a mi hermana —lo amenaza Mijaíl.

La discusión da a Lev la posibilidad de volver a alejarse de mí; acabo de perder los pocos metros que gané.

—Lev, dime lo que quieres. Te daré lo que sea, lo que me pidas. Si no existe, lo fabrico.

—Quiero que sufras. Cuando me llamaste pidiendo ayuda vi mi oportunidad y no la desperdicié. Pedí ayuda a la persona equivocada. Hay alguien en el mundo que odia a tus hermanos más de lo que yo te odio, y te va a utilizar hasta que no quede nada de ti con tal de verlos destruidos.

—El *naslednik*, ¿verdad? —pregunto casi ahogándome con mis propias lágrimas.

—Exacto, el mismo. Por algún motivo que desconozco, quiere que sufráis, y me mandó deciros esto. Dijo que esto acaba de empezar. Que cuando termine con vosotros seréis el hazmerreír de todas las organizaciones del mundo.

—¿Quién es él?

—Alguien a quien Mijaíl menospreció: tu madre destruyó su familia y tú la remataste.

—Hicimos eso con mucha gente. Soy el dueño de Rusia.

—Baja de tu nebulosa de prepotencia. Llevas años siendo atacado sutilmente por él. No te destruyó todavía porque no quiere, está divirtiéndose contigo, *pakhan.*

—Solo un inútil como tú no se daría cuenta de que su única ventaja es que no sé quién es la persona detrás de este tal

naslednik.

—Mijaíl, no le hables así, tiene a mi hijo. Lev, todas las ejecuciones que hice fueron parte de su plan, desde el dueño del cártel mexicano a todos los que vinieron después.

—¿El tal *naslednik* conoce tu identidad?—pregunta Mijaíl.

—¿Tú qué crees? —contesto con fingido humor—. Llevo años trabajando con él. Me sacó de Rusia, concedía todos mis caprichos supuestamente sin saber quién soy.

—Demonios —se queja mi hermano.

Lo ignoro y vuelvo mi atención al hombre que tiene a mi hijo en brazos. Aprovecharé que está hablador y sacaré todas las respuestas que pueda de él. No existe la posibilidad de que siga con vida una vez que Leonid esté a salvo. La palabra de un Popov es inquebrantable, pero por primera vez romperé la mía. Mataré a Lev, hice todo lo que tenía a mi alcance para dar una infancia tranquila a mi hijo y él acaba de marcarlo de por vida.

—Las persecuciones en Rusia cuando huíamos, la matanza en Italia, el hurto de mi dinero. ¿Todo esto fue real?

—Ni una sola cosa. Todo fue orquestado por el *naslednik*, tenía toda una telaraña minuciosamente tejida para atarte a él. Llegamos a este momento tan pronto por tu incapacidad de seguir las reglas y el enamoramiento tonto del padre de tu hijo por ti. El plan era seguir jugando a la pareja feliz por algún tiempo más, y después casarme contigo. Doblegarte y hacerte mi perra, pero tu amado lo echó todo a perder.

Vladimir, herido, se levanta con la clara intención de atacar a Lev y Takashi lo sujeta. No podemos hacerle nada, nos tiene a todos en sus manos. Nuestras vidas en este momento son suyas. Si suelta a Leonid, este correrá a mí y automáticamente se detonará la bomba.

—Murieron personas inocentes.

—En nuestro mundo todos los días mueren inocentes. Eran un medio para llegar a un fin.

—¡Kozlov! —grita el padre de mi hijo—. Reza para que te maten antes de que yo ponga mis manos sobre ti. Sé que voy a morir, pero no antes de que te haga pagar por cada lágrima que mi hijo está derramando.

—Confieso que te tengo respeto, eres bueno en lo que haces, pero ya estás muerto. La *bratva* no da segundas oportunidades y el *pakhan* te tiene.

—Vladimir, como *pakhan* te indulto temporalmente hasta que cumplas tu palabra y mates al hombre que secuestró a tu hijo.

—Kozlov, cuando tu jefe suelte tu correa, corre porque iré detrás de ti.

—Yo iré contigo. Los dos lo mataremos juntos —miro al padre de mi hijo que asiente con la cabeza.

—Mientras me estáis amenazando, el *naslednik* está haciendo pública la identidad de la asesina sin rostro. Creo que estaréis demasiado ocupados intentando mantener a la joya de la *bratva* con vida como para ir detrás de mí.

No puedo lidiar con esto ahora. Conocía el riesgo cuando acepté hacer aquellos trabajos, no sé qué será de mi vida de aquí en adelante. Fiodor, por su orgullo herido al ver cómo la gente me busca a mí y no a él, lleva tiempo detrás de la asesina sin rostro; y al no tener éxito, puso precio a mi cabeza. Ahora habrá unas cuantas ofertas más por parte de las mafias y las familias que dejé sin cabecillas. Con unas pocas de ellas, que gracias a mi acto de rebeldía extinguí a padre e hijo, guardaré la esperanza de que pueda negociar con el sucesor y este me deje en paz gracias a haberle allanado el camino hasta la cima. Pero esto es asunto para otro momento. Aquí se trata de Leonid, lo que me pase después de que él esté a salvo no importa.

—¿Qué tiene que ver el padre de mi hijo en todo esto? ¿Por qué el *naslednik* lo fichó? —Pregunto necesitada de entender todo este conglomerado.

—No sé mucho. Sé que fue él quien lo salvó. Lo rescató en helicóptero el día del ataque, le brindó atención médica y, cuando despertó, le ofreció seguir con el tratamiento a cambio de su lealtad.

—Vladimir, ¿tú trabajas con este hombre? —pregunto al padre de mi hijo ignorando las llamadas de mi pequeño. Es la única manera de que yo no salga corriendo en su búsqueda.

Lev se carcajea, al mismo tiempo que intenta hacer que mi hijo deje de llorar, está disfrutando. Su venganza no le podía salir mejor. la próxima vez que lo vea será para matarlo. No querré oír nada que salga de su asquerosa boca. Me centraré en sacar información, ya que desgraciadamente no puedo consolar a mi pequeño. Tengo que actuar con la razón, no con el corazón. Lo consolaré el día que lo recupere, porque lo haré. De esto no cabe duda.

—Sabes que sí —contesta con dificultad, las múltiples heridas de arma blanca y golpes por toda la cara y cuerpo lo están debilitando.

—¿Desde cuándo lo conoces? —Pregunta Mijaíl.

—No creo que este sea el mejor momento para hablar de esto.

—No, dilo. Yo también quiero saberlo. Llevo al lado del *naslednik* desde siempre y solo ahora he sabido que era dueño de tu vida.

—Él nunca fue dueño de mi vida, yo lo busqué. descubrí que estaba intentando reclutar a alguien de tu círculo cercano. Lo investigué sin llegar a nada. Lo que descubrí no creo que sea verdad.

—Shura —Vladimir asiente con la cabeza. No sé a qué viene nombrar a la mujer que nos crio—. Las piezas empiezan a encajar.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto sin quitar la vista de Lev.

—Ahora no es el momento —sentencia Mijaíl.

—Nunca quise traicionar a la *bratva*. Investigué exhaustivamente a este hombre sin llegar a nada y su cerco a las personas cercanas a ti se cerraba. Todo aquel que le decía que no, moría. Perdimos buenos hombres por negarse a traicionarte. Y por miedo a que encontrara a alguien que se rindiera, le hice llegar hasta mí.

—¿Y por qué no me contó todo esto?

—No tenía nada, quería descubrir quién era y si te lo contaba nos descubriría, es astuto. Piensa casi igual que tú. Por eso me hice su espía. Le daba informaciones, y él se cercioraba de que eran verdad. Algunas te sugerían en el último momento cambiar de táctica, otras, como sabía que nos iba a atacar, le recibíamos con balas, y otras lo dejaba ganar para que no desconfiara de mí.

—¿Mereció la pena?

—Sí.

—¿Cómo que sí? Mira dónde estamos.

Quiero gritar al padre de mi hijo y a mi hermano que ajusten sus cuentas en otro momento, que hagamos algo para salvar a mi hijo. Pero mi lado racional me hace callar porque sé que mi tiempo cerca de Leonid está acabando. Les dejo discutir, Así sigo cerca de mi niño unos minutos más.

—Tú sigues vivo. No puedo decir más, pero tengo mucha información. Aunque aún no sepamos quién está detrás de ese apodo, podemos plantarle cara.

A todo esto, Lev va perdiendo el color. No sé qué tipo de información tiene Vladimir, pero sé que metió el miedo en el cuerpo de Lev.

—Si de verdad sabes quiénes están de su lado, dilo —lo increpa Lev.

—Morirás sin saberlo —contesta Vladimir.

—Todo este tiempo fui una peonza rodando en la mano de todos —digo dándome cuenta de lo mal que hice todo.

—No, él jugaba con nosotros. Después de todo esto, no tengo dudas de que conocía nuestra historia y la usó para jugar con nosotros a su antojo —dice el padre de mi hijo, que ve en mi voz lo frustrada que me siento y cuánto me culpo por lo ocurrido.

—Me tenía terminantemente prohibido tener cualquier contacto contigo que no fuera de trabajo.

—¿Cómo me descubriste? —pregunto.

—Cuando te escuché por primera vez supe que eras tú. Y te busqué.

—¿Qué hay de tu trabajo?

—¿No escuchaste todo lo que le dije a tu hermano? Me está buscando desde el día en que te salvé la vida.

—Se acabó el tiempo —sentencia Lev.

—Mamá… Quiero a mi mamá.

Oír las palabras de Lev hace que me caiga de rodillas en el suelo, la sujeción de Mijaíl se había aflojado.

—¡Por favor, devuélveme a mi hijo!

—Sasha, la única manera de que Leonid viva es que hagas lo que él quiere. Sé que lo que voy a pedirte es difícil, pero confía en mí. No permitiré que nada le ocurra al niño. No hagáis ninguna tontería. Tiene explosivos en diversos locales familiares aquí y en Rusia y todo de manera que incrimine a la Yakuza y la *bratva*.

Takashi apunta a la cabeza de Lev, que cierra los ojos.

—¡Noooooooo! —grito muerta de miedo a que el japonés nos mate a todos, y el sádico se ríe.

—Tranquila, no voy a morir aquí. Tu hermano tiene a mi americana en su casa y pronto iré a por ella.

Alexei gruñe y lo miro sin entender qué está pasando.

Epílogo

El regreso a Rusia está siendo la peor experiencia de mi vida. No porque esté volviendo a mi cárcel de oro, tampoco porque dejo de ser dueña de mi vida. Es horrible porque puse mis intereses e ideales por encima de todo, y por culpa de eso mi hijo está secuestrado y su padre siendo trasladado, asistido por dos médicos. No me moveré de su lado. Ambos tenemos una conversación pendiente. Ambos nos hicimos daño, pero yo a él mucho más. Recuerdo las múltiples veces que me pidió escogerlo, no traicionarlo. No permitiría que su hijo llame padre a otro, y yo, cegada, pasé por encima de todo.

—Doctores, dejadnos a solas un momento, por favor —pide Vladimir. Quienes le escuchan hablar con normalidad ni se imaginan el tamaño de sus lesiones.

Los médicos se miran entre ellos, son de la Yakuza y saben cómo va esto. La petición es un mero formalismo.

—No hagas demasiados esfuerzos, tienes doce costillas rotas entre otras lesiones.

Otra persona en su lugar estaría pidiendo sedación, y sin embargo aquí está él tan «normal». Los facultativos salen uno detrás del otro dejándonos a solas. Sé lo que viene. No quería hablar, pero nos lo debemos y es hora de unir fuerzas. Desconozco su destino, pero ambos queremos lo mismo: encontrar a nuestro hijo.

—Vladimir, perdóname. Yo no lo sabía, nunca sospeché de Lev. Creía que estabas muerto. Si hubiera sabido que estabas vivo te hubiera buscado.

—¿Para matarme como me prometiste?

—Seguramente.

—Yo os traicione por voluntad propia.

—Esto ahora no importa. Llegará el momento de hablar de ello, pero no ahora. Ahora quiero pedirte perdón por no haberte escuchado cuando me pediste escogerte.

—Leonid y tú sois lo que más quiero en el mundo. El tiempo que viví junto a vosotros fue el mejor de toda mi vida y quiero tener esto hasta los últimos días de mi vida.

—Hay muchas cosas que tenemos que hablar antes de planear un futuro que sabemos que no ocurrirá.

—Lo sé, mi indulto es temporal. Lo voy a arreglar.

—¿Cuándo empezaste a desconfiar de Lev?

—Al principio solo fueron celos. El *naslednik* no deja cabos sueltos. Lo investigué y no encontré nada a parte de un hombre enamorado hasta las cejas y un padre dedicado.

—Él no es el padre de mi hijo, lo eres tú.

—Pero Leonid no lo sabe.

—Sí lo sabe. Créeme, es tan listo como nosotros. —Vladimir se ríe y tiene que llevarse las manos a las costillas. Le hizo gracia que yo me echase piropos a mí misma también. No ganaría el premio a la más lista después de todo—. Como ya te dije, algo en su cabecita no le permitió verbalizarlo, pero su comportamiento hacia ti confirma la unión que sintió contigo.

—El peor dolor que sentí en la vida fue escucharlo llamarme padre desde los brazos del hombre que me lo estaba arrebatando y no poder hacer nada. En mi vida me sentí tan impotente.

—Perdóname, perdóname. Nunca fue mi intención. Todo lo que hice fue queriendo mantenerlo a salvo. ¿Cuándo desconfiaste de Lev?

—El día que lo vi en el colegio de nuestro hijo. Él volvió durante días y nos observaba de lejos. Ahí supe que estaba tramando algo. Que estaba aguardando la oportunidad de acercarse a ti.

—¿Lo viste?

—Desde el primer día. Antes de que tú lo vieras y te pusieras nerviosa de aquella manera.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Tenía la esperanza de que me escogieras. Estábamos bien.

—Fui una tonta. Perdóname.

—Deja de disculparte. Encontraremos a nuestro hijo y serás feliz con él, como siempre soñaste.

—Él te necesita en su vida.

—Perdóname por todo el daño que te causé. Era un hombre celoso.

En mi vida pensé que un día oiría a Vladimir pedirme perdón. ¿A quién quería engañar? Mi corazón siempre fue y siempre será de él. Conozco a Mijaíl, sé que ya lo indultó y no permitiré que se aleje, aunque tenga que enfrentarme a mi *pakhan*. No me importa si vuelve a ser un simple *brigadier* siempre que no se vaya de nuestras vidas nuevamente.

—¿Por eso no me dejabas llevarlo ni tampoco recogerlo sola?

—Sí.

—¿Y por qué no me contaste tu desconfianza?

—¿Me hubieras creído? Te conozco, estabas cegada por la idea de que te iba hacer daño. Y te estaría empujando hacia él. Me dediqué a demostrar lo importantes que sois para mí, cuánto os amo.

Escucharlo decir que nos ama, ver sus ojos, los ojos de uno de los hombres más duros y letales que conozco llenarse de lágrimas al declararse a mí, me hace ver o cuanto me he equivocado al juzgarlo sin darle la menor oportunidad de contar su versión de la historia. Me negaba a creer sus buenas acciones. Desconfiaba de cada cosa bonita que hacía. Las lágrimas escurren por mi rostro. Amo a este hombre como nunca amé a ningún otro. Me lanzo sobre él y lo beso. Aquí no hay engaños, no es el enmascarado de un burdel de lujo como dijo él, no es el hombre que tengo a mi lado por miedo a que me quité a mi hijo, tampoco el hombre con quien tuve mi primera e

inolvidable vez. El hombre que tengo delante es el dueño de mi corazón, el padre de mi hijo, con el que sé que podré contar mientras respire.

Nuestros labios se reconocen, nuestras lenguas se pelean y un jadeo escapa de mis labios. Vladimir, con suavidad, me aparta de él y me siento vacía.

—Esperé por este beso toda mi vida. Pero… ¡Ahhh! —Es la primera vez que le escucho quejarse de dolor—. Pero mi amigo ahí abajo no respeta la convalecencia de un hombre, y afuera están tus hermanos, que quieren mi cabeza. Si te hago el amor dentro de su avión son capaces de tirarme desde aquí arriba.

—Ellos no harían eso. —Me inclino y dejo un rápido beso en sus labios.

—Créeme, sí lo harían. Sasha, te prometo que recuperaremos a nuestro hijo sano y salvo.

—Desde que he vuelto a estar junto a los tres hombres de mi vida, aunque no lo haya verbalizado, es lo que siento. Por primera vez en años, me siento segura de verdad, sin el peso de tener que tomar las decisiones. Confío en tu palabra.

No me matéis.

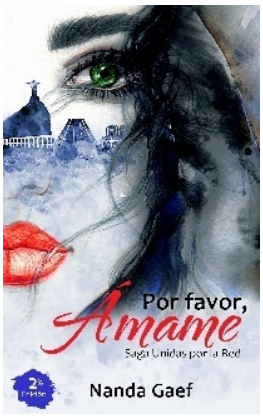
Lo sé, lo sé… quieres matarme. ¿Cómo me atrevo a sacar el libro de Sasha antes que la continuación de Mijaíl? Tal vez no sea el mejor momento para hablaros, pero antes que nada quiero daros las gracias, de corazón, a cada uno de vosotros por leer *Entre la lealtad y el deseo*, por embarcaros una vez más en este viaje conmigo y conocer a estos personajes que ya ocupan un espacio enorme en mi corazón.

Pero vamos a lo que os interesa: ¿cuándo llegará la segunda parte de la historia de Mijaíl? La respuesta es… ¡en diciembre! La historia ya está casi terminada y ya tengo agendada la entrega a la correctora. En octubre saldrá en preventa.

Y si has llegado hasta aquí, te estaría infinitamente agradecida si dejaras una reseña en Amazon. No hace falta que sea larga, con una línea basta para contar qué te ha parecido la historia. Para mí es muy importante conocer tu opinión y, además, ayudas a que otros lectores se animen a darme una oportunidad.

¿Y si compartes el libro en alguna de tus redes sociales? Si lo haces, no dudes en etiquetarme. ¡Me encantaría verlo y compartirlo con todos mis lectores!

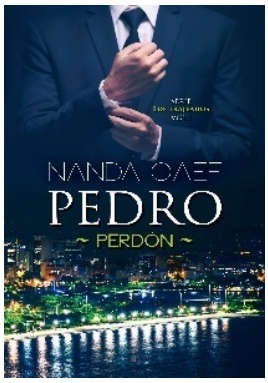
Y por último… habla de la novela con esa amiga lectora que tienes. ¿Quién mejor para recomendar una historia que alguien que la acaba de leer, ¿verdad?



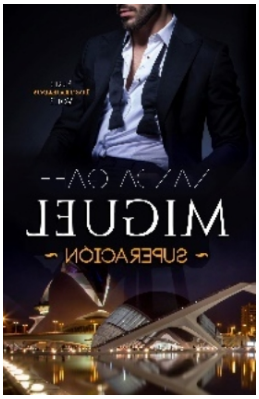
Por Favor, Ámame (Autoconclusiva)



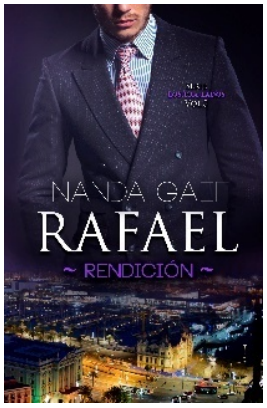
No me obligues a escoger (Autoconclusivo)



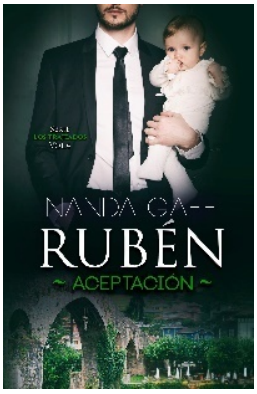
Pedro Perdón: Serie Los Trajeados Vol. 1 (Autoconclusivo)



Miguel Superación: Serie Los Trajeados Vol. 2 (Autoconclusivo)



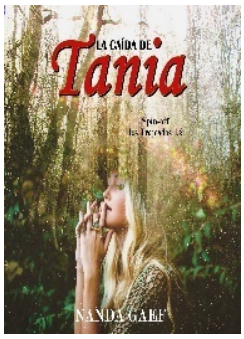
Rafael Rendición: Serie Los Trajeados Vol. 3 (Autoconclusivo)



Rubén Aceptación: Serie Los Trajeados Vol. 4 (Autoconclusivo)



Jorge Revelación Serie Los Trajeados Vol. 5 (Autoconclusivo)



La caída de Tania Spin-off Pedro Perdón (Autoconclusivo)



[La Doble Vida de Nuria: Parte 1]



[La Doble Vida de Nuria: Parte 2 (Desenlace)]



En nombre del Amor (Autoconclusivo)



Sara. Puede romperme, pero no vencerme. (Autoconclusivo)

Sobre la autora

Sigue mis pasos en:

https://www.amazon.com/author/nanda_gaef (Siga y se el primero en conocer mis actualizaciones, lanzamientos, ofertas promocionales y especiales)

nandagaef

nanda_gaef

@nandagaef

---

[1] "Conejita" en ruso.

[2] La garañona es una bebida ancestral, originaria del municipio de Metepec, Estado de México. Su color verde esmeralda y sabor herbal la convierten en un elixir único, lleno de historia y tradición.

[3] Gatita

[4] Leona